
Agnès Ledig
Los centinelas de la felicidad
Grijalbo narrativa

AGNÈS LEDIG

Los centinelas de la felicidad

Traducción de
Marta Cabanillas

Grijalbo narrativa

Que la fuerza de la edad nos dé el valor para cumplir los más disparatados sueños infantiles.

A Valérie

Todo crece con un afán divino. La menor criatura vegetal hace su mayor esfuerzo vertical.

COLETTE,
La casa de Claudine

Prólogo

Platon se acercó al árbol con sigilo y trepó por el tronco, cubierto de un musgo denso, con las garras extendidas para traspasar la corteza y sujetarse en ella. Dos enormes ramas gemelas que surgían a dos metros del suelo, la una frente a la otra, brindaban a su grácil cuerpo una superficie llana y cómoda. Se tendió y cerró los ojos. El gato podía quedarse así, inmóvil, durante horas. Al acecho ante el menor ruido, a salvo, subido ahí arriba, junto a un claro tranquilo.

El tiempo pasaba al ritmo que marcaba el bullicio circundante y el nutrido canto de los pájaros.

Las hojas crujían ante el murmullo imperceptible de las gramíneas que revoloteaban con el viento.

El animal, rodeado de vegetación, se dejaba mecer por el concierto que le dedicaba una naturaleza compuesta por miles de solistas.

Platon jamás renunciaría a su sitio porque lo sentía como suyo. Nada podía oponerse a esa entrañable verdad.

Tras la siesta, se estiró despacio y se alejó tal como había llegado hacia su casa en Doux Chemin, intrigado por lo que había sentido mientras dormía. Se dio la vuelta justo antes de desviarse por el sendero que llevaba a la aldea para mirar el tilo una última vez.

Nada volvería a ser igual.

PRIMERA PARTE



Todo es cambio, no para dejar de ser, sino para convertirse en lo que aún no se es.

EPICTETO

Andén número 1

Édouard colgó con una sonrisa de satisfacción.

Observaba a su mujer mientras esta se retocaba el maquillaje con ayuda de un espejito. Pestañas largas, grandes ojos castaños, pómulos marcados, labios carnosos, cabello sedoso. Su esposa era una mujer muy guapa. Antes sentía ese orgullo de ver que los hombres se giraban a su paso cuando iban del brazo. Apuraban una bebida sentados en una terraza, en la explanada de la estación de Vannes. Pronto llegaría el tren que los dejaría en París. Retomarían su trabajo dos días más tarde. Armelle estaba contenta de volver. Aunque esos días en el golfo de Morbihan habían sido muy agradables, no había podido desatender el torrente de correos laborales que recibía a diario. Eludirlos durante dos semanas la habría condenado a ahogarse en ellos a la vuelta, por lo que hubiera estado nerviosa durante todas las vacaciones. Y, además, Armelle había puesto en marcha un proceso importante antes de marcharse. Estaba impaciente por ver los resultados.

—El notario —anunció Édouard mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo—. Ya han vendido la casa de mi madre.

—¡Qué buena noticia! Por fin podremos reformar la cocina.

—Aún nos vale, ¿no?

—¡Se nota que no pasas mucho tiempo en ella!

Mientras digería en silencio este último comentario, Édouard se fijó en una anciana menuda que salía de la estación. Con una mano tiraba a duras penas de una pesada maleta sobre la que había colocado un gran neceser. Con la otra mano sujetaba un bolso de piel rojo. La mujer llevaba una elegante camisa de flores sobre una falda plisada y se recogía la melena cana en un moño perfecto, que coronaba un sombrero de fieltro de color crema adornado con un fino encaje. Unas minúsculas gafas redondas amenazaban con resbalarle por la punta de la nariz. Un personaje de Agatha Christie de la cabeza a los pies, se dijo Édouard, salvo por esas zapatillas de deporte que la unían con la

modernidad al mismo nivel que unas luces LED en una cueva del Paleolítico. La mujer se detuvo, levantó la mano para protegerse del sol y dejó escapar un fuerte suspiro mientras escudriñaba a lo lejos los autobuses de enlace.

—¿Necesita ayuda? —se ofreció Édouard levantándose.

—*Well*! He aquí *un* persona amable, caballero —contestó ella con un marcado acento inglés—. Esta maleta debe de pesar tantas libras como yo.

—Date prisa, el tren está a punto de llegar —dijo molesta Armelle.

—A las malas, te veo en el andén —dijo Édouard poniéndose la mochila—. Está ahí mismo.

—¿No quieres dejarme la mochila?

Édouard no contestó.

Armelle los vio alejarse por la explanada hacia la estación de autobuses, al otro lado de la calzada. En los últimos años, su marido había ganado unos kilos. Como era alto, de momento apenas se le notaba. La edad y las consecuencias de cierto relajamiento alimentario hacían su trabajo. Si bien en conjunto se mantenía en forma, empezaba a echar barriga. Armelle se lo comentaba a menudo, pues ella mantenía la línea como el seto de un jardín. Él siempre le contestaba con un hiriente «¿Para qué?».

«A fin de cuentas, es problema suyo», pensó Armelle con indiferencia.

Édouard llevaba el gran neceser en una mano y tiraba con la otra de la maleta, cuyas ruedas martilleaban el pavimento como el redoble de tambor que acompaña al condenado al patíbulo. La idea le heló la sangre. ¿Por qué pensaba en eso, si no tenía motivos para considerar de tal forma esa situación? La anciana lo seguía al trote, sin rezagarse. Desaparecieron detrás del primer autobús de la fila.

Armelle cerró el espejito con gesto pausado. Coger un vaso, abrir la agenda, escribir un mensaje en el móvil: cada movimiento de sus dedos finos, siempre embellecidos con un esmalte de uñas rojo, era elegante. Recogió sus cosas y sacó el monedero para pagar las consumiciones. El tren llegaría enseguida a la estación y Édouard no regresaba. Dudó si llamarlo para recordarle la hora de salida. Ya la

sabía. Le costó decidirse a guardar de nuevo el teléfono en el bolso y echó pestes por la irresponsabilidad de su marido.

De pie, cargada con las maletas, vio que el tercer autobús emprendía la ruta hacia Rennes y pasaba por delante de ella. Se fijó en los pasajeros. Una inclasificable mezcla de enfado y de pánico se apoderó de Armelle al ver a su marido sentado junto a la anciana del sombrero.

Édouard apenas la miró antes de volver la cabeza. Aunque Armelle siempre le había atribuido una cobardía legendaria, nunca lo consideró capaz de algo semejante.

El autobús acababa de desaparecer al final de la calle cuando un altavoz anunció la llegada inminente del tren a París.

Andén número 1.

El desertor

Édouard seguía sin saber qué lo impulsó a subirse al autocar aquel día.

En los pocos metros que recorrieron hasta la estación de autobuses, le dio tiempo a preguntar a aquella frágil mujercita adónde se iba de vacaciones. Su respuesta lo desconcertó.

—Voy al corazón de *la* bosque de Brocelianda, a trabajar.

—¿A trabajar? ¿A qué se dedica a su…, o sea, con…?

—¿Mi edad? Jovencito, la edad no es un impedimento para lo que hago. Soy… *writer*. ¿Cómo se dice? ¿Escribidora?

—Ah, vaya. Decimos «escritora». ¿Y busca inspirarse allí?

—*Exactly*! Llevo diez años yendo cada otoño *a lo* mismo lugar y siempre encuentro una respuesta para mis preguntas, también ideas. Es el efecto mágico del bosque.

Fue entonces cuando Édouard perdió las ganas de coger el tren con su mujer. También las de reformar el piso y volver al trabajo. Sentía la imperiosa necesidad de dar con la respuesta a una pregunta que lo atormentaba desde hacía dos semanas. En realidad, desde hacía años.

Mientras veía a la anciana subirse en el autobús, su propio pie derecho se colocó en el primer escalón. Entonces sintió que la mano de su conciencia le estrujaba el hombro («¡No le hagas eso a Armelle!»), se la quitó de encima con un pensamiento brusco y se metió en el vehículo huyendo de unos remordimientos incipientes, justo antes de que las puertas se cerrasen.

Compró el billete y se sentó junto a la mujer del sombrero, quien, si bien primero se sorprendió al verlo, enseguida esbozó una sonrisa para disipar su asombro.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó en tono cortés.

—Me mortifican algunas preguntas urgentes. ¿Usted cree que ese sitio al que va tiene respuestas para todo el mundo?

—Solo hay *un* manera de saberlo. Siéntese junto a la ventanilla, disfrutará más *de lo* paisaje.

A Édouard le desconcertó la actitud de la mujer. Podría haberle molestado ver que dejaba tirada a su esposa en la explanada de la estación. Esperaba que se lo reprochara y lo conminase a reunirse con ella. Y él lo habría hecho. Su conciencia aún aguardaba pacientemente junto al autobús. Édouard no era un mal tipo. No era mala persona. Tal vez un poco cobarde, por conveniencia.

En lugar de eso, vio una sonrisita cómplice, como si la anciana lo supiera. Como si adivinase lo que lo mortificaba desde hacía dos semanas.

El cerebro de Édouard, escenario de una cruenta batalla, estaba tan empeñado en bajarse del vehículo como decidido a quedarse. Un torturado del que tiran cuatro caballos para descuartizarlo. ¿Entrar en vereda o salirse de ella? Las dos opciones le causaban dolor: una, punzante y prolongado; la otra, breve pero intenso. ¿Cómo estar seguro de que la estupidez descomunal que uno está a punto de cometer es la única salida? La inglesa no le dejó empantanarse en sus dudas.

—Tendrá motivos *por* abandonar a su esposa en el andén de una estación sin avisarla. Se las apañará. *She's not a child.* Busque las respuestas y luego vuelva.

Un desertor.

En ese momento sentía la pugna que se libra en las tripas del soldado cuando, al alba, abandona la granja donde su tropa ha pasado la noche antes de regresar al frente. La fuerza embriagadora de la libertad aniquila el miedo a las consecuencias. Una mezcla excitante, próxima al éxtasis. Aunque peligrosa, por el riesgo a perderse.

¿Acaso esa mujer tenía poderes? Con una frase le había dado fuerzas para huir, cuando llevaba años sintiéndose preso, y aún más desde aquella carta.

Durante el viaje, Suzann notaba a Édouard inmerso en un estado de trance, mecido por los movimientos del autocar y la extraña embriaguez de su decisión. Sin conocerlo, imaginó que en su interior se libraba una pugna entre el adulto responsable que ya se está

arrepintiendo de su decisión y el náufrago emocionado que vislumbra la orilla a lo lejos. ¡Qué orgullosa estaba Suzann! ¡Ay, sí! Orgullosa de esa capacidad que había adquirido con el tiempo de caminar bordeando a la gente, por esa muralla que separaba su fortaleza de la de los demás. Recorría el lienzo de la muralla fijándose en cada detalle, en cada grieta del edificio, que los debilitaban y explicaban su comportamiento a la hora de enfrentarse al mundo exterior. Había que hilar fino. Acercarse lo bastante para ver el interior sin asomarse demasiado para no caer al vacío.

Mantenerse en el adarve.

Por tanto, observaba al hombre que estaba a su lado tras ese arrebato de locura. Dejar a su mujer en la explanada de una estación: dicho de otro modo, tirar todo por la borda, como reza la expresión. A fuerza de pasar temporadas en el país de Molière, y movida por una curiosidad sin límites, a Suzann le chiflaban las expresiones que en su lengua materna evocaban otras imágenes.

Por lo demás, si bien sería interesante analizar los motivos que ese desconcertado viajero pudiera tener, no se trataba de convertirlo en un objeto de pura experimentación. Suzann comprendió desde el primer momento que aquel hombre cargaba con un sufrimiento real, y no quería agudizárselo. Sin embargo, tampoco trató de consolar a ese futuro protagonista de una novela que, desde el primer instante, le pareció un caso tan excepcional como inesperado.

Sacó el teléfono del bolso de piel rojo.

—Voy a enviarle *uno* mensaje a nuestra querida anfitriona para comprobar si puede acogerle.

—¿Y si no puede?

—Seguro que le encontrará *uno* rinconcito. Sé que dispone de una habitación bajo *del* tejado que nunca alquila. Tal vez sea para casos *desperate* como el suyo.

—¿Tan desesperado parezco? —se preocupó Édouard.

—¿De verdad quiere que *conteste le*?

—No.

—Me llamo Suzann. Suzann Overshine.

—Édouard Fourcade.

—*Nice to meet you.*

—¿Y adónde me lleva?

—Yo no le llevo a ningún sitio, es usted quien *sigue a mí*, ¡es muy distinto! —replicó la mujer.

Édouard volvió la mirada. A los cincuenta años, nadie espera que decidan por uno. La mujer pretendía recordarle esa realidad, a la vez que omitía confesar que tenía un interés personal.

—Es verdad —admitió él—. Entonces ¿adónde vamos?

—A una aldea que se llama Doux Chemin, cerca de Tréhorenteuc, al oeste de Brocelianda. ¿Conoce un poco *eso* bosque?

—No mucho.

—Es un lugar inspirador, ya verá. *My Godness*, Gaëlle acaba de *me contestar*.

Suzann se ajustó las gafas para descifrar el mensaje que aparecía en la pantalla. A pesar del tamaño de la letra, el traqueteo del autobús dificultaba la lectura. Solo había una cosa que la anciana temía en su recta final. Perder la cabeza y la vista. Se podía imaginar sorda, en silla de ruedas e incluso con incontinencia, pero no ciega. Menos aún con deterioro intelectual. Aunque intentaba no pensar en eso, cada lectura borrosa, cada palabra que buscaba durante demasiado tiempo la enfrentaban a la realidad. Suzann se deshilachaba como el hilo del que la muerte pendía sobre su cabeza.

—Ella *pregunta me* cuánto tiempo se queda, y cuántas comodidades quiere.

—No tengo ni idea. Ni siquiera debería ir. En cuanto a las comodidades, me conformo con poco.

Édouard la observó teclear una respuesta con los pulgares, curvos por la artrosis, con una rapidez desconcertante.

—Es como ver a mi hija escribiendo a sus amigas.

—¿Qué? *Well*, todo es acostumbrarse, ¿no?

—Siempre he admirado a los adultos que se adaptan al mundo moderno con la facilidad de un niño.

—Y más aún a *los* ancianas como yo, supongo.

—Sí.

—Basta con seguir siendo abierto de mente y capaz de cambiar.

¡*Estos* cosas tecnológicas son muy prácticas! Excepto cuando se huye de una esposa…

Édouard sonrió por el chascarrillo, él, que acababa de apagar el teléfono por las llamadas y los mensajes incesantes de Armelle. La escritora tenía gracia para acompañar ese tipo de comentarios punzantes con una sonrisa franca que ayudaba a digerirlos. Una leve resistencia previa en el esófago no impidió a Édouard tragárselo.

—Gaëlle ha encontrado una solución. *Espera a nosotros* cuando lleguemos a Paimpont. Dice que hay una tormenta muy fuerte.

Suzann se inclinó hacia la ventanilla para comprobar que, en efecto, un nubarrón hacía de las suyas en el horizonte, rasgando el cielo con numerosos relámpagos.

El resto del viaje, interrumpido solo por ocasionales silencios, permitió a los dos viajeros contarse sus vidas. Sin embargo, lo incongruente de la situación los llevaba a ser reservados. Suzann sabía destilar con mesura los componentes de su vida para no permitir a nadie caminar por su propio adarve.

A Édouard el bosque le pareció siniestro y sombrío bajo la tromba de agua. Los árboles encaraban la lluvia con valor, sin estar nunca a salvo de ser el blanco del siguiente rayo, que partiría por la mitad al pobre elegido y lo condenaría a morir en unos pocos años. Las ráfagas de viento agitaban las ramas y el agua corría por el arcén pegando al suelo largos tallos de hierba verde como si fueran cabellos húmedos recién peinados. A Suzann le gustaban esos momentos en que podía contemplar a resguardo la naturaleza en todo su esplendor. Hasta ahora había sobrevivido a tormentas, tempestades, algunas inundaciones, un incendio y nieve hasta la saciedad en algunos inviernos de la década de 1960, así que, a sus años, disfrutaba de la fuerza de los elementos admirando esa gran omnipotencia de la que formaba parte.

Ya no tenía edad para tener miedo.

El desconocido del autobús

Gaëlle había llegado pronto y disfrutaba de estar a resguardo en el coche. Los goterones martilleaban la carrocería haciendo un ruido ensordecedor. Una tormenta semejante, muy frecuente en esa época del año, podía ser violenta, y esperaba no tener que lamentar ningún estropicio en el granero. Reformar y mantener una casa como la suya, provista de dependencias antiguas, suponía una carga de trabajo ingente. Había días en que la desanimaba vivir allí sola con su hijo. La ayudaba mucho, pero solo tenía quince años. No quería involucrarlo en las decisiones que ella había tomado, aunque lo había hecho buscando su estabilidad. Nunca se quejaba de la soledad por miedo a que el muchacho replicara que necesitaba un hombre en la casa.

¿Quién sería el hombre del que Suzann hablaba en su mensaje? Esa llegada inesperada no la molestaba; Gaëlle estaba dotada de un profundo sentido de la hospitalidad. Sin embargo, el misterio le picaba la curiosidad y estaba deseando saber más.

Cuando el largo vehículo aparcó en la plaza frente a la iglesia de Paimpont, Suzann se levantó de su asiento y buscó a Gaëlle. Tardó un ratito en verla.

—*God be praised*, ahí está. ¡*La* coche *blanca*! —exclamó.

—Vaya, que yo me encargo de coger sus cosas.

—Es usted muy amable, querido Édouard.

Con la mochila a cuestas y el neceser en la mano, Édouard corrió tirando de la gran maleta inglesa hacia el coche donde Suzann ya se había resguardado. Gaëlle salió para abrirle el maletero y ayudarlo a meter el equipaje, y enseguida se refugiaron en el interior del vehículo para presentarse con rapidez. Habían bastado unos segundos bajo la lluvia para que los tres se calaran. Suzann se había quitado el sombrero y lo secaba dando golpecitos con un pañuelo de encaje mientras el coche recorría las calles de Paimpont, borrosas por la tormenta.

—¿Qué le trae aquí? —le preguntó la conductora mientras miraba por el retrovisor a Édouard.

Al interpelado no le dio tiempo a construir una frase que resumiera su rocambolesca situación.

—Busca respuestas —dijo la anciana, que continuaba al rescate del sombrero empapado.

Suzann era una experta en el arte de intervenir con acierto para destilar la información adecuada en el momento oportuno. Unas palabras bien elegidas, hacer bastante sitio al misterio y dejar que el resto siga su curso. La técnica siempre resultaba interesante. Echaba semillas a voleo sin saber lo que darían al crecer.

—Un plan considerable —observó Gaëlle—. Espero que esta estancia le permita encontrarlas. Y usted, Suzann, ¿cómo se encuentra?

—*Soy* encantada de estar aquí. Busco ideas. Algo más que en otros años. ¿Tendré esa habitación tan *bonito* de abajo?

—Ya la añora.

—¿Añora? ¡Qué palabra tan adorable!

Gaëlle admiraba las capacidades cognitivas de la escritora inglesa. Una clienta discreta y refinada que solo mantenía el contacto mediante algunas cartas cuando estaba en su casa, en Inglaterra, pero que todos los años volvía unos días en septiembre con una fidelidad ejemplar.

—«Añorar» significa esperar con aflicción debido a la ausencia.

—¿Lo ve, Édouard? Hasta las habitaciones tienen alma en Brocelianda —dijo Suzann dirigiéndose al asiento trasero.

A unos kilómetros de allí, un hombre, azadilla en mano, preparaba su jardín para la siembra con un ojo puesto en el camino. Suzann ya estaba de vuelta, y a él los meses se le habían pasado volando. Al igual que las golondrinas inauguraban la primavera, cada año la escritora anunciaba los días que menguaban y las primeras chimeneas que se encendían. La anciana no tenía nada que ver, pero él no soportaba el otoño: huerto aletargado, noches interminables y humedad

penetrante. Sin duda, prefería la primavera y el renacer de todas las cosas. Masculló mientras recogía unas piedras con las que se había topado su escardillo y las lanzaba con una precisión de orfebre a un cubo deslustrado que estaba al otro lado del camino. Raras eran las que caían fuera. Ese año volvería a apuntar bien para acercarse a la inglesa, como sabía hacer con las piedras. Llevaba siete años intentándolo sin éxito.

La tormenta se alejaba hacia el este y el coche se encontró enseguida con la luz del sol por la carretera anegada. Salieron de la autopista para desviarse por una vía secundaria que se adentraba en un bosque más denso. Unas pistas rectilíneas salían de la carretera a intervalos regulares, testigos de una explotación forestal activa e intensa, lo que chocaba con la imagen que Édouard tenía de Brocelianda y de la leyenda con la que se la relacionaba: árboles retorcidos y cubiertos de musgo, duendes, hadas y una espada clavada en una roca.

Por fin apareció el cartel de Doux Chemin. En el claro se erigían unas cuantas casas de piedra, apiñadas como si quisieran darse calor en invierno.

—Mire, Suzann —le advirtió Gaëlle—, Raymond está en la puerta de su casa. Sabe que viene. Estaría esperando el coche.

—¡Ah, qué encantador es Raymond! —dijo la mujer, y lo saludó con la mano cuando el vehículo pasó a su lado.

El anciano llevaba un pantalón vaquero y un jersey de lo más ordinario que hacía ostensible un vientre cansado. Con la mano llena de tierra se había levantado el sombrero de fieltro para inclinarse al paso de la anciana. Aunque un tanto artificial, el gesto no dejaba de ser elegante. La conmovedora estampa arrancó una sonrisa a Édouard.

El coche se detuvo frente a la última casa de la aldea, apartada del camino, donde el pavimento de grava daba paso a la tierra con un degradado aleatorio. Era imposible saber si el pavimento, ornado de malas hierbas y flores silvestres, mordisqueaba la hierba o justo lo contrario. Aquí, la naturaleza y el hombre se entremezclaban con delicadeza. Frente a ellos había un patio rodeado de más edificios,

algunos en obras, a tenor de la hormigonera parapetada bajo un cobertizo y el pequeño andamio que cubría uno de los muros del viejo granero de la izquierda.

En ese momento, por la puerta de la casa salió un adolescente. Fue directo hacia Suzann para sostenerle la portezuela y esperó a que estuviera frente a él para abrazarla.

—¡Mi angelito! Qué contenta estoy de *te ver*. ¡No aprietes tan fuerte! *My holy god*, cuánto has crecido. ¿No piensas parar?

Apoyó una mano arrugada y salpicada de manchas marrones en la mejilla del muchacho y luego lo cogió del brazo para que la guiase entre los charcos del patio.

Con gesto curioso e impaciente, el chico se quedó mirando al desconocido que se había unido al viaje. Un segundo después, sonrió a Suzann. Édouard le dirigió un saludo que no tuvo respuesta. Gaëlle se acercó para ayudarla a sacar el equipaje. No era conveniente arrastrar la maleta por el parterre embarrado. La mujer cogió el neceser. Con un movimiento inconsciente, Édouard ya se había puesto la mochila. La carta que había recibido quince días antes, cuando acababa de celebrar su quincuagésimo cumpleaños, misiva que había guardado en la funda de su ordenador portátil, le había provocado el mismo efecto que un electrochoque.

—Mi hijo se llama Gauvain. No habla.

—Ah. ¿Nunca?

—No. También es un poco reacio a las novedades, sobre todo si esa novedad es un hombre. Yo seré el enlace entre los dos.

—Gracias por acogerme de improviso.

—Las ramas de esos árboles centenarios que nos rodean esconden muchas respuestas. Hay misterios que le sorprenderán.

La primera noche

Ya era noche oscura y no había alumbrado público que la perturbara. Tumbado en la cama de madera de una pequeña buhardilla, Édouard hizo repaso del día.

Era un lugar agradable y lo bastante grande para sentirse a gusto. Había estado a punto de golpearse unas cuantas veces con las vigas del techo.

Subiendo la escalera exterior, había un cuarto de baño minúsculo que también usaba la joven que se alojaba en la habitación de enfrente. Si la contrariaba la idea de compartir una parte de su intimidad con un desconocido que había llegado sin avisar, no lo demostró durante la cena. Lo escrutó mientras comían. Recogió la mesa y desapareció al terminar.

Édouard no volvió a verla.

Rememoró la espesa melena castaña clara de Gaëlle y el largo mechón que se le había salido de la trenza y se le había pegado a la frente húmeda cuando se refugiaron en el coche al bajar del autobús. Tenía unas mejillas redondeadas que eran rosadas en una zona sorprendentemente delimitada, como si dos pétalos grandes se hubieran posado allí. No iba maquillada. Una belleza natural a la que no estaba acostumbrado y que, sin embargo, le gustaba.

Trató de adivinar su edad, a pesar de ser consciente de que se le daba muy mal. A veces se equivocaba de manera inoportuna. «¿Entre treinta y cuarenta años? No más. ¡Tampoco menos, por la edad de su hijo!»

Édouard disfrutó con la deliciosa comida, consistente en hortalizas de la huerta y pan casero. Su mujer detestaba cocinar y solía conformarse con platos precocinados o que compraba para llevar. Si bien él tenía algunas veleidades culinarias, le faltaba tiempo para ponerlas en práctica. Estaba encantado de reencontrarse con esa cocina sencilla y sabrosa que le recordaba las vacaciones que pasaba

de niño en casa de sus abuelos, en el campo.

Como algo excepcional, habían cenado en compañía de un par de clientes que se marchaban al día siguiente. Gaëlle propuso a Édouard unirse a la comida, junto a Suzann y Adèle, su joven vecina de rellano. El hecho de que hubiera llegado con la escritora suscitó una acogida calurosa y privilegiada.

Por otro lado, sin coche, la aldea no permitía mucha libertad de movimiento.

Édouard no pensó en cuánto le costaría la estancia: la casa familiar se había vendido y él percibiría una suma importante. Podía permitirse perfectamente ciertos gastos y, de pronto, se acordó de la descabellada idea de su mujer de reformar esa cocina que apenas usaba. También comprobó que esa libertad de disfrutar de su dinero sin tener que justificarse ante su esposa era un sentimiento nuevo. Esa súbita toma de conciencia le produjo un estremecimiento. Su mujer lo gestionaba prácticamente todo en el día a día, y él llevaba años dejándose llevar por esa cómoda corriente en la que todo estaba programado. Incluso si daba su opinión, no era el protagonista de nada.

Estaba descansando tumbado en la cama, en calzoncillos. Solo tenía dos más en la mochila, tendría que hacer malabares sin agobiarse. Uno puesto, otro de recambio y otro secándose. Gaëlle le había dicho que le daría un poco de detergente. Le pasaba lo mismo con la camiseta de repuesto y el único pantalón, el que llevaba cuando ocurrieron los hechos. El resto se quedó en la maleta común con la que cargaba su mujer.

Édouard se la imaginaba echando pestes o llorando, o las dos cosas a la vez. Ya le había montado peloteras por mucho menos, así que...

Pensar en Armelle le hacía sentir culpable. Intentaba no pensar en ello. Ya habían pasado unas cuantas horas desde su huida y no sentía ningún alivio. Tampoco remordimientos. Salvo por la tensión en el diafragma y la dificultad para respirar, tenía la impresión de habitar un cuerpo inerte. Debería sentirse ligero al tomar unas grandes bocanadas de libertad entre pecho y espalda, excitado por haber tenido el arrebato de huir, curioso por experimentar la felicidad de

dejarse llevar por decisiones instintivas. Nada de eso. Pasaban las horas y Édouard descansaba echado en una cama preguntándose qué clase de desertor era.

La puerta de la habitación colindante se acababa de abrir y cerrar. Al otro lado de la pared, Édouard oyó que la joven estornudaba en el rellano con un diminuto «Atchíííís» que la hacía entrañable.

A su derecha, el teléfono, que seguía apagado y sin duda contenía los bramidos de su mujer. Ya que había huido, mejor huir en paz.

«¿Soy un monstruo?»

Podría haber pedido al conductor del autobús que parase, haber hecho autostop para volver a Vannes, coger el siguiente tren de alta velocidad y aguantar los gritos de su esposa al llegar a París. Pero un desertor nunca desanda lo andado. ¿Quién se dirige por gusto hacia el pelotón de fusilamiento?

A su izquierda, la carta que había recibido hacía quince días, guardada en su sobre.

Le atravesaba un hilo invisible que unía ambos elementos. El teléfono y la carta. Su mujer y su pasado. Se propuso deshacerlo porque ese hilo, enredado en su corazón, lo oprimía de forma irremediable.

La recepcionista le había dejado el sobre encima de la mesa de su despacho, entre una multitud de papeles.

Le produjo un impacto grato y potente a la vez.

Luego, las vacaciones con su mujer, los numerosos roces cotidianos, los momentos de calma y serenidad cuando se iba a caminar solo por la orilla del mar o por las murallas de la ciudad.

El regreso a la estación.

La maleta que ayudó a llevar.

Una pícara escritora que le habló de respuestas.

Sus preguntas.

La subida al autobús.

La llegada a Doux Chemin.

Y ahora estaba ahí, en calzoncillos, en una cama de madera, encima de una sábana azul de lunares, de noche en un bosque legendario en calma tras la tormenta, con un teléfono apagado y una carta al lado.

«Eres un cabrón.»

Él, el chico educado, el hijo sensato, el yerno perfecto, el devoto marido.

Ese teléfono inanimado lo desafiaba junto a la almohada. Lo cogió, lo soltó, volvió la vista hacia la ventana para evitar la tentación. En vano. Lo agarró enfadado y lo encendió. Muchos mensajes. Uno de Pauline, su hija: «K haces, papá?». Veintisiete mensajes de su mujer, de los cuales el último fue: «Jamás te perdonaré lo que has hecho hoy». Édouard reunió todo el valor que pudo y contestó: «Necesito tomar distancia. Te llamaré pronto». Y apagó el móvil para no enfrentarse a la respuesta. Tiró el aparato, ahora inofensivo, al sillón que estaba junto a la cama y cogió la carta. La sacó del sobre y la abrió con cuidado para no estropearla. Al leerla, volvió a invadirlo un agradable calor contra el que no podía luchar. Contra el que no quería luchar. Solo sentir, experimentar, disfrutar, sumirse de nuevo en sus recuerdos y preguntarse cómo veía el futuro.

Un cabrón feliz.

A continuación, sacó de la mochila la libretita de bordes gastados que lo acompañaba en la mayoría de sus viajes desde los diecisiete años. Un diario incompleto que siempre esperaba terminar con algunos acontecimientos especiales y cuyas últimas páginas llevaban años vacías.

Y empezó a leer.

Un personaje de novela

Suzann agarró su libreta Moleskine, la abrió por una página en blanco, retiró el capuchón a la pluma y meditó las pocas notas que iba a plasmar en el papel.

Un encuentro en la estación de Vannes. Podría iniciar una futura novela.

Édouard: alto, leve sobrepeso, pero musculoso. Seguro que le gusta comer.

Guapo, ojos azules (comprobar), pelo entrecano, encantador, arrugas profundas como las de Jeff Goldblum.

Cincuenta y tantos. Casado, infeliz, perdido, apagado.

Sensible. Fácil de convencer, de influenciar.

Hecho intrigante: antes de llegar a Paimpont sacó el ordenador de la mochila, abrió la funda e hizo sobresalir parte de un sobre pequeño.

¿Para comprobar que estaba ahí?

¿Por necesidad de verlo?

La dirección = letra bonita. ¿Femenina?

El otro huésped: una joven de larga melena morena. Veintitantos.

Guapa, misteriosa, provocativa.

¿Encantadora o seductora?

No quitó ojo a Édouard durante la cena. ¿Imaginarlos juntos?

Diferencia de edad: dar vueltas al tema.

Hacer añicos las certezas

Édouard pasó una noche agitada. Se despertó varias veces, sobresaltado por los ruidos provenientes del bosque circundante y la algarabía de sus pensamientos, tan desordenados como las ramas de los árboles durante la tormenta de la víspera. Poco después de medianoche lo intrigó el extraño canto de unos pájaros y, por algunos gruñidos lejanos, se imaginó hordas de jabalíes en los alrededores. Le resultaba más familiar el ruido de las sirenas y las voces en la calle cuando cerraban los últimos bares. El hombre tardó en darse cuenta, al calor del edredón, de que había dormido en un sitio desconocido, entre gente nueva, con una mochila en la que había tres calzoncillos, dos camisetas, un pantalón, su ordenador portátil, su maquinilla de afeitar y su documentación.

Y unas palabras, protegidas por un sobre.

Las leyó una y otra vez a la luz del alba. Esa noche, mientras el sueño se le resistía, había decidido varias veces regresar a París, pedir perdón a su mujer, regalarle la mejor cocina del mundo e incluso comprometerse a habitarla de vez en cuando, volver al trabajo, tirar esa carta y olvidarse de todo. Adiós, molesta culpabilidad. Aún era pronto para que alguien se enterase del papelón que había hecho el día anterior.

Sin embargo, cada vez que volvía a leer esas líneas sabía que nada sería como antes. La carta no era muy larga, pero unas cuantas palabras habían bastado para hacer añicos las certezas que habían sustentado su existencia hasta entonces.

«... He confiado en la vida...»

Esas palabras, surgidas de una bonita caligrafía, lo animaban a hacer lo mismo, a creer por un momento que nada era casual y que el destino le había enviado, justo antes de irse, a una escritora inglesa para ayudarla con una maleta muy pesada y que ella lo llevara a ese sitio, donde lo acogerían como a un huésped más.

Como si ya no estuviera acostumbrado a hacerle caso, tardó un poco en darse cuenta de que su calzoncillo se tensaba bajo las sábanas. Hacía meses que no tenía una erección matutina semejante. Ese estado no se debía a ningún pensamiento en particular. Una abstinencia obligada que se negaba a resolver con infidelidades, y que un placer solitario no colmaba, había condenado a esa parte suya a un sueño mustio durante años. Y ahora se despertaba, demostrándole que no estaba muerta y que aún tenía alguna utilidad agradable. Se avergonzó. ¿Tenía que alejarse de su mujer para que sus mecanismos intrínsecos volvieran a ser eficaces? ¿O era por la carta? ¿O, en concreto, por quien la había escrito? ¿El aire del bosque y sus virtudes regeneradoras?

Habría prolongado ese momento tan placentero, incluso buscando su culmen, si no hubiera sido por esa dolorosa vejiga que lo torturaba. Entonces se acordó del té de la noche anterior, al que Suzann propuso añadir una nube de leche, una manera de tomarlo que Édouard nunca había degustado. Se preguntó por su vecina de rellano. Aún no la había oído manifestarse. Tendría que vestirse para ocultar ese repentino vigor masculino, por si se cruzaban en el descansillo. Rara vez una erección lo había reconfortado tanto, como si quisiera oírla decir: «¡Va a ser un buen día, Édouard!».

¿Estaba desesperado por buscar buenos presagios en el simple hecho de empalmarse?

Crecer como un apacible roble

Dada por muerta, yacía sobre la paja del granero con el único movimiento de su débil respiración.

Sabía que había llegado su hora, por no haber podido huir, por no haber sido lo bastante fuerte para luchar contra su agresor. Ahí terminaba su vida, un cuerpecillo insignificante delante del box de un gran caballo blanco.

Unos minutos antes, Platon había comprobado con un leve zarpazo el estado de su presa. La ratita ya no se movía tanto como para divertirlo. Se dirigía hacia la casa después de su vagabundeo nocturno cuando vio a Édouard bajando la escalera. Desde el primer contacto, el animal había sentido la hostilidad de ese hombre hacia él. Pero ¿quién no iba a querer a un gato tan cariñoso y agradable como él? Platon vacilaba: ¿guardar las distancias o tratar de engatusarlo? ¿La animadversión de ese visitante podía ser perjudicial para Gaëlle y Gauvain? Estaría pendiente y desconfiaría. Sacaría sus afiladas garras ante la menor amenaza.

Más madrugador que el resto de los comensales, Édouard fue el primero en entrar en la estancia donde se compartían las comidas y estuvo a punto de tropezar con el gato, que aprovechó que la puerta se abría para colarse entre sus piernas. Sorprendió a Gaëlle y Gauvain abrazados y se disculpó mientras daba media vuelta.

—Quédate, no nos molestas.

El chico se soltó de los brazos de su madre y, sin dirigir una sola mirada al desconocido, desapareció en la cocina para encender el hervidor de agua y cortar el pan.

—¿Te importa si nos tuteamos? Todos lo hacemos.

—A Suzann le hablas de usted.

—Todo el mundo habla de usted a Suzann. ¿Has dormido bien?

—Más o menos. Aún necesito un tiempo de adaptación.

—Aquí uno se adapta rápido. Yo me quedé.

—Yo no he previsto quedarme. Solo quiero reflexionar un poco. Me dejé llevar por lo que dijo Suzann y pensé en mí.

—¿Alguien podría reprochártelo?

—¡Mi mujer!

Aunque algunos vieran gestos de complicidad, Gaëlle había aprendido a ser imparcial y no tomar partido o implicarse en conflictos ajenos. Hacía un favor cuando se lo pedían. El resto no era asunto suyo.

Aun así, Édouard le resumió su marcha. La llamada del notario, las vacaciones complicadas, su mujer plantada en la explanada de la estación tras las palabras de Suzann, los remordimientos que lo acosaban en sueños, la distancia necesaria. Una ardilla se paseaba por el patio. De pelaje rojo, cola tupida, mirada penetrante y gestos rápidos, se movía ante sus ojos con la levedad y la gracia de una bailarina.

—Anda, ¿una ardilla? ¡Qué raro! Suelen tener miedo al gato. ¡Tan raro como interesante! —exclamó Gaëlle mientras iba hacia la librería que estaba en un rincón de la estancia—. Creo que significa algo en particular —dijo sacando un libro por el lomo, que abrió por el índice alfabético.

—No creo mucho en los símbolos y las señales.

—Solo creemos en lo que nos interpela. Mira, la ardilla: «Augura la llegada de una transformación mayor y/o la necesidad de desprenderse de aquello que ya no dará frutos. Entregue lo que no necesite y prepárese para un cambio importante». ¿Te dice algo?

Con una taza de té entre las manos, arropaba a Édouard con la mirada. Gaëlle observaba a los demás con cuidado. Por eso se entregaban a ella de forma espontánea y confiada. El hecho de estar acostumbrada no le impedía recibir con asombro esos arrebatos de confianza.

—¿Y qué animal hay que ver para saber si te has equivocado?

—Eso no hace falta que nos lo diga un animal. Basta con que decidas actuar para que tus sueños se cumplan.

Édouard rebobinó mentalmente la frase de Gaëlle. Remataba a la perfección la carta que leía y releía desde hacía dos semanas. Ese

principio, que había dejado de lado en la adolescencia, lo martilleaba sin parar incluso personificado en una ardilla. Había albergado sueños agradables, ambiciosos, potentes, y alguien los había encerrado con una llave que luego había tirado al mar con desprecio. Tenía la mirada perdida y no vio a Gaëlle poner la mesa para el desayuno. La vajilla era uniforme: de cerámica y de un color azul intenso y luminoso, con reflejos tornasolados. Le encantaba cuidar la presentación.

—La comida sabe mejor cuando la mesa está bonita, ¿no?

—¿Es artesanía local? —preguntó Édouard al tiempo que cogía una de las tazas para aferrarse a una materialidad tranquilizadora.

—No puede ser más local.

—¿Lo haces tú?

—No, un alfarero de la aldea vecina. Yo fabrico lámparas.

Señaló hacia un rincón que había junto al sofá. Una enorme rama lisa, tortuosa y encerada, rodeada por un largo hilo eléctrico, se elevaba hacia el techo y culminaba en un racimo de lámparas de metal suspendidas.

—Esta tarde estaremos en el taller, podré enseñarte las creaciones que estamos realizando.

—¿La lámpara de la habitación de los desesperados también la has hecho tú?

—¿Los desesperados?

—Es como la llamó Suzann. El cuarto pequeño «por si acaso», para desesperados como yo.

Gaëlle sonrió antes de añadir que la palabra «desesperanza» también encierra «esperanza», y luego desapareció en la cocina para coger una bandeja llena de comida y bebida.

Édouard observaba la pequeña estantería con casilleros que estaba colgada a la derecha de la puerta de la calle. Había cinco teléfonos móviles, cada uno en su casilla.

—Hay una casilla para ti, si quieres —lo invitó Gaëlle.

—¿Para qué?

—Cortar para disfrutar de la naturaleza. Es una regla que propuse hace tres años, a fuerza de ver a muchos turistas pasar algunos días en el campo sin poder desconectar.

Gaëlle había aterrizado en el bosque como quien llega al final de una vía de escape, tras desertar de la agitación humana, la hipocresía, el compromiso, los juegos de poder y de dominación. Se había apartado de la sociedad de consumo, el ensañamiento publicitario y la rentabilidad a cualquier precio. Solo quería ser feliz viviendo de forma discreta y sencilla. Veía pasar a coachs, curanderos, gurús y guías. A quienes supuestamente quieren hacer el bien cuando lo único que les interesa es el dinero. A quienes, aparentando venerar la naturaleza, la pisotean con trozos de cristal que clavan en la corteza de los árboles centenarios del bosque, al parecer para honrar a dioses interiores o celestes, sin pensar en que un haya con la albura herida deberá lidiar con el desprecio de algunos y crecer con sus afilados hechizos. El dios de Gaëlle se ocultaba en los árboles, la hierba, el sol y la lluvia. Ella se conformaba con alimentarse y dar de comer a su hijo, ayudarlo a crecer como un apacible roble y vivir al son de las estaciones para deleitarse con la belleza de las hojas en otoño y la nieve cubriendo los senderos, el renacimiento primaveral y el calor veraniego.

—El bosque no es peligroso. Puedes pasear por allí sin teléfono.

Édouard vio la funda del de la escritora. Supuso que los otros dos serían de la pareja de clientes que aún no se había marchado. Faltaba el de Adèle. «Vaya, así que no sigue el juego», pensó.

—Adèle no tiene —dijo Gaëlle como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Una joven de su edad?

—Llegó sin teléfono hace poco más de un año y aquí no lo ha necesitado.

—¿Cómo vive?

—Con poco. Le doy alojamiento y manutención, y, a cambio, ella me ayuda. Propone visitas narradas por el bosque para la oficina de turismo.

Se arrepentía de haberse precipitado al juzgar. Como se había criado en la normalidad, ponía en duda la marginalidad de otros.

—No dependo del móvil. Ahora mismo lo tengo apagado en el sillón que hay junto a la cama.

—A veces somos más dependientes de lo que creemos. ¿No lo miras

por la mañana en cuanto abres los ojos?

—Sí. Ajusto el despertador. Lo tengo que apagar.

—¿Y no actualizas el buzón de correo varias veces al día?

—Sí, por el trabajo.

—¿También los fines de semana?

—Sí, cuando estoy de guardia. Lo reviso menos que mi mujer, que se pasa el día hablando con sus amigas por las redes sociales.

Gaëlle le propuso que intentara desconectar del todo, incluso si no se sentía dependiente. Esa cuarentena le brindaba el derecho a ir a oler los árboles del bosque sin estar accesible en todo momento.

Édouard se lo prometió.

Quizá.

Luego.

Un camino placentero

Cuando entró en la habitación un poco antes, Suzann había acariciado al gato mientras le susurraba palabras cariñosas en inglés. El animal maulló de gusto removiéndose bajo su mano.

Gaëlle, previsora y atenta, se aseguraba de que todos se sintieran a gusto a la mesa. La anciana bebía su té con leche a sorbitos y se contentaba con una fina rebanada de pan. Era suficiente para su organismo frágil y delicado. En cuanto a Édouard, la anfitriona había previsto de más, al suponer que semejante complexión requeriría una alimentación considerable. Sin embargo, apenas tomó nada. Ella achacó esa falta de apetito a su incómoda situación. Al final Édouard terminó comiéndose una tostada de pan integral en la que untó un poco de mantequilla salada, y algunos remordimientos del pasado.

—Entonces ¿el nombre de la aldea proviene de ese famoso camino del que me hablabas hace un momento y que yo debería tomar? —preguntó a Gaëlle.

Una sonrisita iluminó el rostro de Suzann. Escuchó, por enésima vez, la historia del origen de ese nombre. No se cansaba. El claro del pueblo se unía a otro claro por un camino que salía hacia el este, a doscientos metros de la casa de Gaëlle. Un camino bordeado de árboles centenarios formando un túnel, cuya bóveda se componía de ramas retorcidas y enmarañadas que solo dejaban pasar la luz en pleno invierno, cuando ya no quedaban hojas que hubieran resistido la cuchillada del otoño. Ese paseo, por tanto, siempre estaba húmedo y cubierto de musgo, como una alfombra verde que un ser superior hubiera desplegado para conducir solemnemente a los visitantes hasta el tilo multicentenario que reinaba en el segundo claro. Un camino largo, de unos cien metros, que había que recorrer descalzo al menos una vez en la vida para que los arcos plantares —y, por capilaridad vibratoria, el resto del cuerpo— probaran la extraordinaria sensualidad que la naturaleza podía ofrecer al hombre.

—¿Usted ya lo ha hecho, Suzann? —preguntó Édouard apurando su café.

La expresión divertida de la inglesa indicó al hombre lo ridícula que era su pregunta. Sí, cada otoño repetía esa práctica. Le proporcionaba la energía suficiente para aguantar hasta el siguiente año.

A Édouard le costaba imaginarse a esa anciana de punta en blanco llevando a cabo dicha experiencia. ¿Qué ropa se pondría para perderse en la naturaleza salvaje?

—Lo mejor es recorrerlo al alba, para disfrutar del rocío —precisó Gaëlle.

Suzann regresó a su cuarto para, según ella, «hacer unos estiramientos previos a una larga sesión de escritura». Édouard la veía rebosante de energía: parecía aspirar a un nuevo amanecer en el ocaso de su vida. Las virtudes de ese camino placentero lo intrigaban, pero no eran su prioridad. Llevaba una infinidad de años sin caminar descalzo por el campo y temía hacerse daño o que le picara algún bicho. Las ardillas, los poderes del musgo… Todas esas creencias estaban muy alejadas de sus pragmáticas preocupaciones urbanas: meterse las manos en los bolsillos para que no volvieran a robarle el móvil en el metro, no llegar tarde al trabajo a pesar de las averías y los incidentes de los viajeros, encontrar la ruta con mayor fluidez para salir de la capital en coche el fin de semana.

Decidió aplazar la experiencia. Otro rocío llegaría puntual a la cita. Tenía otras preocupaciones en mente. Lo más urgente esa primera mañana era avisar a su superior de que prolongaba las vacaciones unos días debido a un contratiempo. Como era el jefe del equipo de ingenieros en la compañía estatal de ferrocarriles, la SNCF, los imprevistos laborales, numerosos y constantes, no paraban de sumarle días recuperables que nunca llegaba a cogerse y acababa perdiendo. Por fin se atrevía a pedirlos, imponer condiciones, acariciar la idea de rebelarse.

Al colgar se sorprendió de haber logrado plantar cara a su interlocutor; no obstante, ahora temía las consecuencias a su regreso. Los refractarios de la institución lo pagaban caro.

Esperaba que un paseo bajo el sol le despejara la cabeza y le

permitiera descubrir los alrededores más inmediatos.

Tras dejar el teléfono en la casilla que le habían asignado, lo que hizo más por diversión que por convicción, dispuesto a demostrar a Gaëlle que podía prescindir de él perfectamente, se acercó a ese gato peludo que había estado a punto de tirarlo al entrar y que en ese momento descansaba en un cojín frente a la ventana, al calor de los primeros rayos de sol. Tendido en forma de media luna, con la cabeza recta y los ojos cerrados, abría uno de tanto en tanto para comprobar que no lo amenazaba ningún peligro y luego lo volvía a cerrar. Se enderezó al aproximarse Édouard y se estiró con un gruñido. El hombre no supo interpretar su actitud. Desconocía el lenguaje de los gatos. En realidad, nunca le habían gustado y ellos se lo devolvían. Sin embargo, ese tenía un aura que atraía a la gente. Suzann, los clientes, Adèle... Todos tenían una caricia para él. Incluso Édouard, a pesar del miedo. El recuerdo infantil de una herida fea afloraba cuando se cruzaba con uno de esos felinos. El gato se dejó mimar y se puso a ronronear. Édouard nunca había experimentado una sensación tan intensa y el efecto relajante de las vibraciones animales en su organismo lo sorprendió.

Se dio la vuelta cuando llegó al centro del patio. El gato lo miraba a través de la ventana irguiendo la cola de forma acompasada. Édouard se sintió casi como un sospechoso.

Se propuso deambular por la aldea para conocer el lugar y a sus habitantes, y saludarlos. Se fijó en una mole oscura que se movía entre la hierba, apartada de la carretera. Al acercarse vio que se trataba de una tortuga del revés que trataba de darse la vuelta desesperadamente para continuar su camino. Removía el aire con las patas mientras buscaba un punto de apoyo para girarse. La cogió con delicadeza de ambos lados del caparazón mientras vigilaba las garras, que se movían en desorden. La levantó dándole la vuelta, lo que no fue una tarea fácil. La tortuga tardó un poco en estabilizarse con las patas y después volvió a la hierba con parsimonia.

Édouard se fijó entonces en el anciano vecino que los había saludado el día anterior cuando llegaron. Cavaba el jardín casi doblado por la mitad, con gestos firmes y precisos. El jubilado se

enderezó al verlo y se apoyó en la azada como un peón de carreteras que se tomara un merecido descanso.

—¿Esta otra vez de espaldas?

—¿Quién? —pregunto Édouard, pasmado por ese comienzo.

—¡Viviane! La tortuga. Usted le ha dado la vuelta. La hierba está tan alta que desde aquí no podía ver que estaba en esa mala postura. Habrá sido Platon de nuevo.

—¿Platon?

—El gato de Gaëlle. Por más que lo abronquemos, sigue haciéndolo. Una patadita y, hale, se queda tan contento, el asqueroso. Y así la deja, pensando que ya la pondrá derecha alguien que pase por ahí.

—¡Qué nombres tan raros tienen los animales aquí!

—Mi caballo se llama Perceval. Tiene gracia, ¿verdad?

—Yo me llamo Édouard.

—Eso no tiene tanta gracia. Yo soy Raymond. ¿Estás de vacaciones?

—Algo así.

—¡Has llegado con nuestra querida Suzann! ¿Es que la conoces?

Édouard tuvo que reconocer que no, lo que le recordó lo disparatado de su llegada. Refirió al anciano el cúmulo de circunstancias y la incierta duración de su estancia. Luego le preguntó si conocía bien el bosque, su leyenda, si creía en la magia que le atribuían.

—La magia está dentro de nosotros, los árboles solo son una forma de mostrárnosla. Para otros será el mar o la montaña.

—Y usted, ¿encuentra aquí su magia?

Raymond hincó la azada en el bancal con un golpe seco y se sacudió los zuecos contra una piedra para despegar buena parte de la tierra aún empapada por la última tormenta, antes de tomar un pequeño paseo pavimentado hasta el viejo murete al pie del camino.

Cuando llegó junto a Édouard, le dio un apretón de manos firme, rugoso y húmedo.

—¿Mi magia? Ahí está: en los vegetales, en el bosque que nos rodea, en mi taller, en mis vecinos y en el tiempo que pasa y me despierta todas las mañanas. ¡Está en el hecho de sentir que por dentro me suena bien! Y tu magia, ¿dónde la oyes?

Aquel anciano que parecía inofensivo acababa de atizar una buena lanzada al escudo que Édouard llevaba años forjándose para protegerse de su propia realidad. ¿Dónde estaba su magia? ¿Dónde estaba desde hacía treinta años? Ni en París ni en su trabajo, y menos aún en la mirada de su mujer. ¿Aún existía?

—A decir verdad, no estoy seguro de que la tenga dentro.

—¡Gansadas! Todo el mundo la tiene. Hay quienes se olvidan y ponen un montón de trastos encima, como ahí —dijo señalando un amasijo de vigas, tablones y piedras viejas que habían caído de la pared de una casa vecina—. A simple vista solo ves cosas sin interés, pero quién sabe si debajo no hay un nido de erizos o una rara planta silvestre que solo crece en lugares húmedos y oscuros y que los druidas del lugar buscan desesperadamente, ¿eh?

Édouard tuvo miedo de las respuestas que había ido a buscar. Sabía a qué se parecía su magia. Veía los tablones, los ladrillos, los pedazos de todo y de nada que había acumulado con los años para esconderla mejor e intentar olvidarse de que agonizaba.

Vagó durante horas alrededor de la casa. Le costaba respirar, se sentía pesado y lleno de nada.

Ni siquiera pensó en regresar para comer. La víspera, Gaëlle le había dicho que se sintiera libre de cualquier imposición por su parte. Ella siempre se adaptaba con un cubierto de más o de menos.

«Libre de cualquier imposición.»

Buscó unas cuantas veces de forma instintiva el teléfono dentro del bolsillo para comprobar posibles llamadas o mensajes, olvidando así el pequeño desafío que se había propuesto. Se sintió tonto unas cuantas veces, como testigo de primera mano de su propia adicción. De su cuerpo y de los automatismos de los que no era consciente.

Un robot que se quería liberar.

«Libre de cualquier imposición.»

Todos esos años había hecho lo posible para estar siempre localizable. Algo que podía justificarse cuando Pauline era pequeña, pero ahora esa importancia de estar disponible había perdido intensidad. Sabía que su hija era autónoma e independiente y que se rodeaba de buenos amigos. Comprendió que se había encerrado en ese

principio intangible por su mujer. Estaba disponible para que Armelle lo dejara tranquilo. Por lo demás, ella no le daba otra opción. Si no respondía o no devolvía la llamada en media hora, le reprochaba que no era considerado, que no pensaba en ella, que no la quería. Por eso él descolgaba, asentía a lo que le dijera sin apartar la mirada del ordenador y contestaba de forma automática. A Armelle le costaba mucho decidir por sí misma, se andaba con rodeos continuamente. La agobiaba la propia idea de tener que elegir: «El hervidor nuevo, ¿lo cojo rojo o azul?». «Rojo», se oía decir Édouard sin haberlo pensado lo más mínimo, pues le importaba un pimiento el color del objeto. Y así con todo. El menú de un restaurante era el *summum* del calvario, y Armelle acababa pidiendo lo mismo que su marido. A veces Édouard renunciaba a platos que le chiflaban porque sabía que a ella no le gustarían. ¡Adiós al marisco, el fuagrás, los guisos y las mollejas! Había caído en la trampa de un mecanismo tácito que aceptó hacía mucho. Pensándolo bien, desde que empezaron a salir. Todo se había construido en torno a esa dependencia y, a pesar de que hubo un tiempo en que le halagó sentirse importante e incluso un tanto imprescindible, ahora era consciente de hasta qué punto se sentía preso.

Sentado en un tronco seco, se ahogaba en sus pensamientos, se hundía, salía a la superficie, volvía a hundirse. Entendía la cruda realidad, el elemento de aire o de agua que constituía su vida en pareja. Ignoraba cuánto tiempo necesitaría para encontrar un lugar donde hacer pie. De momento, lo urgente era encontrar el aire.

Una desaparición preocupante

Gendarmería de Les Rousses,
departamento del Alto Jura

Robert se sentó en la silla de formica que estaba delante del teniente. A Christine no le quedó más remedio que ocupar la que quedaba oculta detrás de la pantalla del ordenador. Nadie le había pedido su opinión. De hecho, nadie se la pedía nunca. Con la barbilla pegada al pecho, clavaba la mirada en el embaldosado de los años cincuenta. Algunas piezas rojas, amarillas o azules salpicaban las minúsculas baldosas de color gris moteado y faltaba una, justo delante de su pie, que dejaba ver la base de hormigón. La vetustez del suelo resumía bastante bien su vida. Unas pocas partes de colores, el resto gris, y ese trozo que faltaba. Se fijó en las botas militares bajo el escritorio, impecablemente enceradas, tan cuidadas como la camisa azul planchada con esmero. Había dejado el bolso sobre sus rodillas y retorcía la correa de cuero para mantener las manos ocupadas.

—Bien, díganme qué les trae aquí —empezó el gendarme.

—Es para notificar una desaparición preocupante —contestó Robert con voz fuerte—. Hoy hace una semana.

—¿A quién atañe dicha desaparición?

—A nuestra hija, Delphine.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplió veintidós años el mes pasado.

—Ah, entonces es mayor de edad.

—Sí, ¿y qué?

Christine notó el enojo en el tono de su marido. Colérico e impulsivo, se enfurecía por cualquier cosa. El proceso acababa de ponerse en marcha. Esperaba que el hecho de estar en una gendarmería lo contuviera un poco. Se encogió aún más.

—¿Qué hechos le hacen pensar que ha desaparecido de forma

preocupante?

—De un día para otro ya no estaba. Y no tenemos noticias suyas desde entonces.

—No es propio de Delphine —añadió Christine con una voz imperceptible mientras buscaba un pañuelo dentro del bolso. Había conseguido contener un sollozo, pero no las lágrimas silenciosas que llevaba días derramando.

Robert se volvió hacia ella conminándola a que dejara de lloriquear. Después emitió un sonoro suspiro.

—Discúlpela, es demasiado sensible. ¡Ay, estas mujeres…! Entonces, para usted, ¿esfumarse sin avisar no es preocupante?

—¿Ha pasado algo que pueda explicar su marcha?

El hombre pareció dudar un momento antes de contestar.

—No, nada en particular. Se quejaba de que los clientes le ponían la mano encima de vez en cuando, pero, en fin, siempre ha sido preciosa a su manera.

—¿Llevan ustedes el hotel que está en el centro?

—¡Sí! ¿Nos ha honrado ya con su visita? —preguntó el restaurador con una sonrisa en los labios pensando más en la fama de su establecimiento que en la desaparición de su hija.

El gendarme contestó de forma vaga antes de preguntar a Christine si el comportamiento de los clientes podía explicar la marcha de su hija. La mujer dudó. Se sentía culpable por no haber impedido que toquetearan a Delphine. Ella también había sido víctima. Aunque no haya nada infalible, la edad es como un caparazón que echa para atrás y que protege cada vez mejor de ese deseo de intrusión. Sobre todo, sabía, por haber tratado el tema una vez con su marido, que él no le daría la razón y que añadiría un comentario envenenado sobre lo estrecha que era. Pero ¿se atrevería a repetirlo allí, delante del gendarme? ¿Y si fuera el momento adecuado?

—Lo llevaba mal —acabó diciendo con un susurro.

—¿Es camarera a jornada completa?

—No, de forma ocasional, porque mi hija va a la universidad —soltó el padre para volver a tomar las riendas de la discusión y acallar a su mujer.

—¿Hay más camareras que se quejen de los clientes?

—No. ¡Si no les gusta, saben que tengo a cinco haciendo cola para el puesto!

—¿Y usted, señora?

—¿Ella? ¿Quién iba a querer tocarle el culo? —dijo el hombre con una carcajada.

Christine, humillada, alzó la vista hacia el gendarme un breve instante, para ver su reacción. El miedo empezaba a brotar en su estómago. Pensaba en el camino de vuelta en el coche; en los reproches de su marido, que empezarían en el propio aparcamiento de la gendarmería, y en la noche, que se anunciaba dura, como cada viernes. Le pareció entrever un furtivo arrebato de compasión hacia ella por parte del suboficial, quien de inmediato se dirigió a Robert.

—No obstante, tenga cuidado con no dejar que se afiancen situaciones que podrían perjudicarle.

—Bueno, bueno, tampoco exageremos. Una palmadita en el culo no mata a nadie.

—Me remito a la ley. En el futuro, vigile un poco a sus clientes. No querría tener que intervenir en su establecimiento. En cuanto a su hija, si no se ha producido ningún suceso preocupante que pueda hacerles pensar que la han secuestrado o que ha tenido un accidente, siento decirles que es libre de irse a donde le plazca sin dar noticias. Es mayor de edad.

—¡Para esto sirve nuestro dinero! —acabó enfureciéndose el padre —. ¡Para pagar a gendarmes que nos dicen que no pueden hacer nada por nosotros!

Robert se levantó dispuesto a encararse con él. Su esposa lo cogió del brazo para llevárselo del despacho mientras intentaba hacerlo entrar en razón. Quería salirse con la suya y despotricar por despotricar, como hacía durante todo el día, contra sus rivales en el pueblo, contra las mujeres, contra los inmigrantes, contra los bancos, contra los políticos. Hacía años que Christine se había resignado. Sin embargo, a pesar de la costumbre, no se libraba de la humillación cuando se comportaba así en público, y menos en la gendarmería... Por suerte, o por ayudar, el suboficial no le tuvo en cuenta ese

comportamiento y lo achacó a la preocupación.

Al ver al tipo alejarse por el pasillo haciendo aspavientos, la mujer un poco apartada para no llevarse un golpe, el teniente se preguntó si acaso el padre no sería en parte responsable de la marcha de su hija.

Después vio a su colega, que volvía de una intervención. Sorprendió al capitán Desnoyaux con los ojos fijos en la mujer, que se dio la vuelta para devolverle la mirada antes de desaparecer por la calle con su marido, que seguía vociferando.

—¿La conoces?

El vértigo de ser libre

La segunda mañana, Édouard se despertó tarde. Había pasado una noche más alterada que la anterior. Sabía el motivo.

Antes de acostarse, sentado en el sofá del salón, había revisado los mensajes de su teléfono. Gaëlle, al verlo con el móvil en la mano, le dirigió una sonrisa exenta de cualquier juicio. Sin embargo, su culpabilidad se tambaleaba. Si bien había imaginado que tendría mensajes por leer, subestimó su contenido dramático. Surgieron un montón de mensajes en los que Armelle expresaba lo irrelevante que se sentía y le daba la razón por haberse ido. Su mujer siempre había sufrido de falta de confianza y tenía excesiva necesidad de consideración. Era periodista en una revista de moda, y alababa la belleza exterior mientras rechazaba la suya propia. A Édouard le parecía elegante, seductora, sublime. Tenía un rostro armonioso, un cuerpo firme, unas manos finas, unos pechos contorneados sin ser insolentes. Se lo había dicho a menudo. Luego dejó de hacerlo, cansado de malas contestaciones. Le importaba ya un comino saber qué vestido se ponía por la mañana o si le había salido otra arruguita en la comisura de los párpados. En cuanto a sus canas, apenas tuvo tiempo de que le parecieran encantadoras, pues enseguida desaparecieron bajo un denso tinte cuyas raíces eran otro motivo de preocupación cada tres semanas. Hacía unos cuantos años que Édouard había tirado la toalla. No solo no tenía esperanzas en que la neurosis de su mujer mejorase, sino que le molestaba. Ese mensaje lo demostraba. Con los ojos pegados al teléfono, no tuvo las ganas ni la fuerza de responder. ¿Seguía queriéndola? La duda alimentó su insomnio.

El salón estaba desierto. Cogió el periódico local y lo hojeó mientras mordisqueaba una tostada bajo la atenta mirada del gato, que descansaba en un cojín cerca de la ventana. Movía solo la punta de la cola, a veces acompañada de un parpadeo. Platon no le quitaba ojo,

como si quisiera conocerlo hasta el fondo de su ser. Édouard acabó desplegando las páginas frente a él para levantar un muro de papel entre ambos. El animal, contrariado, saltó al suelo y se alejó maullando hacia la despensa.

El hombre recogió la cocina, pasó el estropajo y comprobó que todo estaba bien. Había previsto descubrir los alrededores, tomar el aire, distraerse. Antes de salir, sacó el teléfono del bolsillo y dudó. «El bosque no es peligroso.» ¿Tendría los mismos actos reflejos que el día anterior si lo dejaba en el casillero? Solo había un modo de averiguarlo.

Se metió por un camino llano que bordeaba la aldea y se adentraba en el bosque que había al final del claro.

Tras haber caminado varios cientos de metros, se percató de que había olvidado ponerse el reloj. Se propuso desandar el camino, pero cambió de idea y se entretuvo adivinando la hora según la posición del sol en el horizonte, como le había enseñado su padre. Por fin se sentía dueño de sus decisiones. Continuar andando, ir a la izquierda, o mejor a la derecha, pararse, reanudar la marcha, quedarse horas allí. Se sentó sobre la hierba y observó ese cuerpo que no tenía ataduras. Esa carcasa un tanto pesada que le parecía llevar años arrastrando.

Mariposas, abejas e insectos varios, que libaban las últimas flores veraniegas, se demoraban alrededor de él. Las ramas danzaban un ballet lento y armonioso sobre su cabeza. El viento, como director de orquesta, otorgaba a cada hoja un papel en el espectáculo. Así pasaba el tiempo, lejos del tumulto de la ciudad, con una levedad que había anhelado.

Édouard, sentado cerca de tres viejas hayas centinelas, con la piel iluminada por unos débiles rayos de sol, no tenía ninguna obligación, ninguna referencia espaciotemporal, ningún propósito a corto plazo. Se sentía desnudo, mecido por el movimiento universal, dotado de una libertad que llevaba mucho tiempo sin sentir, al menos hasta ese extremo. Esa libertad inmensa y tan repentina le produjo vértigo. Un vértigo aterrador. Todas sus referencias estaban en el aire, todo cuanto había construido se desmoronaba. Se sentía desaparecer dentro de sí mismo, como si no fuera más que un derrumbamiento, un pozo

natural que se está formando, sin poder aferrarse a unas paredes que se deshacen. Iba a morir bajo sus propios escombros.

Se tumbó sobre la hierba para calmarse y tomar aire. Esa parte del terreno había dado algunas balas de heno y otras de brotes. La hierba había tenido la oportunidad de retoñar antes de que las bajas temperaturas otoñales interrumpiesen el proceso de crecimiento.

Echado de espaldas, solo veía un telón inferior de vegetación en torno a él y el azul del cielo, que el sol ya había atravesado en parte. Con las piernas dobladas, apoyó las manos en el suelo y cerró los ojos. Sus dedos alcanzaban esa zona más fresca, un poco húmeda, a la sombra de las briznas que se alzaban orgullosas hacia el sol. La hierba era suave y apacible. Movía la punta de los dedos con leves movimientos, como un niño en brazos haría con el pelo de su madre. Le habría gustado que los tallos más largos lo cubrieran y lo abrazasen para reconfortarlo. Édouard se sentía muy pequeño, minúsculo, una brizna como las que lo rodeaban. Incluso más. Al menos ellas mostraban ese impulso vital que las empujaba hacia la luz. Él se sentía seco y muerto después de que lo arrancasen de raíz hacía treinta años. Le arrancaron de raíz su magia, su tierra, su origen. Cerró las manos para agarrar grandes matas de hierba y apretó con fuerza los dedos para intentar extraer la energía que había dejado de circular dentro de él. Del rabillo de uno de sus ojos cerrados brotó una gota de pena que se deslizó hasta la oreja. Apretó un poco más fuerte ese trozo de campo al que se aferraba para no caer en la vorágine. Estaba bien agarrado. Todas esas briznas juntas resistían. Él también iba a resistir. Estaba seguro y, para autoconvencerse, se lo prometió a la festuca, al ballico, a la grama y al cólquico.

El ruido de los cascos de un caballo lo sacó de su promesa vegetal. Se enderezó aturdido y vio aparecer a Adèle y Gauvain a lomos de un gran caballo blanco. Avanzaban por el camino que salía del bosque, a unos treinta metros. El animal, magnífico y vigoroso, lucía una crin trenzada con cintas rojas, como la tela de la mujer. Ella también estaba impresionante con ese vestido amplio adornado con largos retazos de un tejido ligero y fino que bailaba con el aire y el movimiento. Su disfraz para las visitas narradas.

Cuando Gauvain vio al hombre, saltó del caballo en marcha y aterrizó torpemente en el suelo. Se levantó frotándose el tobillo izquierdo y fue hacia él, primero cojeando y luego corriendo. Édouard no entendía ese impulso repentino, pues el chico se había comportado con él de forma muy distante desde su llegada. Solo, en medio de ninguna parte, le asustaba ese inminente cara a cara.

Gauvain llegó exhibiendo una gran sonrisa. Se dio la vuelta para contestar con un gesto de la mano a Adèle, que acababa de gritar: «¡Me voy a casa!». Cuando se volvió de nuevo hacia Édouard, esgrimió el brazo que había escondido tras la espalda y le tendió un trozo de madera. Sonreía contento.

El hombre lo cogió y lo observó desde distintos ángulos, sin entender qué era tan gracioso. Entonces el chico lo colocó de una forma en particular y señaló con el dedo algunos detalles que mostraban una cara. Una prominencia era la nariz, una grieta debajo, dos agujeros casi simétricos eran los ojos, y la corteza, las arrugas.

—¡Qué vista la tuya! ¿Estabais haciendo una visita guiada?

Gauvain asintió y luego, señalando las casas con el pulgar, le preguntó si iba a regresar.

Ese adolescente tan peculiar, capaz de asombrarse a los quince años ante un trozo de madera figurativo como si fuera un niño de cinco, acababa de devolver a Édouard a una agradable realidad. Acompañó a Gauvain por el camino de vuelta y aprovechó así una oportunidad para ganárselo. Caminar en silencio le pareció insólito. Insólito y grato. En París era algo tan raro que disfrutó del concepto. Además, sentía una complicidad natural hacia el chico. Los unía una especie de hilo del que desconocía el origen.

El gato se escondía detrás de la casa cuando vio llegar a Édouard y Gauvain. Estaba demasiado lejos para percibir con nitidez lo que pasaba en el interior del hombre y la cualidad de sus vibraciones. Sin embargo, no lo notó hostil hacia el chico. Al contrario. ¿Se habría equivocado con las intenciones del recién llegado? Quizá el hombre era inofensivo. Gauvain lo había alimentado desde el destete, había jugado con él cuando era un cachorro, solía acariciarlo. El animal se sentía en deuda con su amo y se arrogaba la misión de protegerlo.

Platon no bajaba la guardia.

Un ramo para la reina

Al tercer día, Suzann se puso las zapatillas de deporte decidida a servirse del sol para que la ayudase a dar forma a su relato; caminar contribuía a forjar historias. Cuando recorría los caminos en torno a su casa de campo inglesa o los de Brocelianda, brotaban cuantiosas ideas. Escenas aprisionadas que surgían con el movimiento. Además de incentivar su inspiración, las caminatas mantenían en buen estado su cuerpo envejecido. Eso y también los huevos revueltos de cada mañana, el vasito de tinto por la noche, poco azúcar y mucho té verde, todo regado con una pizca de maquiavelismo. Tal vez esa era la receta para seguir tan activa. Por añadidura, su oficio de escritora constituía un ingrediente nada desdeñable de su alegría. Tras casarse dos veces y enviudar otras dos, llevaba veintitantos años viviendo sola. La soledad tenía sus virtudes, y la anciana se había acostumbrado a ella sin sufrir. Su cuerpo no había querido tener hijos. Nunca supo el motivo, pero aceptó las consecuencias.

Asomó la cabeza por la puerta entreabierta del taller para dar ánimos a Gaëlle y a Gauvain, que se afanaban con su rama respectiva, y luego se aventuró por el sendero hacia la entrada de la aldea. Apreciaba los dos viejos robles que dominaban el lugar como los guardianes de un templo sagrado.

Raymond, siempre atento al menor movimiento en el vecindario, la vio salir del taller. Se apresuró a recoger unas flores de su jardín, y dispuso de forma armoniosa y ocultó el brazo a su espalda. Mientras esperaba a que llegase Suzann, simulaba quitar las hierbas del murete. Se desentendía de lo que hacía su mano derecha con las malas hierbas. La izquierda, repleta de flores, era la única que le interesaba. La anciana, menuda y bajita, avanzaba despacio. Cuando pasó por delante de la casa de Raymond, él se levantó y le sonrió fingiendo sorpresa.

—Qué día tan bonito, ¿verdad?

—Magnífico. Espero *aprovecharla*. ¡Ya veo que usted también! ¿Jardinería?

—Si me quedara en casa con este tiempo, me pondría mohíno.

—¿Mohíno?

—Mohíno… ¡Triste! Ay, si no estuviera yo para enseñarle algunas palabras antiguas, ¿quién lo haría? Arranco unas cuantas malas hierbas, y he sembrado canónigos. También he recogido unas flores — añadió, y le tendió el ramo.

—Mi querido Raymond, qué atento *usted es*. Estoy emocionada.

Pasó un ángel antes de que ella le comunicara la finalidad de su paseo y las ideas que esperaba encontrar al final del camino.

—¿Puedo invitarla a un café cuando vuelva?

—Me avergüenza rechazar una propuesta tan amable, pero tengo *mucha* trabajo. No se enfade conmigo.

Se oyó el chirrido de una puerta. La de la cuadra de Raymond, un poco más lejos, a la izquierda. No se distinguía el interior del edificio. Solo resonaba un tintineo en la oscuridad de la profunda abertura. Tras unos minutos de silencio, salió Adèle vestida de negro seguida de un caballo al que sujetaba por las riendas. Llevaba un gran sombrero de fieltro y su larga melena ondeaba al viento. Con el pantalón ceñido que se adaptaba a la forma de sus estilizadas piernas y las botas de cuero gastado, se daba un aire a Calamity Jane. Al cabo de unos metros detuvo su montura, pegó el rostro a la testuz del animal mientras le acariciaba las mejillas y, acto seguido, subió a la silla con una facilidad que revelaba un cuerpo atlético y el dominio de la equitación. No los miró ni una vez.

—Ese caballo es de usted, ¿no?

—Sí. Suele montar a Perceval desde que llegó y lo cuida mucho. Él está contento, y yo también. Ya no tengo edad para montarlo.

—Qué misteriosa es esa joven. Apenas la he oído desde *mía* llegada. ¿Desde cuándo vive aquí?

—Desde hace poco más de un año, creo.

—Parece un poco perdida.

—Muchos jóvenes desubicados vienen a perderse a nuestro bosque para, como suele decirse, que los dejen en paz. No hace mucho, una

chiquilla apenas mayor de edad, en el pueblo de al lado. Dos adolescentes el mes pasado, pero a estos los encontraron enseguida. Adèle lleva aquí mucho más tiempo.

—¿Qué hace?

—Organiza visitas por el bosque. Tiene un físico que hace fantasear a la gente. También ayuda a Gaëlle a cambio del alojamiento y la comida.

Suzann la observó mientras se alejaba, hasta que desapareció por el bosque. Un personaje interesante. Desentrañar los secretos de esa enigmática joven no sería fácil. Sonsacaría a Gaëlle.

Suzann agitó el ramo en señal de agradecimiento y prosiguió su camino hasta los dos robles.

El día se presentaba inspirador.

Tendría que ponerlo por escrito esa noche para no dejarse nada.

Agatha

La libreta Moleskine esperaba pacientemente sobre una mesa iluminada por una bonita lámpara.

Suzann, sentada en la cama, había cerrado los ojos y hacía un repaso del día. Se prometió a sí misma no arriesgarse tanto (ya no tenía edad), pero tuvo que rendirse a la evidencia: ¡qué excitante era ponerse en el pellejo de la señorita Marple! Se había asegurado muy bien de que nadie la pillara, había actuado deprisa y sin dejar pistas.

Se levantó y se sentó al escritorio, se ajustó las gafas y abrió la libreta por una página en blanco.

Carta leída muchas veces, papel gastado.

Contenido más bien neutro. Efecto explosivo en Édouard. ¿Por qué?

¿Le trae recuerdos? ¿Abre viejas heridas?

Habla de sueños por cumplir. ¿Cuáles?

Es una mujer. Se conocieron. ¿Édouard enamorado?

Pensar en buscar la dirección en un mapa.

Adèle: parece estar en su mundo. Desconfiada. Solitaria. Enigmática.

Demasiado guapa para ser feliz.

Monta a caballo de fábula. ¿Una caída grave? ¿Una lesión? ¿Édouard la salvaría? Diversas opciones posibles. Profundizar.

Vecino anciano. Da un poco de pena. Flores del jardín: sentimental.

¿Una mujer debe alimentar la esperanza? ¿Hay hombres a quienes eso les basta? Tema de la seducción hombre-mujer / amores imposibles.

Huerto: posible relación entre el carácter del jardinero y la forma del jardín (ejemplo: Raymond).

Árboles: luz entre las ramas, dibujos de la sombra en el suelo.

Murmullo de las hojas al moverse: ¿qué mensaje?

Carácter de los árboles, estructura: metáfora humana (raíces / asciende hacia la luz).

Regresar cuando anochezca.

Descalzo en el musgo

Platon entró por la gatera de la despensa. La casa aún dormía. Un ratón había caído en la trampa que había en un rincón de la habitación y tenía una gotita de sangre seca debajo de la nariz. No le había dado tiempo a coger el trozo de queso. El gato se dijo que, al menos, por más cruel que fuera el método, el roedor se iba al otro barrio con una pizca de esperanza. A pesar de que el mecanismo ya era inofensivo tras caer sobre la nuca de la pobre víctima, ningún otro se había atrevido a trincar el gruyer. Otro que se le había escapado, aunque no por negligencia. En su apretada agenda solo podía encajar breves episodios de caza. Platon podía recorrer varios kilómetros al día cuando quería seguir a los habitantes en sus peregrinaciones. En comparación, los demás gatos de campo se pegaban la gran vida.

Por tanto, no podía estar en misa con los ratones y repicando con los humanos.

Elegir es renunciar. La ratonera lo compensaba.

Se comió el trozo de queso y se instaló en el cojín a esperar a los primeros que llegaran.

Gaëlle y Gauvain entraron uno tras otro al poco rato, bien despiertos a pesar de su cara de cansancio. Édouard apareció después y dejó el teléfono en su casilla en cuanto entró por la puerta. Era una mañana tranquila, casi silenciosa. Una conversación mínima proporcionó a cada cual la tranquilidad de empezar el día a su ritmo. «Tres noches ya.»

Cuando Suzann apareció por el marco de la puerta, Platon se levantó para observar todos sus movimientos. Rememoró, con una precisión de orfebre, cada detalle de la escena que había presenciado la víspera. Aunque la anciana se había asegurado de que ningún humano la descubriera, se había olvidado de Platon, echado sobre la paja del granero que estaba en obras. Cuando se percató de que ascendía por la escalera, se lanzó a subir escalones a su vez y, por la

puerta entreabierta, pudo verla rebuscar entre los papeles de Édouard, sacar una carta, leerla, guardarla. Saltó *in extremis* hasta una viga del armazón del techo que dominaba el edificio antes de que Suzann saliera y la escrutó mientras volvía a bajar los escalones con cara de ancianita inocente.

Antes de sentarse a la mesa para desayunar, se acercó a él para hacerle su caricia matinal. Platon esperó a que la mano arrugada estuviera sobre él para arañarla con fuerza y enseguida desapareció por la puerta entornada.

—¡Ay! —exclamó Suzann—. ¿Por qué *hace me* esto?

Édouard observó cómo Gaëlle curaba los tres surcos paralelos y sangrantes de la inglesa mientras recordaba con tristeza el día en que un gato la tomó con él sin motivo alguno cuando tenía nueve años, en el patio del colegio. También recordó lo mucho que le dolió el corazón aquel mismo día. Pero casi diez años más tarde.

Esa carta que leía y releía desde hacía dos semanas era un bálsamo para su herida, mucho más profunda que un arañazo en la piel.

¿Había llegado el momento de que cicatrizase?

Lo esperaba el camino placentero. Le entraron unas repentinas ganas de creer a Gaëlle.

Cuando llegó al inicio de la bóveda de árboles, a Édouard lo embargó el particular ambiente que reinaba allí. Algunas telarañas que el rocío acentuaba de blanco destacaban sobre el fondo verde del musgo, y unos escasos y débiles rayos de un sol aún naciente atravesaban el follaje de finales de verano. Un lugar sombrío y solemne. Se remangó el pantalón y se quitó los zapatos. Un pequeño halo más nítido anunciaba el segundo claro al final del túnel. La imagen que describían de la muerte, de cómo era el nacimiento. La luz al final del túnel oscuro. ¿Estaba ahí para encontrar esa luz al cabo de treinta años de oscuridad?

Respiró hondo y empezó a caminar. El frescor del rocío anestesiaba la fina piel de su arco plantar mientras el musgo aterciopelado despertaba otras percepciones. Lo invadió una ola de calma. Se quedó

inmóvil, desconcertado por esa honda sensación. Sus recuerdos —él sabía cuáles— tuvieron que remontarse muy atrás para encontrar una emoción parecida. Cerró los ojos para apreciarla mejor y lamentó no haber llevado la carta. Pensaba mucho en ella. Las palabras alineadas con letra redonda, lo bellas que eran algunas frases. Sobre todo, lo bello que era el recuerdo de la que firmaba. Todo sonreía dentro de él. Sus pies, sus pantorrillas, sus rodillas, sus muslos, su sexo, su vientre, sus hombros y sus labios. Hasta su pelo sonreía.

Gaëlle lo seguía por un sendero paralelo, por encima del camino de musgo. Se iba escondiendo tras un tronco o una roca para observar su reacción. Sabía que quienes se lanzaban a la aventura se despreocupaban del entorno. Ella no corría ningún riesgo.

Ese visitante inesperado —más bien taciturno y melancólico desde su llegada— parecía reaccionar ante el musgo. Se tomaba su tiempo, se paraba, sonreía.

A Gaëlle le divertía ver cómo a veces se encogía por el efecto de una eventual ramita bajo el pie. Ella, que caminaba descalza casi todo el verano, ya no las notaba.

Le alegraba que hubiera seguido su consejo. Cuando llegó parecía estar atormentado. Le dolía ver sufrir a los demás y siempre buscaba cómo devolver la alegría a los corazones apenados. Sabía hasta qué punto la naturaleza podía calmar el organismo y el pensamiento. El procedimiento se confirmaba ante sus ojos.

El claro al que Édouard estaba a punto de llegar era más silvestre. Gaëlle se lo conocía de memoria. En la pradera destacaban unos pequeños arbustos aquí y allá, y la hierba estaba crecida. Un árbol inmenso se erigía al fondo, al otro lado del camino. Un majestuoso tilo de varios metros de circunferencia y con una forma insólita que la enamoró en cuanto lo vio por primera vez. Un único tronco se levantaba unos dos metros del suelo antes de dividirse en dos enormes ramas gemelas que salían una frente a la otra, formando un árbol siamés provisto de una superficie llana en el centro. Cada lado había desarrollado un entramado inmenso de ramas gruesas y retorcidas. El

musgo que lo cubría le confería de inmediato una imagen amable a pesar de la rugosidad de la corteza.

Apurada por dejarle descubrir el árbol con privacidad, desanduvo el camino y se rio al cruzarse de lejos con otro visitante que se dirigía hacia el claro.

Édouard avanzó hacia el tilo majestuoso, perplejo ante la presencia de una hiedra y una madreselva al pie. Si bien las dos lianas habían crecido cada una por su lado, se encontraban y se enlazaban algo más arriba, entre las ramas. Las últimas flores de madreselva, aún presentes al final del verano, aportaban colorido a la superficie verde oscura de la hiedra. Aunque nunca había sido un entusiasta de los clásicos, se acordó de *Tristán e Isolda*, que había leído en el instituto, y de esa gran historia de amor.

«El bosque de los símbolos...»

Sintió la necesidad de tocar el tilo y se acercó. Lo invadió una especie de fluido invisible que lo ayudó a aliviar el vértigo del vacío.

«No te sientas culpable. A veces necesitamos estar solos para hacer balance. Has amado a tu mujer. Quizá no tanto como es posible amar, pero la has amado. Y ahora la amas menos. De una manera distinta. Sientes afecto hacia ella. Nada más que afecto. Incluso el deseo se ha desvanecido.

»Entonces ¿por qué sigues?

»¿Por comodidad? ¿Por costumbre? ¿Por miedo a decepcionar? ¿O por este motivo más insidioso: hacer daño?

»Piensas mucho, pero ya tienes todas las respuestas.

»Busca bien. Busca dentro de ti.

»Ya lo sabes.»

Descalzo sobre la hierba húmeda, pensaba en Élise.

Todo le sonaba bien por dentro.

Sí.

Todo sonaba bien.

Abrió los ojos como si se despertara sobresaltado.

Al levantar la cabeza hacia las ramas más altas, vio al gato, tumbado sobre un espacio llano entre las dos ramas principales. No lo había oído llegar, tampoco subirse al árbol. Esa faceta furtiva e imprevisible del animal le molestaba. El felino descansaba y lo miraba con la certeza insolente de saberse en su sitio.

Se puso las zapatillas con los pies húmedos y se apresuró hacia un camino que salía en dirección al norte. Esperaba llegar a la aldea desviándose en el primer cruce. Volver por el camino de musgo con aquellas prisas por regresar a la civilización sería como echarlo a perder, traicionarlo. Pisotear algo sagrado.

Se sentía mal.

Tenía miedo.

A él, al futuro, a todo. Tenía un grito atascado en la garganta. Y allí seguiría. Le habían enseñado muy bien a callarse, a controlarse. Se propuso correr hasta las casas. Lo más rápido posible.

Correr para gritar de otra forma.

Correr para dejar de pensar.

Correr para huir de su destino.

Correr para que este no lo atrapase.

Perder el control

Armelle no encajaba el golpe.

Planificaba el día a día, lo organizaba todo prácticamente al detalle, también la vida de su marido —aunque necesitara su aprobación constante—, así que no entendía qué se le había escapado.

Sentada frente al tocador, iluminado por numerosas bombillas —para sentirse como una modelo entre bastidores en un desfile importante—, buscaba la manera de maquillarse los ojos llenos de lágrimas. Su siguiente cita, de una importancia capital, no admitía ningún tipo de relajación por su parte. No debía mostrar debilidad. Pero su rostro, con la nariz irritada por sonarse y los párpados hinchados de tanto enjugarlos, reflejaba sus pensamientos. Trataba de respirar hondo y mirar al techo, se secaba suavemente el rabillo del ojo con un pañuelo de papel. El ejército de lágrimas aún no había sacado a todos sus soldados. Si se permitiera llorar de una vez por todas, resolvería el problema de las caóticas fugas lacrimales, pero no tenía tiempo. Ya casi era la hora de comer.

Édouard no se había dado por satisfecho con dejarla plantada en la explanada de una estación, sino que proseguía su maniobra de destrucción pasiva al guardar silencio.

Armelle necesitaba saber a qué atenerse. No podía prever sin conocer. Y esa incertidumbre la consumía. ¡Qué atropello! Su marido sabía perfectamente que odiaba los imprevistos y que podía hundirse ante la falta de referencias. Lo sabía desde siempre. ¿Es que no sentía nada por ella? Se hacía esta pregunta mientras se pintaba con un lápiz gris la raya del párpado inferior, que estiraba hacia fuera con un dedo. Al soltarlo para comprobar el efecto, brotó otra lágrima con una libertad insolente.

Y, además, ¿dónde estaría? ¿En qué situación? Solo se había llevado la mochila. Por el cálculo que había hecho al deshacer la maleta —ella siempre se ocupaba de la ropa que llevaría Édouard cuando se iban de

vacaciones—, dedujo cuántas prendas tendría. Un hombre que era incapaz de comprar calzoncillos de su talla o de poner una lavadora enseguida estaría agobiado con tan pocas cosas.

Aunque había intentado imaginárselo, Armelle no soportaba la idea de que pudiera apañárselas solo, y aún menos que lo ayudase otra mujer.

La única solución que se le ocurría para averiguar el motivo de la decisión de su marido era llamar a su mejor amigo y sonsacarle información. Estaban tan unidos que por fuerza tendría que saber algo.

Necesitaba una respuesta concreta e irrevocable.

Y no era la única que la estaba esperando.

Felicidad indumentaria

—Mientras tanto, voy a dejarte ropa de Gauvain, al menos para ir al bosque. Si quieres comprártela, puedes coger mi coche.

Ya llevaba varios días allí y las primeras mañanas frías de principios de otoño obligaban a Édouard a ampliar su guardarropa. Fue al taller de Gaëlle para comentárselo.

La mujer llevaba un delantal largo que la tapaba hasta los pies. Pulía una rama que previamente había desprovisto de musgo y corteza. Édouard se sentó en un taburete a unos metros de ella, para dejar que siguiera con su tarea sin molestarla. La miraba lijar la madera hasta la albura para no dejar ni rastro de humedad.

—Dentro de poco tengo un mercado importante, donde vendo mucho. En Bretaña es bastante conocido y acude mucha gente. Allí también entrego encargos, y debo rehacer uno. La rama que había puesto se rompió cuando la lámpara estaba prácticamente terminada. Subestimé su parte frágil.

Édouard recorrió con la mirada las distintas lámparas dispuestas por la habitación. Pequeñas, grandes, realizadas a partir de ramas simples o dobles, con pantallas de tela o de metal calado. Junto a ellas había esculturas hechas con trozos de madera unidos entre sí por clavos o correas de cuero. Formas abstractas que destilaban mucha fuerza. Se quedó mirándolas.

—Las obras de Gauvain. Siempre lo llena de orgullo exponerlas en el mercado, y más cuando alguna se vende.

Desde que llegó, Édouard no se cansaba de ver a Gaëlle y a su hijo comunicándose con las manos, los brazos, la cara y los ojos. Representaban una elegante danza con ese lenguaje cifrado y compartían secretos en las narices de quienes no la conocían. Su sorprendente complicidad abarcaba varios ámbitos, que incluía el de la artesanía. Velaban el uno por el otro de una manera excepcional. Una familia minúscula y misteriosa en cuanto a que el adolescente no

era como los jóvenes de su edad. Édouard se preguntó por el origen de su mutismo, dónde estaría su padre, si siempre habrían vivido allí.

—¿Nunca ha hablado? —se atrevió a preguntar.

—Sí, hasta la muerte de su padre. Tenía cinco años. Los médicos acabaron diagnosticándole un trauma emocional.

—Lo siento, qué torpe soy.

—No podías saberlo.

—¿Qué sucedió?

—Un accidente.

No dijo nada más.

Édouard no insistió.

Gaëlle pasó un trapo levemente húmedo por la rama lisa para quitarle los restos de polvo, y después comenzó a aplicarle cera. Sus gestos eran elegantes. Édouard le confesó que siempre había admirado los oficios manuales. Si no se hubiera hecho ingeniero para satisfacer las exigencias de estabilidad de sus padres en cuanto a su futuro, habría elegido una profesión artesanal.

—¿En qué ámbito trabajas? —preguntó ella echando más cera al trapo.

—Soy ingeniero eléctrico ferroviario en la SNCF.

—¿Y consiste en...?

—Supervisar los enclavamientos, y a varios equipos de personas. Cuando oyes que hay una avería general del circuito eléctrico en la estación de Montparnasse, y quedan atrapados miles de viajeros que se van de vacaciones, a mí ya me están echando la bronca, por más que mis compañeros y yo hagamos todo lo posible con unas instalaciones más que obsoletas.

Observaba a Gaëlle mientras esta pasaba el trapo por la madera con especial cuidado. Podían advertir el movimiento de las hojas, sometidas sin descanso a las ráfagas de viento, a través de la ventana que estaba abierta al fondo del taller. La única alteración entre tanto silencio. El murmullo estaba fuera, y Édouard se sentía protegido en ese momento de calma. Le gustaba fijarse en esas manos finas que tocaban la madera con la delicadeza de una caricia en la piel. Gaëlle llevaba una camisa de lino rosa con los primeros botones

desabrochados. Se echaba hacia delante y hacia atrás para abarcar la mayor superficie posible en un único movimiento y, cuando se inclinaba, se insinuaba la sombra del escote. Sus generosos senos, separados por un surco profundo, prometían.

—¿Quieres tocar?

Édouard se sobresaltó, sorprendido por la inapropiada proposición de esa mujer a quien no conocía. Sorprendido, y embargado también por un impetuoso deseo. Llevaba mucho tiempo sin tocar el pecho de una mujer.

Gaëlle se acercó y le tendió la rama suave y brillante. Él confió en que sería capaz de disimular su turbación. ¿Cómo se le había ocurrido que ella estaba hablando de sus senos?

Édouard tocó la madera con los dedos. La superficie era tan sedosa que le recordó la textura de la piel de su hija cuando era un bebé. Nada podía igualar esa suavidad extrema. Decidió llamar a Pauline esa tarde. No había respondido a su mensaje, y debía de estar preocupada. De pronto la echó de menos, aunque hacía años que se había ido de casa. Necesitaba oír su voz.

Édouard no soltaba el extremo de la madera. Ese material noble lo unía a Gaëlle. Ella estaba erguida y el surco había desaparecido bajo los pliegues de la tela. Se sintió idiota.

—¿Me prestas el coche esta tarde?

La mujer asintió y le sugirió que aprovechase para conocer los alrededores.

—El valle Sin Retorno es un sitio hermoso. Después de la tormenta tan fuerte que padecimos, habrán brotado arroyos. Hay muchas leyendas sobre ese lugar, y en esta época del año no habrá tantos turistas.

Nada hacía presagiar las sorpresas que le depararía ese valle Sin Retorno durante los siguientes días.

Él tampoco regresaría.

Una grieta en la roca

Después de la comida, el adolescente había visto al recién llegado alejarse de la casa al volante del coche de su madre. La tarde se anunciaba tranquila y apacible. Aprovechó para volver al claro y trabajar en algunas figuras complejas.

Gauvain, empapado de sudor tras dos horas de esfuerzo, estaba a punto de recoger el material. Dudaba si dejar el *slackline* en su sitio de un día para el otro, para ahorrarse el tiempo de instalación. Aunque el claro era un lugar poco frecuentado, no quería que se subiera a la cinta cualquier turista de paso. Era suya, tenía un valor incalculable para él y solo quería compartirla con quienes apreciaba. Gaëlle la había probado una vez. A Adèle, ágil, grácil, vigorosa, se le daba bastante bien para ser una principianta. Raymond era demasiado mayor para aventurarse a hacerlo.

Mientras se ponía el jersey, sentado en el tilo, vio al gato saltar sobre una piedra y caminar hacia él sobre la superficie inestable. El animal se movía con una arrogante soltura. Cuando llegó a su lado, Gauvain volvió al suelo dispuesto a aflojar los tensores y liberar el tronco de la tensión infligida.

Platon se deslizó entre sus piernas soltando un maullido y luego se alejó sin dejar de volverse hacia el chico. Repitió la operación varias veces. ¡Gauvain lo entendió! Pero tenía que desatar el material antes de seguirlo.

En ese mismo momento, Édouard, de regreso de su expedición indumentaria en la ciudad, se detuvo en Tréhorenteuc, en el aparcamiento situado en la entrada del valle Sin Retorno. Se propuso estrenar sus nuevas botas de montaña. El caminito llano y asfaltado que llevaba hasta el valle le permitió comprobar que le iban bien. Después llegó al bosque. Ya estaba oscuro. En un panel se explicaba la

leyenda, citaba al hada Morgana, la maldición de los caballeros infieles. No recordaba ese pasaje.

El amplio camino hasta el primer lago estaba desierto a pesar de las buenas condiciones meteorológicas. El silencio y la calma conferían un aspecto inquietante a la superficie del agua, prácticamente inmóvil. No obstante, la mente cartesiana de Édouard se resistía a creer que hubiera algo misterioso en ese lugar.

Se aproximó a un árbol que estaba cubierto de oro. Destacaba en medio de cinco troncos negros y miles de pequeñas piedras puntiagudas que se alzaban a su alrededor. Pediría a Gaëlle que le esclareciera el significado de ese lugar insólito.

Justo encima de él, dominando el lago, la roca de los Falsos Amantes, con una grieta de arriba abajo que la dividía en dos entidades diferenciadas, soportaba el peso de la tristeza de una mujer. Apoyada en la base, miraba la colina de enfrente con las mejillas llenas de lágrimas silenciosas. Pensaba en su madre, a quien echaba muchísimo de menos por momentos. Estaba contenta y triste a la vez por haber elegido la soledad y el aislamiento. La reclusión, casi. Sin embargo, sus ruegos no se dirigían a Dios. Que me dejen en paz, clamaba por dentro, mientras sufría las consecuencias de su elección.

Sí, solía ir allí a llorar para regresar a la batalla con la mente limpia de pesares.

Si no hubieran sido silenciosos, Édouard habría podido oír sus sollozos, arrastrados por el viento. Tomó el sendero que bordeaba el lago por la derecha. Unos sorprendentes reflejos anaranjados en el río que estaba más abajo coloreaban el arroyo superior, donde mutaban al rojo. El sendero, escarpado y encajonado, ocupaba el lecho de la antigua corriente de un río. Vio una ardilla desaparecer tras un amasijo de tierra y raíces. La naturaleza ponía a prueba sus certezas, a él, que se negaba a creer en las señales del destino. Se lo tomaba tan a la ligera como ese animalito rojo que ahora bailaba entre las ramas.

Un segundo lago hizo su aparición, más agreste que el primero. Édouard apretó el paso para evitar que lo sorprendiera la noche, que en septiembre llegaba antes de lo acostumbrado. Siguiendo las indicaciones de un minúsculo panel, avanzó por un puentecito de madera que cruzaba el río. El sendero escarpado y abrupto que permitía llegar a la otra vertiente del valle lo dejó sin aliento y tuvo que interrumpir la marcha varias veces. Lo achacó a su incipiente barriga, que Armelle criticaba. Ella se fijaba en su apariencia, él en los efectos nefastos que tenía para la velocidad.

A quinientos metros de allí, a vuelo de pájaro, Gauvain seguía al gato con la cinta enrollada al hombro. Platon se asemejaba a un lince cuando surcaba el bosque. Al adolescente le resultaba sorprendente la resistencia del animal. Pronto comprendió adónde quería llevarlo. No era la primera vez.

Llevaban andando alrededor de media hora cuando divisaron la roca que estaba al final del camino y permitía el acceso por el norte. Gauvain sabía quién estaría detrás observando el paisaje con la mirada perdida.

Dio las gracias al gato antes de rodear la piedra.

Más al norte, Édouard llegó al sendero que desde la cresta dominaba el valle encañonado, del que apenas se veían los dos lagos contiguos. El lugar, muy mineral, estaba cubierto de grandes rocas a ras de tierra y bullía de una discreta coreografía entre los pájaros, los insectos y el viento, que con su batuta invisible dirigía una orquesta de gramíneas y flores silvestres. El espectador estaba invitado a sentarse y dejarse mecer. Édouard llevaba el compás con el corazón en calma y las preguntas en sordina.

Se sentó un buen rato en el suelo.

Qué agradable era abandonarse al viento.

Se lo contaría a Pauline.

Adèle no miró al adolescente cuando se sentó junto a ella. Solo le cogió la mano para agradecerle su presencia. Nunca había sentido un cariño tan inocente por un chico. Tal vez porque desde el principio lo había visto como a un hermano pequeño. Y él a ella, como a una hermana mayor. No necesitaban palabras. Las emociones hablaban sin necesidad de ningún discurso. A la joven le gustaba esa facultad de Gauvain para consolar en silencio. Bastaba con una sonrisa. Bastaba con apoyar la cabeza en el hombro. Bastaba con una mano. Bastaba con él.

Platon se había subido a la roca y disfrutaba de la calma con los bigotes al viento. Del placer de estar allí, de ser testigo de un afecto férreo entre dos jóvenes, en lugar de cazar vulgares ratones en la oscuridad de un granero. Prefería sentir los efluvios de ternura en el aire antes que el pánico de un roedor. Aunque ese miedo lo colmara de un sentimiento de omnipotencia con el que se deleitaba encantado.

Édouard dudaba si continuar con la caminata. Había mirado el reloj del salpicadero al salir del coche, y ahora no tenía ni idea de qué hora sería. Ya llevaba tres días moviéndose sin pensar en el transcurso del tiempo. En París corría detrás de cada segundo, maldecía el tiempo perdido, no dejaba de pensar en cómo optimizar su apretadísima agenda. No se había imaginado que conocería un descanso semejante cuando se subió a ese autobús en Vannes.

Decidió alargar ese momento de libertad total cuya novedad, alcance y riqueza apreciaba.

Pronto vería cuánto lo necesitaba.

Gauvain había rodeado con el brazo los hombros de la joven y la mecía. Solo se desahogaba con él. No la juzgaba y no pretendía nada, lo que aumentaba las ganas de Adèle de ofrecerle su apoyo cuando pudiera hacerlo.

Después, él le frotó el antebrazo con brío y, en esa lengua de signos que la chica empezaba a entender, le propuso prepararle un buen

chocolate caliente.

Se adentraron en el sendero por el que habían llegado, que rodeaba el Árbol de Oro por el norte y les brindaba un camino más corto hacia Doux Chemin gracias a unos atajos que solo ellos dos conocían.

Como aún desconocía la geografía del lugar y el tiempo necesario para llegar hasta el coche, Édouard decidió retomar la marcha para que no se le hiciera de noche.

Solo tuvo que recorrer unos cien metros para atisbar una gran roca a lo lejos. Lo más probable es que fuera la de los Falsos Amantes, de acuerdo con el pie de foto de una postal que había visto en el atiborrado panel de corcho de Gaëlle. Se acordó del mapa turístico que estuvo consultando entre los papeles que había en la habitación y dedujo que ya había dado casi toda la vuelta, porque la roca se encontraba por encima del Árbol de Oro.

Acababa de saltar desde la enorme piedra y se disponía a seguir a los jóvenes, cuando Platon vio a un hombre acercándose a lo lejos. Lo reconoció de inmediato. Alto, con andares un tanto torpes. Por poco no se habían juntado todos, un encuentro que no habría sido del agrado del gato. Édouard no tenía por qué saber todo de los habitantes de Doux Chemin. Ni de sus grietas ni de su complicidad. A partir de ahora debería tener cuidado y guardarse las espaldas.

Ponerse guapa siéndolo ya

Aún tenía en la boca el sabor del chocolate caliente.

Le dio fuerzas para la tarde que se le venía encima. El sabor de la infancia contra su condición de adulta.

Adèle tenía la suerte de llorar sin dejar rastro. Como si sus ojos se desvinculasen de la pena. A duras penas tenía los párpados un poco sonrosados, pero ni siquiera hinchados. Una raya en los ojos difuminada con un pincel cubría la tristeza con un velo de seducción.

Mimó su rostro destacando los pómulos, se cepilló las cejas, se puso rímel. Siempre dejaba para el final los labios, que le parecían demasiado voluminosos, aunque sabía que era algo que gustaba a los hombres. Se los pintaba de rojo. Un rojo intenso y mate que no dejaba marca.

La joven se cepilló el pelo. Tupido y negro, eran tan liso como la superficie del lago de las Hadas. Le gustaba ir de noche, cuando nadie se atrevía. Nadie la buscaría allí. Ni a ella ni a ese con quien debía encontrarse.

Echó un vistazo al espejo.

«¡Perfecto! No se resistirá.»

Comprobó que no se olvidaba de nada. Sobre todo, de ponerse la pequeña funda en el cinturón.

Se cruzó con Édouard en la escalera. Acababa de hablar al gato, que esa tarde había vuelto del revés otra vez a Viviane, para conminarlo a dejar a la tortuga en paz. A Platon le trajo sin cuidado y se adentró en la noche cerrada sin dirigirle la mirada.

—¡Yo también lo he intentado y no hay nada que hacer! —dijo Adèle cuando estuvo a su altura.

La mirada del hombre reflejó su turbación. Disfrutó del efecto del largo vestido negro con un profundo escote. Era lo bastante amplio para que no le estorbase a la hora de montar a caballo y no dejaba a ningún hombre indiferente. Cuando la chica se volvió al final de la

escalera, Édouard la estaba mirando. Y, antes de desaparecer en su habitación, le dirigió una sonrisa incómoda.

La esperaba otro.

Un correcaminos al teléfono

Tardó un poco en reponerse de la visión de esa belleza incandescente. Pensó en Pauline, que tendría su misma edad. ¿Su hija era capaz de una transformación semejante? Nunca la había visto así de provocativa, y un escalofrío de pavor le recorrió la espalda ante la idea de pillarla algún día en plena estrategia de seducción. Estaba orgulloso de ella. Una chica combativa, valiente, independiente y a gusto consigo misma. Esperaba ser en parte el responsable del equilibrio que mostraba Pauline.

Supuso que Adèle tenía una cita amorosa.

Ya en la cama, encendió el teléfono. Aún no estaba preparado para pasar un día sin consultarlo. Se imaginaba a su mujer deshecha y destrozada, y se preparó para una avalancha de mensajes tras marcar el código de desbloqueo. Solo había uno, que lo dejó helado.

Hasta ahora, lo atormentaba la idea de quedar como un personaje odioso. Dudaba por primera vez de haber hecho bien al huir.

No sabía de qué sería capaz Armelle. ¿Qué engendraría el enfado? ¿Qué alumbraría la desesperación? ¿Hasta qué punto las ganas de morir requerían de valor para pasar a la acción?

Cogió el teléfono para llamarla, seleccionó su número en los contactos. Cuando estaba a punto de pulsar para realizar la llamada, lanzó el móvil a la cama, dio media vuelta y se metió en el cuarto de baño. Se quitó el jersey, luego la camiseta, y ahuecó las manos bajo el grifo para mojarse la cara y el torso. Al levantar la cabeza, se miró en el espejo durante un buen rato. Chorreaba agua y remordimientos.

> Sé que no volverás, no te merezco. Seguro que has conocido a una mujer mucho más guapa y lista que yo. Has hecho bien en irte. No valgo la pena. De hecho, ya nada vale la pena.
> Me pregunto si la vida tiene sentido.

Cuando se puso a recoger la ropa que había tirado a sus pies,

distinguió un tanga de encaje negro olvidado en un rincón del minúsculo cuarto de baño. Pensó en Adèle, en su bello rostro, su boca provocativa, su cautivador escote. En comparación, Armelle era muy fría; dos bellezas opuestas. El fuego, el hielo. Lo recogió y lo olisqueó un instante, empujado por la necesidad de recuperar el contacto con el olor íntimo de una mujer. Después lo lanzó violentamente al suelo y se odió por lo que acababa de hacer, como si hubiera abusado de ella. Podría ser su padre.

Regresó a su dormitorio con el torso al aire; sentía el frescor nocturno sobre su piel húmeda mientras cruzaba el rellano que separaba las dos habitaciones. Se arrepentía de haber olisqueado ese trozo de tela, de dejar a Armelle en un clamoroso silencio cobarde.

Justo en ese momento lo llamó Denis. Descolgó.

—¿Qué? ¿Dónde andas, correcaminos?

—¿Armelle os ha llamado?

—¡Pues claro! La primera noche, y la segunda… y anoche otra vez. Como tú no le contestabas, al final le he prometido que intentaría llamarte.

Denis era su mejor amigo de la infancia. Se conocieron en el colegio y, desde entonces, no se habían separado. Su amistad, a pesar de iniciarse a tan tierna edad, era indiscutible, y un amor fraternal los unía de forma incondicional. Denis había conocido a Diane en el último año de bachillerato y seguían juntos. Eran los amigos más antiguos de Édouard. Algo complicado y práctico al mismo tiempo, ya que Denis era psiquiatra. Sin considerar a Édouard como un paciente, le hacía las preguntas oportunas para animarlo, ya fuera tomando una cerveza como sentados en el borde de la piscina mientras estaban de vacaciones. Armelle apareció mucho después del instituto, cuando ya formaban un trío consolidado.

—Ha intentado tirarme de la lengua. Está convencida de que te has ido con otra. Esa idea la consume. ¿Dónde estás?

—En pleno bosque de Brocelianda, en una casa rural. Es como si no hubiera sido yo quien se subió a aquel autocar. No pensé en Armelle. Solo en mí.

—Ya era hora.

Édouard se quedó en silencio, desconcertado. Esperaba que su amigo lo sermoneara. Denis conocía bien a Armelle: su carácter, su fragilidad, y las posibles consecuencias de la marcha repentina de su marido. Édouard observaba una araña que se afanaba en tejer una trampa entre la viga y el revestimiento del techo. Nunca le habían dado miedo, y de niño se pasaba horas espiando con admiración el trabajo de las constructoras de seda. Hacía mucho tiempo que no tenía muchas oportunidades de verlo. La fobia de Armelle era inclemente con ellas.

El insecto tejía delante de sus narices una sedosa forma de libertad.

—¿No me vas a echar un sermón?

—¡Sí! Te he dicho que ya era hora.

—¡Pensaba que me lo reprocharías!

—Lo que te reprocho es haber tardado tanto en darte cuenta. Y no será por no haber intentado abrirte los ojos. Sé hasta qué punto cada cual necesita llegar al final del callejón sin salida para desandar el camino y tomar otra calle. Más vale tarde que nunca.

—Denis, ¿me estás diciendo que he hecho bien?

—No eres feliz, Ed. Salta a la vista desde hace años. Pero a veces, lo que salta a la vista, de tanto verlo, no lo vemos. ¿Lo entiendes?

—Pues no.

—Todo el mundo ve que no eres feliz, excepto tú.

A lo largo de los años, Armelle le había chupado toda la energía, y Denis le confesó que llevaba mucho tiempo esperando el momento en que explotaría, lo que había sucedido cuando ya había llegado al límite de sus fuerzas, exangüe.

—Hace años, qué digo, ¡decenas de años!, que la apoyas en balde y que te encaminas, sin darte cuenta, hacia un estado depresivo, entre la tristeza, el enfado y la culpabilidad por no haber conseguido sanarla. Habías llegado a un punto en que sabías que nada podía ayudarla, mucho menos tú. ¿Y ahora te sientes culpable por haber puesto pies en polvorosa para regalarte por fin, con cincuenta años, una vida digna de tal nombre, feliz y positiva? Por el amor de Dios, ¡ahórratelo!

—Dice que quiere morirse, que su vida no tiene sentido sin mí...

—¿Tu vida sigue teniendo sentido con ella?

—…

—¡No! Y lo sabes muy bien. ¿Cuántos años llevas sin hacer el amor? ¿Qué tenéis aún en común?

—Nuestra hija, a pesar de todo.

—Pauline es una persona adulta e independiente. Tampoco va a visitaros tan a menudo.

—¿Y si Armelle se suicida?

—Los dependientes simbióticos, lo que creo que es ella, no pasan a la acción si no están seguros de que el otro cargará con la culpa. Debes desarmar sus amenazas diciéndole que la única involucrada sería ella y que no asumirías ninguna responsabilidad.

Sin poder pelear, Édouard imaginó la manera en que Armelle acabaría con su vida. Una posible mezcla de alcohol y medicamentos. La encontrarían ahogada en la bañera, o echada en la cama conyugal, con una carta de despedida abrumadora encima de la mesita de noche. Se vería obligado a mudarse para escapar de las miradas asesinas de los vecinos y jamás podría volver a entablar otra relación amorosa. Su hija dejaría de hablarle, le haría cargar toda la vida con la muerte de su madre, y acabaría solo, consumido por el recuerdo de esa vida arruinada. Édouard decidió llamar a Pauline en cuanto colgase.

—Correcaminos, ¿estás ahí? ¡Di algo!

—¿Y si lo hace igualmente?

—Tú no serías el responsable. ¡No lo hará, créeme! En cambio, ya es hora de que se cure.

—Un poco de culpa tengo, de todas formas.

—Eres responsable de haber aceptado esa situación en la pareja y esa dependencia. ¿Acaso no necesitabas eso cuando la conociste? Acababas de sufrir un desengaño amoroso. Luego, el proceso se desencadenó. Estabais metidos en un círculo vicioso del que es difícil salir.

Édouard encajó el jarro de agua fría que su amigo acababa de echarle a la cara, como se resucita a un potro que ha nacido muerto. Denis llevaba tiempo diciéndoselo: somos responsables de lo que aceptamos. Nosotros y nadie más.

—¿Cuál ha sido el detonante para irte?

—Un cúmulo de circunstancias. Una carta que me hizo ser consciente de que nunca me he recuperado de ese desengaño amoroso del que hablabas. Élise me ha escrito.

—¡Anda, nuestra Élise! ¡Tanto tiempo después!

—Sí.

—¿Y qué te cuenta?

La presa

Otro más.

Había que verlos rogar, suplicar. Casi se meaban encima. Le gustaba el brillo de pánico en su mirada cuando se daban cuenta. Se habían equivocado con ella, habían corrido el riesgo y era demasiado tarde.

Lo tenían que pagar.

De niña había jugado bien sus cartas. La sonrisa apropiada y conseguía lo que quería. Primero, de su padre. Y luego, en el colegio. Todos los chicos revoloteaban a su alrededor y solo tenía que levantar el dedito para elegir equipo en el patio, el trozo más grande del pastel de cumpleaños o el mejor sitio del autobús. Se sentía querida, halagada, enaltecida, protegida. No podía pasarle nada. Atraía todas las miradas y las miradas solo estaban pendientes de ella. Un sentimiento de omnipotencia gozoso y delicioso. Su lugar en el mundo. Y mala suerte para las demás, las de la nariz un poco grande o los ojos separados, las orejas de soplillo o los dientes torcidos. Ella había nacido con esa belleza perfecta y le bastaba con agacharse para recoger los dulces frutos de su venustidad.

En la adolescencia, su belleza se volvió contra ella. Los chicos querían aprovecharse. Se creían con el derecho y cada oportunidad se convertía en un acercamiento mal disimulado, con un apetito cada vez mayor en tanto que ella no elegía a ninguno como el privilegiado. La manada daba vueltas a su alrededor en busca del trofeo que esgrimir ante los perdedores que se morían de envidia.

De ser una niña omnipotente, se había convertido en una presa.

Y nadie la había preparado para eso.

Robinson

Élise Lenoir
3, rue des Mouettes
22370 Pléneuf-Val-André

Val-André,
10 de agosto de 2018

Querido Édouard:

Doy las gracias al destino por haberme permitido encontrarte justo cuando necesitaba escribirte.

Por eso puedo enviarte esta breve carta, tal como nos prometimos hace mucho tiempo, para anunciarte que, por fin, he cumplido el sueño que tenía de adolescente.

¡Ya era hora, a los cincuenta años!

He confiado en la vida...

Espero que tú hayas cumplido el tuyo, era una idea tan hermosa e importante para ti...

Pienso en ti a menudo. No te he olvidado. Nunca te olvidaré, no podría hacerlo...

Un abrazo.

Clic, clac,

ÉLISE

Solo, en una habitación en medio de la nada, echaba de menos unos brazos que lo calmasen y lo rodearan. Habría dado lo que fuera por sentirse acompañado en la vorágine de decisiones cruciales que uno debe tomar solo. Se sentía débil. Un hombre como él, alto y corpulento, de sienes plateadas, padre y esposo, competente jefe de equipo. Débil por ser tan sensible como para experimentar esa necesidad clamorosa de que unos brazos lo reconfortasen.

Guardó la carta al advertir que una puerta se cerraba en la planta

baja y oír unos ruidos apagados. Después lloros y gritos. El hombre se quedó quieto, apenas respiraba para identificar el menor sonido, el menor matiz de una voz. Solo oía sollozar a Gauvain.

Un piso más abajo, una silenciosa madre abrazaba a su hijo al tiempo que se preguntaba por qué llevaba semanas sufriendo esa especie de naufragio. Su pequeño Robinson parecía más perdido que si estuviera en alta mar.

Gauvain chillaba al miedo para ahuyentarlo. Las palabras no sirven para describir una pesadilla cuando la única solución sería despertarse. El chico estaba seguro de no haber soñado lo que había visto. ¿Qué podía hacer, salvo olvidarlo?

Édouard se preguntó si sería apropiado bajar y ofrecer su apoyo a Gaëlle. ¿Debía hacer algo o mantenerse al margen? Sobre todo, no quería molestar. ¿Ir? ¿No ir? ¿Para hacer qué?

Mientras vacilaba, la planta baja volvía a la calma. Supuso que la crisis había pasado, aunque no estaba seguro. El silencio no siempre es buena señal. Y él estaba ahí, tumbado en la cama, lejos del alboroto. No se sentía muy valiente. Apagó la luz con esa deplorable constatación de impotencia.

Justo antes de abandonarse al sueño, percibió el ruido sordo del agua corriendo. Agotado, ya no tuvo ánimo para levantarse de la cama y escuchar con atención el origen del sonido. De hecho, ¿aún estaba despierto No sabría decirlo. Flotaba entre dos mundos. En ese duermevela todo parecía mezclarse, escurrirse, confundirse. Ya no distinguía el tipo de información auditiva ni su procedencia.

Solo comprendía que no era el único que debía enfrentarse a los misterios que se cernían sobre esa aldea.

SEGUNDA PARTE

A cualquier cambio verdadero lo precederá una época de malestar. Es la señal de que vas por buen camino.

AJAHN CHAH

Un hilo enrollado en el dedo

Gendarmería de Les Rousses

A fin de no levantar sospechas, Christine esperó a que su marido saliera a pescar para prepararse para salir. Quería volver allí sola. Ya habían pasado tres semanas desde que fueron a denunciar la desaparición de su hija en la gendarmería. Un mes de vacío desolador. Christine había llamado a los amigos de Delphine, había preguntado a sus antiguos vecinos de su piso de estudiante, a algunos profesores. Ni siquiera su mejor amiga tenía noticias suyas. Delphine se había esfumado, y Christine sentía que su angustia crecía cada noche y cada día, cada vez que se tomaba un descanso. Solo cuando el restaurante estaba abarrotado y tenía que concentrarse, se olvidaba un rato de la pena por esa desaparición y la angustia por un desenlace fatal.

Tres semanas en las que pensó en Raphaël y en la mirada que cruzaron en la entrada de la gendarmería, cuando estaba totalmente desesperada. Así que trabajaba allí… Nunca lo había visto por la ciudad.

Al llegar a la recepción, preguntó si podría ver al capitán Desnoyaux. «Lo conozco personalmente.»

El joven oficial que estaba en el mostrador descolgó el teléfono e intercambió unas palabras con su interlocutor. Tenía el tic de apretar el pulsador del bolígrafo con el pulgar a una velocidad vertiginosa. El clic regular e ininterrumpido solo conseguía transferir su estrés a los nervios de sus colegas. Mientras lo observaba, Christine se preguntó si tendría la misma manía de haber sido leñador o agente forestal. Tal vez ese hombre no sería el mismo en un entorno tranquilo y sereno. En cualquier caso, ella daba un buen paseo por el bosque todos los días con su san bernardo entre el turno de las comidas y el de las cenas para evadirse del estrés de su trabajo. Y de su marido. Al colgar, el joven giró el bolígrafo hacia el mostrador y se puso a jugar con el

capuchón; ahora golpeteaba la superficie de melamina, lo que acentuó el ruido. La mujer debía esperar un momento.

Christine se sentó en la silla menos ajada de las tres que se alineaban en la pared de enfrente del golpeteo. Observó los carteles informativos pegados con cinta adhesiva por todas partes. Fotos de niños desaparecidos, envejecidos mediante un programa informático tal como habrían cambiado con los años. Se estremeció. Delphine era una joven que dejaría de crecer. No se atrevía a imaginar que su ausencia se prolongase varios años, como esos casos que colgaban de las paredes en todas las gendarmerías francesas y que, a veces, nunca se resolvían. Otro anuncio denunciaba la violencia de género y mostraba en grande y en negrita el número 3919, que había que marcar en caso de urgencia. «¿Cuántas mujeres se atreverán a descolgar el teléfono?», se preguntó. Y otro, como un mensaje para prevenir el exceso de velocidad, mostraba un coche espachurrado contra un árbol del que solo quedaba un amasijo de chapa, plástico, tela, cristal y un humano hecho papilla para la morgue.

—Estaba seguro de haberte reconocido —dijo el capitán Desnoyaux al llegar—. Ven, busquemos un despacho tranquilo.

Christine lo siguió por un largo pasillo. Desde siempre, profesaba una enorme admiración por los hombres con uniforme. Bomberos, militares, policías, gendarmes. La tranquilizaba. El orden y el sacrificio, la fuerza, el rigor, la justicia. Se sentía protegida. Lo que tanto le faltaba. La camisa azul bien planchada, la insignia del hombro, el pantalón de color azul marino, la gran cartuchera de la que colgaban las esposas, que entrechocaban con cada paso, el arma dentro de su funda y las botas relucientes. Si el contexto no fuera ese por el que llevaba llorando dos semanas, habría sido casi feliz. Con todo, se preguntaba por qué había ido. Al fin y al cabo, Raphaël no le daría más información que su colega.

—Por favor, siéntate. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos?

—Uy, décadas —confirmó Christine con una débil risita.

—¿En qué curso coincidimos? ¿En cuarto o en tercero?

—El tiempo vuela, ¿verdad?

—Estás igual. Te reconocí de inmediato.

—Yo a ti también —contestó la mujer bajando la mirada.

Raphaël recordó que antes ya se comportaba así de tímida y reservada. Se dijo que nadie cambia en realidad. A lo sumo, adquirimos más experiencia, pero el resto no deja de perseguirnos. Esa nariz que se arruga ligeramente, esa mano que se toca el pelo, esa risita nerviosa.

—Eras muy discreta en clase —aseguró él.

—Y tú, más bien locuaz. No volví a verte por Les Rousses cuando terminamos el colegio.

—Me fui; pasé mucho tiempo en la región de París y en el sur de Francia. Volví hace seis meses. Mi madre está enferma y mi padre no se las apaña. Quería estar cerca. ¿Y tú?

—Yo nunca me fui. Me casé joven, con Robert, ya lo sabes, y el hotel-restaurante ha ocupado mi vida entera.

Un velo de tristeza le cubrió los ojos al evocar esa vida, que había pasado demasiado deprisa, arrastrada por un trabajo que consumía su tiempo y su energía.

—Mi colega me ha explicado brevemente el motivo de tu visita. ¿Sigues sin noticias?

—Sí.

Christine buscó un pañuelo dentro del bolso. Las lágrimas se le habían ido agotando con el tiempo. Para que su marido no le echara la bronca. Y, además, debía serenarse. No había otra.

Pero de ahí a contarlo...

Y contárselo a Raphaël.

De pronto se arrepintió de hacer perder el tiempo a un hombre que estaba tan ocupado.

—Mi colega también me ha dicho que tu vida con Robert no parecía fácil...

—¡Acuérdate de cómo era! —respondió al tiempo que alzaba la cabeza y trataba de ocultar su bochorno—. No ha cambiado desde el colegio. Bueno, sí. Creo que ha ido a peor. Hago lo que puedo. Tengo una buena situación.

—¿Tú sabes por qué se ha ido vuestra hija? ¿Ha pasado algo?

—Es muy probable que estuviera harta de lo que pasa con ciertos

clientes. Los parroquianos se sienten como en casa y creen que todo les está permitido, en especial al final del día, después del trabajo y con unas cervezas de más. Es una chica guapa. Demasiado guapa.

—¿Un hartazgo acumulado que la hizo irse de un día para otro?

—Quizá.

—¿Nada más?

Christine volvió a bajar la mirada. Un hilito salía de la capucha de la chaqueta que descansaba sobre sus rodillas. Del mismo color que la tela, no lo había visto hasta entonces porque, en caso contrario, lo habría cortado. ¿O, mientras tanto, se había soltado? Es lo único que veía. Le venía bien tener ese hilito en la cabeza. Jugaba a enrollarlo alrededor de su índice hasta que la última falange se le ponía blanca, y entonces lo desenrollaba y contaba los segundos que se mantenía encorvado antes de recobrar su forma inicial.

Ella también se sentía encorvada.

Un hilo que sobresale se quita. No sirve para nada, solo para parecer desaliñado.

A ella también le gustaría quitarse de en medio.

El gendarme la observó mientras retorcía el hilo en silencio. Christine apenas respiraba, como si no quisiera que se escapase el enorme suspiro que bloqueaba su pecho. No pensaba en nada y pensaba en todo a la vez. Lo que soportaba y no podía contar carecía de valor.

Se preguntaba cuánto duraría ese silencio en el despacho del capitán. Mientras el hilo aguantara alrededor de su índice, podía aferrarse a él. Pero ¿y si se soltaba? ¿Y si la dejaba? ¿Y si Raphaël insistía?

Ignoraba que, con el tiempo, él había aprendido a esperar que las palabras madurasen dentro de las personas, porque, si las sacaba a la fuerza, perdían su sentido y su poder. Y su caso no era una excepción. La chica que tanto le gustaba en el colegio y que lo conmovía por su dulzura y su sensibilidad se había convertido en una mujer que aparentaba diez años más; el brillo de sus ojos se había apagado. Aunque los había visto iluminarse al llegar, cuando mencionaron la época del colegio.

Esperó el momento en que se le escapó una lágrima. Primero, solo de un ojo. Ese sobre el que reclinaba un poco la cabeza. Una lágrima muy gruesa que, por haberla retenido tanto tiempo, cayó a toda velocidad por la mejilla antes de estrellarse al azar.

Sucedió apenas unos segundos después de que él lo pensara. La lágrima estalló contra el índice que seguía retorciendo el hilo tras el que Christine se refugiaba para no hablar.

—Tengo que irme —dijo de pronto mientras se ponía de pie y mostraba una sonrisa tensa, aunque sincera, al gendarme.

Una sonrisa que soportó con todas sus fuerzas la ola de lágrimas que quería romper el dique. Una sonrisa como un saco de arena para contenerlas, para que le diera tiempo a salvar los muebles. A guardar las apariencias ante su amigo de la infancia.

—Ven de nuevo cuando quieras, ¿vale? Me ha encantado volver a verte. En el colegio te tenía mucho cariño.

—Yo a ti también.

Después se levantó de golpe y desapareció por el pasillo antes de que al capitán Desnoyaux le diera tiempo a acompañarla. Al poner las sillas en su sitio, vio un trocito de hilo negro en el suelo. Lo recogió y se quedó mirándolo.

«A veces, la vida pende de un hilo.»

En equilibrio

El chico ha tomado impulso para saltar y se ha agarrado con las manos primero a un lado y luego al otro. No toca el suelo con los pies. Comprueba otra vez los puntos de anclaje. Uno en el tilo, que una gruesa banda de fieltro protege del roce, y el otro en la roca. Tres veces. Aprieta una muesca más el tensor de carraca, lo hace siempre como una especie de ritual protector. Aumenta la dificultad, nunca había situado tan alto el *slackline* en el tronco. Necesita ese chute de adrenalina y de endorfinas. El miedo puede sustituir al enfado. No sabe cuál es la química que se produce en su interior cuando se eleva, pero la nota en las venas y en los nervios cuando camina por la cinta. Como esa mañana. Más alto, más adrenalina. No demasiado para no romperse la espalda. Tontear con el peligro para forzarse a la concentración y olvidarse de todo lo demás. Vaciarse de los miedos al afrontar el miedo al vacío.

Aún no había amanecido cuando salió en dirección al claro. No se quería arriesgar a cruzarse con alguien. Que dejen su guerra en paz. La que se declaró hace mucho tiempo y que apenas le da tregua. Sus heridas son interiores y él es su propio verdugo. Nadie lo sabe. No quiere hacer daño a su madre. No quiere que lo separen de ella.

Ha dejado los zapatos sobre la hierba y se ha sentado en el ramaje llano del árbol. Ahí es donde suele ir a saludarlo su amigo. Aún no lo ha visto. Quizá más tarde. Lo espera.

Ha cerrado los ojos y se concentra. Luego los abre y se pone de pie. Apoya el derecho en la diminuta superficie fría. Empezar siempre con el derecho. El ritual protege. La cinta está extremadamente tensa. La ha apretado mucho. Al máximo. Para que tiemble menos. Aunque sabe que, si se hiere al caer, el hematoma será inevitable y permanecerá varios días en sus muslos. Mientras el otro pie sigue apoyado en el tronco, su mente revive la violencia de las imágenes de la noche anterior.

«¡Fuera de aquí! No quiero veros más. No debería haberos visto. Ella no tenía que haberlo hecho. No tenía que habérselo hecho. Ni a él ni a nadie. Él no ha hecho nada malo, no se lo merece. ¿Por qué lo hace ella? Ha debido de dolerle. No he podido hacer nada. Tal vez sí habría podido. Fuera, pensamientos de mierda. Si os quedáis, me caeré y me haré daño. Nadie sabe que estoy aquí. Mamá, ¿lo sabes tú? ¿Lo sospechas, al menos? Sabes que vengo aquí cuando no estoy bien. Tú también. Lo sé. Si les hace daño, será que no los quiere. ¿Y a mí? ¿Crees que me quiere? ¿Me hará daño? Espero que él esté bien. La cinta. La roca. Mira la roca. Siente el viento entre las hojas encima de ti. Hay que tenerlo en cuenta para el equilibrio. La cinta, la roca. El otro pie. Respira. Respira. Mira la roca, no los pies.»

Se ha alejado del tronco. Las piernas le tiemblan y luchan por estabilizarse. Las vibraciones sacuden su cuerpo. Mueve rápidamente los brazos, puestos en cruz, buscando el equilibrio. Ve el suelo. La hierba está blanda pero la tierra que hay debajo será implacable. Mira la roca otra vez, endereza el cuerpo y nota que la cinta se equilibra. Respira despacio y avanza unos pasos. Entorna los ojos para ver mejor. Una lágrima se desliza por su mejilla. Respira mirando fijamente la roca. «Lloraba de dolor y de miedo, y no pude hacer nada. ¿Y si ha muerto? No pude hacer nada por el otro y se murió.» La cinta empieza a temblar. Demasiado. Agita los brazos un poco buscando el equilibrio, pero sus piernas se tambalean. Solo le da tiempo a mirar el suelo antes de sentir su cuerpo caer.

Caballo y costura

Su vecino aún no había aparecido a pesar de los primeros rayos de sol, así que se apoderó del cuarto de baño para limpiarse por segunda vez de ese fango obsceno y oscuro que la horrorizaba y que se había propuesto remover.

Después iría a curar a Perceval y lo sacaría a dar un paseo tranquilo, por el bosque, para que no tuviera agujetas. La noche anterior lo había llevado al límite de sus fuerzas. Ya no era tan joven y quizá le había exigido demasiado. Luego terminaría su colcha de motivos medievales.

A Adèle le apasionaban dos cosas en la vida.

De niña, iba cada miércoles a la escuela de equitación, a dos pasos del centro de la ciudad y accesible en diez minutos a pie campo a través. Parlotear con niñas de su edad. Cuidar a los animales, cepillarlos, hablarles, a veces confiarse a ellos. Y, además, sentirse humilde y poderosa al subir al caballo. Guiarlo, hacer que obedezca, respetarlo, si no, te tira al suelo sin miramientos. Cuando su padre ponía mala cara por el precio de las clases, su madre insistía diciéndole que, estando allí, los chicos no la rondaban. Un argumento irrebatible para el padre de una adolescente. Pagaba. La chica aprobó todos los galopes a la primera e incluso participó en competiciones. Montaba a caballo con una naturalidad y una facilidad que provocaban admiración.

Su pasión por la costura le venía de su madre. Siempre la había visto sentada frente a la máquina de coser, confeccionando vestidos, ropa de hogar o pequeños objetos que regalaba a sus allegados. Era su única afición tras largas horas de trabajo, por la que a veces se quedaba hasta tarde en una habitación a oscuras, tan solo iluminada por una lamparita puesta encima del soporte de la aguja. Adèle aprendió muy rápido. Su madre, contenta de transmitirle su habilidad, no se amilanó ante ningún reto, de modo que, con trece años, Adèle

sabía coser camisas de cuello babero, faldas con cremallera invisible, abrigos gruesos, manoplas forradas, bolsos y muñecas.

Esa actividad les permitía compartir una pasión y refugiarse en ella, a veces juntas, para protegerse del tremendo oleaje que las golpeaba. Después, Adèle empezó a estudiar Derecho.

Esa sería su lucha. Impartir justicia. Es para lo que había nacido. Creía más en el destino que en el azar.

El secreto

Gaëlle terminaba su desayuno cuando Édouard se sentó a la mesa. Estaba sola. No tenía ningún plato delante, ni siquiera había migajas en la mesa; solo se había tomado un café. Édouard no sabía cómo preguntarle sobre su evidente cansancio sin ofenderla. Tampoco quería parecer un entrometido al referirle los ruidos de la noche anterior.

—¿Has dormido bien? —dijo, cediendo con una lamentable facilidad.

—No demasiado.

—¿Por Gauvain?

—¿Lo oíste?

—Sí.

—No sé qué le pasa. Llegó a casa sin aliento, lleno de barro y de lágrimas. Salió con la bici después de cenar.

—¿Suele salir por la noche?

—Sí. Es su válvula de escape, y lo respeto. Desde hace un tiempo, regresa así de furioso, como ayer, y no sé qué hacer.

—Ojalá pudiera hablar.

Se mordió el interior de la mejilla.

Gaëlle tragó la última gota de su café y se levantó para recoger la mesa. Édouard no sabía qué decirle, se sentía idiota. Unos días en la vida de esa mujer, una pequeñez en su historia vital, no lo autorizaban a hacer otro comentario insulso, sobre todo si era tan tonto como el anterior, pensó.

Constató que Gaëlle también estaba sola. «Todos estamos solos cuando se trata de afrontar situaciones difíciles.» Trataba de imaginar una situación similar con su hija, y supuso que, sin haberla vivido, era imposible comprender la angustia de un progenitor cuando su hijo no está bien. Pauline había tenido la suerte de no deber afrontar ninguna tempestad. Algunas decepciones amorosas de baja intensidad de las

que se había recuperado pronto, pero ni enfermedades, ni accidentes, ni duelos ni neurosis. Una chica inteligente y equilibrada encarrilada en su futuro a velocidad de crucero. Qué feliz se sintió la noche pasada al oír su voz, al comprobar que no lo juzgaba. Sí, estaba triste ante la idea de que la pareja que formaban sus padres pudiera atravesar una mala racha, pero no tomó partido por ninguno de los dos y preguntó a su padre cómo podía ayudarlos. «Siendo tú misma», le contestó él.

Era evidente que Gaëlle temía por su hijo. Édouard tuvo ganas de abrazarla. Se abstuvo de hacerlo.

—Por favor, dime si hay algo que pueda hacer.

Gaëlle se lo agradeció de forma educada, y él volvió a sentirse ridículo al imaginar que su mera presencia pudiera ayudarla. Había ido a ese bosque a salvarse, ¿cómo podía ser útil con los problemas de los demás?

—Creo que echa de menos una figura masculina a la que aferrarse para construirse como hombre —le confió—. Le he dado todo el cariño posible para tratar su agresividad infantil. Esa sana esencia que arrastramos desde el nacimiento. A veces nos atrincheramos, nos endurecemos, para proteger nuestra parte blanda y frágil cuando en nuestro camino se interponen demasiados obstáculos. Gauvain se ha topado con varios. Ignoro si le he proporcionado las armas necesarias para luchar, para superarlos. Puede que las necesitara.

—¿Hay que ser hombre para facilitarle ese bagaje?

—Al menos, ser dos...

—¿Nunca ha surgido la posibilidad después?

—¿De ser dos?

Gaëlle guardó silencio un instante y le dirigió una sonrisa educada. Luego se levantó y fue al patio. Édouard respetó la evasiva, aunque percibía que ella cargaba con un peso que le habría quitado encantado. La mujer desapareció por el taller sintiéndose afortunada de poder despejarse la cabeza con el tacto de las ramas.

Édouard decidió regresar al árbol; mantenía vivo el recuerdo de la primera vez que lo vio, tan benéfico como extraño.

Se había percatado de que un tercer camino llegaba hasta el claro,

más pequeño que el de musgo y que ese que había tomado al volver, con los pies húmedos y tocado de la cabeza. El sendero que arrancaba detrás de la casa de Raymond lo inspiró. Poseía un sentido de la orientación aceptable, lo que era una virtud estimable en ese bosque. Cubierto de las agujas de los pinos que lo bordeaban y de hojas secas medio descompuestas, el camino estaba atestado de troncos caídos que barraban el paso. Si bien tendía a alejarse del claro al salir de la aldea, la curva tan larga que dibujaba enseguida lo acercaba a él. De pronto, Édouard oyó una voz. Parecía masculina, pero no podía asegurarlo, y destilaba enfado y llanto. Lo contrarió que ya hubiera gente allí, adonde él se dirigía. Aunque el penoso espectáculo de una pareja discutiendo no le entusiasmaba, continuó de todas formas, movido por una curiosidad inconfesable. Para engañar a su conciencia, se escudó en la loable idea de ser útil si la situación degeneraba. Atajó por el bosque y distinguió una figura que se movía a lo lejos, entre los árboles. Cuando se acercó hasta la linde con el sigilo de un lince, se quedó pasmado al descubrir a quién pertenecía esa voz.

Gauvain hablaba a la piedra en la que se había subido. Gritaba.

«Duro.»

«Hombre.»

«Basta.»

«Miedo.»

«Ayer.»

«Peñasco.»

Se distinguían esas palabras entre otras más confusas. Una voz grave, acompañada de inflexiones más agudas, resultado de un uso azaroso y extraño de las cuerdas vocales. Nervioso, el chico saltó hasta el suelo y cogió un palo. Luego volvió a encaramarse a la roca y la golpeó con todas sus fuerzas. Gritó más fuerte hasta que el palo se rompió y lanzó un trozo en medio del claro con un vigor asombroso. Por último, se tumbó boca abajo sobre la piedra y la rodeó con los brazos.

Édouard, impactado, se quedó escondido tras el grueso tronco de un roble que bordeaba el claro. Se preguntó estupefacto si Gaëlle lo

sabría y quién ocultaba qué a quién en esa aldea aparentemente tranquila.

Gauvain se enderezó de golpe y se secó las lágrimas con la manga. Se plantó delante de la cinta que lo esperaba a dos metros del suelo, puso los brazos en cruz, cerró los ojos y respiró hondo varias veces. Cuando los abrió, clavó la mirada en el tilo y avanzó por la superficie estrecha e inestable. Demasiado deprisa. Al cabo de unos metros, se cayó.

Édouard se sobresaltó conteniendo la respiración.

El joven, que había vuelto a agarrarse a la cinta tras la caída, ya estaba pasando una de las piernas por encima de ella para sentarse encima. Se levantó despacio después de la voltereta que había dado. No quería volver a caerse. De pie y estabilizado, inspiró hondo y miró fijamente el tilo antes de recomenzar, más concentrado. Una ardilla merodeaba por el tilo espiando a Gauvain. El chaval terminó sin problema el paseo aéreo y se sentó en el árbol, rebuscó en su bolsillo y tendió una mano abierta hacia el animal. La ardilla se acercó vacilante, cogió lo que le ofrecía y se lo llevó a la boca. Gauvain se tendió en el tronco con los brazos cruzados debajo de la cabeza y los ojos cerrados. El pequeño mamífero se posó encima del muchacho y se paseó por su cuerpo unas cuantas veces antes de encaramarse a las ramas más altas.

Édouard sintió que estaba en otro mundo. «Supuestamente es mudo, pero habla a las piedras, se hace amigo de una ardilla y baila encima de una cinta colgada a metros del suelo. ¿Dónde estoy?»

Se marchó receloso, procurando no pisar las ramas que pudieran crujir.

Sumido en sus pensamientos, se preguntaba qué hacer. ¿Debería contar esa preocupante realidad a Gaëlle, a riesgo de alterar la armonía existente entre madre e hijo? ¿Cargar con el peso de ese secreto?

Al divisar las primeras casas de la aldea, optó por el silencio. Quería tomarse un tiempo para comprender la situación, para conocer mejor a Gauvain. Y si un día se le presentaba la oportunidad de hablar con su madre, lo haría.

Nada hacía pensar, en ese preciso instante, que lo esperaban otros acontecimientos mucho más preocupantes.

Un remolino de pelusa

El metro acaba de irse cuando llegó al andén con un bolso enorme cargado hasta los topes en una mano y varias bolsas con el logo de firmas caras en la otra.

Armelle se iba de compras cuando estaba baja de moral. A su cuerpo armonioso y bien proporcionado le quedaban bien la mayoría de las prendas que elegía. Sin embargo, acababan en el fondo del armario cuando le resultaba insoportable el recuerdo del contexto emocional en que las había comprado.

La llamada que esperaba tardaba en llegar, lo que acentuaba su sentimiento de abandono a tal punto que empezó a dudar de la validez del proceso que había iniciado unas semanas antes.

Se detuvo en el andén, en medio del tumulto y las vibraciones. El tren que acababa de desaparecer por el túnel, el que llegaba, el estruendo de otro justo sobre su cabeza. La ciudad era un hormiguero, había que seguir el movimiento, correr para coger un autobús, un taxi, un tren; correr para llegar a tiempo a la oficina, correr, correr, correr, correr, para alcanzar un ideal que creía justo. Tener una familia, amigos, un piso, un trabajo, quedar bien en las fiestas, hacer deporte para no abandonarse. Con la mirada gacha, se fijó en una pequeña aglomeración de polvo y filamentos variados que la succión del metro arrastraba tras él por el suelo. Una mezcla indefinible de todo lo que se había podido aglutinar para formar una entidad concreta, visible, casi viva a pesar de la insignificancia de los elementos que la constituían. Giraba sobre sí misma atrapando a su paso pequeñas partículas adicionales, bulímica de cualquier otra cosa irrelevante para engordar poco a poco y convertirse en algo.

Armelle, triste aglomeración de insignificancia arrastrada por la succión del tiempo, se sentía como una bola de pelusa.

Estaba sola.

La cueva de Raymond

Édouard, que había vuelto a dormir mal, se levantó al alba. Le alegró comprobar que Gaëlle estaba mejor. El mercado anual la absorbía. El coche y un remolque, cargados con sus numerosas obras, esperaban en el patio. Gauvain pataleaba de impaciencia. Disfrutaba cuando los curiosos admiraban sus esculturas, lo felicitaban y, a veces, adquirían una. Le gustaba encargarse de la caja, dar las vueltas y envolver muy bien las esculturas, en papel de seda primero y después en papel de periódico. Era hábil y aplicado, se preocupaba por el trabajo bien hecho. Su madre lo animaba a ello. «En este mundo de usar y tirar, solo sobrevivirá la calidad», le repetía como un mantra.

Gaëlle propuso a Édouard que los acompañase. Él declinó la invitación. Necesitaba estar tranquilo para que se apaciguara el torbellino en el que daba vueltas desde el día anterior.

Durante la cena se había fijado bien en los comensales. ¿Quién sabía? ¿Quién mentía? ¿Alguien mentía? ¿Había aterrizado allí para sacar a la luz un secreto desconcertante que no podía seguir ocultándose?

Tenía la opción de comportarse como si no hubiera visto nada, dejar tal cual esa situación familiar sin intervenir e irse de la aldea arrastrando consigo ese misterio. Aunque se llevaban bien con sus pequeñas concesiones, Gauvain y su madre lo pasaban mal. Édouard se negaba a dejar a la gente sufriendo si podía ayudarla a mitigar su dolor. Fue consciente de que era el mecanismo que había funcionado en su pareja hasta entonces, hasta ese punto que ignoraba si sería de no retorno. Al malestar por haber abandonado a su mujer ahora se sumaba ese inquietante secreto que no era capaz de ignorar. Él no. Pese a que en ocasiones se había sentido inclinado a transformar su generosidad en egoísmo, su altruismo en desprecio o su calidez en frialdad, sabía que uno no puede convertirse en otra persona. Que no cambiamos. Tal vez un poco, haciendo un gran esfuerzo, pero

¿durante cuánto tiempo?

A veces deseaba volverse insensible. O idiota. O ambas cosas. Un gran idiota insensible. Un garrulo con camiseta de tirantes que pega voces al árbitro y a su mujer. «Qué cómodo debe de ser no pensar, rascarse los cojones con una cerveza en la mano mientras te sorbes los mocos.» Al pensar en eso, las ganas se le pasaban por sí solas.

Tras la cena de la pasada noche, en cuanto quitaron la mesa, mientras tomaba un té con Suzann, quien le explicaba su técnica de trabajo y sus fuentes de inspiración («Absorbo las historias de la gente que tengo alrededor, como un vampiro la sangre. Desconfíe de mí.»), Gauvain se había sentado frente a él con un tablero en las manos y una cara que rebosaba buen humor. Una sonrisa imposible de rechazar. Édouard se había apuntado al club de ajedrez del colegio, lo que lo libró de las horas de estudio en el aula. Había jugado mucho con su padre antes de que se le fuera la cabeza. Además, fue la actividad que el anciano consiguió practicar durante más tiempo, como si el automatismo de las jugadas provocase un cortocircuito en su memoria repleta de agujeros.

Al chico le venía bien ese juego. Un juego donde el silencio es oro. De hecho, el adolescente le dio un buen repaso, tres veces. Era peligroso y rápido. Una mente ágil, organizada, capaz de anticipar varias jugadas entre varias opciones. Sobre todo, de prever cómo iba a jugar Édouard. Este salió de la confrontación entre desanimado ante la idea de echar otra partida y motivado por tomar la revancha y tener una oportunidad de estar a la altura. Como, por otro lado, el joven lo intrigaba, se dijo que quizá sería interesante ganárselo mediante esa disciplina, y dedicó parte de la noche a repasar algunas reglas y ciertos trucos en el ordenador para mejorar.

Ahora hacía por lo menos dos horas que Gaëlle y su hijo se habían marchado al mercado, y Édouard seguía sentado a la mesa con el resto de un café frío en la taza. El tiempo había pasado sin darse cuenta, sumido en sus pensamientos.

Cuando se subió a aquel autobús no esperaba verse metido en esa vorágine. La de su mujer, sí, la asumía. Aunque el silencio que le dirigía a Armelle no significase que lo pudiera asumir. Lo agotaba

tener semejantes vértigos existenciales, y el silencio de esa aldea le resultaba un remedio interesante para su distanciamiento.

A pesar del tiempo, desapacible y frío, y la llovizna que había empezado a caer, Suzann había salido a caminar descalza por el musgo, lo que provocó la admiración de Édouard. «Recuerde de dónde soy», le dijo la anciana para tranquilizarlo.

Édouard salió de la casa y vio a Raymond ordenando unas herramientas en el cobertizo. De repente, sintió el impulso de reunirse con él, y se acercó con paso ligero mientras se subía el cuello de la chaqueta.

—¡Un tiempo de perros para la jardinería!

—Como suele decirse, en Bretaña solo se mojan los tontos —contestó Raymond bromeando.

Édouard sacó la cabeza del cuello subido y se enderezó.

—¡Eso solo es un dicho!

—¿Por qué no empiezas tu conversación con un comentario positivo? ¡Será que no hay bastantes quejicas en Francia!

—Es verdad.

—Por ejemplo: «¡Pero qué guapa es Adèle!» o «¡Qué bonitas están las hortalizas, tan relucientes bajo la lluvia!», o incluso: «¡Qué buena cara tienes hoy, Raymond! ¡Da gusto verte!». ¿Ves?

—Sí.

—¡Estupendo!

—¿Ya es demasiado tarde?

—¡Hombre, no vamos a repetir la escena! Para la próxima, ya sabes. Y si sacas el tema del tiempo, míralo por el lado bueno porque no hay nada que hacer. Si hay dos cosas que el hombre no puede controlar son el tiempo que hace y el tiempo que pasa.

Édouard reconoció para sí que el aldeano estaba en lo cierto. No tenía una predisposición natural a ser negativo, y siempre solía ver el vaso medio lleno, mientras que Armelle lo veía vacío. Por despecho y por comodidad, había optado por el mimetismo.

—¡Relájate! Desde que has llegado, tienes el ceño fruncido. ¡Ven, voy a enseñarte mi taller! —Y lo conminó haciendo un gesto con la cabeza hacia la portilla del jardín.

Cuando Édouard entró por primera vez, lo embargó cierta emoción ante la idea de recorrer ese pasillo reservado en medio de los arriates que el jubilado cuidaba con esmero. El forastero se veía obligado a respetar la propiedad, el reino, el lugar sagrado.

Desde fuera nada podía presagiar el tesoro que se encontraba al otro lado de los muros. Una enorme mesa de madera, recia y cuadrada, estaba en medio de la estancia. Y, alrededor, filas de estantes, cajas con inscripciones, cajones, ganchos para las herramientas, listones de madera de pino, varillas de rosca y más piezas de todo tipo.

—¡Bienvenido a mi bazar! Te has quedado de piedra, ¿eh?

—¿A qué se dedicaba?

—Técnico de telecomunicaciones.

—¿No tiene un teléfono de última generación?

—¿Para qué? Oye, ¿no me vas a tutear? Haces que me sienta más viejo. Además, tú tampoco eres ningún jovencito.

—Por su carrera, pensaba que estaría a la última, en cuanto a tecnología se refiere.

—Vivir en el bosque es estar a la vanguardia del progreso. ¡Algún día será así! ¡Ya lo verás! He trabajado toda la vida subido en postes eléctricos. Estaba en el equipo de situaciones extremas. La élite de los técnicos de telecomunicaciones. Los que no tienen miedo a trepar bien alto, ya nieve o haga viento, para reparar los daños tras una tormenta. Seguro que estás pensando que no he podido dejarlo tras jubilarme. Ya no me subo a los postes, pero sigo haciendo trabajillos. Bueno, ahora mucho menos.

Raymond le contaba su vida mientras le enseñaba pequeños motores, trozos de alambre, sujeciones de todo tipo y curiosas piezas de metal que había ido guardando con los años y que tenía clasificadas cuidadosamente por categorías.

Édouard pensó en la carta de Élise.

«Espero que hayas cumplido tu sueño.»

Tenía todo ahí, delante de sus narices, a mano.

Sintió que una potente bocanada de oxígeno lo invadía, estaba a un paso de abrir la caja de sus deseos enterrados.

—¿Te importaría que viniera a trabajar un poco contigo? —se oyó

decir sin premeditación.

—¡Hecho! Ven cuando quieras, incluso si no estoy, y coge todo lo que necesites. ¡No me llevaré nada de esto a la tumba! Me lo quitarás de en medio y así no haronearás.

—¿Cómo dice?

—Que no holgazanearás. ¡Qué pocas palabras sabes!

Édouard no tenía excusa.

Todo estaba ahí.

Ir al grano sin andarse con chiquitas

Una vez que recorrió descalza el camino placentero, con el frío de una mañana otoñal, Suzann volvió a su cuarto y metió los pies en agua caliente.

Llevaba horas cayendo una lluvia penetrante, a medio camino acuoso entre el aguacero y la bruma. Miles de gotitas se pegaban al pelo y calaban las fibras de la ropa. En el salón común, la estufa de leña ronroneaba como un gato viejo. Inundaba de un calor envolvente la casa que, tras disfrutar unos días del sol, ahora se enfrentaba a un tiempo desapacible. Después de haber pasado frío, lo que más le gustaba a Suzann era ese calor que, desde una fuente concreta, preferentemente de madera, invadía el tejido cutáneo hasta alcanzar las capas más profundas. Una sensación que se le antojaba aún más placentera por el miedo que tenía al día en que se pusiera en marcha el mecanismo inverso y sintiera que el calor de sus órganos y sus fluidos la abandonaba para siempre.

Le gustaba el olor que impregnaba la habitación. Los troncos almacenados junto al horno, el pan integral guardado en la panera, el aroma de la comida de la víspera, la humedad ambiental. Olía a campo, a bosque, a vida tranquila. Arrellanada en un cómodo sillón, Suzann estaba tomando notas cuando entró Édouard.

—¿Usted también viene a *se poner* a cubierto? —le soltó.

—Esta llovizna tan rara parece insignificante y, en cambio, empapa la ropa.

—*Yes!* Esta lluvia es como ciertas emociones. Parecen débiles y se te meten hasta el fondo. El *bone marrow*… ¿Cómo se dice? ¿La médula?

—¿En qué está pensando?

—En los remordimientos.

—Gaëlle me ha dicho que ha dejado hecha la comida. Ya me encargo.

—Qué amable es usted.

—Adèle estará todo el día fuera, así que estamos solos.

—¿Le preocupa? —lo chinchó la anciana.

—¡En absoluto! ¿Debería?

Suzann respondió con una sonrisa enigmática. Se había quitado las gafitas redondas, que sujetaba con sus dedos nudosos, y miraba a Édouard sin decir nada. «Sí, deberías estarlo, solo por el hecho de hacer esa pregunta deberías estar preocupado. ¿Habrás notado algo raro en mí? ¿Basta con que siembre la duda para que la alimentes? ¿Quién eres, Édouard Fourcade? ¿De qué te escondes? ¿Tienes algo que reprocharte?»

Cuando se está al borde de un remolino, algunas miradas pueden hacer que te tambalees y que te quedes colgando de un hilo.

—Bueno, voy a calentar la comida —zanjó Édouard como si saliera de una sesión de hipnosis, y se dirigió hacia la cocina.

—¿Quiere que *pongo* la mesa?

Suzann examinaba cada gesto de Édouard mientras este calentaba un risotto de setas campestres. Ella nunca había sido capaz de distinguir las comestibles de las venenosas, y su estancia en Brocelianda le resultaba aún más placentera cuando Gauvain llegaba con cestas rebosantes de hongos recién recogidos y sabrosísimos.

—¿Entiende de setas? —preguntó la anciana.

—No mucho...

—Puede que Gauvain *lleve a usted* a sus rincones secretos, si se lo gana.

—Ganárselo. ¿Cómo se consigue?

—Respételo, no lo juzgue, comparta una actividad con él, no *deje a él* ganar, como hizo anoche, ya no es un niño.

—¡No le dejé ganar! —protestó Édouard.

—*Really*? —respondió Suzann conteniendo la risa.

Ella conocía las reglas tanto como las setas, así que pensaba que jugar al ajedrez era tan fácil como echar una partida de parchís.

—Es muy bueno.

—Es inteligente. La gente piensa que es idiota porque sonríe mucho y no dice palabras, pero es un *superdotado niño*.

—¿Usted sabe qué le impide hablar?

—¿La muerte de su padre? Su madre no cuenta nada de su infancia y de lo que pudo provocar esa mutación.

—¿Quiere decir «mutismo»?

—Sí, ese mutismo. Discúlpeme, mezclo algunas palabras. Podemos dejar de hablar *para* miedo, o porque no *interesa a nos*, o para aislarnos *de lo* mundo. Usted, querido Édouard, a veces hace *mutante*, ¿no le parece?

—¡Mutis!

Sonrió mientras se preguntaba si no estaba mutando un poco también desde que llegó a ese bosque mítico. Empezaba a comprender que era vital dejar atrás un cuerpo tan pesado, una comodidad tan consolidada, un amor tan cansado y unos automatismos tan destructores.

¿Hacer mutis? Sí. No lo había contado todo. Ni a su mujer ni en esta casa rural. Ni a sí mismo. Llevaba mucho tiempo mintiéndose. Una mentira por omisión. De consenso. Que convenía a todo el mundo.

Suzann tenía razón y lo sabía. Édouard se había metido en el autobús cargado de secretos. Estos lo habían llevado a romper con todo, estaba segura. ¿Cuáles serían esos sueños de adolescente que se mencionaban en la carta y que resurgían decenas de años después al extremo de hacer perder los estribos a un hombre con la vida hecha? Tenía que averiguarlo antes de volver a Inglaterra, y no quedaba mucho tiempo. La escritora disfrutaba con esas sesiones de análisis personal, fuente inagotable de posibles historias, a cada cual más rocambolesca. Le preguntó si ya había encontrado respuestas y se atrevió a evocar la idea de otra mujer como el motivo de sus dudas.

—¡Usted no se anda con chiquitas!

—¿Con quién?

—Es una expresión. Usted va al grano.

—¿Al grano?

—Que no se corta un pelo —añadió Édouard, a quien empezaba a divertirle ese juego de las expresiones desconocidas por la inglesa. Ya pensaba en la siguiente.

—Ah, esta sí la entiendo. No tengo pelos en la lengua, ¿verdad?

—¿Por qué me hace esas preguntas?

Suzann se dio cuenta de la imprudencia que acababa de cometer. No debería haberse aventurado por ese terreno. Creía haberlo distraído lo bastante para que se confiara sin pensar; debía revisar su estrategia. No era una presa tan sencilla. El hombre conservaba algunos reflejos de protección.

Suzann a veces se equivocaba, lo que la ofendía terriblemente.

Daría con la maniobra que le posibilitara conseguir lo que buscaba.

Una mujer como cualquier otra

Echada en la cama tras un día intenso de mercado, con la lamparita de la mesilla encendida como un último escudo frente a la noche, Gaëlle podía localizar todos y cada uno de sus músculos, incluso los más anecdóticos, por el dolor que les daba vida. Semanas de arrancar ramas en el sotobosque, limpiarlas, frotarlas, pulirlas, encerarlas, construir las lámparas, probarlas, a veces rehacerlas, envolverlas, ponerlas en cajas, cargarlas en el coche, descargarlas en el puesto, estar de pie durante horas, volver a cargar las que no se venden, colocarlas en el taller. Aunque Gauvain era fuerte y resistente, su madre se negaba a que lo hiciera todo. Siempre había sido aplicada y trabajadora. No le asustaba el esfuerzo, y esa noche, a pesar de que estaba muy cansada, se sentía satisfecha por el trabajo realizado. Así podía ahuyentar otros pensamientos: la tristeza, el miedo, los remordimientos, la soledad, las ganas de dar marcha atrás y volver a empezar, antes de Gauvain, antes de su padre, sobre todo. Lo había amado y odiado. Era cariñoso, divertido, la metió en asuntos un poco alocados, excitantes, cuando salía de su vida de adolescente responsable y aplicada. Fue su primer amor. Un primer amor que parecía para siempre. Antes de que la redondez de su vientre le quitara el pasador a la granada. El hombre se puso enfermo. Enfermo de celos. Como si se sintiera apartado, excluido, abandonado. Se volvió desconfiado y agresivo. La amenaza de que él le pegara se hizo tan dolorosa como que le pegase de verdad. Otra manera de doler. Golpes en el alma, tan sensible como el cuerpo. Algunos se preguntaban por qué no lo abandonaba. Lo quería, de todas formas. Gaëlle lo perdonaba. Su buena conciencia. Su caridad. Su espíritu de sacrificio. Y, además, estaba Gauvain.

Para dejar los vericuetos de sus malos pensamientos, volvió al mercado.

Habían vendido bastante. Dos lámparas grandes, cinco pequeñas y

también dos esculturas de Gauvain. La mirada que el muchacho dirigió a su madre delataba su orgullo y las ganas de continuar. También gratitud. «Tú me has enseñado todo.»

Gauvain se quedaba con el dinero de sus ventas. Esa vez regresó del pueblo con un maletín lleno de llaves inglesas y destornilladores de carraca. Aunque no le veía mucha utilidad, le fascinaba el ruido de la carraca y la manera en que todo estaba ordenado, por orden creciente de tamaño, cada pieza encajada en la espuma con su forma. En su escala adolescente, acababa de cumplir un sueño.

Al volver a la aldea, agitó el rígido maletín para enseñarles a todos su adquisición. Si bien Suzann no mostró mucho interés, Édouard casi lo envidió. A él también le gustaba el ruido de la carraca. Aprovechó la oportunidad.

—Podrás hacer bricolaje. Si te apetece fabricar cosas que se muevan solas, Raymond nos deja su taller, puedo enseñarte.

Gauvain asintió con la cabeza con gran entusiasmo y ambos desaparecieron hasta la hora de cenar.

Para distraerse, Gaëlle centró su atención en Édouard. Un tipo curioso que había llegado a su casa caído del cielo por una extraña casualidad y que se mostraba amable y atento. Aunque lo había notado distante con su hijo durante los primeros días, ahora le dedicaba más atención. La partida de ajedrez, esa tarde que habían pasado en el taller de Raymond. Gauvain cogería cariño a un hombre a quien le gustaba el bricolaje. Sabía que su hijo era tan manitas como intelectual. Sobre todo, era creativo. Que Édouard le propusiera fabricar objetos que se ponen en marcha, dan vueltas y se mueven solos solo podía entusiasmarlo. La conmovía que forjaran un vínculo porque era algo que al adolescente le faltaba.

Gaëlle lo sabía.

También era consciente de sus propias carencias, y se apañaba con hombres de paso. El placer sin riesgos le sentaba bien.

¿Édouard sería como ellos?

Tenía pinta de ser de esos que posan la mano en una mejilla y la acarician como hace el sol.

Una fuerza helada

En ese momento, Édouard estaba paralizado en mitad de una pared vertiginosa. Abajo, el vacío le parecía infinito y las nubes volvían invisible la cima que debía alcanzar. Se aseguró de apagar todas las luces y se dirigió hacia la ventana de su habitación. Antes de abrirla, se quitó la camiseta para entregarse a los elementos, tan desnudo por fuera como lo estaba por dentro. Sintió el mordisco del frío en la piel como la bofetada que despierta al boxeador noqueado.

El cielo despejado y plagado de estrellas había situado la luna en el lado opuesto de la Tierra. Una contraventana entreabierta en la planta baja dejaba en el césped una leve mancha de luz en el vacío. Una oscuridad natural como esa, intensa y tupida, a Édouard le parecía tan insólita y valiosa que se entretuvo un rato sintiéndola, comprobándola, examinándola con los ojos a veces cerrados, a veces abiertos. Dio un paso atrás para dejar de ver el trazo dorado sobre la hierba. Salvo por las estrellas, no había diferencia. Por tanto, sus párpados solo se abrían para ofrecerle el infinito iluminado. Picoteaba los puntos de luz con los ojos como cogería con la punta húmeda del dedo el azúcar derramado en la mesa.

Al oír a lo lejos el hálito de los primeros árboles, cuyas copas danzan con el viento, se teme el peligro. Esa noche, sin embargo, a Édouard el bosque le pareció tranquilizador y seguro. Los troncos erguidos se alzaban como una muralla que lo protegía de la realidad hostil.

París, su mujer, su trabajo pertenecían a otra galaxia. La carta de Élise sobre la cama hacía su presencia tangible, del mismo modo que a Gaëlle mediante el haz de luz que acariciaba el césped; provenía de su dormitorio. Un rato antes se había tomado un té con Édouard, que estaba leyendo *Tristán e Isolda*. La dulzura de su mirada lo había turbado, y atribuyó la relajación de ella a que ya hubiera terminado ese mercado tan importante. Sin embargo, en esa mirada percibía una

dimensión más voluptuosa que el mero alivio, y él era el destinatario.

Respiro hondo varias veces para nutrirse de esa fuerza helada y tonificante que le enviaba el bosque.

La necesitaría para afrontar el vacío.

A la velocidad de un caballo al paso

—¿Te importa si te acompaña? —propuso Gaëlle al día siguiente.

—Pensaba ir a caballo.

Había que comprar el pan para toda la semana. Solo ir y volver a la aldea vecina. Adèle iba a menudo, le gustaba cómo olía el obrador. Se quedaría todo el día allí si no fuera porque recelaba de las intenciones del panadero. Un hombre discreto, que vivía solo y no parecía mala persona. Pero ¿quién sabe lo que oculta la timidez y la reserva? Adèle desconfiaba de los hombres misteriosos, así que se conformaba con el tiempo que tardaba en comprar el pan para alimentar su olfato y que sus recuerdos infantiles volvieran a tomar cuerpo. Cuando iba al colegio por el campo, al pasar por detrás de la panadería del pueblo las moléculas en suspensión que el viento transportaba la invadían y no le daban más opción que derretirse allí mismo, mientras cerraba los ojos para impregnarse mejor. El café también surtía en ella ese efecto embriagador. Hasta donde le alcanzaba la memoria, siempre había experimentado ese placer secreto cuando iba a la compra: se detenía en la sección del café, cogía un paquete tras otro y, con cuidado, los apretaba con la nariz pegada a la válvula de plástico para alimentar sus receptores sensoriales con ese olor que la trastornaba. Durante mucho tiempo la avergonzó la idea de robar el olor del café a quienes compraran esos paquetes, pero dejó de tener escrúpulos el día en que conoció el motivo de la existencia de esa pequeña válvula. El producto debía desgasificarse una vez empaquetado, por lo que ese olor mágico que soltaba cuando apretaba el paquete se liberaría de todas formas. Así que, ¿por qué privarse de ese placer?

Adèle tenía por costumbre ir a la panadería de Antonin a caballo, pasando por los caminos de tierra. Un itinerario corto y tranquilo. Le gustaba el campo colindante con el bosque. Los prados y las arboledas, repletos de animalitos inquietos y ruidosos, hacían que, por un rato, se olvidara del mundanal ruido. Le gustaba la soledad.

Sin embargo, aprovechó la oportunidad que le brindaba Gaëlle para conocer mejor al hombre con quien llevaba días compartiendo el cuarto de baño. ¿Quién sería? ¿Qué querría? ¿Entraría en sus criterios de selección?

—Aprovecharía para correr un poco, si el caballo se adapta a mi ritmo —propuso Édouard.

—¡Depende del ritmo!

Esperaba estar en condiciones de seguir el paso de un caballo, aunque llevaba mucho tiempo sin correr.

Adèle asintió, y subió a su habitación para prepararse.

Édouard confiaba en que fuera ella quien dirigiera la conversación durante la ida y la vuelta (él estaría sin aliento), a pesar del carácter taciturno que entreveía en ella. Por lo demás, le parecía un reto interesante por partida doble. Retomar ciertas sensaciones deportivas y conocer mejor a esa misteriosa joven.

Adèle se puso un jersey más escotado y el pantalón de equitación, que se amoldaba perfectamente a sus nalgas.

Comprobó frente al espejo cada detalle de su rostro. No se depilaba las cejas (su espesor le confería carácter), pero se las cepillaba con mimo. Se pintó una discreta raya en los ojos con el perfilador para destacar su mirada sin que se notase que pretendía gustar a aquel hombre. Dejó los labios con su color natural y se aplicó en el pelo un poco de aceite seco para que estuviera brillante.

Por último, revisó el estado de sus piernas y axilas, por si la visión del vello causaba rechazo a Édouard.

Adèle se lo tomó con calma, sabedora de que cualquier hombre la desearía más cuanto mayor hubiera sido la espera.

Édouard la aguardaba dando vueltas por el patio, calzado con sus sempiternas zapatillas de deporte. Gauvain le había presado un pantalón corto demasiado ceñido. La camiseta tan ancha que se había puesto disimulaba lo mejor posible el bulto de su sexo. Odiaba pensar

que pudiera intuirse su tamaño cuando la ropa era tan ajustada. Y esperaba que Adèle no fuera a mirar ahí.

La joven bajó por fin con una gruesa bolsa de tela en la mano y se encaminó hacia la cuadra sin decir palabra. Le gustaba que la siguieran sin haberlo propuesto; lo consideraba una señal de su magnetismo. Él fue tras ella sin dudar y sin ver la sonrisa de satisfacción de la joven, que iba unos pasos por delante. Adèle colgó la bolsa de un clavo cerca del box.

—¿Es para el pan? —preguntó Édouard.

—Sí.

—¿La has hecho tú?

—Sí.

—¿También te confeccionas los vestidos?

—Sí.

—Son bonitos.

—Gracias.

Simple, concisa, concreta. Adèle.

Mientras preparaba a Perceval, Édouard le hizo unas preguntas técnicas sobre el mundo equino. No tenía ni idea. La mujer supo que solo había montado una vez y que había aguantado diez segundos antes de darse contra el suelo. No se había atrevido a intentarlo de nuevo.

Conforme cepillaba al animal, Adèle se decía que debería cuidarlo sobre todo a la vuelta, cuando tuviera calor, siempre y cuando pudiera transpirar con un cincuentón corriendo a su lado. Luego, tras cubrirlo con su manta, le puso la silla y el filete. Lo sujetaba por las riendas mientras salían de la aldea, para que el animal calentara antes de que lo montase, y preguntó a Édouard si ya quería empezar a correr.

—Sí, aunque no puedo asegurar que aguante mucho.

—Usted dirá.

—¿No quieres tutearme? Al parecer, aquí lo hace todo el mundo.

—Ve a tu ritmo, ya te seguiré.

Édouard empezó a corretear pensando en su tobillo. Ese que lo había apartado del deporte. Tenía que comprobar su resistencia y tonicidad. El caballo marchaba al paso, y Adèle le reclamaba unas

zancadas más rápidas para dar alcance a Édouard cuando aumentaba la diferencia. Después, como el tobillo no se quejaba y la respiración aguantaba, el hombre aceleró. La joven puso al caballo al trote en la estela del corredor. Él solo pensaba en controlar la respiración para no perderla. Al cabo de unos kilómetros se perfiló una cuesta *a priori* sin nada de particular. Tendría que haber ido más despacio. El caballo lo arrastraba a un ritmo demasiado rápido para su pesado cuerpo. Resistir. Proteger su orgullo. Seguir resistiendo. Que no se notara que estaba forzando la máquina. Que no podía con su alma. Esa necesidad ridícula de quedar bien…

Se detuvo en la cima sin fuerzas ni valor para avisar a Adèle, y vio que se alejaban. Cuando ella volvió sobre sus pasos, se lo encontró encogido con las manos aferradas a las rodillas y el orgullo por los suelos, buscando un ritmo cardíaco razonable y algunos alveolos pulmonares conciliadores.

—¿Necesitas un descanso?

—Creo que sí.

—¿Quieres montar?

Édouard declinó la invitación. Debía hacer un mínimo esfuerzo para evitar las agujetas.

Adèle, que lo seguía a unos metros, aprovechó para escudriñarlo en silencio. El segundo día había pillado a Suzann y Gaëlle hablando de él. Las mujeres, sentadas en el banco, no habían oído a Adèle salir de su cuarto. Se detuvo en el rellano aguzando las orejas. Algo de una esposa en la explanada de la estación, unos días en el campo, un abandono evidente. Fue la única vez que Adèle supo algo de él desde su llegada porque, en cuanto entraba en la estancia, Suzann se callaba o cambiaba de tema.

Un falso llano descendente en el camino permitió a Édouard recuperar el aliento y mantener con la joven algo parecido a una conversación.

—¿Te gusta esto? —resopló.

—Sí.

—No eres de esta región… ¿Cómo llegaste a casa de Gaëlle?

—De casualidad. La oficina de turismo buscaba a alguien y me

empollé la leyenda. Creo que les atrajo mi aspecto. Montada en un hermoso caballo blanco con un vestido de princesa doy el pego, ¿verdad?

Adèle no se sentía observada con la mirada habitual de un hombre en celo. Estaba ofendida. ¿Acaso no lo atraía? Sin embargo, ella pensaba que sí. La mirada cuando se cruzaron en la escalera, la sonrisa incómoda después. Osada, le preguntó sin rodeos si estaba casado. La respuesta confusa, vacilante, la necesidad de tomar distancias que mencionó, le proporcionaron la ocasión perfecta.

—Si necesitas relajarte, ¿te puedo ayudar?

—¿Tú? ¡Vaya, todo un ataque frontal!

—Si pones la relajación de un hombre al mismo nivel de un ataque, dudo que pueda serte útil.

—¡Lo has entendido perfectamente! Incluso si lo necesitara, yo...

—¡Todos los hombres lo necesitan! —afirmó la joven con una voz afilada como un cuchillo.

—¡De acuerdo! Como decía, incluso si lo necesitara, no lo buscaría contigo.

—¿Y por qué no?

—Porque eres de la misma edad que mi hija.

Adèle comprendió que no le sacaría nada. Al menos ya sabía a qué atenerse. La reacción del hombre había sido tan contundente que no cabrían excepciones ni cambios de opinión. Cuando le preguntó por los motivos de su malestar conyugal, se mostró evasivo. Una mujer complicada, aburrimiento, la rutina de un día a día invariable y ordinario, la necesidad de un cambio.

Había unos cuantos coches aparcados delante del granero de donde salía un delicioso olor a pan. Adèle se bajó del caballo y ató las riendas a una anilla de hierro fijada en la pared; luego cogió la bolsa de tela. Saludó a Antonin y le presentó a Édouard.

Dentro de un abrevadero de madera forrado con una tela blanca, unos panes grandes, cuadrados y oscuros se mantenían calientes. Cada cliente cogía la cantidad que había encargado la semana anterior y pagaba su importe introduciéndolo en un tarro de cristal que presidía la mesa. A continuación, apuntaba el siguiente pedido. El panadero no

paraba de sacar panes del horno y de poner unos encima de otros. No revisaba las cuentas. Toda la organización se basaba en la confianza. Édouard lamentó su propia desconfianza.

Sin decir palabra, Antonin destapó un pan formado por varios trozos de masa que se habían cocido unos junto a otros. El pedido especial de Raymond.

A la vuelta, Édouard trató en vano de conocer mejor la relación que Adèle tenía con Gauvain. Pero el amor de ambos no era asunto de nadie.

Cuando probó a correr de nuevo, los músculos, doloridos por la tentativa violenta de la ida, no lo obedecieron. Adèle le propuso que aprovechase para intentar montar a caballo. Contra todo pronóstico, Édouard aceptó sin dudarlo. La joven tuvo que contener la risa al constatar lo poco ágil que era para meter el pie en el estribo y la manera que tuvo de pegarse a la silla tras conseguir subirse al caballo. «¡Pobre Perceval!» El animal, magnánimo, no se quejó, y permaneció inmóvil el tiempo suficiente para que el antiguo debutante realizara su torpe acometida. Adèle caminó junto a él una treintena de metros, dirigiendo el caballo, antes de hacer un alto cerca de una roca en la que darse impulso para subirse a pelo en la parte trasera de la silla, con las piernas sobre la bolsa del pan. Perceval era lo bastante fuerte para llevar a ambos. La joven rodeó a Édouard con los brazos para coger las riendas y guiar al animal desde atrás.

Édouard notó en la espalda la firmeza de sus pechos y evitó imaginárselos, aún avergonzado de haber buscado un olor femenino en un trozo de encaje. «La misma edad que mi hija.» Entonces recordó el canalillo de Gaëlle cuando se inclinaba para encerar la rama. Se sofocaba con esas fantasías que resurgían en su interior como un árbol experimenta el ascenso de la savia tras un largo invierno.

Con el rostro pegado al hombro masculino, a Adèle le sorprendió que el olor de Édouard, intenso después del esfuerzo que había hecho, no le molestase. Sin ser agradable, esa leve emanación acre y picante, mezclada con el olor artificial a desodorante, no desagradó a la joven. Se quedó desconcertada por lo extraño del hecho. ¿Qué significaba esa cercanía?

La alivió llegar a la aldea y a la conclusión siguiente: Édouard era inofensivo.

Se sintió segura.

Por una vez.

Érase que se era

Los recuerdos del día se agolpaban sin sentido.

Tendido en la cama con los ojos cerrados, Édouard rememoró a Adèle vestida de amazona. Un hada de cuento, solitaria y frágil. Su proposición, cuando menos directa, le había extrañado. Se preguntó cómo se comportaría su hija con el género masculino, aunque fuera un pensamiento tabú. Había pasado por la etapa de querer meterla en una burbuja a cualquier precio para protegerla de los lobos, sin ser capaz de verla como una tigresa. Pauline había estado con algunos chicos cuidadosamente seleccionados y con los que la relación se concretaba tras largas semanas de acercamiento. Édouard había sabido instaurar un clima de confianza con su hija, y un día se dio cuenta de que Pauline se abría más con él que con su madre sobre sus dudas amorosas e íntimas, tanto que incluso llegó a pedirle consejo. Aquel día sintió un orgullo y un honor indescriptibles. ¿Podía decir lo mismo el padre de Adèle?

Para Édouard, la seducción se realizaba a pasitos silenciosos. Un cruce de miradas, de palabras, tal vez de roces, y el *crescendo* suave hasta un desenlace sereno. Los preparativos, el baile de las dudas, la incertidumbre y el miedo a no gustar. Donde la timidez es conmovedora y las iniciativas comedidas. Esperar, sí, esperar a que los corazones se familiaricen, aunque ya hayan sucumbido.

Ese día, Édouard no solo fue a buscar pan a una aldea vecina. Se percató de que había maneras de vivir radicalmente distintas a la suya.

Raymond le había enseñado otra palabra extraña cuando él le entregó su encargo.

—¡Aaah, querido Édouard! ¡Me traes uno de mis mayores placeres!

Partió el pan por donde los trozos de masa se habían pegado durante la cocción y cortó el borde.

—Esto es la *baisure*, mi trozo preferido. Antonin me lo hace

exprofeso en forma de margarita, para que haya varios. ¡Qué textura! ¡Es única! ¿Y sabes por qué? Porque los trozos de masa se han acariciado mientras crecían con el calor del horno. Se han hecho ojitos y luego se han rozado, antes de acurrucarse unos junto a otros. Cuando muerdes un trozo de *baisure*, te sabe a amor.

Su jefe lo había llamado esa tarde para que le diera una fecha de regreso o, al menos, un certificado médico. Édouard ni siquiera sabía si iba a volver. En cuanto a sentirse indispuesto, ¿qué patología se podía inventar? ¿Se puede estar enfermo de un amor que se intenta recuperar? Hizo valer su derecho a todas las vacaciones y días libres que la empresa le debía. El hombre que tenía al teléfono refunfuñó y gruñó con contención administrativa. El capricho de Édouard alteraría la planificación. Intentó amenazarlo con un despido por abandono del puesto de trabajo.

—¡Adelante! —se oyó decirle Édouard.

No hay nada peor para un jefe que esos empleados hartos de todo que no tienen nada que perder. Le concedió las vacaciones por cansancio:

—¡Me estás jodiendo, Fourcade!

Ya no era el funcionario modelo.

Ahora que se había convertido en un desertor, la misiva de Élise era una especie de carta de renuncia.

Élise.

Pensaba en ella mañana y noche, siempre que veía cosas hermosas y quería compartirlas. Ella encarnaba la belleza en este mundo más bien feo.

Era una noche de luna llena cuando se teme la oscuridad.

Era el rayo de sol sobre las hojas del otoño.

Era la primera flor de la primavera.

Era un campo cubierto de nieve al amanecer.

Édouard estaba resentido con su propia memoria por haberla ocultado bajo un cúmulo de rutina.

Hasta esa carta.

Miró el reloj que colgaba de la pared en un rincón del cuarto. Cada segundo que pasaba era tiempo perdido.

Tenía que verla.

Tenía que saber si el amor seguía ahí, dentro de él.

Si ella seguía siendo la luna, el sol, la flor, la nieve.

Si ella seguía siendo esa pizca de magia.

El no retorno

Édouard había dormido. Toda la noche, del tirón. Un sueño profundo y reparador.

Su teléfono seguía en el casillero de la planta baja. Se estaba acostumbrando a consultarlo solo un par de veces al día. Cuando Gaëlle lo chinchaba diciéndole que lo apagase mientras estuviera allí, se hacía el sordo.

Distinguía los sonidos amortiguados del exterior, que se desvanecían contra los cristales. Los cascos de un caballo por la carretera asfaltada, la voz de Gaëlle, un gallo. La banalidad de la vida cotidiana. Doux Chemin se había despertado sin esperarlo, y a él le gustaba pensar que se había concedido esa libertad.

«Adelantaos, que luego os alcanzo.»

Cogió su diario incompleto. Por segunda vez desde que llegó, releía a Élise como si fuera un poema.

Había empezado ese diario después de conocerla, embargado por la urgencia de conservar algo de la felicidad que estaban viviendo, y no había vuelto a tocarlo desde que se marchó.

Sabía que ya había perdido demasiado tiempo con una vida que no le prometía muchos años más. ¿Treinta? ¿Cuarenta a lo sumo?

Tenía que ver a Élise.

Urgía que cada segundo nuevo tuviera sentido. Para compensar las horas, los días y los años pasados sin haberlo tenido.

Aceptó la propuesta que Gaëlle le hizo la víspera. Supuso que estaría esperándolo ya. Se arregló deprisa y bajó la escalera a toda velocidad.

Suzann, sentada en el banco a resguardo del viento, disfrutaba del sol matutino. Su piel arrugada, que brindaba a los rayos anaranjados, dibujaba las dunas de un desierto árido.

—¡Le está esperando! —le soltó en tono pícaro sin abrir los ojos.

Gaëlle volvía del huerto con algunas hortalizas en las manos y el

pelo suelto. Le pareció hermosa. Se movía por la naturaleza como si formara parte de ella. Era como un junco solitario que se enfrenta a la tormenta sin nada que lo proteja; se dobla con el viento, pero sigue en pie a pesar de todo. No sabía nada de ella. Muy poco. Solo que aguantaba en pie, digna, afable, generosa.

Gaëlle le había propuesto hacer una excursión al valle Sin Retorno para desgranarle algunas leyendas artúricas. Édouard, por fin listo, se encontró con ella en el patio. Lo esperaba apoyada en el coche. El hombre admiraba su capacidad para estar a gusto sin hacer nada durante varios minutos seguidos. Ni mirar un teléfono, ni leer ni quitar hierbas del arcén «mientras tanto». Nada. Solo dejarse llevar por el paso del tiempo.

Se detuvieron antes en Tréhorenteuc, frente a la iglesia del Grial. Édouard vio en ese nombre un paralelismo con su búsqueda. El abad Gillard, designado rector de esa pequeña parroquia en 1942, un nombramiento que parecía un castigo, se consagró durante años a reformar una construcción que amenazaba ruina. Rehabilitó ese lugar sagrado mezclando la historia cristiana con la tradición celta, la leyenda del Grial y hasta la astrología. Suficiente para que lo considerasen un disidente.

Se detuvo ante el pórtico y leyó varias veces la inscripción grabada en la piedra: «La puerta está en el interior».

«La puerta está en el interior.»

Aunque la suya chirriaba de tan oxidada como estaba, ahora disponía de algunas herramientas para engrasarla. El taller de Raymond, las palabras de Denis, la amabilidad de Gaëlle, la curiosidad de Gauvain. Una carta.

Tenía que ver a Élise.

Sentados en un banco frente al primer lago a la entrada del valle, con el Árbol de Oro a su izquierda, observaban la persistente neblina en la parte más alejada del agua y el reflejo de los pinos que ocupaban la colina. Un ambiente extraño y tranquilo. Ese pequeño valle aislado del mundo parecía condenar a uno a mirarse a la cara, al amparo del tiempo.

«La puerta está en el interior.»

—El Espejo de las Hadas o lago de Morgana. Este lugar, encajado en el valle y rodeado de vegetación, está protegido del viento, por eso la superficie está inmóvil, como si fuera un espejo. El valle Sin Retorno es uno de los lugares más simbólicos del bosque. El hada Morgana, discípula de Merlín, encontró a su amor Guyomard en los brazos de otra y maldijo a los amantes infieles encerrándolos en este valle. Lancelot del Lago logró liberarlos. La reputación demoníaca de Morgana provocó un escándalo cuando el abad Gillard la representó en el vía crucis de la iglesia del Grial. Te lo enseñaré cuando la visitemos.

Gaëlle se quedó en silencio largo rato. Él pensaba en las insinuaciones de Adèle. En su inquietante parecido con el hada. Bella, atrevida, con atributos evidentes y una larga melena negra, libre y provocadora. Un poco hechicera.

—Me gusta venir aquí —prosiguió su compañera de asiento—. A excepción de la temporada turística, cuando hay muchos curiosos, es un sitio apartado y tranquilo donde sentirse protegida.

—¿Te sientes en peligro?

—¿Acaso no se puede ser vulnerable sin estar corriendo un peligro real?

«Sí.»

Su esposa, con su miedo intrínseco a la soledad, era tan frágil ante el vértigo del silencio y de la nada como si estuviera al borde de un gran acantilado azotado por viento fuerte. Sentía la necesidad constante de rodearse de ruido, de gente, de cosas, de muchas cosas, para encubrir la llamada hipnótica de un vacío sideral interior.

La huida de Édouard a Vannes había añadido profundidad al precipicio. Por otro lado, al reaccionar de esa manera, él se había alejado del suyo. Recordó una frase de Denis: «Respetarse a sí mismo no es egoísmo». En ese banco, frente a ese lago, junto a esa mujer, en ese momento tranquilo, no se sentía egoísta. Pensaba en él.

—¿Lo bordeamos? —le propuso Gaëlle.

La siguió por el sendero. De nuevo, el agua cobriza del arroyuelo. Lo atribuyó a un yacimiento importante de hierro. Su guía tenía una explicación muy diferente. En el fondo del lago vivían unas hadas; una

de ellas se enamoró de un guapo caballero que pasaba por el camino y sus hermanas montaron en cólera. El asesinato del apuesto señor, la venganza de la desdichada.

—Ese color que ves allí abajo es la sangre de las hermanas heridas.

«El arroyo anaranjado es un vivo reflejo de cada uno de nosotros», se dijo Édouard. Está la realidad, la historia que se inventa y la leyenda que se crea. Un mal de amores también provocaba que corriera la sangre de una vieja herida por sus propias venas.

Tenía que ver a Élise.

Retomaron la marcha por el sendero acotado. Ahora debían desviarse hacia la cresta y subir entre unas piedras enormes. Él pasó primero, le tendió la mano en algunos sitios para ayudarla a escalar las rocas más altas. Gaëlle le respondía con una sonrisa, aún más guapa que por la mañana, con los pómulos enrojecidos por el esfuerzo. El color recuperado en las mejillas la hacía más serena. Se intuía un cuerpo de formas generosas contra el que sería agradable acurrucarse.

Édouard estaba solo con esa mujer, en pleno valle de los Amantes Infieles, y de pronto la deseó. Se quitó de la cabeza esos pensamientos inoportunos e indecentes; solo quería desear a Élise.

A pesar de que Denis llevaba toda la vida hablándole de la importancia de las fantasías, Édouard se sentía culpable, además de azorado por cargar a cuestas con el deseo por una mujer que lo trataba tan bien.

El sendero se allanaba y seguía la línea de cresta, que ofrecía un horizonte despejado solo rodeado por unos pinos y robles robustos. Una landa se extendía alrededor, cubierta de aulagas peligrosamente urticantes (lo había padecido la vez anterior al rozarlas con el antebrazo), coloridas genistas, callunas, brezos y asfódelos. En el suelo afloraba un esquisto rojo que dibujaba múltiples formas y que, en algunos sitios, se presentaba bajo la forma de unas largas placas inclinadas hacia el lago que estaba abajo, como unos inmensos toboganes fatídicos.

—¡Ahí está el Asiento de Merlín! —anunció Gaëlle, y tendió los brazos hacia una honda excavación dentro del esquisto—. La leyenda dice que se sentaba ahí a meditar y a vigilar el valle Sin Retorno.

—¿Podemos sentarnos?

—¡Sí, claro! Pero de ahí a convertirse en brujo…

—No aspiro a tanto. Aunque, según Raymond, la magia ya está en nuestro interior. Como la puerta —añadió mientras se sentaba.

Gaëlle soltó una risa que a él le alegró.

Ya revoloteaban las primeras hojas secas, pero el final del verano se eternizaba. Édouard había cerrado los ojos con la cara hacia el sol.

Pensaba en la iglesia, en los símbolos, en Élise, en sus palabras.

Se alegraba de estar allí, de no pensar en nada y pensar en todo a la vez. En el taller de Raymond, en Gauvain, en lo bien que lo habían pasado curioseando en las estanterías, en lo que iban a construir juntos. Édouard tenía muchas cosas que enseñar al chico, y este, muchos secretos que desvelar. A partir de la estación de Vannes, se había puesto en marcha una extraña concatenación de circunstancias. ¿Su llegada a esa comunidad improvisada se debía al azar? Aunque cartesiano, tenía las posaderas en el asiento de un mago y se sorprendía creyendo en un impulso espiritual para explicar coincidencias inquietantes.

Cuando volvió a la realidad, vislumbró a lo lejos el color azul de un jersey tras una gran roca y fue junto a Gaëlle con paso ligero.

—La roca de los Falsos Amantes —anunció Gaëlle—. Cuenta la leyenda que Morgana convirtió a Guyomard y a su amante en estos dos elementos, separados entre sí por unos centímetros y condenados a no tocarse por siempre jamás.

Pasó la mano a lo largo de la grieta, acariciando así, con una dulzura infinita, el dolor de los amantes de piedra.

De pronto, Édouard vio el rostro de Élise, su mirada triste cuando ella le comunicó la decisión de su padre. El espacio entre ambos que, desde ese momento, el destino selló con vacío. Treinta años para llenarlo. Y no estaba seguro de que la grieta se hubiera cerrado. No sabía si el amor seguiría intacto, lo que ella sentía por él, ni cómo sería el futuro. Solo tenía retazos de un pasado magnífico y trágico. Un pasado alocado y grato. Le había escrito, por tanto, no lo había olvidado. Él a ella tampoco. Todo emergía, remontaba, brotaba de su memoria.

Tenía que ver a Élise.

—¿Estás bien? —le preguntó Gaëlle apoyando la mano en el hombro decaído de Édouard.

No contestó, se contentó con sonreírle con la fuerza de un superviviente.

—Regresemos —dijo ella—. Gauvain nos estará esperando.

—¿Me puedes prestar el coche mañana o pasado mañana?

—Cuando quieras —le respondió Gaëlle, que caminaba ya por el sendero que bajaba hasta el lago.

Le costó seguirla. La silueta menuda se colaba mejor entre las rocas amontonadas que su corpachón, en absoluto ágil. A Édouard empezó a parecerle un engorro durante la adolescencia, cada vez que tiraba el vaso que intentaba coger, no atinaba a agarrar el picaporte de una puerta o empujaba a la gente en la calle. Siempre deseó ser alto, pero pronto se daría cuenta de que unas dimensiones más razonables tenían muchas más ventajas. Como en ese momento, en que se veía torpe y ridículo.

—Eres más rápido en las subidas que en las bajadas —constató Gaëlle, que lo esperaba en el banco cerca del lago—. Pero me gusta tu tamaño, me da seguridad.

Le desconcertó que hiciera ese cumplido sobre su corpulencia cuando él acaba de esparcir por toda la bajada piedrecitas de desprecio hacia sí mismo. Y volvieron a entrarle ganas de acurrucarse contra ella o, más bien, de abrazarla. El delicado resurgir del deseo lo aligeraba.

Apenas pudo disimular su turbación en el camino de vuelta.

Édouard tuvo una certeza: ese paseo los había llevado a un punto de no retorno.

No se imaginaba hasta dónde los conduciría.

El registro de una voz perdida

Gendarmería de Les Rousses

El hombre con el tic del Bic no estaba ese día. En la recepción, Christine habló con otra de sus colegas que parecía muy joven, quizá de la misma edad que su hija, y sintió que su corazón chorreaba como una bayeta de la que sale un líquido grisáceo y sucio. Se tambaleó, pero se sujetó al mostrador. La joven agente parecía segura de sí misma, voluntariosa y decidida; sin duda eran las aptitudes mínimas requeridas para ese trabajo, se dijo la débil mujer.

—Entonces ¿quiere ver a mi colega?

—Si es posible…

—Siéntese, voy a avisarlo.

Los carteles no habían cambiado. El mismo accidente, la misma mujer maltratada, los mismos niños desaparecidos. Como si el tiempo se detuviera para quien vivía ese tipo de tragedias. La chapa abollada, fosilizada. Las equimosis en el ojo y en el pómulo, tatuadas. Los niños perdidos, olvidados.

¿La vida sigue para los que se quedan cuando lo esencial se ha ido?

Christine daba vueltas a esas ideas cuando apareció Raphaël. El mismo recorrido por el pasillo, la misma sensación tranquilizadora que le proporcionaba el uniforme, el mismo despacho que se puso a ordenar rápidamente, apilando los informes dispersos por la mesa en los que estaba trabajando.

—Vuelvo a molestarte —se excusó Christine.

—No me molestas. ¿Hay novedades?

—No, nada. Yo...

—¿Sí?

—Me preguntaba si no podría hacerse algo más para encontrarla.

—Por la vía oficial y jurídica, no, siento decepcionarte. ¿Has probado con sus amigos, sus redes sociales, los motores de

búsqueda…? ¿Los sitios que le gustaban? ¿Su banco?

—Todo. Tengo la sensación de haberlo intentado todo. En su banco me habrían informado, nos conocen bien. Sacó todo lo que tenía en la cuenta cuando se fue y, desde entonces, no ha habido movimientos.

—Debe de haberse abierto otra en un banco de la competencia.

—Es como si se hubiera evaporado.

Raphaël miraba a Christine con benevolencia. Al principio de su carrera tuvo que encargarse del caso de un niño desaparecido, que nunca habían encontrado. Recordaba lo abatidos que estaban los padres. Delphine tenía la ventaja de ser mayor de edad, por tanto, existía la posibilidad de que no le hubiera pasado nada grave y que se hubiera ido por voluntad propia. En cambio, el niño de ocho años de aquel caso sin resolver seguía atormentándolo.

Desde entonces, Raphaël temía enfrentarse a los padres que acudían a denunciar una desaparición. Comprendía a Christine. Sabía que ya se habría imaginado los peores escenarios y que era algo inevitable. No se puede luchar contra ese tipo de pensamientos oscuros. No cuando están relacionados con un hijo. Incluso si es mayor.

—Tengo pesadillas. La veo dentro de un hoyo, en mitad del bosque, con el rostro lívido, los ojos abiertos y la mirada fija, desnuda, medio cubierta de hojas.

—Trata de imaginártela en un sitio que le guste. Sé que es difícil, pero, Christine, te lo ruego, intenta imaginártela viva. Tus pensamientos diurnos se impondrán a las pesadillas nocturnas. Te haces daño.

—No lo puedo evitar. No soy tonta. He oído hablar de trata, de redes, de pervertidos. Es guapa y no pasa desapercibida. Atrae las miradas y el deseo.

El capitán Desnoyaux sabía que debía ir poco a poco. Conocía su dolor. Recordaba la vez anterior, la manera en que se parapetó dentro de su concha jugando con aquel hilito que sobresalía. Y que acabó por soltarse. Ella no. A Christine había que tomarla con cuidado, como se coge entre las manos a un gorrión para no romperle un ala.

—¿Quieres contarme cómo era el día a día en casa?

¡Qué vergüenza sintió ella de pronto! Y qué preocupación, también.

Y unas ganas locas de hacer cualquier cosa por que volviera Delphine. Por más que fuera duro admitirlo y que se sintiera culpable, si hablaba quizá habría una posibilidad de encontrarla.

—Tanto mi marido como mi hija tienen un carácter fuerte. Se han enfrentado a menudo desde que Delphine era adolescente. Él no concebía darle más libertad, verla crecer, que se le escapara; y ella no aguantaba más sentirse encarcelada. Tampoco soportaba tragar sin decir nada, en el restaurante, con la excusa de que había que ser amable con los clientes para que volvieran. Apartaba las manos largas, plantaba cara a quien la llamaba como a una criada de la Edad Media o como a una... bueno, como a una...

—¿Prostituta?

—Sí —contestó Christine con un sollozo que supo reprimir a tiempo.

—Robert no entiende qué problema hay, ¿no?

—No. Y ella me reprochaba dejarme avasallar, y yo, no actuar. Delphine ni siquiera me culpa de no haberla defendido. Raphaël, no la he protegido lo bastante y ahora se ha ido. Es culpa mía.

El gendarme apoyó su cálida mano sobre las de Christine, juntas y temblorosas sobre la mesa. Sentía pena por ella. Sabía que la culpabilidad estaba tan afilada como la preocupación para causar una herida profunda y dejar unas cicatrices llenas de ampollas que dejan marca. También sabía que no había muchas palabras para aliviar esos remordimientos.

—No has tenido la culpa de nada, hiciste lo que podías. No creo que Delphine esté resentida contigo. Si se ha marchado para protegerse, significa que no está en peligro, ¿no crees?

—Puede ser. Me gustaría saber dónde está. No, ni siquiera dónde. Solo saber que está bien. Que está viva y sana. Y feliz. Más feliz que aquí.

—¿Y tú? ¿Eres feliz?

Christine lo miró soltando una carcajada. Una risa forzada, una risa que llora. ¿Feliz? Ni siquiera se lo planteaba. Vivía al día. Los paseos con su perro. Las pequeñas escapadas para ir de compras con su amiga de la infancia cuando esta volvía de vez en cuando a Les Rousses. Con

eso le bastaba. Guardaba lo demás en el baúl rebosante de su vía crucis. El marido y su risa ordinaria, el restaurante que había que limpiar a diario, la bulla constante durante los turnos, los clientes insatisfechos que hacían cualquier cosa por un descuento, mientras que ella trabajaba muchísimo.

¿Feliz? Más valía no hacerse esa pregunta.

—¿Algo que haya colmado el vaso?

Una vez más, Christine intentaba huir sin marcharse de allí. Su amigo del colegio no pretendía hacerle daño, quería ayudarla. Lo miraba abriendo y cerrando la boca, como un pez que agoniza en la orilla. Christine agonizaba por lo que tenía que contar. Agonizaba de vergüenza. Y se lanzó al agua de cabeza. Se sentía segura con Raphaël. Llevaba un uniforme, una camisa bien planchada, unas botas relucientes, unas esposas, un arma.

Los ojos de Christine se movían de un lado a otro por miedo a quedarse atrapada en los del gendarme. Sentía vergüenza. Vergüenza de vivir con ese tipo, tan asqueroso como el barrigón que tenía, que la cubría como la piel de un animal cuando se le echaba encima para satisfacer sus necesidades; vergüenza de consentir que le metiera los dedazos sin miramientos, hasta el punto de hacerla sangrar alguna vez, de dejar que le lamiera el lóbulo con su lengua babosa mientras le pringaba la oreja con un «Déjame ver si aún me sirves».

Christine no le contó nada de esa deshonra. Nunca se lo contaría a nadie. Antes muerta que confesar que era demasiado floja para rechazarlo. Ya se sentía bastante sucia con vivirlo, así que ponerle palabras, por supuesto que no.

El gendarme volvió a tocar sus dedos, fríos y blancos por haberlos apretado demasiado. Los sacudió como si le dijera: «¡Venga, salta, que yo te cogeré!». La mujer respiró hondo.

—Cada vez soportaba menos las insinuaciones de los clientes. Robert intentaba emparejarla con uno u otro de los hombres solos que se pasaban la tarde en el bar, sobre todo con los que tenían una buena situación. «Ya es hora de que siente la cabeza», decía. Pero una noche se gritaron cada vez más y… ella…, o sea…, ella…

Christine volvió a echarse a llorar. El cuchillo acababa de meterse

de nuevo en la llaga, donde había girado un cuarto. Siguió hablando entre sollozos. Raphaël se inclinó hacia ella, dispuesto a atrapar al vuelo cualquier palabra que pudiera descifrar, cuando no deformase su pronunciación una voz llena de dolor que no lograba mantener el registro y desafinaba en los agudos.

Y, por fin, la confidencia.

Él lo comprendió.

Ella se calló.

Mientras recuperaba el aliento, añadió:

—No la culpo por lo que dijo. Daba igual, yo quería que fuera feliz. Robert, en cambio, se marchó hecho una furia. La atrapó para castigarla. Delphine se resistió, le mordió hasta hacerle sangre y fue corriendo a encerrarse en su cuarto. Aquella noche, Robert se atizó media botella de whisky mientras profería insultos a su hija, nuestra hija, escupiéndolos como veneno. No se movió del sofá. Yo no dormí.

—¿Delphine se fue tras esa escena?

—No.

Christine miró la hora, levantó la vista espantada hacia el gendarme, y agarró las asas del bolso con una mano y la chaqueta con la otra.

—¡Tengo que irme!

El capitán Desnoyaux la observó mientras se alejaba a toda prisa hasta el final del pasillo. El agente que los había recibido la primera vez se acercó a él. No había podido evitar oír los sollozos de la mujer desde el despacho de enfrente.

—Cuánto cabrón hay en este mundo —mascully Raphaël.

—¿Te ha dicho algo determinante?

—Creo que nos acercamos. Con lo que me ha confesado bastaría para que la chica huyera, pero falta una parte y me espero lo peor.

—¿Crees que volverá a contarte el resto?

El capitán Desnoyaux regresó a su despacho sin responder. Tenía que revisar unas notas en caliente. Se conformó con apoyar los brazos en las caderas en señal de ignorancia.

Comprobar la incandescencia

Édouard releyó la carta de Élise antes de guardarla en el bolsillo de la chaqueta. Aprovechó para introducir la dirección en el GPS del teléfono.

Mencionó su escapada durante el desayuno. Gaëlle apenas si conocía Val-André; Suzann, en cambio, había pasado por allí con su segundo marido cuando estuvieron de vacaciones en la costa Esmeralda, y preguntó a Édouard por qué quería ir. Él escurrió el bulto diciendo que iba a ver a un amigo de la infancia. No había hablado a nadie de Élise. Como la anciana había sido testigo de la escena, ya sabía bastante de él en lo referente a su esposa. Édouard no pensaba añadir un amor de juventud que resurgía como un río subterráneo oculto durante más de treinta años. Necesitaba ver a Élise en secreto. Para los demás, no era lo mismo dejar a su mujer por otra que dejarla para tomar distancia.

«¿Por qué has dejado a tu esposa?»

Gaëlle estaba apoyada en la jamba de la puerta, sorprendida de oír el ronroneo interminable del coche en el patio. Observaba a Édouard sentado al volante. Acababa de probarse la gorra que Gauvain había olvidado en el salpicadero y, tras comprobar cómo le quedaba en el espejo del retrovisor, la había dejado donde estaba antes de agarrar con fuerza el volante. Miraba hacia delante, inmóvil y tranquilo.

Gaëlle se preguntó en qué pensaría.

Aunque lo notaba alterado de forma evidente desde que llegó, evitaba preguntarle el motivo, por miedo a descubrirse a sí misma.

Por fin metió la primera y se puso en marcha. Lo vio echar un vistazo mecánico por el retrovisor mientras salía del patio. Las luces de freno se encendieron un instante y después aceleró.

Édouard conducía pensando sin cesar en Élise. Esta ignoraba su visita.

Había entreabierto una puerta. Antes de contestarle, antes de arriesgarse a meterse de cabeza en una espiral de la que desconocía el funcionamiento y, sobre todo, el desenlace, necesitaba averiguar qué sentía por ella teniéndola delante. Solo conservaba su imagen adolescente y, aunque era de una intensidad sin parangón, se había desvanecido con el paso del tiempo. Una silueta confusa en una niebla tenaz: la de los recuerdos inalterables que solo se conjugan en imperfecto. La carta que viajaba con él en su bolsillo proporcionaba a su encuentro la forma de un verbo en infinitivo.

¿Qué esperaba ella? Y él, ¿qué esperaba? ¿Estaría nutriéndose de ilusiones perdidas que lo rematarían con un mazazo en la nuca? Quizá ella solo había cumplido su promesa: informarle de ese sueño cumplido.

«Maldita sea, deja de pensar. Ve, mira y actúa.»

Aminoró la velocidad en las últimas curvas y vio extenderse ante él la gran avenida que discurría en paralelo a la orilla del mar. Se había estudiado el plano. La calle de Élise era uno de los numerosos tramos perpendiculares que salían de la carretera por donde él circulaba y que daban al paseo marítimo. En teoría, su tienda hacía esquina con el paseo. Édouard buscó dónde aparcar unas callejuelas antes; su labor necesitaba discreción. No quería precipitar nada. Menos aún, a sí mismo.

¡Después de treinta años, había que tomárselo con calma!

En ese momento fue consciente de lo que estaba a punto de vivir y empezaron a temblarle las manos al volante. Tomó la primera calle a la izquierda y aparcó como pudo. Se quitó el cinturón. El resto de su cuerpo permanecía inmóvil, atrapado en ese habitáculo mientras lo asaltaban dos recuerdos borrosos. El primero y el último de Élise, que había releído una y otra vez unos días antes en su diario incompleto, ese diario que comenzó el día en que intercambiaron una mirada por primera vez y que dejó en suspenso tras su marcha.

3 de enero de 1985

Estamos en bachillerato. Las vacaciones de Navidad ya se han acabado y, a la vuelta, la primera clase es de mates. Estoy sentado al lado de Denis, en la

tercera hilera, la que está junto a las ventanas, en la penúltima fila. Hemos sacado las cosas de nuestro bolso en bandolera de estilo militar. Los últimos alumnos entran a toda prisa antes de que el profesor cierre la puerta. Me fijo en que cambia de idea, y vuelve a abrirla para que entre la jefa de estudios. Viene a presentarnos a una alumna nueva que estará en nuestra aula. Nuestro profesor, el señor Castano, le pide que se siente en la quinta fila de la primera hilera de pupitres, junto a la pared. Lleva un vestido rojo con florecitas negras y encaje, leotardos y unas Kickers en los pies. Su fantasiosa manera de vestir capta mi mirada y mi atención. Me gusta la idea de que no quiera fundirse con la multitud. Su originalidad es muy luminosa frente a las demás chicas, tan apagadas. Ha dejado su chaqueta militar de color caqui, forrada de piel sintética, en el respaldo de la silla y, ya sentada, saca sus cosas. Poco después se quita la bufanda y se da la vuelta para meterla en la capucha de la parka.

Entonces me miras. Yo no te había quitado los ojos de encima desde que cruzaste la puerta. Te dirijo una débil sonrisa. La tuya es maravillosa. Los hoyuelos que la acompañan me dejan clavado en el sitio.

El codazo violento en el costado que me da Dédé me devuelve a la realidad de las ecuaciones de segundo grado que hay en la pizarra.

—Baja a la tierra, Ed. Ya tontearás en el recreo. Si Castano te ve mirarla, aprovechará para dejarte en ridículo delante de todos.

Se ha dado cuenta.

—Édouard Fourcade, ¿la nueva le despierta un mayor interés que mis ecuaciones?

Algunos alumnos se ríen por lo bajo.

Qué humillado me siento.

Humillado pero enamorado.

Puede meterse las ecuaciones donde le quepan. Tengo que resolver una cuya incógnita se llama Élise.

Fue cuando volví a contar los colores.

7 de julio de 1986

Llevo una semana sin verla. Y no consigo hablar por teléfono con ella. Su madre me lo impide. Creo que la han encerrado en su habitación desde que terminaron los exámenes. Nos agolpamos en el patio del instituto, esperamos ansiosos a que el director abra la puerta y sepamos los resultados del diploma de bachillerato. Denis y yo tomamos el pelo a Diane. Estaba segura de no haber aprobado, pero al final ha sacado un notable: el síndrome de la buena estudiante que duda. En ese momento siento que una mano nerviosa me coge del brazo. Cuando me doy la vuelta, ella está ahí. Me inclino para abrazarla, pero me lleva a un sitio apartado, bajo los pinos que rodean el instituto.

—Mi padre me espera enfrente, dentro del coche. No quiere que nos veamos.

Está furioso. La semana que viene tengo cita en Sainte-Anne. No han querido saber nada. Mejor olvídame.

Su muro de pestañas está plagado de lágrimas y le tiembla la voz. Sus ojos contradicen a su boca. Y no sé qué creer.

—Élise, pronto tendrás dieciocho años, ¿no? No pueden impedir que vivas tu vida.

—Son mis padres. Te lo explico todo aquí —dice, y me tiende un sobre de papel de estraza.

—¿Y yo?

—Édouard… Nos mudamos. Mi padre ha pedido un traslado. Nos vamos a África.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas.

No puedo respirar. Ni siquiera he podido abrazarla. Se ha ido. Su pequeño vestido azul intenta ir tras su silueta, sacudido por el fragor del anuncio y de la huida. Élise corre sin volverse hasta el coche. Su padre mira al frente y dibuja una sonrisa satisfecha apretando los labios.

Antes de subirse en el coche, Élise se vuelve hacia mí y leo sus labios: «Siempre te querré».

Denis se me acerca. No sé cuánto tiempo me quedo mirando el hueco que ha dejado su marcha.

—Tienes derecho a celebrar tu diploma, Ed. —He perdido a Élise.

Cuando abrió los ojos, Édouard divisó el horizonte borroso e incierto del mar flirteando con el cielo. Sin embargo, se le había metido agua salada entre los párpados. Abrió la portezuela mientras se enjuagaba con la manga ese recuerdo que se deslizaba por su mejilla. La escena parecía muy lejana y muy cercana al mismo tiempo.

Treinta y tres años y una carta.

Se puso la mano en el pecho, sobre el bolsillo interior, para que ese papel tantas veces doblado y desdoblado le diera fuerzas, y se enderezó mientras cerraba el coche.

Ikebana

De pie en la trastienda, Élise terminaba una de sus creaciones sin quitar ojo a lo que se cocía en el horno. Hacía un día agradable y aún quedaban veraneantes deambulando por el paseo tan campantes. Su tienda, en una situación privilegiada, atraía tanto a turistas como a residentes. Había que aprovechar los últimos días de buen tiempo de septiembre antes del bajón de actividad invernal. De pequeña había visto cómo la mercería original se transformaba en una floristería y tienda de decoración artesanal. Su abuela, provista de un talento excepcional, ofrecía creaciones de una armonía fabulosa. La conocían en toda la región en torno a Saint-Brieuc por lo originales que eran sus ramos. Para redondear sus ingresos, diversificó el negocio vendiendo galletas bretonas que preparaba en su cocina por la noche, cuando cerraba la tienda.

Élise siempre había soñado con suceder a su abuela. Se consideraba afortunada por haber heredado la experiencia de unos oficios tan distintos. Un curso de ikebana, que hizo con cuarenta años para animarse tras una ruptura dolorosa, le hizo darse cuenta de que su abuela practicaba esa técnica sin saberlo y que había transmitido su talento a la nieta. El maestro japonés que le enseñó las reglas de simetría, espacio y profundidad durante una semana la despidió al final del curso animándola a continuar y a desarrollar ese arte para el que estaba «tan dotada».

Cuando por fin se instaló en la casa de sus abuelos, se planteó un concepto particular: el ikebana en todas sus formas. Flores, soportes de madera, telas, cintas, conchas, guijarros y, desde esa primavera, ikebanas alimentarios. La disposición armoniosa de galletas, elementos de chocolate, caramelos y pastitas de trigo sarraceno gustaba mucho a los clientes, que adquirían esas piezas tan originales por el placer que proporcionaban a la vista antes que por el del paladar.

Mientras sacaba los pasteles del horno, pensó en Édouard. Más de una vez, cuando salía con él de adolescente, tras pasar algún fin de semana en casa de su abuela, volvía cargada de bolsitas llenas de galletas que se habían estropeado y no podían venderse. A su novio le encantaban, y los besos que se daban después sabían a vainilla, limón, caramelo o mantequilla salada.

Ya había pasado más de un mes desde que le escribió y seguía sin noticias de él. Desconocía si la carta le había llegado, si la había leído, si la había tirado (después de tanto tiempo, quizá ya se había olvidado de su historia) o si se había emocionado al recibirla. Esa botella lanzada al mar hacía su propio camino sin que Élise pudiera influir en las corrientes marinas.

Oyó el tintineo de la campanilla de la tienda.

Una clienta habitual acudía a recoger su pedido.

Tras una conversación intrascendente, Élise la acompañó hasta la puerta. Cada vez que veía el mar pensaba en la suerte que tenía por vivir allí, así, por dedicarse a algo que le gustaba en un entorno idílico. La marea baja había castigado a las olas a quedarse a cientos de metros de la escollera, bajo un cielo variable. Ese paseo marítimo le gustaba hiciera el tiempo que hiciese. Iría a caminar descalza por la arena al final de la jornada, como cada tarde durante todo el año.

Un hombre estaba de pie a varias docenas de metros, apoyado en la barandilla metálica. Llevaba una gorra gris de visera ancha y gafas de sol. Solo le veía la parte inferior del rostro. Dudó un momento. Tenía la sensación de conocerlo. Tal vez fuera un cliente o un turista con el que se había cruzado otros años. O un actor famoso, como solía pasar en esa pequeña ciudad costera, a solo dos horas de París en tren. El hombre consultaba el móvil sin levantar la vista de la pantalla.

Élise cerró los ojos y sonrió al viento. El sonido, el olor y la humedad del aire. Dejó que el mar se adueñara de ella durante esa pausa brevísima antes de volver a la tienda, donde la esperaban las creaciones que estaba realizando. El hombre se había dado la vuelta y miraba el mar.

Ella nunca lo sabría.

Respirar en el banco

Édouard pasó varias horas en un banco frente al mar. Ante él, un peñasco inmenso con forma de pan de azúcar, el Verdelet, que ofrecía un espectáculo ornitológico excepcional. Observaba las olas que rompían contra él, las gaviotas y las escenas del pasado, cuando era un adolescente que iba al instituto. En cuanto recordaba el desgarro por la marcha de Élise, el día de los resultados del diploma de bachillerato, ahuyentaba ese recuerdo y, en su lugar, ponía ante el horizonte el rostro femenino que había visto un poco antes en el paseo marítimo.

Al salir del coche, Édouard se había quitado los zapatos y había ido directo hasta el agua, a una centena de metros. La suavidad de la arena húmeda le recordó la experiencia del camino de musgo, aunque ambos ambientes fueran opuestos. Uno, vegetal; este, mineral. La naturaleza sabía mostrar distintas facetas de su ternura. Después estuvo caminando en paralelo al paseo marítimo que se alzaba, arrogante, frente a la inmensa extensión marina. Quería acercarse a Élise sin hacerle frente. No es que deseara protegerse, ni protegerla, sino proteger ese «nosotros» que había padecido el desgarro y con el que había que volver a familiarizarse poco a poco.

Había pasado por delante de la casita, con una torreta circular y un poco apartada de las demás (según sus cálculos, el número 3 de la rue des Mouettes, la tienda de Élise), y continuó hasta el saliente de piedra en forma de media luna que ofrecía una explanada al casino. Se sentó en la arena para calzarse y ponerse los calcetines, aunque odiase que la piel salada de los dedos se pegara a la tela. Ni lo pensó. Sus receptores sensoriales solo se preocupaban del corazón. Ni rastro de los dedos pegajosos, ni de los pies, ni de los brazos ni de las manos, tal vez incluso ni de la cabeza. Era un corazón gigante a punto de desfallecer. Édouard notaba cómo latía con fuerza dentro de su pecho. Dos latidos entre paso y paso. A veces, tres. Su cuerpo se resumía en

dos piernas que trasladaban un órgano acelerado por el paseo. El mar subía al final de la lengua de arena como sus buenos recuerdos, por oleadas.

Se había puesto la gorra y las gafas de sol antes de levantarse el cuello de la chaqueta ligera. Un patio minúsculo separaba la casa del paseo asfaltado, y la tienda estaba del lado de la callejuela, lejos del paseo peatonal. El escaparate daba al norte. Primero se detuvo frente al mar, con las manos apoyadas en la barandilla metálica para anclarse de forma sólida a algo seguro frente al huracán que se avecinaba; unos vientos furiosos soplaban en su interior. Vientos opuestos de amor y de miedo, de esperanzas y de remordimientos. Luego, en un arranque de valentía, había dado media vuelta y había sacado el móvil para hacer como que consultaba los mensajes. Levantó la vista tras las gafas oscuras y la vio a través del escaparate, a pesar del reflejo. Apenas la vislumbraba, y no sabía si esa imprecisión se debía al cristal o al tiempo que llevaban separados.

En ese banco frente al mar, Édouard revivía por segunda vez esa ola cálida y dulce que había sentido al verla. Una gran ola que, al romper, se había extendido por cada parte de su cuerpo y lo había colmado de una sensación que podría haber llamado belleza. O incluso plenitud. Un gran SÍ feliz y claro como el agua. Una certeza que te impregna y cambia tu color, de manera que te fundes con ella. No tienes ninguna certeza, ERES la certeza.

Élise estaba ahí, muy cerca de él.

Treinta y tres años y veinte metros.

Tuvo un momento de pánico cuando la vio ir tras una clienta para levantar la pizarra de pie, que el fuerte viento marino había tirado.

«10 % de descuento en los ikebanas grandes.»

Un largo mechón blanco le caía sobre la mejilla y bailaba al viento. Élise había mirado hacia el mar un segundo con el rostro resplandeciente y había cerrado los ojos mientras inspiraba hondo. En ese momento, Édouard respiraba a duras penas. Estaba sudando bajo la gorra y dentro del cuello de la chaqueta. Entonces se volvió hacia el mar y llenó los pulmones de partículas marinas y de viento, cargados de esperanza yodada y de deseos salados.

Treinta y tres años y un mechón de pelo cano.

No veía los pájaros revoloteando en torno al Verdelet ni a los paseantes que iban por el sendero de los Aduaneros, a unos metros de él. En el horizonte solo la veía a ella. Las lágrimas se deslizaban por su sonrisa y caían más abajo, sobre su vientre hinchado de promesas y de pesares. Los granos de arena entre los dedos de sus pies bailaban el tango y su corazón iba recuperando un ritmo normal. Sus certezas adolescentes salían a flote, tan potentes como las palabras que deseaba plasmar en papel esa noche, para escribir ese «nosotros» que había echado tanto de menos, ese «nosotros» con el que se disponía a volver a soñar. Todas esas frases, rebosantes y vivas como olas estallando contra las rocas, que se agolpaban en su interior formando un remolino indescriptible merecían mayor sutileza y moderación para apartarles la espuma. Tal como estaban en ese momento no había que alterar nada, solo acariciar el destino con la punta de los dedos para sugerirle qué dirección tomar. Tenía todo el camino de regreso para pensarlo, para dar una y mil vueltas a qué quería que ella supiera.

Treinta y tres años y un sueño.

Un sueño y un futuro.

Por otra

Como veía que Édouard no regresaba —lo esperaba para continuar con el bricolaje—, Gauvain se fue a recoger setas con Raymond. Quería enseñarle un sitio nuevo que había descubierto paseando por la vertiente oeste del valle. Nadie podía imaginarse la relación tan estrecha que tenían. Era uno de esos vínculos extraños que se forman incluso antes que las personas se conozcan y que acuñan su encuentro con el sello del apego innato e incondicional. Es lo que había permitido a Raymond entender al chico a pesar del muro de silencio, y a Gauvain olvidarse de su sufrimiento ante la confianza del anciano. No había un pasado común que hubiera que tener en cuenta. Solo vivir un día a día banal pero que los nutría, tanto literal como metafóricamente. Compartían lo que no contaban a nadie. Nadie recorría los lugares apartados que ellos conocían, fuera de los caminos conocidos e incluso de los más agrestes. Aunque a Raymond a veces le costaba avanzar, se movía ligero como un chaval a la caza del tesoro cuando se trataba de setas calabaza, lenguas de vaca o boletos. Al demonio sus vengativas articulaciones.

Platon no los acompañó. Prefirió quedarse con Gaëlle, que tomaba un té con la anciana inglesa. Suzann desconfiaba ahora de sus garras y, después del zarpazo, no había vuelto a intentar tocarlo. No perdió ripio de la conversación que mantuvieron después de comer.

—Es muy agradable, ¿no? —soltó, de entrada, la escritora.

Gaëlle sabía de quién hablaba y por qué. Era una conversación recurrente, año tras año.

—¿Qué habrá hecho su mujer para que le entraran ganas de huir?

—O qué no habrá hecho —añadió Suzann con una sonrisita de complicidad—. Creo que *no ve* un amigo de la infancia *today*.

—¿A quién, si no?

—A una mujer, asumo.

—¿Qué asume, Suzann?

—*I assume*. Creo… sin estar segura.

—¡Lo supone!

—Eso.

—¿Y por qué lo supone?

—*Old instinct*. Está perdido. ¿Habrá dejado a su esposa por otra mujer?

Gaëlle no quería creerlo. Platon, sentado sobre sus rodillas, la notaba pensativa y preocupada tras la hipótesis de Suzann, que después de la conversación se había retirado a su cuarto. Cada vez le gustaba menos esa vieja bruja que sembraba cizaña por donde pasaba. Saltó hasta el suelo y fue a arañar la puerta para salir.

—¿No puedes pasar por la gatera de la cocina? —le dijo Gaëlle al tiempo que le abría la puerta.

Lo observó con la mano apoyada en el pomo mientras se alejaba. El gato volcó a Viviane delante de sus narices y después avanzó unos metros en dirección al bosque. Gaëlle puso la tortuga boca arriba y lanzó a Platon una mirada severa. Él, a su vez, se quedó mirándola con actitud desafiante antes de dirigirse hacia el camino placentero, satisfecho de oír que Gaëlle lo seguía. Su plan, aunque implicase algunos reproches por parte de su ama, funcionaba a la perfección.

Se había adelantado y ya estaba tumbado en el árbol cuando ella llegó al claro. Se sentó contra el tronco del viejo tilo y colocó las piernas en la postura del loto. Se mantenía flexible mediante la práctica regular de algunas posturas de yoga. Había sido el otro elemento, junto con el bosque, que le permitió salir de la oscuridad. Luego, cerró los ojos.

«Te creíste su dulzura, ¿eh? Era encantador, demasiado. El árbol que el bosque escondía con un lobo dentro. Ingenua Caperucita Roja. De acuerdo con tus fantasías de princesa, Gauvain tendría que haber sido el fruto del amor. Y fue el principio del dolor, del cambio, del lobo que sale del bosque en esa vida que creías tranquila.

»Luego te repusiste. El lobo está muerto. Gauvain se merece un amor infinito. ¿Y tú? Ah, sí, un hombre de vez en cuando. ¿Cada cuánto? ¿Una vez al año? ¿Tal vez dos? ¿Tres, los años excepcionales? ¿Dices que con eso te basta? Claro que no. También querrías el afecto

del otro por la mañana, tomar un café mirándoos a los ojos con la taza caliente entre las manos. Planes y recuerdos en común. Una crisálida para acoger a Gauvain. Y para defenderlo de los perros. De esos que se disfrazan de humanos, que morderán y desgarrarán su sensibilidad a flor de piel en cuanto caiga en la manada. Tienes miedo, ¿verdad? Miedo de volver a encontrarte con un lobo.

»Te habría encantado que Édouard fuera uno de los buenos, de los de verdad, y que el destino te lo hubiera traído hasta aquí, como un regalo venido de la nada. Y que te quisiera, y que quisiera vivir en Doux Chemin...

»Debe de ser cariñoso. E interesante. Le gusta el bosque. Se nota. Y Gauvain lo aprecia. Es raro, tan rápido… Habría sido feliz aquí.

»Pero ¿y si quiere a otra mujer que no es la suya?

»Pregúntate por qué está aquí.

»Piensa en mañana. En lo que esperas. En lo que temes. Y traza un camino entre todo eso.»

Platon abandonó la parte llana del tronco que estaba algo más arriba y fue a acurrucarse en el espacio circular que había entre las piernas cruzadas de Gaëlle.

Ronroneaba.

Resultaba reparador.

Estaba donde debía estar.

Tocar una tecla

Gaëlle seguía en el claro cuando regresó Édouard, al final de la tarde.

Temía que lo delatara la sonrisa que lucía en la cara desde Val-André. Prefería no desvelar nada. Primero quería escribir a Élise, saber dónde se encontraba ese «nosotros» por su parte. También pensaba en Gaëlle, cuando, hacía unas hora, lo miraba desde la puerta de una forma extraña. Si, por casualidad, ella estaba encariñándose con él, se sentiría culpable de herir sus sentimientos al revelar lo dichoso que estaba pensando en otra mujer. Luego le pareció muy pretencioso presuponer algo así. Afortunadamente, no vio a nadie. Aprovechó para llevarse a la habitación unas piezas de fruta y un trozo de pan, pues no probaba bocado desde la mañana.

En ausencia de Adèle, se permitió darse una larga ducha caliente. Al mover los dedos, observó cómo la arena desaparecía bajo el chorro de agua que corría a sus pies. Qué insignificantes parecían esos granitos perdidos que ahora se iban por el desagüe tras haber ocupado su espacio interdigital. Uno de ellos dentro del ojo le habría provocado un dolor atroz. Pensó de pronto en Armelle. Édouard levantó la cabeza para ofrecer su rostro al potente chorro de la ducha y recordó a Élise, su mechón rebelde y gris, su vestido negro y su pequeño delantal rojo con los colores del letrero de su tienda. Tenía las caderas apenas más pronunciadas que en el instituto y la misma forma de moverse, elegante y discreta. Los hoyuelos que lo habían dejado clavado en el sitio en el instituto seguían produciéndole el mismo efecto. La nuca despejada, coronada por un moño sencillo, dejaba ver la leve curva de la primera vértebra cervical. Édouard recordó el tiempo que había pasado acariciando con la punta de los dedos esa pequeña prominencia cuando ella se inclinaba al estudiar o cuando dormía boca abajo. Le gustaba rozar esa zona al igual que se toca una piedra sagrada para alimentarse de su energía. Y pedir un deseo.

Édouard sonrió de oreja a oreja, una sonrisa generosa y amplia, y

dejó que se le colaran por la boca algunas gotas de agua caliente. Dejarse penetrar, invadir por el calor, como por el viento marino hacía un rato en el paseo, como por la imagen de esa adolescente que lo abandonó treinta años atrás con un «Siempre te querré» en los labios.

Mientras se enjabonaba, se preguntó sobre su vigor sexual. ¿Un despertar en plena forma garantizaba un correcto rendimiento cuando estuviera en situación? El hecho de haber perdido la costumbre, sumado a la emoción que lo embargaría si tuviera a Élise entre sus brazos, le preocupaba. Como si ya no supiera hacerlo.

Cerró el grifo y ahuyentó sus dudas frotándose con fuerza con la toalla de felpa, áspera por haberse secado al aire.

Se sentó delante del escritorio, frente a la ventana, con una hoja en blanco y un bolígrafo en la mano, y se puso a pensar. La postal para Élise que compró en la oficina de turismo junto a la iglesia del Grial lo esperaba, orgullosa y serena como el árbol multicentenario cuya imagen mostraba. Miró afuera mientras decidía cómo empezaría y terminaría el texto. Resultaba complicado ser breve cuando se desbordaban decenas de años de palabras escondidas, frases ocultas, emociones enterradas y esperanzas proscritas. Tenía tanto que decirle y tan poco a la vez… Un «Sigo queriéndote, Élise» resumía de maravilla la excavación arqueológica que había comenzado hacía unos días en los vestigios de su adolescencia. Pero, al igual que un museo cuida la presentación de sus obras, Édouard quería guardar las formas y concederse la oportunidad de revivir su Pompeya particular.

Aún no había escrito nada cuando vio regresar a Gaëlle, después a Adèle. Su pequeña habitación, en la parte más alta, hacía las veces de torre de observación. Gauvain llegó un poco más tarde con una cesta de mimbre llena de setas colgada del brazo. Se intuía, pues, cuál sería el menú de esa noche.

Por fin se había decidido por «Mi querida Élise» y acababa de plasmarlo en papel con una letra emocionada, cuando oyó el piano del salón. A pesar del sonido ahogado, identificó la melodía. Su corazón empezó a palpitar, su respiración se aceleró. Tenía que saberlo. Bajó la escalera a toda prisa y no trató siquiera de fingir contención antes de entrar en la sala donde las manos de Adèle bailaban por las teclas del

instrumento. Sin aliento y con la mirada perdida, se quedó unos instantes sujetando el pomo de la puerta para después sentarse en silencio en un cojín que había en el suelo en un rincón de la sala.

—¿Estás bien? —le preguntó Gaëlle mientras el instrumento aún vibraba con las últimas notas.

—Ese fragmento…

—Lo toca maravillosamente —dijo Suzann desde su sillón cerca de la estufa de leña, donde una débil llama caldeaba el ambiente.

—¿Por qué has tocado ese? —le preguntó Édouard.

Una caricia a Platon

Tras el episodio del piano, el gato había seguido a Édouard. Este, para quedar bien y disipar el bochorno por su aparición estrepitosa, se había dirigido a Gauvain antes de salir de la sala.

—¿Hacemos bricolaje mañana? Si tu madre me deja otra vez el coche, iremos a comprar lo necesario y te enseñaré algunas cosas chulas que podemos hacer.

Gauvain levantó ambos pulgares en señal de aprobación. Édouard empezaba a entender los matices emocionales de los gestos del chico. Un solo pulgar lo habría decepcionado.

Después regresó a su habitación. Se saltó la cena.

—Estoy cansado, seguro que por el aire marino —alegó.

Platon sabía muy bien que ese rostro sombrío no tenía nada que ver con el mar. Édouard había hablado bajito y tenía una voz apagada. A ese hombretón lo invadía una lasitud que el animal nunca le había visto. Además, por primera vez, le permitía entrar en su cuarto.

Con la misma discreción con la que trataba de sorprender a un pájaro en un matorral, Platon se acercó al hombre echado en la cama para recostarse contra él. Édouard le concedió incluso unas caricias con la mano derecha. Con la izquierda sujetaba una libreta que leía emocionado.

28 de marzo de 1985

> Élise es la más visceral de los dos. Ya lo sospechaba. Su manera de comportarse, de intervenir en clase, de actuar a veces sin pensar.
>
> Esta tarde me lo ha confirmado.
>
> Hacía semanas que nos rondábamos intercambiando sonrisas y alguna palabra y que nos rozábamos a propósito al sentarnos en nuestro sitio o en la fila del comedor, pues son los únicos momentos de intimidad que podemos robar delante de la gente. Cuando hacemos gimnasia en el estadio, paso el rato buscándola con la mirada entre el grupo de las chicas y ella suele devolvérmela, por lo que debe de hacer lo mismo. Denis se mete conmigo: «¿Cuándo te vas a

lanzar?». Me corroen las dudas y no me atrevo. ¿Y si reacciona mal? ¿Y si me equivoco? ¿Y si pasa de mí? Mis «y si» me aprisionan en una botella donde cada vez me falta más aire de lo enamorado que estoy y de las ganas que siento de tenerla a mi lado. Muy cerca. Todo el día.

—¡No seas idiota! Todo el mundo ve que estáis hechos el uno para el otro y tú te quedas de brazos cruzados, como si necesitaras que te lo pusieran negro sobre blanco.

Denis está en lo cierto. Tengo miedo.

Y, además, hoy ella ha venido a casa para hacer los deberes de mates. Le cuesta entenderlas, y dice que las explico bien. No nos da tiempo a hacer los deberes. Está sentada a mi lado, delante del escritorio, y huele a cereza. Empiezo a contarle las integrales con el lápiz entre los dedos, ella lo coge y dice que no tiene ganas de estudiar. Recordaré toda mi vida esa mirada, sus ojos azules con leves reflejos marrones y grises, que distingo porque están a diez centímetros de los míos y brillan como en la vida he visto brillar unos ojos. Me sonríe, y consigo levantar la mano para rozar su hoyuelo. Caigo en un torbellino cuando siento sus labios en los míos. Ha cerrado los ojos. Yo los dejo abiertos, no quiero perderme nada. Se echa hacia atrás y me mira. Todo chisporrotea, todo reluce. Está emocionada, vuelve. Sus labios, su lengua, sus manos alrededor de mi cuello. Pierdo el equilibrio y la emoción se apodera de todo mi cuerpo.

Esta primera vez nos pasamos una hora tumbados en la cama, besándonos y acariciándonos con la punta de los dedos mientras mis padres están en el jardín. La falta de seguridad habría estropeado una mayor intimidad.

Se fue hace más de una hora y he vuelto a echarme en la cama. Su espontaneidad me ha salvado de la timidez, y se lo agradezco. Ha hecho bien. Su ausencia me pone enfermo, pero me digo que tenemos toda la vida por delante y que el lunes volveré a verla.

Apoyo la nariz en la almohada y huele a cereza.

Apoyo la nariz en la almohada y quiero a Élise.

Al cabo de una media hora, la carta estaba lista. Édouard había dejado de pensar y de dar vueltas a cada palabra. A los dieciséis años, la espontaneidad fue su mejor aliada. ¿Por qué iba a ser distinto a los cincuenta?

Mientras apagaba la lámpara de la mesilla, tenía ante él la cara radiante de Élise mirando al mar, delante de su tienda, delante de su sueño.

Galletas parlanchinas

Gauvain, que se había levantado el primero, estaba impaciente. Había garabateado una lista de material en un trozo de papel y esperaba a Édouard para entregársela. En cuanto este entró en la sala, sin darle tiempo a sentarse, el chico le tendió la lista y fue a buscar un café y el pan que acababa de tostar.

Cuando visitaron el taller, Édouard le había hablado de los autómatas que fabricaba a su edad y del material necesario para construirlos. Lo había felicitado por su formación en electricidad, asegurándole que les vendría muy bien. Aunque el ingeniero recordaba bastante de lo aprendido, una mirada nueva siempre era de agradecer. Examinaron juntos cada rincón, abrieron todos los cajones, todas las puertas, rebuscaron por las estanterías, y Édouard redactó un inventario del material básico que les faltaba. A Gauvain lo entusiasmó el proyecto cuando le enseñó algunos vídeos que había encontrado en internet. Retomar esa actividad de la que había prescindido durante demasiado tiempo provocaba en Édouard un placer inmenso; iniciar a Gauvain en ese arte duplicaba su motivación. El chaval —inteligente, curioso, creativo— sería muy buen alumno. Esa pequeña lista de compras ya era prueba de ello.

—¿Sabes qué quieres hacer?

Los ojos de Gauvain chisporroteaban una respuesta.

—¿Cuerdas? ¿De distintos diámetros? ¿Poleas y alambre? ¿Qué quieres hacer con tanta cuerda?

Gauvain no contestó. Le dio a entender con la mirada y un gesto con la mano que ya vería cuando llegase el momento.

El adolescente estaba tan deseoso de ponerse manos a la obra que Édouard se apresuró en terminar el pan.

Después del desayuno, Gaëlle fue directamente a su taller sin siquiera despedirse.

Con el motor en marcha y Gauvain listo, Édouard dudó al meter la

primera. Se quitó el cinturón y se dirigió hacia el granero, donde Gaëlle tenía su taller. Estaba raspando una rama con música celta de fondo.

—¿Podríamos hablar luego, cuando hayamos vuelto?

—¿Después de comer?

—Vale. ¿Gauvain ha conducido alguna vez?

—No, no me atrevo.

—¿Te parece si le dejo hacerlo al final del camino, donde no hay ningún peligro?

—Propónselo.

El rostro de Gaëlle recuperó el color. Édouard necesitaba irse con esa imagen. No quería hacer daño. Incluso sin ser responsable de ello.

«Entonces ¿por qué te comportas así con Armelle?»

Ante la sonrisa de Gaëlle, comprendió que su mujer estaba suscrita a la infelicidad. Una infelicidad arraigada, constitucional. Denis se lo había confirmado el año anterior.

—¿Significa que están desahuciados? —se inquietó Édouard aquel día.

—Siguen viviendo, no te preocupes. A veces mucho más que otros, como si la tristeza los sustentase. Su forma de actuar no prevé la alegría. Es así. Y si, por desgracia, les cae del cielo, se van pitando.

Si bien había personas condenadas a la infelicidad, otras estaban programadas para la alegría. Como Élise. Esos pensamientos se agolpaban en la mente de Édouard entre el granero y el coche donde lo esperaba Gauvain. Al sentarse frente al volante supo que necesitaba luz.

Arrancaron sin dilación. Édouard aprovechó la escapada para intentar establecer algunas normas de comunicación con el joven. Aunque su madre supiera descifrar el mínimo temblor en la comisura de los labios, la mínima vibración del párpado y cada matiz del iris claro de su hijo, para un desconocido el vocabulario en el rostro de Gauvain se reducía a sí, no, sorpresa, miedo, enfado, tristeza o alegría. Así pues, Édouard esperaba encontrarse con algunas dificultades cuando tuviera que hablarle de levas, poleas, motores, arrastres, biestables, movimientos circulares, perpetuos, lineales, alternos o en

fase. Sin dudar de su comprensión, auguraba numerosas preguntas por su parte. La libreta sería más necesaria que nunca. Mientras tanto, aprendía los más leves temblores de una parte de la mejilla o de un rincón del párpado como un alfabeto de jeroglíficos cutáneos por descubrir.

Por un momento se imaginó diciéndole directamente: «Te he visto hablar a la piedra». Habría sido una torpeza enorme. Se abstuvo de hacerlo.

Debía resolver el misterio de otra manera; esa misión que se había asignado le importaba mucho.

Pasaron casi dos horas recorriendo la tienda. Cáncamos, tuercas de 6 milímetros, de 8 y algunas de 4, ganchos, anillas, pletinas, motores pequeños, hilo de soldar, pernos de cabeza redonda, arandelas, cola, escuadras de ensamblaje, vástagos, bisagras, mortero cola de fraguado rápido. Y las famosas cuerdas de diferentes diámetros.

Al ver el carrito tan cargado, Édouard se imaginó por un momento la cara que pondría Raymond, quien más bien lo había conminado a vaciar el taller en vez de llenarlo de cosas nuevas. Sin embargo, ante sus ojos se encontraba la base de todo, porque se movía a ciegas, y no estaba en disposición de prever de antemano los elementos concretos que necesitaría. Por consiguiente, era preferible disponer de una tiendecita en casa. Aunque sabía que estaba allí de paso, esperaba encauzar a Gauvain en una creatividad que se suponía ilimitada.

El joven se removía. A la vuelta estuvo garabateando esbozos de planos, de esquemas. Con el lápiz, bosquejaba una idea muy concreta de lo que quería realizar. Le habría bastado con preguntar: «¿Podemos hacer cualquier cosa?», y habría obtenido un sí incondicional de su profesor que le permitiría dar rienda suelta a su imaginación.

Aún no sabía que ese mismo profesor lo iniciaría en la conducción y que estar al volante le chiflaría.

Su madre los esperaba sentada en un banco al sol. Hacía acopio de los últimos rayos como se guarda el heno en el granero: una reserva de luz antes de la estación oscura. En el bosque, el invierno podía ser gris

y frío. Una humedad triste que calaba la ropa y solo te la quitabas de encima debajo de una ducha caliente o con el cuerpo pegado a la estufa de leña. A Brocelianda, poderosa y bella, se le perdonaban esos cambios de humor y la tristeza del cielo.

Gaëlle se dirigió hacia ellos para recoger el orgullo del joven conductor, bebérselo y calmar su sed. El dulce brebaje de las madres.

Gauvain fue a dejar el material en casa de Raymond y, también, a comer unas galletas con chocolate caliente. El anciano guardaba una lata vieja llena de abolladuras en la puerta derecha del aparador de la cocina. La heredó de su madre, quien la había heredado de la suya. Todas las semanas metía en esa lata galletitas de todo tipo. El único postre que siempre había tomado. Gauvain, curioso por descubrir alguna nueva, sabía dónde estaban. Sus preferidas eran los barquillos de vainilla con frases inscritas. «Quien duerme come», «Ande yo caliente...», «¿Bailas?», «Cuantos más, mejor», «No estoy gritando, hablo así». Raymond a veces le preguntaba qué hacía su silencio con todas esas palabras de las galletas parlanchinas que comía. Gauvain también se pirraba por las que tenían forma de luna y trocitos de avellana, y por los Finger, con los que le gustaba juguetear antes de morderlos. Llevaba diez años yendo a casa de Raymond. Diez años con la misma lata. Diez años en el mismo sitio. Algunas cosas sencillas de la vida deberían ser tan inalterables como el sol que todos los días sale por el este, so pena de perder su encanto.

Una balsa en la hierba

Gaëlle y Édouard se encontraban a solas. Tanto el uno como la otra eran conscientes de que sería un momento importante. Se palpaba el malestar, la timidez, los gestos un poco torpes y las miradas furtivas. Lo afrontaban envueltos de cierto coraje.

—¿Vamos al claro?

Gaëlle fue quien se sentó primero en la hierba, se recostó en el pie del viejo tilo. La luz del final de la tarde confería al prado un color singular. Las largas y brillantes hebras se doblaban por capas en sentidos opuestos, como pequeñas olas despistadas de un mar verde oscuro. Édouard se acomodó delante de ella. Sus rodillas se rozaban. El árbol contenía la respiración. Ni rastro de una brisa que fuera a hacer cosquillas a ese ambiente que, estoico, confería al paisaje la apariencia de un cuadro. La naturaleza, siempre un tanto bulliciosa, movediza, ondeante, plagada de minúsculos sobresaltos por aquí y por allá, ¿podía contener la respiración para dejarlos abrirse?

—¿Querías hablar conmigo? —empezó Gaëlle.

—No sé por dónde empezar...

—¿Estás preocupado por algo?

Édouard recordó su actitud en el umbral de la puerta, le notaba algo mal disimulado.

—Agradezco que te preocupes por mí. Me alegra mucho que estreches lazos con mi hijo. Gauvain necesita una relación así.

—No sé cuánto me quedaré.

—Lo hecho, hecho está.

—Entonces ¿a qué se debe esa cara tristona desde ayer?

—Los hombres no suelen darse cuenta de ese tipo de señales.

—¿En qué categoría masculina se supone que encajo?

La mujer sonrió bajando la mirada. Cogió una ramita y se puso a jugar con un insecto temerario que trataba de cruzar la densa vegetación delante de su pie.

—Suzann cree que ayer fuiste a ver a una mujer. Todos los años busca la forma de emparejarme.

—¿Habría querido que fuera conmigo?

—Supongo.

—¿Ya tenía esa idea en la cabeza para no disuadirme de subir a aquel autobús en Vannes?

Gaëlle se echó a reír mientras pasaba los dedos por su larga melena antes de recolocarla en el hombro. A Édouard le gustaban esos gestos inconscientes que las mujeres hacían con el pelo. Un mechón que se acomoda detrás de la oreja, un moño perfecto que se retoca de todos modos, un rizo al que se le da vueltas sin cesar. De adolescente, Élise pasaba mucho tiempo haciéndose trenzas sin sujetárselas nunca con una goma. Gruesas y onduladas, aguantaban como podían. En cuanto se soltaban, empezaba de nuevo. Édouard no se cansaba de mirarla.

—Hablaré con ella. No puede hacer cosas por los demás contra su voluntad.

—¿Imaginar algo conmigo va contra tu voluntad? —preguntó a Édouard sin rodeos.

—Me refiero a lo que trame en contra del destino para lograr sus propósitos, a pretexto de hacer el bien a los demás.

—Lo sé.

Gaëlle le confesó que su presencia no le era indiferente. Que había algo de él que le hacía mella y que le provocaba ganas de profundizar en su relación. También que, por las palabras de Suzann, pensaba que lo mejor era olvidarse de ello. A Édouard lo conmovió la confidencia de Gaëlle. Hacía falta mucho valor para atreverse a reconocerlo. No tenía por qué haber contestado, y habría podido refugiarse tras una mentirijilla para zanjar esa conversación tan delicada.

—Te debo una explicación...

—No me debes nada —lo cortó.

—Ahora sí.

Édouard también cogió una ramita y mantuvo ocupados los dedos enrollando en ellos briznas de hierba mientras le explicaba los motivos de su retirada. Su esposa, dependiente afectiva y, sin embargo, distante desde hacía años; la carta de Élise antes de irse de vacaciones,

de quien llevaba treinta años sin saber nada; su promesa de contarse, incluso años después, si habían cumplido su sueño. El de Élise, la tienda de su abuela, residir en la localidad costera del norte de Bretaña. Luego, Suzann en la estación de Vannes justo después de la llamada del notario, lo que lo dejaba en una buena situación económica. Las pocas palabras que intercambió con la escritora le dieron el empujón para subirse a ese autobús a punto de salir. El resto Gaëlle ya lo sabía.

—Sí, pienso en otra mujer. No sabe que he ido. Quería verla para comprobar lo que sentía.

—¿Y aún sientes algo después de tanto tiempo?

—Me cuesta responderte.

—¿Por qué?

—Quizá preferirías que dijera que no.

Gaëlle no le pedía nada. Estaba bien en su situación. Gauvain, sus amigos, sus vecinos, los clientes de paso. Acabó asegurándole que, sinceramente, se alegraría si recuperaba a Élise.

—Ignoro si ella lo desea. Le he escrito una carta. A ver qué responde. Nos separamos a los diecisiete años y ahora tenemos cincuenta, es una historia increíble. Si volviésemos a estar juntos, ni siquiera sé si aún puedo.

—Si puedes ¿qué?

A Édouard se le escapó una risita nerviosa. Ya no podía echarse atrás. Se le había escapado esa confidencia. Lo achacó a la confianza natural que Gaëlle le inspiraba. Continuó, sin saber adónde acabaría por llegar.

—Hace una eternidad que no he abrazado a una mujer para... para que... para...

—Hacerle el amor.

—Sí. No sé siquiera si aún podría.

—¡Pues compruébalo antes!

—¿Con quién?

—¡Conmigo!

Gaëlle se levantó, se inclinó hacia él y le dio un beso en la frente antes de huir hacia la aldea con paso decidido y bailarín, con los

brazos separados del cuerpo para rozar las pocas gramíneas aún en pie al final del verano y que iban a su encuentro para acariciarle las palmas.

Édouard se dejó caer sobre la vegetación resplandeciente. Rodeado por olas suaves y lisas, era una balsa a la deriva en busca de una isla.

Miraba el cielo y tomaba conciencia de ese cuerpo descuidado con el que cargaba torpemente y que minaba su confianza; una minúscula entidad humana dentro de todo un planeta. Por insignificante que fuera a escala universal, se sentía poderoso. Una mujer acababa de invitarlo a hacer el amor con una naturalidad singular y sin compromiso. La osadía de Gaëlle lo halagaba. Iba a pensarlo, le parecía muy bien. Édouard se había encariñado con ella, su condición de madre coraje lo enternecía y maravillaba.

Se apoyó en el viejo tilo y cerró los ojos para dejar fluir su conversación interior.

«No te engañes. Deseas a esa mujer. ¿Qué hombre rechazaría algo así? ¡Te lo ha propuesto! Olvídate de tus principios inquebrantables y atrévete. Solo necesitas un momento íntimo para asegurarte, para comprobar que todo funciona. Serías tonto diciendo que no. ¿Cómo? ¿Te preguntas si podrás? ¿Si estarás lo bastante cachondo para empalmarte? Ya estás cachondo. ¡Mira dentro del pantalón! Es una idea excitante y tu sexo está de acuerdo. Olvídate de Armelle. Olvídate de Élise si hace falta… o, si no, piensa en ella. Una fantasía no mata a nadie. ¿Y luego? ¿Con Gaëlle? Luego os podréis reír de ello o, al menos, sonreíros.

»¿Qué tal esta noche?»

Al abrir los ojos, su primer reflejo fue comprobar que estaba solo en el claro, porque tenía una expresión alegre y la mano sobre el bulto del pantalón.

El miedo no mataba las ganas.

Vio al gato apostado en el árbol, mirándolo sin pestañear, y parecía sonreír, lo que sumió a Édouard en un bochorno feliz. Ese animal lo seguía por todas partes, lo observaba, lo diseccionaba. Se levantó y, con un gruñido de fastidio, atravesó el claro para huir del juicio felino.

El suelo que cruje

Echado en el diván, ese que usaban sus pacientes, Denis también buscaba una respuesta. Diane pasaba consulta en la habitación contigua. Bastaba con pillarla entre dos pacientes para preguntarle su opinión. Ella tendría una respuesta. Su mujer siempre había sido más categórica que él. Sin embargo, en ese caso en concreto, se temía que no fuera objetiva. Nunca había sentido mucho aprecio por Armelle. Él era más paciente y compasivo con ella. Pero ¿era objetivo cuando el problema concernía a su mejor amigo, su hermano, Édouard?

Se dio cuenta de que la estructura del diván tenía un abultamiento desagradable en la parte baja del respaldo. Aun así, no estaba dispuesto a deshacerse de ese mueble antiguo, heredado de un viejo profesor por quien sentía una honda admiración; cuando este falleció, la viuda se lo regaló pues sabía el afecto que tenía a su discípulo. Denis se preguntó si la incomodidad perturbaría la evolución psíquica de sus pacientes o si la estimularía.

Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación.

Había colgado unos minutos antes. Armelle estaba al corriente de que su marido había retomado el contacto con Élise, pero no quiso explicar a Denis cómo se había enterado. ¿Debería decírselo a Édouard? ¿Cambiaría eso en algo la reflexión silvestre de su amigo? El suelo crujía bajo sus pasos en un lugar concreto, entre el escritorio y la librería. Cada vez que pasaba, intentaba apoyar el pie en otra parte, pero el suelo seguía quejándose. La esposa de su amigo parecía resignada y triste por teléfono, pero había algo que no encajaba, si bien Denis no lograba precisar qué era. Aunque durante mucho tiempo desconfió de su intuición, ahora la escuchaba. Y su intuición gritaba: «¡No te fíes!».

Se sentó frente a la mesa con las manos extendidas sobre el protector de cuero del escritorio. Se quedó mirándolas. Dedos largos y finos —a su madre le habría gustado que tocara el piano— que se

movían como si tuvieran vida propia y golpeteaban la superficie negra intentando obtener una respuesta. Que tardaba en llegar. Que tal vez Denis no encontraría nunca. O que sería la decisión mala. Nunca le había resultado fácil encontrarse entre dos fuegos sin traicionar a uno u otro bando.

En un primer momento, Armelle le había mentido, pues fingió ignorar la presencia de Élise. ¿Qué sentido tenía que cambiara su versión? ¿Qué esperaba de él? ¿Que hablara con Édouard? ¡Desde luego que no!

Tenía la respuesta ahí, ante sus ojos. O Armelle era muy torpe, o quería utilizarlo. En ambos casos, se dijo Denis, debía dejar que Édouard afrontara solo la situación. No podía advertirle de nada. No había que ponerse en guardia por una sensación desagradable, por una vaga intuición.

Notó que una sensación se aposentaba en él.

Un mal presentimiento.

Édouard iba a sufrir, y Denis no podía hacer nada.

Los cuerpos voluntariosos

Adèle se desmaquillaba delante del espejo. Había sorprendido a Gaëlle y Édouard intercambiando miradas de complicidad durante la cena. No se le iba de la cabeza. Frotaba con fuerza la toallita de tela, oscurecida por el rímel, preguntándose si la tranquilizaba que él cediera ante Gaëlle mientras que a ella la había rechazado, o si debería ofenderse. Se dio la vuelta para evitar su mirada oscura y se apoyó en la pila para cepillarse el pelo.

Una camiseta de su vecino esperaba a que la lavasen en un rincón del minúsculo cuarto de baño. La cogió y hundió la nariz buscando el olor que la había calmado en el caballo. Inspiró hondo una primera vez. Después, una segunda. La tercera respiración vino acompañada de una emoción que no entendió. Una poderosa mezcla de tristeza y alegría. Habría necesitado, justo en ese momento, que Édouard llevase la camiseta y la abrazase diciendo: «Todo va a ir bien, no te preocupes».

Pero Édouard estaba en la planta baja y no subía.

Entreabrió la puerta para comprobar que seguía abajo y se metió en su cuarto con la camiseta bajo el brazo.

No vio al gato, apostado en el tejado.

Édouard cerró la puerta tras él.

—Echa la llave.

Gaëlle estaba sentada con las piernas cruzadas encima de su cama. Llevaba un vestido azul largo hasta los tobillos. Las sábanas, rojas con flores rosas. Unos cojines hacían de centinelas colocados a su alrededor. La tímida luz de una lámpara sobre un escritorio alejado instaba a descubrirse. Ella le sonrió. Édouard la miraba sin atreverse a acercarse. Aún podía dar media vuelta. Lo asaltó la imagen de su mujer y la desterró sin miramientos. Luego, el rostro radiante de Élise. Seguía dudando, se debatía. Sus pensamientos revoloteaban sobre un campo de batalla violento y luminoso donde solo se luchaba por la

vida y el deseo.

Gaëlle estaba esperando.

Se acercó a la cama con las manos pegadas al cuerpo, sin saber muy bien qué hacer. Ella las cogió y las besó, juntándolas delante de su boca, y las soltó. Después le quitó la camiseta para llegar hasta el cinturón. Édouard sintió los primeros hormigueos. Gestos femeninos lentos y decididos. Sin desviarse del camino, sabiendo adónde iba. En ese momento Édouard la quiso, por su osadía, su sencillez, la excitación de su mirada. Gaëlle se puso de rodillas en el borde de la cama para acercarse a él, aflojó la hebilla de metal y luego apartó la correa de cuero, desabrochó el botón y bajó la cremallera. Édouard notó como sus manos agarraban el pantalón y los calzoncillos para deslizarlos a la vez por sus piernas. Ella se había agachado para acompañar las prendas y rozó su pene erecto con la cara. Se había empalmado con una seguridad tranquilizadora. ¡Cuánto le habría gustado que se lo metiera en la boca, tan cercana, tan prometedora! Édouard liberó sus pies de la ropa y la vio echarse hacia atrás. Su camiseta descansaba como la vela arriada en la botavara de un velero. Aliviado y orgulloso, se atrevió a quitársela gracias a esa seguridad recién ganada. Estaba desnudo delante de ella y no tenía miedo, a pesar de su cuerpo, que ya no era el de un jovencito, su acomodada barriga y la piel flácida. Gaëlle acercó las manos y las apoyó en su vientre para después bajar hasta el ombligo. Era un deseo que no juzgaba. ¡Y qué deseo, por Dios! El que su mujer había desterrado de su cuerpo. Édouard casi podía llorar ese suspiro que habitaba dentro de él y que le daba las gracias. Que le daba las gracias por esos ojos. Después, ella le agarró las nalgas antes de masajearle los testículos con sus delicados dedos. Un fulgor de placer se apoderó de Édouard. Había cerrado los párpados y respiraba para contenerse. Gaëlle se echó hacia atrás y él suspiró mientras abría los ojos y se encontraba con su sonrisa satisfecha y provocadora.

La vio cruzar los brazos y coger el borde del vestido. Lo levantó y se lo quitó agachando la cabeza para que su larga melena pudiera pasar por la abertura del cuello. Estaba desnuda. Aún de rodillas, con la espalda recta, se dejaba mirar. Sus pechos descansaban. Lo esperaban.

Édouard lo notó en la protuberancia de los pezones. Su vientre, cruzado por una visible cicatriz blanquecina en el lado donde se encuentra el apéndice, era un poco grueso, al igual que sus muslos, blancos y con unas cuantas estrías paralelas de color nácar. Por imperfecto que fuera, su cuerpo no era menos bello y venía envuelto en promesas elocuentes.

Entonces separó las rodillas, desvelando su sexo oscuro. Una invitación manifiesta a que se pusiera a su lado. Él se arrodilló mentalmente, humilde y honrado, como un caballero al que van a armar. Ese deseo femenino era la espada que se posaba sobre sus hombros y ante la que se inclinaba como un orgulloso combatiente del placer recuperado. Se miraron en silencio y todo parecía natural. Aún no se habían besado, no había prisa. Las manos tomaron la palabra primero. Las de Gaëlle ahora se apoyaban en la parte inferior de sus muslos. Lo esperaba. Él le rozó una mejilla y notó que su cabeza iba al encuentro de la palma. Bajó hasta su pecho izquierdo. El corazón le latía bajo la piel. El pulgar y el índice rodearon un pezón, duro. Se inclinó para lamerlo. Después volvió a mirarla. Ya no sonreía, sino que le brillaban los ojos. En ese momento la seriedad había hecho su aparición. La mano de Édouard bajó por su vientre y fue a detenerse entre sus muslos. La respiración de Gaëlle se volvió jadeante, y separó un poco más las rodillas para abrirse a él. Su dedo buscaba el hueco por donde colarse. Se lo humedeció, como si hubiera rozado el manantial que aflora de una roca cubierta de un fino musgo. Gaëlle echó la cabeza hacia atrás y se arqueó para ofrecerse. Él observaba su cuerpo, su cuello, sus estremecimientos, su pecho elevándose intermitentemente cuando su dedo corazón entraba en ella. Édouard había olvidado aquel calor húmedo y envolvente, y lo reencontraba con placer. Quería saborearla, beberla, ir más lejos, explorar todos sus rincones. Su dedo pulgar acariciaba la punta de su clítoris y notó que se hinchaba entre sus dedos. Gaëlle estaba tremendamente atractiva cuando se abandonaba de esa forma. Con la espalda arqueada, le caía la larga cabellera sobre los talones, tensas cuerdas de un arpa vibrante. Mujeres que podían amar su cuerpo, aunque no fuera perfecto, y disfrutar de él sin barreras.

«Élise, dime que tú también.»

En un arranque de lucidez, él mencionó que había que protegerse. Entonces, Gaëlle entreabrió el cajón de la mesilla y lo cubrió con cuidado antes de guiarlo por las profundidades de Venus. Sus bocas se juntaron por fin. Iba avanzando dentro de ella como un conquistador en guardia atraído por lo desconocido. Su miembro ya no le pertenecía, tan inmenso como el bosque. Ya no recordaba esa intensidad. Gaëlle temblaba de un placer que no era fingido, y esa idea bastaba para proporcionárselo a él. No existía nada más entorno a sus cuerpos mezclándose, encarándose, comiéndose.

Gaëlle le dijo «Ven» mientras deslizaba la mano para llegar al final ella también. Su grito discreto, ahogado, en una casa donde podían oírlos, se vengó del silencio impuesto. Agarró las nalgas de Édouard hasta el punto de estremecerlo. No hay mal que por bien no venga. El dolor del éxtasis no era tal.

—Gracias —le dijo pegado a su nuca.

—Yo también he disfrutado.

—No he aguantado mucho...

—Calla. —Gaëlle puso un índice sobre los labios de su compañero —. Puedes hacerlo. Lo demás da igual. Lo demás llega poco a poco. Lo demás ocurre tarde o temprano.

Édouard aún podía.

Él, que pensó que había desertado de su cuerpo, evolucionando en paralelo a él desde hacía años. Acababa de reintegrarse, volvía a ocupar su sitio, regresaba a casa. Una casa que no quería abandonar nunca más.

Al salir de la habitación, vio que Platon se escabullía por el pasillo y giraba hacia la cocina; luego, oyó el chirrido de la puerta de la gatera al balancearse. Qué animal tan curioso, se dijo, siempre andaba por aquí, vagando entre los humanos como si tal cosa en momentos decisivos. ¿Habría notado las ondas de placer saliendo de la habitación? ¿Habría disfrutado como un inocente *voyeur*? Édouard sonreía cuando salió de la casa. El gato le importaba un comino. Únicamente pensaba en él, en ella. En ellas.

Solo en medio del patio, con el frescor de las tinieblas, tras esa

dichosa locura cometida entre los brazos de una mujer generosa, lo invadió la sensación de que no había vuelta atrás. Jamás podría regresar a su deslucida vida anterior ni al letargo en que lo sumía su mujer, agobiándolo con futilidades inútiles, vacuidad y vacío.

Quería despertarse, emocionarse, gritar, amar.

Sentirse libre y un caballero.

Algunos gestos anodinos

Esa mañana no era como las demás.

Raymond se había unido a ellos para un último desayuno inglés, pues Suzann se marchaba. Miraba a la anciana en silencio, decepcionado de que ya se fuera sin haber logrado su objetivo. Lo intentaría el año que viene. Si ella seguía aquí, y también él.

Gaëlle servía las bebidas a unos y otros con una sonrisa tan discreta como ella. No dejó que se notara nada cuando entró Édouard. Fingir neutralidad se le daba bien. Lo habían acordado. Aunque tuviera que renunciar, sabía que él volvería a Doux Chemin. Lo sabía como si, de tanto desearlo, tuviera la certeza. No le había ofrecido su cuerpo para retenerlo. Se lo entregó porque el vínculo ya estaba ahí, en alguna parte, en el aire, en la mirada, en las casualidades felices.

Édouard, que se había entretenido un buen rato buscando la camiseta que estaba seguro de haber dejado en el cuarto de baño, llegó el último, y se sentó al lado de Adèle. Esta se inclinó hacia él para coger la mantequera y aspirar de nuevo ese olor con el que había dormido. Se demoró pegada a su hombro algo más de lo necesario para ese gesto anodino.

—Me entristece *me ir* —anunció Suzann—. Pero contenta *volver* a mi casa.

—¿Ya? —se sorprendió Édouard, al que nadie había avisado.

—*Well*, los días pasan volando en este bosque mágico. Merlín *roba nos* tiempo para construir su eternidad, creo.

—Tengo que darle las gracias, Suzann, por haberme provocado ganas de seguirla.

—Un joven guapo como usted —le dijo dándole unos golpecitos en la mano—, me siento agraciada. Cuide de *estos* mujeres —añadió bajo los auspicios de un guiño—. Y sobre todo de Gauvain. *God bless you.*

Se hizo un silencio que solo acompañaron los borborigmos de Gauvain, que comía sin pestañear. El joven acaba de engullir un trozo

enorme de pan después de tragarse un sorbo de café con chocolate. Un resto de espuma marrón en su incipiente bigote demostraba que aún tenía un pie en la infancia. Apenas seguía la conversación, absorto en los planos que había vuelto a garabatear la noche anterior en su cuarto, con los cascos puestos y escuchando sin parar Twenty One Pilots.

Gaëlle esperaba al volante mientras se decían adiós. Tras despedirse de todos, Suzann se acomodó en el coche y Raymond le cerró la portezuela con un suspiro. Se sentó en el banco que había delante de su casa. Platon se subió a sus rodillas y buscó unas caricias bajo las viejas manos rugosas, aliviado de ver que se iban el coche y la escritora, al menos por ese año.

Nadie se atrevía a ser el primero en retomar sus tareas.

—¡Venga, ya está bien! ¡Que me está esperando el jardín! ¿Vas a trabajar con tu alumno? —le preguntó a Édouard.

Tres generaciones de hombres caminaban por el sendero seguidos de un gato que ya se aburría por no tener que vigilar más a esa vieja cotorra. Se cruzaron con Viviane, que avanzaba con paso lento, y a Platon ni siquiera le apeteció volcarla, como si la perfidia se hubiera marchado con la inglesa.

Raymond se puso a limpiar un arriate donde, explicó, iba a sembrar canónigos, muchos canónigos, para aguantar una parte del invierno con vitaminas y clorofila, hasta las primeras lechugas de la primavera, que plantaría en el invernadero, junto al lado sur de la casa.

—¡Es la mejor comida! Vosotros, la gente de ciudad, ya os habéis olvidado de esa dicha. Una buena ensalada de una lechuga que has cortado justo antes de comértela, tan repleta aún de vitaminas que, incluso, casi puedes sentir cómo la fotosíntesis continúa en tu boca. Unos trozos de tomate, perejil picado, cebolla, cebollino, una zanahoria rallada, todo mezclado con un poco de aceite de nuez o de vinagre de manzana para acompañar un huevo pasado por agua. ¡Y todo hecho en casa! Es aún más sabroso.

—¿El aceite y el vinagre también?

—¡He dicho que todo! Llevo a moler las nueces a un tipo que hace aceite al lado de Paimpont. Y el vinagre es de las manzanas del huerto. Recogemos juntos la fruta y compartimos lo que haya. ¿Seguirás aquí para echarnos una mano?

—No lo sé. Vivo al día.

—¡Haces bien! Incluso deberías aprender a hacerlo toda la vida. La naturaleza se puede prever de un año para otro, para la siembra, las plantaciones o el tamaño de los árboles frutales. Lo demás es, como suele decirse, el cuento de la lechera que tal vez nunca suceda. Puedes llenar un cántaro de leche. Un día se rompe y, chof, adiós a todos los planes que habías hecho.

El corazón del anciano vecino escondía un pesar. Édouard no insistió, pues sabía hasta qué punto los hombres preferían callar su dolor, sobre todo los de ese tipo.

Pero había cántaros que volvían a llenarse, pensó Édouard. Y que no había que dejar que se rompieran de nuevo.

Una carta frente a las olas

Élise consiguió no tocarla hasta la hora de comer. Cuando se la dio, el cartero no sabía que estaba dejando entre sus manos un golpe del destino. Ella sí. Reconoció la letra sin la menor duda. Por primera vez, se permitió cerrar la tienda unos minutos antes del mediodía. No había nada más urgente que tomarse ese tiempo.

Cuando se sentó en uno de los bancos del paseo marítimo, frente al mar, primero cerró los ojos mientras llenaba los pulmones de aire marino salado y de la calidez de algunos recuerdos. Tenía miedo. De la respuesta, de lo que pasaría, de estar decepcionada o triste.

Rasgó la solapa. Leyó. Lloró. De alegría.

De pronto, el aire marino le pareció dulce.

Querida Élise:

Qué sorpresa recibir tu carta, y qué inmensa alegría. Pensaba que nunca volvería a saber de ti. Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Me alegra saber que has podido cumplir tu sueño. Era tan importante como el mío. Yo me desvié por otro camino, pero tu carta me hace reflexionar. Me animas a confiar en la vida.

Me encantaría verte, Élise. Podría visitarte en Pléneuf-Val-André, si la tienda te dejase tiempo. La playa parece bonita.

Entendería que no quisieras. Siéntete libre de decirme que no.

Sueño con un sí.

Yo tampoco he podido olvidarte.

Un beso.

Clic, clac,

ÉDOUARD

Su leva

Sentado frente a la mesa de madera con la libreta delante, Gauvain esperaba a su maestro. Estaba impaciente por aprender a fabricar un autómata. SU autómata. Ese que tenía en mente y que se removía dentro de él desde hacía días.

Édouard encontraba en esa actividad una forma de desarrollar la curiosidad del chico, su ingenio. Lo obligaba a probar, equivocarse, lograrlo y errar el siguiente paso. Aunque a veces fueran necesarias muchas horas de trabajo y de frustración, material echado a perder tres veces por cortarlo pequeño tres veces, ¡qué satisfacción cuando se accionaba el interruptor y el objeto se movía!

—Antes de nada, debes idear tu creación en función del movimiento. La base es un motor que gira con un movimiento rotatorio. Pero se agota enseguida porque no tiene relieve. Vamos a usar la asimetría para darle vida, asimetría que se obtiene mediante distintos tiempos de motores y levas que se colocan.

Gauvain cogió el lápiz y se lo metió en el orificio nasal izquierdo simulando ser un drogadicto que esnifa una raya.

—No, no se colocan así —dijo Édouard riéndose—. La leva se coloca como un elemento que se recorta de una pieza rígida, de madera o de metal, de manera que provoque un movimiento asimétrico en el objeto. El motor hace que gire de forma circular, pero si apoyas el autómata en contornos irregulares, tendrá un movimiento asimétrico. ¿Lo entiendes?

Gauvain lo entendió. Su mente despierta y su carácter curioso le aseguraban multitud de conocimientos y una rapidez de análisis fuera de lo común. El gato, tras haber husmeado por los rincones en busca de un olor a ratón, se había instalado en una esquina del banco de trabajo y dormitaba barriendo la superficie con la cola.

—Por tanto, la leva, o las levas, es la base del proyecto. Debes pensar cuál será el movimiento que pretendes dar en función del

motor y del sitio donde puedes colocarlo. Si quieres fabricar un personaje que toca el acordeón, lo que mueva el acordeón no serán los brazos sino el movimiento central del acordeón. ¿Lo ves?

Gauvain imitó mentalmente, con los ojos cerrados, el movimiento de un acordeonista. Estaba convirtiendo en imagen y registrando lo que Édouard acababa de exponer. Abrió los ojos y le dijo que sí con la cabeza.

—Piénsalo todo antes de empezar. Dónde vas a colocar el motor o los motores y para qué movimientos. El revestimiento viene después. ¿Vale?

El chico asintió otra vez.

—Más que pensar, intenta y prueba. De los errores se aprende.

En cuanto terminó la frase, Gauvain palmoteó la madera de la mesa, se levantó de un salto en dirección al amasijo de cuerdas. Édouard aprovechó para echar un vistazo a la libreta. El croquis del proyecto ya era bonito. Gauvain había dibujado los movimientos previstos mediante trazos redondeados y era posible imaginarse el resultado. El hombre se abstendría de comentarle sus primeras impresiones. El joven aprendiz debía investigar solo, devanarse los sesos para encontrar las respuestas por sí mismo. Así practicaría ese arte de forma autónoma.

Édouard se tropezó en el batiburrillo de Raymond con una rueda vieja de bicicleta que tenía los radios intactos. Pensó en construir una atracción de feria que diera vueltas y se iluminase, y cada brazo podría llevar un objeto pequeño de la tienda de Élise. En el centro pondría un ventilador y un recipiente con jabón líquido para que la rueda, al girar, hiciera pompas. Si lo ponía fuera, en verano llamaría la atención de los turistas.

Fabricar un autómata para su escaparate daba sentido a sus sueños, que volvían a cruzarse. Como a los dieciséis años.

4 de abril de 1985

> Lo he fabricado con los medios disponibles y lo que he podido coger de aquí y de allá. Una pequeña figura disfrazada de payaso con un corazón rojo girando alrededor. Lo he hecho con todo mi corazón, pensando en Élise. Es sábado por

la tarde. Ha venido a casa. Mis padres pasan el día fuera. Nos hemos puesto a resolver todos los ejercicios del tema de Matemáticas o de Física que hemos estudiado esta semana, para estar seguros de haber asimilado los conceptos o teoremas que hemos aprendido, y para ayudarla, porque, según ella, no es que esté pez en Matemáticas, es que ni siquiera se ha metido en el agua. No quiere que vaya a su casa por sus padres, que son muy estrictos, y tengo la suerte de vivir en la misma calle que una chica de nuestra clase con la que se lleva bastante bien. Aunque no le haga mucha gracia ser nuestra cómplice, Isabelle es nuestra tapadera porque Élise prefiere venir a estudiar conmigo. Los deberes son una excusa, pasamos la mayor parte del tiempo hablando de todo un poco, escuchando música o dibujando juntos en la misma hoja. Esta vez hacemos los ejercicios sobre la energía cinética, y aún le queda un rato hasta la hora fijada para volver a su casa. Saco la cajita del armario y la dejo en la mesa, delante de ella. Es el primer regalo que le hago. Han pasado tres semanas desde que llegó a nuestra clase y una semana desde que me besó. Tengo la sensación de conocerla de toda la vida. Al ver el paquete, suelta esa risita monosilábica que la caracteriza. Y se sonroja mientras sonríe, dejando a la vista sus dos preciosos hoyuelos. Me la como con los ojos y aspiro cada molécula olorosa que emana de su cuerpo. Nos separan unos cuantos centímetros. Observo cómo sus finas manitas desenvuelven el objeto que me he pasado horas creando. Lo hace con mucho cuidado, como si supiese cuánto me he esforzado. Solo dice «Ooooooh» cuando lo saca de la caja con el delgado cable colgando como la cola de un ratón. Me apresuro a enchufarlo y Élise acciona el interruptor. No puede contener las lágrimas cuando ve al payaso gesticulando con ese corazón que da vueltas a su alrededor. Lo mira un buen rato, sin hacer caso a las gotas que, desde los párpados, le caen sobre los vaqueros rasgados, y luego se vuelve hacia mí para besarme. Un beso salado.

Hacemos el amor por primera vez. Torpes, vacilantes, subidos a la misma nube, mientras que el payaso sigue haciendo girar su corazón en segundo plano, encima de mi mesa.

Gauvain se había puesto entre la mesa y las estanterías. Había cerrado los ojos y dibujaba dos semicírculos con los brazos. Édouard lo veía mover los hombros de forma asimétrica dejando quieto el ángulo de los brazos para saber qué movimiento proporcionaba el hombro al resto del brazo. Estaba dibujando una leva mentalmente, y el hombre supo entonces que el chico crearía auténticas maravillas.

El teléfono de Édouard sonó dentro de su bolsillo. Desde que le dio su número de móvil a Élise en esa carta que tanto le había costado escribir, no se atrevía a dejarlo en el casillero.

Su número apareció en la pantalla. Un mensaje breve: «https://www.iwilive.net.20hestatarde».

El pasado y el presente se entremezclaban. Acababan de hacer el amor después de darle el payaso autómata y ella le proponía quedar.

Al volver la cabeza vio a Raymond por la ventana sucia del taller afanándose en el jardín. Le dieron ganas de gritarle que dentro de él solo había un montón de magia, y nada encima. Se le desbocaba el corazón. Un enlace de internet, una hora. Había recibido la carta. El mecanismo se había puesto en marcha, ignoraba con qué movimiento.

Habían accionado el interruptor.

Élise era su leva y nada había cambiado.

Como una tarta de manzana

A las 19.55, con la excusa de hacer una llamada, Édouard dejó plantado su plato medio lleno y salió pitando hacia su habitación. Aunque no era propio de él abandonar a los comensales en mitad de la comida, no quería perderse esa cita que, sin saberlo, llevaba esperando más de treinta años. «Te recalentaré la comida», dijo Gaëlle con una pizca de complicidad. Era la única que podía imaginarse lo importante que era esa cita. Qué extraño le resultaba a Édouard que no estuviera celosa, aunque hubieran estado juntos la noche anterior. Había establecido como una norma femenina las crisis violentas de Armelle cuando miraba a otra mujer.

El gato, guardaespaldas pegajoso, lo seguía por la escalera que llevaba a su cuarto. Édouard le dio con la puerta en las narices. Él maulló, ofendido, antes de estirarse sobre el felpudo al acecho del menor ruido, de la menor vibración, incluso a través de la puerta. El hombre quería estar solo delante de la pantalla. Solo en la habitación. Solo frente a sí mismo. Solo con Élise.

Se resistió a la terrible tentación de abrir el enlace antes de tiempo. Su espíritu juguetón los unió con dieciséis años. Después de haberlo perdido con Armelle, que carecía de él, reencontraba el gusto. Aun así, desde que recibió el mensaje contaba los minutos, uno tras otro, implorando a Merlín, el ladrón del tiempo, que se los robara. Estaba dispuesto a dárselos todos antes de las ocho.

Encendió el ordenador portátil y pegó el enlace en una ventana nueva. Aparecían varias webcams en directo. La de Pléneuf-Val-André era la quinta. 19.58. Acababa de pinchar y su corazón iba a pararse.

Esperaba pegado a la pantalla, con las manos bajo la mesa, cruzadas, apretadas entre las rodillas. Se veía en primer plano el paseo marítimo delante del casino y una parte de la playa hasta el islote de Verdelet. A lo lejos, las olas. Marea baja. Y esa playa inmensa que ocupaba tres cuartas partes de la pantalla. Una pareja caminaba de la

mano por el paseo asfaltado. Hacía viento, y la mujer llevaba capucha y un pañuelo al cuello. Una bicicleta los adelantó.

19.59.

Se dio cuenta de que no respiraba.

20.00.

Respiró.

A la izquierda de la pantalla, vio aparecer una figura menuda envuelta en un gran poncho rojo con capucha. En la mano derecha llevaba una pala. Se detuvo al principio de la playa, junto al paseo, y se volvió hacia la cámara para quitarse la capucha. Sin distinguir sus rasgos, Édouard supo que era ella.

Con la pala, se puso a trazar una S sobre la arena. Aunque en la pantalla pareciera minúscula, era enorme, mayor que ella.

20.01.

Empezó a trazar una I. Su cuerpo parecía hacer un gran esfuerzo sobre la arena compacta.

20.02.

Cuando terminó de dibujarla, se situó encima simulando ser la tilde de la I.

20.03.

A Édouard se le paró el corazón.

Era SÍ.

S, Í y ella.

Luego se fue por donde había venido.

Édouard se quedó delante de la pantalla. Miraba las olas a lo lejos. La arena se volvía rosada por la puesta de sol. ¿O era él, que lo veía todo de otro color?

Más que nada, veía borroso.

Dos surcos calientes se abrían paso por su incipiente barba.

Vio pasar su vida como si fuera a morirse aunque se sentía renacer. Su infancia, su adolescencia, conocer a Élise, sus momentos felices, su marcha, la facultad de Ingeniería, conocer a Armelle, el nacimiento de Pauline, las conversaciones con Denis, sus problemas laborales, los acontecimientos importantes de la vida de su hija y luego la carta de Élise, su huida en la estación de Vannes, ver a Élise de lejos, hacer el

amor con Gaëlle, volver a sentirse un hombre.

Y ese SÍ sobre la arena. Que el mar borraría por la noche, como si tal cosa, como si a la playa no le importase en absoluto ese SÍ. ¿Qué era para el universo ese SÍ en una playa bretona? Para él, sin embargo…

Ahora creía en ello. Aunque Élise solo aceptase verlo.

Tal vez había alguien en su vida.

Tal vez no.

Tal vez quería verlo para decirle que ya no podía haber nada entre ellos.

Tal vez no.

Tal vez pensaba decirle que había conseguido olvidarse de él en los treinta años de ausencia.

Tal vez no.

20.30.

Édouard bajó la tapa del ordenador con la lentitud de quien retrasa la hora de condenar a un momento mágico a convertirse en un recuerdo. El hambre ya no era una prioridad. Aun así, bajó.

—¿Quieres que te caliente la comida? —le preguntó Gaëlle, que acababa de dejar una tarta de manzana en el centro de la mesa.

Gauvain hizo unos gestos mirando a su madre, quien se echó a reír.

—Dice que si has visto a la Virgen. Pareces emanar luz, como una iglesia en una misa nocturna.

Édouard se conformó con sonreír mientras comía un trozo de la tarta de manzana. Nunca había probado una tan rica. Estaba dulce, jugosa, un poco caliente por dentro todavía. Como el recuerdo de Élise. Misterios por aquí, sorpresas por allá. Bueno, ella no había cambiado. ¿Y él?

Su mujer había conseguido apagarlo, limitarlo, había asfixiado sus ganas de imaginar. Édouard esperaba quitar de un soplido el polvo para recuperar la antigua caja de juguetes que compartía con Élise.

Su mujer no era la culpable. Denis no se lo discutiría. «Lo has querido tú. Asúmelo. Pero asume también salir de la rutina y largarte campo a través.» A Édouard le gustaba escuchar los comentarios de su amigo psiquiatra acerca de sus reacciones, sus elecciones y Élise. Su

análisis pragmático y poético le enseñaba a señalar con el dedo ciertas verdades frente a las que cerraba los ojos.

Ay, esas situaciones en que eres ciego y sordo contigo mismo, mientras que los demás perciben qué hay bajo el velo... En definitiva: una capa de invisibilidad al revés.

Denis era un experto en el tema.

El primer interruptor

Gauvain y Édouard tenían unas ganas rabiosas de avanzar y no se despistaban. Raymond llevaba dos días proponiendo fugaces incursiones: «¿Un café? ¿Una cerveza? ¿Unas galletas? Hay algunas nuevas». No se desconcentraban, atentos a no perder el hilo de su pesquisa para obtener unas levas perfectas.

Gauvain avanzaba bien y rápido. Lógico, reflexivo, humilde, probaba, se sentía mal por haberse equivocado, se enfadaba y volvía a empezar. Ya había establecido el movimiento, solo quedaba el revestimiento, que crearía con las cuerdas y un trozo de piel sintética que había encontrado entre los retales de su madre.

Édouard también había hecho progresos. La rueda estaba pintada, y el motor, instalado. El mecanismo era sencillísimo. Sin embargo, le llevaba mucho tiempo confeccionar cada brazo.

En multitud de ocasiones, el joven accionó el interruptor para probar cómo se movía, afinar la leva, intentar que quedase perfecto. Cuando estuvo satisfecho, procedió al revestimiento, una fase en la que ya no activó el mecanismo.

Ahí estaba el objeto, frente a ellos, encima de la gran mesa de madera. Un árbol con doble tronco cuyas ramas estaban formadas por cuerdas que se entrecruzaban y que iban haciéndose más finas hacia las extremidades. En el centro, la piel sintética representaba a un animal.

Platon, que se había unido a ellos al empezar la tarde, se había subido a la mesa de madera e inspeccionaba cada trocito de cuerda con la minuciosidad de un investigador escrupuloso: lo olía, lo rozaba con los bigotes y mostraba una prudencia extrema frente a esa novedad.

Édouard y Gauvain se miraron sonriendo, luego el hombre le guiñó un ojo, la señal implícita para que el chico accionase el interruptor que tenía en la mano. Cuando las cuerdas empezaron a moverse, el

gato pegó un salto de un metro hasta el suelo. El susto del animal les provocó una carcajada, y Platon se marchó contrariado con paso altivo.

—¡Vaya, a la primera! ¡Me dejas de piedra!

A Gauvain le faltaban dientes para una sonrisa tan grande como su satisfacción.

—Dejémoslo dar vueltas para ver cuánto aguanta. Hay veces que, con el uso, el mecanismo produce rozamientos, se atasca o se desajusta. En cualquier caso, ¡enhorabuena! ¡Es precioso además de eficaz!

Édouard observaba a Gauvain, quien observaba el objeto animado cuyas cuerdas bailaban con un suave movimiento que parecía aleatorio. Pero ellos sabían que nada era casual. Las pruebas que habían hecho soterraron el azar.

Ese árbol de cuerda era fascinante porque no se trataba solo de unas ramas en movimiento y un gato, sino que plasmaba en una imagen la complicidad que el chico tenía con ambos y el deseo de homenajearlos, en cierta manera, al integrarlos en su primera creación.

Édouard recordó el día en que lo vio en el claro, cuando un huracán se había desencadenado dentro de él. Aún desconocía el motivo. Una certeza lo tranquilizó: los autómatas serían un nuevo lenguaje para Gauvain. Era libre de mostrar su intimidad a través de sus creaciones.

—¿Se lo enseñamos a tu madre? ¡Estará orgullosa de ti!

Édouard lo estaba. Sin la legitimidad que otorgaba ser un familiar o un amigo, se sentía cercano al adolescente a pesar de que se conocían desde hacía poco. El secreto de las palabras en el claro, la relación estrecha con su madre, reconocerse sin haberse visto antes. Una evidencia que no tenía explicación.

Édouard se preguntó si acaso no tenía un montón de casillas vacías a la espera de que las completasen las personas adecuadas. Élise, la del amor; Gauvain, la del apego; Gaëlle, la del cariño de la amistad; Raymond, la de la sencillez de una ensalada. En su fuero interno, supo que tenía una casilla reservada para albergar a la persona que quería ser. Olvidarse del Édouard que parecía falso y dejar sitio al Édouard

de sus veinte años, que salió violentamente de su vida cuando Élise huyó.

En ese bosque se sentía libre.

Libre y ligero.

Libre y rebosante del Édouard correcto.

Casi en el lugar adecuado.

Como el gato.

TERCERA PARTE

Es extraña, por otra parte, esa sensación de alivio cuando por fin emerge lo que nos negábamos a ver pero que sabíamos que estaba ahí, enterrado no muy lejos, esa sensación de alivio cuando se confirma lo peor.

DELPHINE DE VIGAN,

Las lealtades

En un infinito protector

Gendarmería de Les Rousses

Cuando Raphaël le dio su número de móvil, la última vez que fue a verlo, Christine se prometió no abusar. Al igual que el uniforme y los galones en el hombro, la tranquilizaba tener en su agenda el número de teléfono de un gendarme. Sobre todo el de Raphaël, su compañero del colegio. Estaría ahí fuera cual fuese el motivo de su llamada. Ignoraba si había estado enamorada de él, o si aún era capaz de estarlo, de él o de otro. Christine sentía desapego por sus propias emociones, al menos por algunas de ellas, como un árbol que ha ido perdiendo sus hojas al compás de las borrascas. Aunque ya la habían zarandeado muchas ráfagas, la última era como un huracán. Otras emociones perduraban como unas agujas finas que penetraban en la blanda carne de su alma. El miedo, la infamia, la vileza. Esas no se desprendían. Al contrario, se adherían, ocupaban el terreno. Todo el espacio. Christine sentía que la infestaban sin descanso. Esa mujer, cuya amabilidad y afabilidad eran elogiosas, se veía como un cactus. Un cactus de superficie aterciopelada y espinas internas. Un cactus autoinmune que se atacaba a sí mismo.

Pertenecía a ese tipo de personas que han elegido mal y se pasan el resto de la vida dejando que las autodestruya su entorno, sin darse cuenta siquiera.

Esperaba que Raphaël cogiera unas pinzas y fuera capaz de quitar minuciosamente todas las espinas que tenía clavadas sin que ella hubiera de justificar su presencia. Extraer para aliviar. Él era de los que pueden reconfortar sin entender.

Se atrevió a enviarle un mensaje unos días antes, al saber que ese jueves estaba de permiso, para proponerle dar un paseo por el bosque.

Cuando llegó, él ya estaba en el banco que le había indicado. Su perro, un san bernardo enorme con andares indolentes, se abalanzó

hacia el hombre sin animosidad, echándole encima y desordenadamente las patazas. A Raphaël le daban miedo los perros y estos, en su mayoría, seguían la tradición de mostrarse hostiles al ver el uniforme. Ese día no lo llevaba puesto, lo que despistó un poco a Christine. Ella lo asumió, y lo juzgó más allá de su cargo, segura de sus recuerdos adolescentes. En ese banco rodeado de árboles, Raphaël volvía a ser el amigo al que había perdido de vista, y se alegró de que estuviera allí.

Después de saludarse con un beso, tomaron el camino forestal por el que el perro ya avanzaba.

Los primeros cien metros, la naturaleza habló en su lugar, lo cual les vino bien. Había que ponerse en un contexto distinto al de la comisaría y la desaparición que no era tal. Había que ir más allá del apuro por estar juntos en el bosque con un perro como único testigo después de tantos años de ausencia. Sin embargo, ninguno de los dos se permitía ser ambiguo. Christine estaba demasiado preocupada para pensar en otra cosa que no fuera su hija.

—¿Duermes mejor?

—Parece que sí.

—¡Bien!

—¿Crees que nos acostumbramos a todo?

—Dormir no te convierte en una mala madre. Al contrario, el sueño es necesario para mantenerse fuerte.

—Aun así, tengo la sensación de ser una figura de porcelana que terminará rompiéndose en mil pedazos con el menor golpecito. Y no tendré a nadie que me recomponga.

—¿Me dejarías hacerlo a mí?

—Debería encargarse Robert. Pero él rompería cada trozo por la mitad para machacarme.

—No has contestado a mi pregunta.

—Sí... Yo... Te lo agradecería mucho.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿a que sí?

Christine susurró un agradecimiento, como si decirlo en voz baja la eximiera de ruborizarse. Apreciaba la suerte de haberse encontrado con él en unas circunstancias tan dolorosas. Pensaba que encarnar el

orden y la ley convertían a Raphaël en un apoyo sólido y fiable. Un apoyo que no siempre hace falta, pero que se tiene a mano por si acaso... Para un corazón hecho un desastre, era algo muy necesario.

—¿Por qué sigues con tu marido si no te hace feliz?

—¿Por no complicarme? ¿Por cobardía?

—...

—Seguro que doy pena, ¿no?

—Me lo pregunto. ¿A qué te arriesgas si te marchas?

—¿Para ir adónde? Y además, su ira... Tendría que marcharme muy lejos para que me dejase en paz. Robert no es de los que se olvidan del asunto. Cree que le pertenezco y que todo se lo debo a él.

—¿Tú también lo piensas?

—Todo lo que tenemos procede de él.

—Todo lo que has trabajado estos años tiene un gran valor para vuestro patrimonio.

—Mi contribución no consta en ninguna parte. Todo está a su nombre, y nos casamos con separación de bienes. ¿Me imaginas dejándolo todo, metiendo todas mis cosas en dos maletas? ¿Para hacer qué? ¿Para ir adónde? Ya no tengo veinte años. Se contrata a los jóvenes.

—Tienes experiencia.

Raphaël buscaba alguna escapatoria milagrosa para sacar a Christine de su cárcel conyugal. Conocía a esas mujeres que sufrían sin decir palabra. Que se resignaban y terminaban acostumbrándose; aplacaban el dolor con un gotero de negación como anestésico. Pero también conocía a otras que se oponían a su destino y que, a pesar de una situación aparentemente inamovible, al final reaccionaban, se despertaban, comprendían que quedarse era indigno. Le habría gustado ver a Christine salir de su letargo.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó de verdad?

—Ya te lo he dicho.

—Todo no...

—¿Cómo lo sabes?

—Lo noto.

El hombre se puso delante de ella para obligarla a detenerse.

Christine tenía la cabeza gacha. Raphaël se la levantó cogiéndola de la barbilla para que no tuviera más remedio que mirarlo.

—Dime mirándome a los ojos que no ha pasado nada más de lo que me has contado.

Christine, con la parte inferior del rostro inmovilizada, solo bajó la mirada. No conseguía ordenar las ideas. Pensaba en su marido, en su hija, en el restaurante, en el trabajo, en los clientes, en lo que diría la gente cuando su vida ya no se pareciese a nada. La barbilla temblaba en la mano del gendarme. Entonces Raphaël la abrazó y ella respiró para tratar de contener los potentes sollozos que almacenaba desde hacía decenas de años en las profundidades secretas de su pequeño e insignificante yo. Lo único que les impidió brotar fue el olor de Raphaël. Christine se aferró a él como a un recuerdo feliz que creaba en ese momento. Al concentrar toda su atención en ese olor masculino, mantenía alejada la verdad inmunda y rancia, esa especie de papilla nauseabunda que salpicaría a todo el mundo, a ella la primera. Raphaël llevaba una colonia suave y sencilla, al contrario de esas almizcladas que odiaba y que su marido seguía poniéndose. Esta olía a una fruta sin acidez que recordaba a un día de verano y que se mezclaba con su olor corporal natural sin oponerse a él. Casi lo sublimaba. Se sentía bien rodeada por sus fuertes brazos, por su torso erguido y tonificado como el alto muro de una fortificación, y por ese olor que la calmaba, de una suavidad viril y aceptada. Deseaba que el tiempo se parase. Que una repentina catástrofe glacial los atrapara y los encerrase en un infinito protector. Que todo se detuviera para mantener esa sensación feliz de comodidad y seguridad. Pero ese sueño solo era una fantasía, y Christine se sentía rodeada por una horda de lobos dispuestos a escupirle la realidad a la cara, a morderle los muslos con sus colmillos afilados para provocar el dolor que intentaba arrancarse oliendo la camisa de Raphaël. Al que intentaba resistirse y en el que se hundía de inmediato al encontrarse aturdida y desesperada. Entonces, al igual que el alma se eleva cuando se impone la muerte, ganó altura por encima de sí misma y saltó al vacío con la esperanza de poder volar.

—Decir lo que pasó es detonar una bomba.

—¿Temes las consecuencias?

—Claro que sí.

—Pero, Christine, algunos cartuchos de dinamita desencadenan avalanchas precisamente para evitar que se produzcan daños peores.

—Quienes lo hacen saben quedarse fuera del alcance de la avalancha. Yo estoy dentro. De todas formas, la avalancha ya se ha producido.

—No sé de qué me estás hablando.

—Es mejor ocultar algunos horrores para que no le estallen a todo el mundo en la cara.

A Christine le sorprendió el tono que había empleado. El enfado había tomado la delantera a su acostumbrada moderación, y se asustó, ella que siempre se contenía, que controlaba cada gesto, cada palabra, que se sentía a salvo de cualquier desbordamiento. Porque su seguridad dependía de quedarse tras sus propias barreras verbales, físicas y emocionales.

—Contármelo a mí no significa decirlo en público, y quizá entendería la marcha de tu hija, para encontrarla. Y también para protegerte.

—Déjame pensarlo, Raphaël. Tengo que volver. Robert se preguntará qué he estado haciendo todo este rato.

—¿No tienes derecho a pasear cuando quieras?

—Tengo que preparar el turno de cenas.

El camino de vuelta hacia las primeras casas de la ciudad se produjo en silencio. El bosque volvía a llenar el espacio entre ellos colmándolo de murmullos y de pájaros parlanchines. Se despidieron con un regusto amargo; Christine por haberle hablado de su secreto como de una bomba y Raphaël por no saber cómo ayudarla a desactivarla.

Más que un fracaso, el hombre se lo tomó como un desafío que afrontar.

En equilibrio precario

Era media mañana, y Édouard supuso que Gauvain estaría en el taller inmerso en otro proyecto, de tanto como parecía motivarlo esa nueva actividad. Al contrario que la mayoría de los jóvenes de su edad, se despertaba al alba. La adolescencia de Gauvain, lejos de ser una época apática y desprovista de perspectivas cotidianas, resultaba dinámica y rica. Solía estar de buen humor, se levantaba pronto, se lavaba a diario y estaba en constante actividad deportiva o artística. El bosque lo cobijaba el resto del tiempo. Siempre estaba dispuesto a ayudar, era voluntarioso y generoso. Édouard se preguntaba si una diferencia semejante provenía de la educación que había recibido y de la particular geografía de esa aldea apartada, o si era inherente a su carácter, a sus genes, a su historia. Era un todo, concluyó, mientras se encaminaba hacia el claro donde estaba seguro de encontrar a su aprendiz.

Caminaba calzado por el camino de musgo. Había dudado si hacerlo. Por un instante se sintió culpable de profanar un lugar sagrado, pero luego entró en razón. Al bosque no le importaba su estado de ánimo y ese camino era como cualquier otro. Por las condiciones climáticas, la fisiología de las plantas lo había convertido en un lugar especial para los humanos, tan común y excepcional en la naturaleza como todo lo que lo rodeaba.

La experiencia de ir descalzo era únicamente egoísta. Una búsqueda de sensaciones personales y no la veneración de un lugar. En un arrebato de lucidez, Édouard se sintió indigno. Aparte del camino de musgo, todo el bosque merecía una reverencia ante su majestuosidad. Alguna vez había sentido una humildad semejante, pero nunca hasta tal punto. ¿Brocelianda era la que infundía respeto o contribuía a ello ese período de reflexión personal? Lo ignoraba. Caminó hasta el claro, calzado, humilde y agradecido.

La cinta estaba extendida, y el chico, encima.

Édouard se acercó sin molestarse en amortiguar sus pasos, para anunciar su llegada a Gauvain. Aun así, estuvo un rato observándolo discretamente antes de dejarse ver. El joven estaba de espaldas y avanzaba por la cinta como si caminase por el tronco inmóvil de un árbol caído. Con el torso descubierto, le brillaba la espalda pese al aire fresco. La aparente facilidad ocultaba un esfuerzo tremendo. Cada músculo de su cuerpo esbelto y fibroso se marcaba con el menor movimiento y manifestaba una condición física excepcional. La actividad que practicaba sobre esa cinta tensa y cimbreante bastaba para explicar ese revestimiento perfecto, pues las caminatas por el bosque solo se sumaban a un entrenamiento ya intenso de por sí.

La cinta solo estaba a unas decenas de centímetros del suelo, una posición mucho menos peligrosa que la de aquel día en que Édouard lo vio caer desde unos dos metros de altura. Esta vez, Gauvain intentaba hacer posturas peligrosas y la proximidad con el suelo le garantizaba no lastimarse en caso de caída. También parecía tan cómodo en esa pequeña superficie de tela como en el suelo, lo que demostraba una dilatada experiencia en la materia pese a su juventud. Y cierta despreocupación. Un salto mortal hacia delante, difícil de dar, lo obligaba a mantener un alineamiento perfecto entre el despegue y el aterrizaje. En el primer intento, del que Édouard fue testigo, Gauvain no apoyó el pie derecho y acabó en el suelo. El segundo le salió mejor y consiguió poner ambos pies sobre la cinta, no sin restablecer el equilibrio mediante los brazos, que se agitaban por el aire de un lado a otro. No era ningún novato, supuso Édouard, que se acercó saludándolo de lejos.

Tuvo una bienvenida calurosa, Gauvain se alegró de verlo. Lo saludó con la mano antes de ponerse la sudadera. Se inició entonces una conversación unidireccional, salpicada de respuestas silenciosas, a veces de una frase garabateada en la pequeña libreta que siempre acompañaba al muchacho.

Fue así como Édouard supo que esa actividad se llamaba *slackline* y que Gauvain llevaba unos cuatro años practicándola. Casi a diario. Cuando hacía un tiempo desapacible y húmedo, colocaba la cinta entre dos robustas vigas en un granero de la aldea, a resguardo de las

inclemencias. El joven se había vuelto adicto. «Lo hago todos los días, si no, me siento mal. Me deja la mente en blanco, me serena.» Édouard imaginó que era por el chute de dopamina, adrenalina o endorfinas; ya había oído mencionar ese tipo de dependencia a deportistas de élite.

«¡Tienes que probarlo!», garabateó Gauvain.

—¡No, no, no! No soy ni tan fuerte ni tan ágil, ¡y sí muy pesado para esa cintita de nada!

Gauvain sonreía de una forma demasiado expresiva como para no entenderlo. La sonrisa que le dedicó significaba que no consideraba válido ninguno de sus argumentos y que lo decepcionaría si no lo intentaba. En otras palabras, no le dejaba elección. Como con el ajedrez. Édouard, siempre preocupado por mantener y desarrollar un vínculo de confianza con él, acabó aceptando. Le preguntó si era una práctica arriesgada y cómo proceder. El chico le pidió que se quitara los zapatos y le tendió la mano para invitarlo a subir a la cinta. Lo ayudaría. Édouard se preguntó qué podría hacer con ese cuerpo engorroso y agarrotado sobre una superficie tan pequeña, además de inestable. Cuando puso la punta del pie en la cinta, rogó a Gauvain que no se riera. A lo que el chico le respondió, con otra sonrisa, que no le prometía nada.

En cuanto Édouard se apoyó en el pie dominante y dejó el suelo, sintió que la cinta oscilaba con fuerza bajo su cuerpo y se cayó de inmediato a pesar del brazo firme de Gauvain. Tuvo que intentarlo varias veces antes de lograr estabilizar su corpachón y encontrar una estabilidad tranquilizadora, agarrado a la mano del joven como si su vida dependiera de ello. Aún no había intentado mover el otro pie.

—¿Cómo puede uno quedarse de pie encima de esto?

El chico no contestó. Era inútil lanzarse a dar explicaciones. Como en cualquier otra disciplina, el entrenamiento era la única manera de que la hazaña fuera factible. Ceder ante el desánimo al primer intento comprometía cualquier posibilidad de conseguirlo. Gauvain cruzó la cinta con un movimiento rápido para ponerse frente a Édouard y tenderle la otra mano para que se sintiera más estable. La cinta seguía oscilando. Sentía que la mayoría de los músculos pegados a su

esqueleto se tensaban con fuerza y dolor. Entonces comprendió el porqué del cuerpo del adolescente. Y cómo esa práctica podía dejarle la mente en blanco y aliviarle el corazón: sin una concentración extrema, era inevitable caerse. Los adeptos debían entrar en un estado de meditación casi inmediato. Se imaginó que sería fácil engancharse y se alegró de que el chico pudiera recurrir a esa práctica.

—Venga, sácame de esta fábrica de agujetas —rogó Édouard tras dar unos pasos vacilantes—. Tengo que llamar a un amigo. Te dejo entrenar el salto mortal. Iré a morirme de vergüenza a un rincón.

El chico le dio una palmadita en el hombro, que interpretó como pudo, y lo liberó.

Édouard se alejó hasta la linde del claro, en el lado opuesto al tilo, y se sentó en un viejo tocón cuya espesa capa de musgo creaba la ilusión de ser un cojín que los espíritus del bosque hubieran dejado allí para acoger al transeúnte cansado. Así podía seguir mirando las proezas de Gauvain mientras procuraba que su conversación fuera confidencial.

—¿Te molesto?

—No —lo tranquilizó Denis—. Esperaba saber de ti.

—¿Cómo está Armelle?

—Es toda enfado y despecho. Lo normal. ¿Y tú?

—Yo soy todo alivio y esperanza. Aunque a la vez un poco de culpabilidad y tristeza. ¿Y tú?

—Belleza y sabiduría. En cuanto a ti, también es normal. ¿Alivio y esperanza porque las cosas positivas se perfilan?

—Élise está de acuerdo en que nos veamos.

—¡Estupendo! Debes de estar contento.

Édouard añadió que, pasara lo que pasase con Élise, ya había decidido que dejaría a Armelle. No podía ni pensar en regresar a su situación anterior. Preocupado, preguntó a su amigo si lo comprendía.

—¿Tú qué crees?

—Joder, Denis, ¡qué fácil lo pones todo!

—¿Qué quieres? ¿Que te haga dudar de tu decisión, que te culpabilice? ¿Que le busque cinco pies al gato para volverte loco y que te pierdas en tu propio laberinto?

—Yo qué sé, ¡que me confirmes que es la decisión correcta!

—Eso solo puedes saberlo tú. Esas cosas no se confirman, se sienten. ¿Te ha ayudado a decidirte algún suceso en particular?

Le vino a la cabeza la calidez del cuerpo de Gaëlle y se estremeció de calor. Esa sensación única que llevaba tanto sin experimentar. Al segundo sintió una carencia física global. Una desnudez sensorial que ahora quería cubrir con ternura y atenciones.

—He vuelto a hacer el amor.

—¡Alabado sea Dios! ¿Con Élise?

—No. Con Gaëlle.

—¿Quién es Gaëlle?

—La mujer que me hospeda en su casa rural.

—Ahora he perdido el hilo —se burló Denis.

—A mí también me cuesta seguirlo. Me lo propuso. Le conté mis dudas sobre el tema. Me dijo que solo había una forma de saberlo.

—¡Qué razón tiene! ¿Y…?

—¿No querrás saber todos los detalles?

—¡Ahórramelos! Dime solo si te quedaste tranquilo.

—Sí. Y estoy seguro de que Armelle no cambiará.

A Denis le alegró que Édouard fuera saliendo de las tinieblas. Sin embargo, seguía cargando con un dilema terrible: contarle su conversación con Armelle y lo que esta sabía, la sensación extraña que le produjo, o dejarlo avanzar. Se contentó con hacerle una proposición, que Édouard aceptó: mentalizarla poco a poco de que su marido tal vez no volvería. Este estaba pensando ir a París a buscar algunas cosas, y su coche, y dejar constancia de su marcha. Pronto todo estaría resuelto. El mal presentimiento de Denis no cambiaría nada, por lo que era mejor no sobrecargar los pensamientos, ya complejos de por sí, de su amigo.

—De todas formas, avísala cuando vayas.

—Denis, ¿crees que estoy haciendo bien?

—¡Te propongo que hagamos balance dentro de unos años!

—¿Y si me equivoco?

—¿Y si no? Nadie ha dicho que la vida sea fácil. Transitemos por ella dando alegres zancadas, no arrastrándonos.

—¿Yo me arrastraba?

—Aún se ve el rastro que ibas dejando.

Édouard colgó sin apartar la vista de Gauvain, que ahora corría de un lado a otro de la cinta con una soltura insolente. Las atrevidas acrobacias del adolescente se mofaban de las castrantes amenazas de la vida. A pesar de encerrarse en el silencio, Gauvain era libre. Libre subido a esa cinta de cinco centímetros de anchura. Sintió envidia de esa fuerza que tenía el joven para superar las barreras sin franquearlas siquiera. El chico, dotado de la facultad de pasar totalmente de las restricciones y de los riesgos, convertía esos cinco centímetros en invisibles e infinitos.

5 de mayo de 1986

Acabo de despedirme de Élise.

Hemos robado este sábado a nuestro último año de bachillerato para ir al mar. En concreto, a Saint-Malo. El tren nos ha dejado allí por la mañana y nos ha recogido al final de la tarde. Se suponía que yo era Isabelle, la amiga de Élise, y que íbamos a pasar un día de descanso entre chicas. La adolescencia es una etapa donde la mentira es una aliada indispensable para descubrir el mundo y sin la cual no serían posibles muchos florecimientos.

Al salir de la estación de Rennes, ella se va por la izquierda y yo me voy por la derecha. No ha querido que la acompañase. No me parezco mucho a Isabelle.

No me apetece subirme a un autobús para volver a mi barrio. Prefiero caminar y tomarme el tiempo de rememorar el día. Los dos trayectos en tren, donde solo hablaron nuestras manos mientras nuestra mirada se perdía en el paisaje. Una pizca de nata montada en la punta de su nariz después de que su pequeña y delicada boca no pudiera ingerir un trozo demasiado grande de la crep de chocolate. Verla correr por la playa con la marea baja y saltar en los charcos como una niña buena que se liberara de las prohibiciones. Su sonrisa después de chapotear, que reflejaba lo maravilloso del universo con esa alegría tan simple. Nuestros cuerpos unidos, de pie junto al mar. El mío detrás del de ella, mi cabeza apoyada en la suya y mis brazos unidos en su vientre, que imagino lleno de un poco de mí algún día. Sus discursos profundos sobre una larga lista de injusticias mundiales que no paraba de aumentar. Sus silencios para digerirlas. Los demás silencios para ofrecerme sus ojos y olvidarse de todo lo demás.

Camino por esta ciudad con la sensación de que Élise es mi horizonte, y que el camino es infinito cuando me coge de la mano. Que en cuanto se aleja vuelvo a sentirme encerrado en una vida algo penosa, algo anodina, algo inútil, a la espera de que vuelva a dejarme entrar en una vasta extensión de posibilidades

con ella.

Para Édouard, Élise era esos cinco centímetros por los que corría Gauvain. Era su libertad. El infinito por el que se atrevía a correr sin temer nada más.

Hizo una señal desde lejos al chico antes de regresar a la aldea, un poco más ligero que cuando salió. Un poco más seguro también.

Raymond trajinaba alrededor de su casa. Llevaba una escalera en la mano, que apoyó en el muro que daba a la aldea. Édouard se acercó, aunque antes dio la vuelta a Viviane en las inmediaciones del patio de Gaëlle.

—¡Qué maravilla de escalera, y qué día tan bueno hace! ¡Estoy encantado de verte!

—Aprendes rápido, pero tampoco te pases. Como suele decirse, hay un interesante término medio entre ser un gruñón y ser un empalagoso —contestó el anciano.

Édouard respondió con una sonrisa. Tenía un buen maestro en Gauvain para conferir a sus labios un significado concreto y legible. Raymond continuó hablando.

—¡Parece que estás más relajado! ¿Ya tienes las respuestas?

—Pues resulta que sí. Aun así, sigo investigando.

—¡Bien! Yo he decidido clavar la teja que se mueve en el tejado antes de que llegue el invierno. Cada cual tiene sus problemas, ¿no? El mío es más pedestre, pero, como a mí no me preocupa lo mismo que a ti, tengo que mantenerme ocupado.

Édouard le ofreció su ayuda. Raymond, acostumbrado a hacer bricolaje solo, ya había preparado las herramientas necesarias en un ancho cinturón de cuero con correas para meterlas. Instintivamente, cuando el anciano empezó a subir los primeros peldaños, Édouard se apoyó en la escalera sujetando los largueros para estabilizarla. Cada vez que subía un peldaño, Raymond soltaba un suspiro de esfuerzo que venía de lejos.

—¿Estás seguro de que no quieres que suba en tu lugar? —insistió

Édouard.

—¡Anda ya! Puedo subirme a mi escalera para arreglar cosas.

Raymond le preguntó por la duración de su estancia. El huésped nuevo le divertía y le intrigaba. Le habría decepcionado que se marchara pronto. Édouard lo tranquilizó. No había encontrado respuesta a todas sus preguntas.

—¡Si esperas tenerlas todas, aún pasarás tiempo aquí!

Édouard, aunque consciente del grado de incertidumbre que a veces dura toda la vida, quería esclarecer algunas cosas. Avisar a una mujer. Ver a otra. Hacer hablar a un adolescente. Reencontrarse con su cuerpo. Esa ambiciosa tarea lo sacaría poco a poco del letargo en el que llevaba treinta años sumido. Con los días, se iba convirtiendo en el adolescente rebosante de proyectos y dejaba atrás a ese que habían arrollado en pleno vuelo y que, desde entonces, descansaba en un apartadero con el motor roto.

—¿No te entristece que Suzann se haya ido? —le soltó a Raymond.

—¿Yo? ¿Triste? ¡Ni de broma!

—Pensaba que te habías encariñado con ella, incluso que estabas un poco enamorado.

—Más bien estoy decepcionado por no haber podido pillarla tampoco esta vez.

—¿Pillarla?

—¡Es una taimada! Algún día la destaparé.

—¿Una qué?

—¡Una taimada! ¿Tampoco conoces esta palabra? ¡Que se hace la buena y la honesta para conseguir lo que quiere!

El anciano le hablaba de Suzann como de la lluvia o del buen tiempo mientras hacía un apaño con el cable que sujetaba la teja a la estructura. Édouard había soltado la escalera, pues su estabilidad no dependía de él, y se había sentado en el borde del murete, estupefacto por la respuesta de Raymond. Definitivamente, las apariencias engañaban en esa aldea de un puñado de almas.

Raymond, ante su silencio, paró y se dio la vuelta.

—Te has quedado patidifuso, creo yo.

—¡Tengo motivos! Finges cortejarla para trincarla mejor; Gauvain

finge ser…

Édouard frenó en seco. Había tomado carrerilla, desconcertado por las inesperadas revelaciones del vecino, y por poco había hablado demasiado.

—¿Mudo mientras que habla a los árboles y a las rocas? —completó Raymond.

—¿Estás al corriente?

—¡Pues claro que estoy al corriente! Pero no sabía que tú lo estuvieras.

—Lo vi de lejos, en el claro, unos días después de llegar. ¿Se lo has contado a Gaëlle?

—No. Ya tiene bastantes preocupaciones como para darle otro quebradero de cabeza.

—¿Gauvain sabe que lo sabes?

—No lo sé. Y tú, ¿sabes si sabe que lo sabes?

Édouard asimiló de golpe todas esas apabullantes noticias procedentes de un hombre al que todo eso no parecía afectarlo, subido a una escalera de madera para reparar el tejado.

—¡Estás blanco como la cera, chaval! ¡Di algo!

—¿Por qué tantos misterios?

—¿Misterios? ¿Porque simulo tontear con una manipuladora para engañarla e impedirle que haga daño a la gente que quiero? A esa gente hay que pagarle con la misma hipocresía.

—¿Por qué es una manipuladora?

Raymond consideró que la teja ya resistiría las tempestades invernales e inició su regreso a tierra firme. Ya en el suelo, dedicó un tiempo a quitarse el cinturón y ordenar las herramientas en el taller. Cuando volvió a aparecer por la puerta, invitó al visitante, que seguía pasmado en el murete, a tomar un licor casero, receta de su abuelo, y luego desapareció por la entrada, considerando la propuesta como una orden que no se podía rechazar. Édouard lo siguió y se sentó frente a la mesa de la cocina. Observó al anciano sacar dos copas para coñac, la deslucida lata que mostraba todo tipo de galletas al levantar la tapa y, por último, la botella medio llena de un líquido traslúcido de color caramelo dentro del cual flotaba una manzana del tamaño de un puño.

—¿No me preguntas cómo me las he apañado para meter la manzana por el gollete?

—Oye, ¡que no me he caído de un guindo! —protestó Édouard.

—¡Ah, con vosotros, los urbanitas, a veces me entran dudas! Gauvain, la primera vez que lo vio, se tiró cinco minutos largos mirando la manzana sin pestañear. Fui testigo de cómo pensaba su cerebro. ¿Sabes? Los engranajes girando a toda mecha, como tus autómatas. Tendría unos cinco o seis años.

—¿Y lo averiguó?

—¡Él solo! —contestó Raymond—. ¡Me quedé chafado! Si ya no impresionamos ni a los críos con nuestros trucos, vamos apañados. Aquel día supe que ese chico tenía cabeza.

—No sé si mi mujer lo sabría.

—¡Qué dices, hombre!

Édouard cogió la rebosante copa que Raymond acababa de tenderle. Si no hubiera adoptado ya una decisión, podría haber tomado esa pregunta como la solución a su problema. «Si sabe cómo se mete una manzana que es más grande que el cuello de la botella, me quedo; si lo ignora, la dejo.» Un juego cruel e incierto. De todas formas, la decisión ya estaba tomada.

Mojó los labios en la bebida y cerró los ojos para tragar. Ese brebaje le protegería el cuerpo de los microbios durante unas semanas, pero ¡cómo acabaría si por casualidad se terminase la copa! Se propuso reducir cada sorbo a lo imprescindible para escuchar con atención lo que el anciano tenía que contarle y fingir que lo acompañaba. Tal ceremonial encubría confidencias por fuerza.

—¿Empiezo con Suzann o con Gauvain?

—Te dejo elegir. Tendrás tus razones.

—Bueno, si estás aquí es porque seguiste a Suzann, así que empecemos por ella. ¿Y por qué la seguiste?

—¿Porque supo decime las palabras apropiadas?

—¡AHÍ LO TIENES!

Raymond gritó su respuesta dando un manotazo en la mesa, como la guillotina que cayera sobre un cuello. Édouard se sobresaltó, así como el párpado derecho del perro de edad indefinida que descansaba

en un cesto de mimbre (y que pasaba inadvertido justo al lado de la puerta trasera de la casa). Édouard nunca había visto al animal; teniendo en cuenta su reacción, esas debían de ser sus últimas semanas, puede que sus últimos días. Édouard imaginó la pena que pasaría Raymond y se entristeció.

—¿Habías planeado dejar a tu mujer tirada en la estación antes de que llegase la anciana con su maleta?

—No.

—¿Te dijo cuatro palabras y la seguiste al autobús?

—Sí.

—¿Intentó disuadirte?

—No.

—¿Habías discutido con tu mujer?

—Nuestra conversación no fue la más cordial.

—Se olió el percal. Erais la pareja perfecta para sembrar cizaña.

—La cizaña no era una novedad entre nosotros, y creo que hice bien en irme.

—¡La pregunta es por qué estás aquí, no si es algo bueno!

—Gaëlle me ha dicho que Suzann le busca un novio cada año.

Raymond se bebió el licor de un trago sin que pareciese que infligía ningún daño a sus mucosas internas, volvió a dejar la copa en la mesa y cogió una galleta de la lata.

—¡Deberías probar estas tan ricas! ¿Y el piano?

—¿Qué piano?

—El fragmento de la otra noche. Gauvain me dijo…, bueno, es una forma de hablar, que entraste en tromba en la sala como si hubieras visto lo mismo que vio Bernadette Soubirous en Lourdes. Y ¿cómo se llama esa mujer a la que fuiste a ver al mar?

—¿Gauvain también te lo ha contado?

—Da igual. Dime.

—Se llama Élise.

—¿Y Adèle qué estaba tocando?

—*Para Elisa*.

—¿Y quién le pidió que tocara esa pieza?

—Suzann.

Édouard se acordó entonces de la sonrisita cómplice de la anciana escritora, sentada en un rincón de la sala, al volverse hacia ella después de que Adèle le explicase que Suzann había pedido ese fragmento.

—¿Cómo podía saberlo?

—¡Fisgonea por todas partes! La he visto saliendo de las habitaciones de arriba, del taller de Gaëlle. Incluso de mi casa, un día que salí a hacer unos recados y volví a por una cosa que se me había olvidado. Siempre encuentra una buena excusa para hacernos alguna jugarreta.

—¿Por qué se comporta así?

—¡Lo sabes perfectamente!

«Absorbo las historias de la gente que tengo alrededor, como un vampiro la sangre. Desconfíe de mí.» Le vino a la cabeza esa frase de Suzann como un bumerán que uno olvida que había lanzado. Por lo que decía Raymond, la anciana no solo absorbía las historias de los demás, sino que intentaba modificar su curso.

—Como suele decirse, hay a quien le gusta enredar la vida de sus conciudadanos, solo para ver qué pasa. ¡Estoy seguro de que le sirve de inspiración para contar sus historias! —añadió Raymond.

Édouard no sabía si sentirse decepcionado o agradecido. Fue una suerte fijarse en ella en Vannes. Si no hubiese cargado con aquel maletón, es probable que nunca hubiera vuelto a ver a Élise. Aun así, si lo que decía Raymond era cierto, era una práctica condenable.

—Por todas partes hay manipuladores. Basta con saber reconocerlos. Yo también podría estar manipulándote.

—¿Es el caso? —se preocupó Édouard.

—Claro que no, si no, no te lo diría. ¡Aunque el colmo de la manipulación sería hacerte creer que no lo soy, cuando resulta que sí!

—¿Y por qué le haces creer que estás colado por ella?

—Para distraerla y sonsacarle pistas sobre sus maniobras, ¡pero mira que es lista la sabandija! De todas formas, ya se ha ido. Estaremos un año tranquilos.

Édouard dio un gran sorbo para tragarse el tema de Suzann con una buena dosis de desinfectante. Se arrepintió en el acto y no pudo

disimular el brillo de sus ojos.

—¿A que la receta de mi abuelo es la bomba? ¡Toma, que tienes la casa cerca! —dijo Raymond, y le sirvió otra copa.

A continuación, vino un largo monólogo del anciano acerca de Gauvain mientras Édouard demolía sus papilas con alcohol del duro al tiempo que perdía plasticidad cerebral. Al menos pudo retener lo básico.

Hacía varios años que el anciano vecino había descubierto de casualidad, como Édouard, las confidencias del adolescente a los elementos de la naturaleza, lo cual no le extrañaba porque consideraba que el bosque tenía entidad propia. Se había hecho la misma pregunta: decírselo a su madre o no. Estuvo muchos días pensándolo, valoró los pros y los contras, dudó, cambió de opinión, rechazó la idea. El silencio sentó jurisprudencia unos años después, y ahora pensaba que nadie podía arrogarse el derecho de traicionar el secreto de Gauvain. Aunque el mutismo fuera inconsciente, también podía ser voluntario y justificado. Raymond había barajado varias hipótesis. Quizá el chico tenía un secreto que ocultar. O puede que sintiera la necesidad elemental de estar tranquilo. Aislarse de los demás era una forma de conseguirlo. Fuera cual fuese la razón, Raymond consideraba que le convenía que su relación con el joven fuera así y que parecía recíproco. El chaval no parecía infeliz, y su vecino creía que el destino siempre acaba señalando el camino correcto. Tal vez fuera el caso de Gauvain.

—¿Y Gaëlle? —preguntó Édouard.

—¿Crees que es infeliz?

—No.

—¿Ves? Querer ayudar a los demás puede hacer más mal que bien, sobre todo cuando no te lo han pedido.

—Pero ¿y si ignoran que podemos ayudarlos porque sabemos algo que ellos no saben?

—¡Nanay! ¡Confía en la vida!

Mientras rellenaba la copa de su invitado, Raymond zanjó la conversación con esa afirmación que Édouard había leído cientos de veces en la carta de Élise.

Las galletas no surtieron ningún efecto salvador en Édouard; varias copas más tarde, estaba borracho. Por una cuestión de honor, insistió en cruzar solo el centenar de metros que lo separaba del patio de Gaëlle y se desplomó con una sonrisa en los labios en un retazo de césped suave y acogedor. Cuando llegó Gaëlle, acariciaba la hierba como si fuera el pelo de una mujer. La mujer lo abofeteó con cierta rotundidad hasta que abrió los ojos y logró dirigir la vista hacia ella; después pidió ayuda a Gauvain. Subir la escalera fue laborioso, pero una vez que Édouard, hecho un trapo, se tiró en la cama, el adolescente bajó, dejando tras él a su madre y algunas carcajadas. Gaëlle empezó a preparar a Édouard para que durmiera la mona.

Cuando ya le había quitado los zapatos y le desabrochaba el cinturón de los vaqueros, la atrajo hacia él. Ella lo apartó con delicadeza.

—Te arrepentirías, y yo también.

Cuando lo tuvo en camiseta y calzoncillos, lo arropó con el edredón y se lo quedó mirando un rato. Al cabo, le dio un beso en la frente y salió de la habitación. Él tenía los ojos cerrados y una sonrisa tonta. Ella se reía al anticipar cómo despertaría a la mañana siguiente.

Hipersensible

Édouard durmió más de lo habitual. Se despertó con un buen quebradero de cabeza, tal que un niño que se siente culpable, y con la dolorosa impresión de que una barra le atravesaba la frente. Le preocupó esa sensación de volver de lejos, aunque luego le dejó un regusto a libertad. Había desconectado de la realidad, algo que no le resultaba una tarea fácil. La continua atención que prestaba a los demás y a su entorno le impedía ese tipo de apagón mental; era como si un cansancio nervioso residiera en su interior como un gusano solitario, vaciándolo de su sustancia. Sumido en ese despertar nebuloso, lamentó haber recurrido a la borrachera para conseguir que sus neuronas suspendieran su actividad. Sin embargo, disfrutaba de una alegría básica, y la aprovechó unos minutos más.

Recuperó algo parecido a la armonía corporal y mental bajo una ducha caliente. Así estaría presentable para quienes tuvieron que acompañarlo a la cama. Puede que se reconociera públicamente la dignidad puesta a prueba el día anterior, aunque también temía descubrir alguna verdad embarazosa.

Entró en la sala con los hombros caídos y evitó mirar a Gauvain. Este lo saludó, le hizo con la mano el gesto de que había bebido, y luego levantó los pulgares y se rio con ganas —qué tonto había sido anoche—, para enseguida salir con la cinta debajo del brazo. Solo quedaba a la mesa Gaëlle, discreta y cómplice.

—¿Me vio alguien más, aparte de tu hijo?

—Yo. Y Raymond, claro está.

—¿Qué pinta tenía?

—La de un hombre feliz.

—¿En serio?

—En serio. Debías de estar pensando en algo o en alguien…, o en nada. Tenías una cara relajada y contenta.

—¿He hecho algo comprometedor?

—Te lo impedí —lo tranquilizó Gaëlle.

—¿Contigo?

—Cuando te quitaba el pantalón, tu cerebro embriagado debió de malinterpretar el gesto.

—Te pido disculpas.

—No pasa nada. Todo el mundo ha caído en la trampa del aguardiente de Raymond, yo la primera.

Édouard, totalmente avergonzado, trató de cambiar de tema. Si bien una parte del día anterior había desaparecido en el limbo etílico, donde más valía que se quedase, recordó el claro, la cinta y, sobre todo, la conversación con Denis para anunciarle su decisión. Se había dejado llevar por la embriaguez para atontar su cerebro y quedarse profundamente dormido. Como a algunos el alcohol los pone tristes, esa mañana tenía la culpabilidad en calma, agazapada aún detrás de algún matorral de cobardía. Sin embargo, primaba su convicción y se autorizó a desvelarla. Se lo anunció a Gaëlle.

—¿Estás aliviado?

—No lo sé. Sí. Quizá. En equilibrio precario. Tengo que pensar, que imaginar. Decírselo, empezar de cero en otra parte, meditar qué haré después.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que haga falta. No nos molestas, y Gauvain te aprecia.

—Todo ha ido muy rápido.

—No vale la pena darle vueltas durante meses cuando ya tienes la respuesta, ¿no?

Adèle entró a por una manzana y un trozo de pan. Les dijo que se iba a Paimpont a caballo para hacer un recado, que se quedaría todo el día allí y preguntó a Gaëlle si debía traerle algo. Antes de salir, miró unos segundos a Édouard y le preguntó, divertida, si estaba bien. Sin esperar la respuesta, la puerta volvió a cerrarse tras su larga melena oscura.

—¿Tanto se nota el efecto de la cogorza?

—Se lo habrá contado Gauvain, hombre.

—Raymond me habló de Suzann.

—Sé lo que te dijo.

—¿Tú crees?

—Sí. Yo no estoy tan enfadada como Raymond. No me siento amenazada. Y tú, ¿te sientes engañado?

—Lo interpreto como que no hay mal que por bien no venga.

—Pues entonces no se hable más. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Necesito caminar. Mucho rato.

Gaëlle le propuso dejarlo en el otro lado del bosque, en el valle del Aff, y darle un mapa para que pudiera volver andando. Le advirtió que no se demorase demasiado ya que enseguida se haría de noche en esa quincena aproximada de kilómetros que debería recorrer. Mientras el hombre hacía la mochila, le preparó un buen picnic.

Al cabo de veinte minutos en coche, lo dejó en el lugar mencionado y le aconsejó que no se saliera del camino.

Édouard comprobó por sí mismo las órdenes expresas de las señales que colgaban de los árboles cada cincuenta metros y repetían sin cesar: «Prohibido terminantemente adentrarse en la zona boscosa más allá de este límite. Peligro de muerte».

La escuela militar de Saint-Cyr Coëtquidan formaba allí a los oficiales franceses del ejército de tierra y su campo de entrenamiento se extendía durante más de cinco mil hectáreas al otro lado de esa frontera virtual. Resultaba extraño caminar al ritmo de los disparos de metralleta o de obús, y había quien confiaba en que la zona de seguridad fuera lo bastante amplia para evitar una bala perdida.

13 de julio de 1986

> Élise se fue cuando supimos los resultados del diploma de bachillerato. Una semana ya. Y dentro de otra viajará a Senegal, donde han destinado a su padre por petición propia. Nos separa el ejército. Por medio de su padre, por la distancia. Estaremos en dos continentes distintos cuando creíamos formar parte de la misma roca, de la misma montaña, del mismo océano. A Élise le gustaba jugar al «si fuera»: ¿Y si fueras un animal? ¿Y si fueras una planta? ¿Y si fueras una emoción? Con cada una de mis elecciones, respondía: «Yo sería…», y se imaginaba una parte complementaria de lo que yo había dicho.
>
> —¡Un perro!
>
> —Pues yo sería una pulga.
>
> —¡Una encina!

—¡Pues yo una trufa! —decía riendo.

—¡Noruega!

—Y yo, Suecia.

—¡Un violín!

—El arco.

—¡El amor!

—El amor correspondido.

Y nos besábamos y nos acariciábamos, y nos prometíamos un futuro infinito, una dulce combinación de nosotros y los sueños por cumplir.

No podía estar resentida con su padre. Aunque odiaba todo lo militar, quería a su padre. Una ambivalencia cruel que oponía un valor a un sentimiento.

Odio a los militares desde hace una semana porque odio a su padre. Relacionarlos, amalgamarlos me resulta inevitable, y ahora mismo no puedo imaginarme reconsiderando esta decisión de tanto como me atormenta y me destruye.

A lo largo del sendero, con los pasos y los tiros acompasados, Édouard —quien tenía grabada a fuego la sonrisa satisfecha del padre de Élise, que les arruinó la vida— pensó que siempre lo había detestado, pero que la madurez le había enseñado que el ejército era necesario, de modo que había moderado su opinión sobre los militares.

Se arrepentía de no haber encontrado el momento de buscar a Élise, incluso unos años después. Se odiaba por haber demostrado tanto derrotismo. Si lo hubiera hecho, quizá la habría encontrado antes y habrían podido retomar lo que el cabrón de su padre decidió romper.

Según se alejaba del ruido de los obuses y los fusiles, fue encontrando la quietud de un bosque magnánimo que lo acogía en su seno como una mujer generosa.

Había tenido la buena idea de poner en su mochila una linterna frontal. Después de haberse equivocado unas cuantas veces de sendero y de camino, llegó a la fuente de Barenton, que no estaba lejos de la aldea de Doux Chemin, con una oscuridad densa a la que ninguna luz podía oponerse. Hizo una breve parada; conocía el camino para volver a casa y no corría el riesgo de perderse.

Esa singular fuente ofrecía al visitante paciente un fenómeno curioso. A ratos surgía un burbujeo minúsculo a pesar de lo fría que estaba el agua, lo que daba lugar a diversas creencias. Algunos le

atribuían la virtud de curar la locura; otros afirmaban que quien presenciara ese fenómeno encontraría el amor. Édouard esperaba en calma con la linterna orientada hacia la oscura superficie del agua, inmerso en sus descabellados pensamientos. Durante esa jornada solitaria en el bosque había podido procesar su decisión, pasarla por el tamiz al ritmo de sus pasos constantes y rápidos, dejar que por la rejilla de sus emociones saliera el polvillo de ideas sombrías y quedarse solo con las partes esenciales y coloridas. Al final, solo quedaba Élise. Tenía su rostro en mente cuando distinguió unas cuantas burbujas brotando hacia la superficie. Según la tradición, debía formular un deseo. Los árboles que lo rodeaban fueron testigos del suyo.

Gaëlle estaba leyendo en el gran y mullido sofá del salón, arrebujada con un grueso jersey de lana y con las piernas ocultas bajo una manta. Se apoyó el libro en el pecho al ver que Édouard se acercaba.

—¿Estás leyendo algo triste?

Gaëlle asumió que la emoción era evidente, y no trató de disimularla. Édouard le dio un beso en la frente y se sentó pegado a ella, fingiendo leer por encima de su hombro. La ternura de la situación y su manifiesta soledad habrían podido suscitar el deseo, pero no fue así. Bastaba con el cariño. Estaban forjando una relación afable y generosa que había sellado un momento de intimidad.

La mujer no había cenado; lo estaba esperando, preocupada. Le gustaba el bosque, lo conocía bien. Sin embargo, cuando la noche se enredaba en los troncos y los helechos, Brocelianda se volvía un lugar misterioso e impredecible. Cuando Gaëlle veía salir a alguien de entre esos troncos de color antracita, tenía la impresión de que el bosque lo expulsaba al igual que se vomita un objeto extraño.

Le prepuso calentarle unas sobras mientras él se duchaba. Esa feliz perspectiva para terminar el día alegró a Édouard. Solo se lavó las partes imprescindibles y se vistió a toda prisa.

A unos kilómetros de allí, Gauvain lloraba en silencio entre unos matorrales tupidos, paralizado como una estatua clavada al hormigón. Estaba aterrorizado por lo que veía en la penumbra, al pie de esa roca iluminada tan solo por una débil luna creciente. Adèle cambió de tono. De melosa y provocativa, pasó a ser una furia. El hombre trató de alzar la voz de forma fuerte y amenazadora. En vano. Con las manos atadas y el cuerpo aprisionado por tres vueltas de cuerda, ninguna tesitura, siquiera viril, estaba a la altura de la ira de una mujer.

Gauvain, petrificado, no se atrevía a moverse. Si interviniera, Adèle se enfurecería con él. Una perspectiva inimaginable. Si se iba, abandonaría a ese hombre, quien parecía intuir que había llegado su hora. Así que, sin más alternativa, se quedó con los pies clavados al suelo. Sin entenderlo, como un testigo demasiado joven. Y aun así fascinado por la violencia y prisionero de sus dedos afilados, como un pajarillo en la mano de una bruja que le susurra recuerdos del pasado.

El hombre se había puesto a gemir y Gauvain se frotaba los ojos. Algo lo obligaba a no perderse ningún detalle de la escena. Eran como descargas eléctricas que lo sacudían. Habría ido a pedir ayuda de no estar privado de discernimiento a causa de un pasado torturador que salía de nuevo a la superficie.

Adèle zanjó el asunto: se montó en el caballo blanco y dio una patada en la espalda al hombre medio desnudo, carente de energía. Gauvain salió disparado hacia el sendero escarpado, descendió hasta el Árbol de Oro y cogió la bici para volver a su casa.

La luz instalada en el manillar expiró durante ese tumultuoso regreso, y recorrió el último tramo del camino de forma intuitiva, recopilando recuerdos topográficos y convocando a sus sensaciones físicas para que le informasen sobre el terreno por el que avanzaba. La blandura de la hierba y la rugosidad de la carretera. A la entrada de la aldea, a la izquierda, vio luz en la ventana de la cocina de la vieja Simone, luego sobrevino la oscuridad durante cincuenta metros, después la carretera era bastante recta hasta la panadería abandonada lindante con la calzada, que se imponía como una mole un poco más oscura que la noche. A partir de ahí, el pavimento trazaba una

pequeña curva a la izquierda antes de volver a ser una línea recta a la altura de la casa de Raymond, a la derecha, fácilmente reconocible por la vela en la ventana, como todas las noches. Por tanto, solo le faltaban unos treinta metros hasta el patio de su casa.

Para recorrerlos se bajó de la bicicleta, que avanzó a la deriva hasta claudicar sobre la hierba con el sonido de un timbre agonizante mientras el chico entraba en la casa jadeante y con los ojos como platos. No miró a Édouard ni a su madre, quienes terminaban de cenar y a los que esa entrada estrepitosa había sobresaltado. Corrió por el pasillo y se encerró en su habitación dando un portazo.

—Ya estamos otra vez… —Gaëlle se levantó con un suspiro y fue a verlo con una lentitud que pregonaba su angustia.

Esa vez, Édouard la siguió sin vacilar. Se detuvo en el marco de la puerta, ofreciendo a ese minúsculo núcleo familiar, sentado en unas sábanas acostumbradas a la derrota, una distancia lo bastante íntima para resultar todavía reconfortante.

De vez en cuando, Gaëlle le dirigía una mirada de hastío con la que agradecía su presencia silenciosa. Él escrutaba las paredes del cuarto de Gauvain, llenas de pósters y de croquis, de pósits, de fotos, de esquemas y de textos que no dejaban ningún hueco libre. Un adolescente inquieto, una mente ágil y desordenada, fuerte, pero sin topes y sin límites.

Después se acercó y se puso en cuclillas junto al joven para tratar de sacarle información. «¿Quieres contarnos lo que te pasa?», «¿Alguien te ha hecho daño?», «¿Crees que estás en peligro?», «¿Has visto algo malo?». Con cada pregunta, Gauvain se replegaba más en su posición fetal y se retorcía los dedos.

Édouard volvió a la mesa para tomar un vaso de agua, pensar y dejar a madre e hijo con sus lamentos. De pronto vislumbró a Adèle cruzando el patio en dirección a la escalera y se precipitó a la calle llamándola a gritos. Ella fingió no oírle. La alcanzó cuando estaba llegando al rellano y la agarró del brazo.

—¡Vas a decirme ahora mismo qué pasa con Gauvain! ¡Cada vez que vuelve en ese estado, llegas tú detrás!

—¡No es asunto tuyo!

—¡Sí lo es!

—¡No es tu hijo!

—No, pero lo quiero mucho. ¿Le haces sufrir?

—¡Claro que no! No sé por qué se pone así. ¡Yo no estaba con él!

—¿Y tú qué andabas haciendo mientras?

—¡Eso a ti no te importa!

Se soltó con un gesto brusco de una fuerza que sorprendió a Édouard y se metió en su habitación dando un portazo. Cerró con llave inmediatamente. Édouard se quedó desconcertado unos minutos con la nariz pegada a la tibia superficie de madera, expectante, henchido de ira. Oía a Adèle moviéndose por el cuarto. Farfullaba. La puerta se abrió de golpe y volvió a cerrarse con el mismo vigor cuando la chica vio que Édouard seguía plantado al otro lado.

—¡Lárgate! ¡Y déjame en paz! —bramó con voz sorda.

Édouard regresó a la sala y se sentó en el gran sofá. Ofreció sus brazos a Gaëlle, que estaba cambiando de sitio algunos objetos de la habitación sin otra finalidad que tener las manos y parte de su agotada mente ocupadas.

Se acomodó junto a él como un ratón en su nido de hierba seca, hecha un ovillo para conservar la calidez sedante de su vientre de madre y rodearse de músculos y de calor humano. Apoyó la mejilla en el pecho de Édouard y cerró los ojos. Oyó resonar el relajante latido cardíaco. Se concentró en ese sonido. Se aferró a él. Mientras lo escuchase, estaría segura. Un corazón que late es vida circulando, como la energía que manaba del de su hijo, revuelta, potente, devastadora. Un hormiguero aterrorizado tras una patada.

—Mira, siempre lo he pasado mal con Gauvain. Sus reacciones me alteraban. Reaccionaba a todo como si se acabara el mundo. Yo pensaba que era muy sensible. Se le humedecían los ojos ante cualquier contrariedad. Mi marido no tenía paciencia, no soportaba esa sensiblería, como decía él. Se enfadaba y solo empeoraba la situación. Consulté a una psicóloga cuando murió su padre. Le hizo unas pruebas. Un cociente intelectual fuera de lo común y una sensibilidad extrema.

Édouard la dejó hablar sin interrumpirla. Le acariciaba el hombro

con gesto lento. Se imaginó la infancia de Gauvain y el trauma que debió de suponer para él presenciar la muerte de su padre siendo tan pequeño. Una desgraciada caída por la escalera, le había explicado Gaëlle, quien seguía hablando sin despegar la oreja del latido lejano y sereno.

—Leí libros, muchísimos; hablé con la psicóloga y con otros padres, y comprendí que mi hijo era un niño distinto. Tan distinto que yo tenía que adaptarme a él.

—¿En qué lo es?

—Tiene un funcionamiento cerebral peculiar. Necesita entenderlo todo, explicarlo todo, usar los términos apropiados, tener la última palabra. A veces tiramos la toalla, aunque no tengamos razón. Él no. No concibe abandonar ante la falta de precisión. Siempre está al acecho, analiza todos los parámetros como si su vida fuera una torre de control. Tiene un pensamiento arborescente, siempre en funcionamiento, pero no sabe organizar las ideas. Aunque algunas sean geniales, todo está en desorden en su mente. Actúa por instinto, usando la intuición.

—Lo he visto con el autómata.

Gaëlle le explicó que Gauvain presentía cosas con total seguridad sin poder explicar por qué, y el problema que suponía para sus allegados, siempre en busca de una explicación. Que era un chico que lo debatía todo, lo interpretaba todo, que no soportaba la frustración y aún menos la injusticia. Y esa búsqueda de la verdad era una necesidad imperiosa para él. A Gaëlle le preocupaba ese desfase permanente, pues su hijo se figuraba que los demás funcionaban igual que él. Suficiente para estar perdido. En cuanto a las emociones... Gauvain sentía de un modo muy agudo el estado emocional de los demás, a veces antes de que ellos mismos fueran conscientes. Percibía su fragilidad, su sufrimiento, su debilidad... Esas señales lo bombardeaban sin parar y no podía protegerse, nunca conseguía desconectar. Añadió que estaba dotado de una sensorialidad exacerbada que le hacía buscar contactos físicos tranquilizadores. Todo le afectaba y, a menudo, le hería. Sentía amor u odio de forma rotunda e intensa; cualquier herida tardaba mucho en cicatrizarle. Por

otra parte, era capaz de amar a un adulto y entusiasmarse con él si le parecía estable y capaz de superar sus carencias.

—Édouard, creo que eso es lo que le ha sucedido contigo.

—No me considero estable ni fuerte.

—Sí que lo eres. Al menos, das esa imagen. Gauvain se ha encariñado contigo con una rapidez que yo nunca había visto. Ahora querría saber por qué a veces vuelve a ponerse en ese estado.

—Lo averiguaremos. ¿Crees que su mutismo está relacionado con su hipersensibilidad?

—Tras el accidente, la psicóloga me dijo que podía ser un mecanismo de defensa. Para protegerse de una emoción desbordante. Me gustaría que te quedases un poco más en Doux Chemin.

—Me quedo un poco más, Gaëlle. Solo tengo que volver a París para coger unas cosas y traerme el coche.

El ratoncito se acurrucó todavía más contra él mientras su tímpano seguía charlando con el latido. La fuerza tranquilizadora de un héroe sólido. A pesar de su noche de amor, ella tampoco sentía deseo. La relación ya viraba hacia otra dimensión, cristalina: la del apego duradero, férreo, sereno.

Édouard, impotente ante esa situación y diminuto en comparación con el monstruo invisible que la tomaba con Gauvain, sintió que desempeñaba el papel de un soldado en un combate serio y solemne. Su vida anterior le pareció aún más fútil; triste pero sosegado, estaba tomando la decisión correcta.

Cuando Gaëlle se durmió, se levantó del sofá con una delicadeza milimétrica y la tapó con una manta. Después fue a meterse bajo su edredón. No se oía ningún ruido en la habitación de su vecina, tampoco en la planta baja. La aparente calma enmascaraba el ruido interior de los habitantes de la casa. Si se comparaba con los demás, la situación de Édouard no era tan dramática.

Recordó la descripción que Gaëlle había hecho de su hijo, con la que el propio Édouard había regresado a su infancia. La hipersensibilidad que padeció entonces y a la que nunca puso palabras. Él también debió de pertenecer a esa categoría de niños distintos, llamados hoy en día precoces o dis-algo. Hace cuarenta años

no era habitual detectar esas cosas. El comportamiento del adolescente le recordaba su propia realidad, y sintió alivio. Siempre había sentido que era diferente, y ya no le parecía una debilidad, sino un hecho al que se había adaptado.

Al día siguiente, a Édouard lo esperaba una adversidad a la que también tendría que amoldarse.

6.000 piezas

Gaëlle lo dejó en la estación de Rennes.

El tren había abandonado el andén suavemente, y Édouard esperaba hacer otro tanto con respecto a su pareja. Decidió echar una cabezada durante el viaje para evadirse de sus pensamientos.

Llegó a la estación de Montparnasse sin darse cuenta y se encaminó hacia el metro, que lo dejó en République. Había ido con lo justo: su copia de las llaves, su documentación y su teléfono. Su mujer, a la que había avisado la víspera, le dijo que volvería a casa para comer.

Los vagones de varios metros ya habían vomitado al grueso de los viajeros matutinos por los pasillos y las calles de la capital. Rostros serios, ausentes. Pequeñas almas humanas aisladas en su burbuja impenetrable. En comparación con el silencio armonioso del bosque, el del metro daba escalofríos a los pasajeros desacostumbrados. Édouard se había convertido en uno de ellos en pocos días. Todo bullía a su alrededor desde que llegó a la estación: el vals enloquecido de personas anónimas corriendo de un lado a otro; la plétora de información, de anuncios; la estridencia de luces, de colores chillones, de ruidos violentos; el bullicio permanente; la suciedad; el olor acre. El asfalto no estaba tan cualificado para absorber el pis como lo hacía el humus. Tuvo la extraña sensación de estar moviéndose por un mundo moribundo de sentido, sometido a una búsqueda desenfrenada por encontrarlo. Una sociedad que padecía fibrilación. Édouard sabía que un síntoma de ese tipo en el corazón presagiaba un paro cardíaco fatal. ¿Cómo se podría reanimar a una comunidad semejante?

Sentado en un transportín plegable desgastado, cerró los ojos y se exilió a la hierba del claro, al pie del viejo tilo. Un latido regular y consolador se impuso en su interior. El relajante sonido de las hojas y del viento. La sonrisa de Gauvain, las ramas pulidas de Gaëlle, las palabras antiguas y los zuecos de Raymond, un perro viejo y tranquilo, el silencio nocturno. Desde el momento en que se construyó

ese nuevo caparazón contra los bombardeos sensoriales exteriores, respiró mejor. La tortuga había guardado la cabeza y las patas, esperaba a que pasara la tormenta y a que terminase el trayecto. Volver a vivir en París lo condenaba al mismo destino que Viviane, boca abajo, frágil y vulnerable. ¿Cómo podía explicárselo a Armelle? Procurando no hablar de Viviane. Se burlaría de él. ¿Aceptaría que él hubiera tomado conciencia de haberse equivocado todos los años pasados con ella? Preveía un impacto violento, y supuso que Armelle se culpabilizaría por no haber visto nada, por ser la responsable, por haber contribuido al desastre, o puede que le echara en cara su falta de honestidad. «¿Por qué no me explicaste nada?»

Édouard no le había mentido. Fue sincero porque ignoraba sus verdaderas aspiraciones. Al igual que las migas caen al suelo al dar un manotazo en la mesa, él había dejado caer muchos sueños y deseos al renunciar a Élise. El padre de la adolescente había pulsado una tecla de reinicio, y con diecisiete años se había vuelto a poner en marcha con un programa nuevo que machacaba el anterior y, por exigencias del mal de amores, no pudo comprometerse de nuevo con otra mujer con la misma pasión.

Por poco se pasa su estación. Se había decidido por la línea 4, que lo dejaba en Strasbourg-Saint-Denis, para acabar subiendo a pie el boulevard Saint-Martin hasta la place de la République. Le gustaba la topografía de la avenida, con aceras que predominaban sobre la calzada, a veces dos metros más lejos, y que protegían a los peatones de los vehículos que circulaban más abajo, a buen ritmo y sin cesar. Se entristeció al observar los árboles dispersos por la arteria. Espigados y raquíticos, parecían suplicar al inmenso cielo que los liberase de la acera. Daba pena ver la fragilidad de esos pobres constreñidos en comparación con los árboles majestuosos con los que se cruzaba en Doux Chemin. Allí, en pleno bosque, Édouard se los imaginaba enraizados en una tierra natural y fértil, con la certeza en la savia de tener acceso a todo el planeta bajo ellos, gracias a unas raíces aventureras a las que se les había ocurrido emanciparse. Tuvieron que colarse entre las rocas de esquisto rojo, mezclarse con sistemas radiculares vecinos, compartir las propiedades del suelo y alimentarlo

a su vez. ¡Se les ofrecía un vasto e ilimitado mundo subterráneo! ¡Una espaciosa libertad a su inmovilidad! En ese bulevar parisino, los árboles, en cambio, estaban constreñidos y sus raíces se conformaban con un espacio reducido, una cárcel de asfalto, de cables, de tubos, de rejas metálicas. Solo el macadán de la superficie, agrietado y desplazado, dejaba constancia de su rebelión silenciosa y lenta, hambrientos de esa libertad silvestre. Y sus hojas, que recogían unos empleados municipales, no nutrirían cada otoño la tierra de alrededor ni alimentarían a su descendencia, que, de todas formas, no tenía posibilidades de prosperar. Terminaban en fosas comunes, mezcladas con mondas y hierba cortada, disfrazadas con el insultante apodo de «basura orgánica». Édouard sabía que un árbol no genera basura, sino que forma parte del ciclo eterno que convierte al muerto en el vivo posterior, y a la materia que se ha perdido en el sustrato que se ha ganado. Se preguntó si esos árboles eran conscientes de su condición, del triste destino que era vivir en un entorno urbano, si sufrían por la contaminación o el ruido. Empezó a saludarlos uno tras otro apoyando la mano en el tronco y transmitiéndoles un pensamiento positivo y grato. Lo que sentía por ellos se asemejaba al cariño.

4 de abril de 1986

Este sábado primaveral es especialmente agradable. Élise no me ha dado opción.

—Hoy vamos al parque de Gayeulles. Hace mucho que no veo mi árbol.

—¿Tu árbol? ¿Tienes un árbol allí?

—Ninguno es de nadie. Son libres e independientes. Pero ese me gusta. Es mi amigo verde, como tú con los humanos.

—¡Voy a ponerme celoso!

Sonrió sin contestar. Su mirada me dijo: «Prueba si quieres, pero dará igual. Lo querré de todas formas». Al bajar del autobús que nos dejó cerca de la entrada, me cogió de la mano y me arrastró tras ella con paso rápido. Solo me la soltará al salir del camino para adentrarnos en el bosque. Parece conocer este lugar de memoria. Me cuesta seguirla, me tropiezo con trozos de madera seca, me engancho en las zarzas, tengo el rostro lleno de arañazos de las ramitas terminales entre las que nos metemos. Ella parece fundirse con los elementos como si formara parte de ellos. De pronto, me suelta la mano. Se va corriendo. Me quedo quieto y veo que se dirige hacia un árbol con el tronco muy

inclinado. Se sube a él grácilmente rodeando con las manos la corteza rugosa, luego se tumba y deja sus cuatro miembros colgando a uno y otro lado de la superficie, como un león perezoso en una acacia de la sabana. Ha apoyado la mejilla en la madera y ha cerrado los ojos. Me acerco a ella con el mayor sigilo posible. Parece estar absorta y muy lejos, fuera de la realidad. Termino preguntándome si está manteniendo una conversación con el árbol. Estoy a cincuenta centímetros de ellos. Un paso más y podré tocarla. Dudo. Estoy encantado de verla disfrutar de este momento y celoso por que dedique más atención a un ser vegetal que a su novio. Decido inmiscuirme en su charla y doy el último paso, que es el primero para notificarle que mis celos solo son las ganas de ser importante para ella. Y de ser más importante que un árbol. Le doy un beso en la mejilla, lo que la hace sonreír un poco más, pero sigue sin moverse ni un milímetro.

—¿Por qué este árbol en concreto?

—No lo sé —dice. No vivían en Rennes cuando era pequeña—. Me topé con él como si me hubiera llamado. Puedo devolverte la pregunta... ¿Por qué yo?

—Tampoco lo sé. Lo supe cuando me miraste el primer día de clase.

—¿Lo ves? No se puede explicar. Se vive. Aquí, junto a él, me siento bien. Al igual que me siento bien contigo.

—Sabes que nunca podrá llevarte al cine o a la playa.

—No, pero me cuenta otras cosas.

—¿Quieres que os deje a solas?

—¡No! ¡Le gustas mucho!

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

Élise tiene esa chispa de fantasía, esa pizca de locura, ese universo alegre que no tienen otras chicas. Soñadora y segura de sí misma, algo inquebrantable la mantiene firme y en pie frente al mundo. ¿Le apetece querer a un árbol? Pues lo hace. Otros chicos la mandarían a paseo.

Yo la quiero aún más.

En cada recuerdo que leía emocionado, Édouard hallaba una razón más para reencontrarse con Élise y un argumento irrefutable para dejar a Armelle. Su mujer era insensible con la naturaleza. Tenía miedo de los bichos y consideraba asqueroso ir por un camino lleno de barro.

Llegó a su edificio, al principio de la rue Voltaire, notando una presión en el pecho y la espantosa sensación de que le faltaba el aire. Se preguntó si acaso su cuerpo había mutado su fisiología en tan poco tiempo, hasta el punto de no estar preparado ya para la ciudad. Sus

pulmones que, como en todos los seres humanos, tenían la capacidad de adaptarse de manera excepcional, no eran responsables de ese sofoco. Veinticinco años de vida en común y una hija suponían unos cuantos plomos pesados atados a la red que lo arrastraba hasta el fondo. Había soltado unos cuantos en el jardín de Raymond, al pie del tilo, con los autómatas, en la cama de Gaëlle, con la carta de Élise y luego en sus dos hoyuelos a la orilla del mar. Estaba a punto de liberarse de los últimos, y no eran de los pequeños. La reacción de Armelle, resolver los problemas administrativos, cerrar la puerta al pasado. Ya era hora, con cincuenta años, de acabar de revelar su despreocupación adolescente, esa que le habían confiscado sin pedirle permiso y que él aceptó sin pestañear. Sufría más por la cobardía que había demostrado que por lo culpable que podía sentirse con su mujer.

Su piso estaba en la última planta, por encima de los árboles, y esa altura y las ventanas de doble acristalamiento los libraban del ruido de la calle. Entró como un soldado que regresa de la guerra y ya no sabe si está en su casa. Ese espacio familiar que habían elegido juntos le pareció ajeno por el orden y la extrema limpieza. Armelle solía reprocharle que dejara sus cosas por ahí. Y, en cambio, a Édouard le agobiaban las viviendas que parecían un piso piloto de tan impecables como estaban. Aunque tuviera una mente despierta y ordenada, su entorno lo era mucho menos. Los consideraba lugares siniestros y amenazadores, como si las paredes lo observaran y el parquet estuviera alerta, al acecho del menor paso en falso.

Abrió la ventana que daba a la calle y cerró los ojos, como la noche anterior en Doux Chemin cuando se enfrentó a la oscuridad. De ambos mundos, ahora le asustaba el ruidoso y agresivo. Le sorprendió que se hubiera adaptado hasta entonces sin mucho perjuicio, siempre y cuando no tuviera en cuenta la sensación de tiempo perdido.

Volvió a cerrar la ventana y miró la hora. Armelle entraría por la puerta en cualquier momento y solo disponía del rato de la comida. Decidió prepararla, y echó un vistazo en el frigorífico y los armarios. Solo había unos cuantos huevos y una lechuga. Una bandeja de un restaurante italiano de comida para llevar contenía unas alcachofas y unas habas aliñadas. Los restos de una barra de pan envuelta en

plástico y abandonada en la encimera le trajeron a la memoria el olor de la panadería de Antonin y la bolsa de tela colgada del caballo. Sintió lástima por ese pobre pan de ciudad.

«Ahora soy empático con la comida.»

Hizo una ensalada con los ingredientes que había encontrado, la roció con un chorrito de aceite de nuez y zumo de limón, y preparó lo necesario para añadir dos huevos escalfados cuando llegase el momento. Estaba poniendo la mesa cuando oyó abrirse la puerta de la entrada y luego el golpeteo de los tacones por el parquet. Unos pasos rápidos, nerviosos, que le alteraban el ritmo cardíaco, tranquilo hasta entonces, como un director de orquesta exigente y loco.

—Hola. He comprado lasaña para llevar, solo hay que calentarla. No pensaba que fueras a hacer la comida —añadió Armelle al ver la mesa.

Se dirigió a él como a un compañero de trabajo, de forma neutra e indiferente, sin mirarlo siquiera, y soltó la bolsa de papel con la comida.

—¿Cómo estás? —le preguntó Édouard.

—Bien. ¿Y tú?

—También.

Édouard no se atrevía a acercarse a ella. La notaba eléctrica, a punto de estallar.

—Voy a quitarme los zapatos, me hacen un daño espantoso. ¿Metes los platos en el microondas?

No esperó la respuesta. Los mismos pasos ágiles e impacientes se alejaron. Aunque le gustase el perfil de una pantorrilla, la elegancia de una silueta con tacones, Édouard nunca había entendido el sufrimiento que se infligían algunas mujeres con los pies todo el día en cautividad, torturados sin piedad por unos apretados carceleros de charol. Esas víctimas consentidoras, Armelle la primera, solo se permitían gemir en la intimidad del compartimento para los zapatos. Pensó en el musgo del camino que llevaba hasta el claro. Necesitaba esa suavidad, y no encontraba nada parecido en el piso. Fue al salón mientras en el microondas daba vueltas el primer plato, se quitó los zapatos y dio unos pasos por la gruesa y suave alfombra que estaba delante del sofá.

—¿Qué haces? —le soltó Armelle.

—Intento relajarme.

—¿Estás nervioso?

—Hay motivo, ¿no?

—¿No crees que yo soy quien debería estarlo?

—¿Lo estás?

—Yo no me pongo a andar descalza por la alfombra del salón.

El timbre del microondas sonó en la cocina y no le dio tiempo a reaccionar. Ella ya estaba allí metiendo el otro plato. Édouard se sintió idiota en la alfombra intentando reproducir una sensación que ningún objeto manufacturado podía proporcionarle. Se anticipó al segundo timbrazo, y entró en la cocina justo cuando sonaba. Armelle estaba sentada en el taburete alto de la barra, delante de él. Sacó su plato y tomó asiento enfrente de ella.

—Vayamos al grano. ¿Por qué has vuelto?

—He venido a por unas cosas y el coche.

—¿Te irás de nuevo?

—Sí.

—¿Regresarás?

—No.

Armelle no reaccionó como Édouard se había temido, sino peor. Su frialdad e indiferencia lo perturbaron. Le había ganado por la mano al adelantarse a su anuncio. Édouard se sintió casi ofendido. O sea, que no armaba ningún escándalo sobre su vil y cobarde huida, tampoco montaba una escena para tratar de retenerlo. Supuso que Denis le habría dicho las palabras apropiadas para prepararla, incluso puede que solo las justas palabras para informarla de que su marido la dejaría. O tal vez era un mecanismo de defensa, una especie de estado de shock por el cual Armelle esgrimía la indiferencia como un escudo frente a la realidad.

—¿Me odias? —probó Édouard.

—¿Odiarte cambiaría algo?

—No en cuanto a mi decisión. ¿Quieres que te lo explique?

—Ahórrame los motivos, ya estoy sufriendo las consecuencias.

—Lo siento. No quería hacerte sufrir.

—No, no lo sientes. Has tomado una decisión y pareces contento, no digas que lo sientes. Y el resto, ¿qué?

—Aún no sé qué voy a hacer ni dónde voy a vivir.

—Me refiero a lo que nos une aún.

—Ah.

—No estamos casados, así que el papeleo será más sencillo. De todas formas, tenemos el piso en común y aún quedan por reembolsar casi cincuenta mil euros.

Armelle comía rápido. La misma premura por masticar que por resolver sus asuntos. Dar carpetazo al tema en lo que durase una comida. Una separación a toda mecha. Otro mecanismo de defensa, se dijo Édouard.

—He ido al notario y al banco. Puedo quedarme con el piso y prorratear los pagos para que encajen en mi presupuesto, a condición de que no te deba mi parte. Como me ha dicho, acabas de heredar una buena cantidad por la casa de tu madre y tú eres quien rompe la pareja.

Édouard pensó que el susodicho notario era un amigo de los padres de Armelle y que su planteamiento era bastante duro. Estaba en lo cierto en cuanto a que la herencia materna era considerable. Sus padres tuvieron la intuición de comprar muy pronto una gran casa en un barrio de Rennes que, con el tiempo, se había vuelto señorial y donde el precio de la vivienda se había duplicado o incluso triplicado. Por otro lado, no quería obligar a Armelle a dejar ese piso, que tanto le gustaba. ¿Estaba en disposición de negociar? Ella volvió a la carga sin dejarle tiempo para pensar.

—Para renunciar a tu parte, solo tienes que firmar un documento del notario.

—Parece que ya lo tienes todo resuelto.

—¿Qué te pensabas? ¿Que tendría la esperanza de que volverías, a la vista de la forma en que me dejaste? Durante las vacaciones, me di cuenta perfectamente de que estabas ausente. Tenías la cabeza en otra parte. Imagino que será por otra mujer...

Édouard ignoraba qué debía responder para no machacarla más. Siempre se había preguntado si una mujer sufría más si la dejaban por

otra o por ser el plan A al que se renuncia sin un plan B.

—De cualquier modo, nada te hará cambiar de idea, ¿verdad?

—No. He comprendido muchas cosas, ¿sabes? Siento haberte hecho daño al irme de esa manera tan violenta.

—¿No me digas? Y aún no sé por qué. En fin, puedes llevarte lo que quieras.

—Solo mis cosas y el coche.

—¿Estás de acuerdo en lo del piso?

—¿Tengo elección?

—¿He tenido yo alguna elección con tu marcha?

—¿Y si digo que no?

—Contrataré a un abogado. El abandono de domicilio y la violencia de los hechos deberían jugar a mi favor. Creo que prefieres que nos llevemos bien. ¿Qué dirección comunico al notario?

Armelle esperó a que terminase de anotar las señas de la casa rural en la libreta de la cocina para añadir que no era necesario que se quedara para ayudarlo a coger sus cosas y que tenía mucho trabajo. Podía dejar su copia de las llaves en el portaobjetos de la entrada y dar un portazo.

Ya se marchaba.

Édouard sintió una oscura mezcla de enfado y cansancio. No se esperaba un recibimiento como ese. Armelle lo había previsto todo y no cabía negociar. No entendía qué mecanismo se había puesto en marcha en ella, siempre tan melindrosa, para que fuera así de categórica e hiriente.

La mujer ya había abierto la puerta cuando fue hacia ella.

—Quiero hacerte una última pregunta antes de que te vayas.

—Dime.

—¿Sabes cómo se mete una manzana en una botella de licor?

La pregunta le pareció ridícula, no sabía la respuesta, no iba a pensarlo, y además no le importaba en absoluto. Se dio la vuelta y cerró la puerta tras ella sin decir palabra.

Listo.

¿Tan sencillo era?

Se preguntó si no salía ella ganando, consideró injusto asumir toda

la responsabilidad de la separación y, llegado el caso, perder una buena parte de sus bienes. La opinión del notario era razonable e inadmisible a la vez. Édouard pensaba que uno tenía derecho a terminar con una relación de pareja sin perder los ahorros de años. Aunque cada cual disfrutaba de un colchón para rehacer su vida, la herencia pagaba el pato. Se negó a ser escrupuloso con las cuentas y pensó en Gaëlle, que se había marchado con una mano detrás y otra delante y, a pesar de todo, era feliz.

Su mujer no sería capaz.

Pues que así fuera.

Armelle caminaba con paso vigoroso hacia la boca del metro. Zigzagueaba entre los desperdicios varios que podrían mancharle los zapatos. Tenía una sonrisa de satisfacción en el rostro. Había preparado argumentos de peso, incluso sacar la artillería y hacer de esposa desconsolada, pero Édouard no había opuesto resistencia. La verdad es que el argumento del notario había sido irrefutable. Ya solo tenía que llamarlo para que pusiera en marcha las cuestiones administrativas y preparase los documentos. Cuanto antes, mejor, no fuera a ser que Édouard cambiase de idea. Desconocía a quién frecuentaba y si podrían influenciarlo.

Se sentía liviana. Si no fuera porque el dolor de pies le recordaba que tocaba el suelo, habría asegurado que flotaba en una nube a unos centímetros de altura del pavimento de grava. No debía contar a nadie ese tanto que su orgullo se había anotado. Podrían recriminarle que el reparto era un poco injusto. ¡Claro que lo era, pero si Édouard lo aceptaba...! «Todo es injusto en este mundo», se dijo. Los distintos grados de belleza entre las mujeres, de inteligencia, de riqueza o de condición social. ¡Para una vez que salía ganando…!

A Édouard le tocaba la ardua tarea de reunir sus cosas procurando no olvidarse de nada, pues soltaría las llaves tras una puerta cerrada que ya no sería la suya. Empezó enviando un mensaje a Élise. Irse de París

para verla otra vez podría disipar su malestar. Estaba dispuesto a chuparse cinco horas de carretera hasta la ciudad costera bretona.

Ella le contestó cuando estaba terminando de hacer la primera maleta.

> Cenemos juntos. Da igual a qué hora. Sobre todo, ve con cuidado. Sabes que yo también me alegro de poder verte de nuevo.

Dudó si llevarse los trajes. No pegaban mucho en un bosque, un taller o a la orilla del mar. ¿Y por qué dejarlos? Se los daría a Gauvain para que se los probase y pasarían un buen rato. Édouard buscó algunos libros importantes en la librería: las obras completas de Fred Vargas, los de Minier, los de Thilliez, *El colgajo* de Philipe Lançon, que quería releer, y algunos clásicos. También cogió la caja con todos los discos de Brel, la de los de Brassens, algunos tebeos de *Casacas azules*, los de *Lucky Luke*... Sacó de los cajones de su escritorio los documentos laborales y familiares que necesitaría y luego echó un vistazo al álbum de fotos. Despegó algunas de Pauline y sintió un desgarro repentino en el corazón que lo dejó sin respiración. Se sentó para recuperar el aliento. El único remedio era llamar a su hija, oír su voz y dejar que su candor y su serenidad lo consolasen.

—¿Papá?

—...

—Papá, ¿estás bien?

—Mira, estoy en el piso, cogiendo mis cosas.

—Ah.

—¿Te lo imaginabas?

—Más o menos. ¿Lo sabe mamá?

—Sí.

—¿Adónde vas a ir?

—De momento vuelvo a Bretaña.

—¿Y tu trabajo?

—Creo que lo dejaré también.

—Conmigo sí te quedas, ¿no?

—¿Tú qué crees?

—¿Podré ir a verte?

Él le mandó un beso, colgó, se levantó. «Los hijos son un poderoso oxígeno.»

Tras dos idas y venidas al aparcamiento, situado en la calle adyacente, constató que su pasado cabía en un 4 x 4. ¿Buena señal? ¿Mala? Se zafó del dilema y metió en una gran bolsa de plástico todo lo que podía servirle en Brocelianda: una linterna frontal, su vieja brújula y un impermeable. Édouard no pudo renunciar a su peluche y a la hucha de cuando era pequeño, tampoco a las pocas joyas de su madre y al ajedrez de su padre.

Se sentó por última vez en el sofá y dio un repaso a su alrededor por si se olvidaba de algo. Entonces se acordó de ese puzle antiguo del que nunca se había separado y que debería estar en un cajón del aparador. ¿Cómo podía haberse olvidado? Se levantó de un salto para comprobar si seguía en su sitio. Ahí estaba, en el lugar que siempre había ocupado desde la mudanza, como un tótem invisible. Era un Ravensburger de 6.000 piezas que reproducía un cuadro de Brueghel, *Juego de niños*. Volvió a sentarse con la caja de cartón sobre las rodillas. Sabía que entre el montón de piezas había una nota de su padre que acompañó al regalo y, sobre todo, el diario de Élise, envuelto en papel de estraza, que ella le entregó la última vez que se vieron.

Releyó ambos con una mirada de cielo invernal.

Se pasó muchos días haciendo ese puzle durante las vacaciones que siguieron al diploma de bachillerato. Días y días clasificando las piezas por su color en trozos resistentes de cartón que podía apilar para no entorpecer el paso por el suelo de su habitación. Construir primero la torre, buscar los detalles, probar con unas piezas, dejarlas y probar con otras. Esa actividad lo consoló, se sentía roto en 6.000 pedazos con la marcha de Élise y se recuperaba con cada pieza que encontraba.

Cerró la caja para ver la imagen del cuadro en la tapa. Unos niños jugando. La despreocupación. Cuando lo acabó, con la perspectiva de sus diecisiete años, tuvo la certeza de que abandonaba la infancia y que ese puzle era el último vestigio. Puso la caja encima de una de las bolsas, dio una última vuelta por el piso como se revisa la habitación de un hotel. Dejaba allí las risas de Pauline y los árboles de Navidad,

las cenas con los amigos y algunas noches de amor felices. Dejaba allí recuerdos enmarañados, buenos y malos, que era imposible seleccionar.

Con una mochila a la espalda, una maleta y dos orondas bolsas de plástico a los pies, se detuvo en el rellano y se volvió hacia esa puerta aún abierta, veía las llaves colgando en la pared del vestíbulo. Comprobó que llevaba en los bolsillos su documentación, el teléfono y las llaves del coche. Inspiró hondo y cerró la puerta. Volvía de un viaje que enlazaba con un destino nuevo, era un habitante anónimo en tierra de nadie. Por primera vez en su vida no tenía casa. Experimentó una sensación embriagadora de libertad, así como de vacío. Se le ofrecía un horizonte vasto, hasta donde le alcanza la vista. Podía embarcarse en una aventura. También podía perderse.

Bajó corriendo la escalera, arrastrado por el peso del equipaje. Cuando cruzó la puerta del edificio, la vorágine del bulevar le pareció estimulante a pesar de las prisas por escapar de ella.

Se detuvo en la bombonería y, unos metros más allá, en la bodega. No podía aparecer en casa de Élise con el corazón rebosante y las manos vacías. Su amor estaría en la caja de bombones, en las burbujas del champán.

«Sabes que yo también me alegro de poder verte de nuevo.»

Palabra de perro

Los árboles se sumían en la niebla. Esta había llegado poco antes del mediodía y parecía dispuesta a quedarse. Apenas se atisbaba el otro lado del claro.

Niebla por fuera, niebla por dentro.

Desde que nació, Gauvain no paraba de codearse con el mal.

Lo había sufrido.

Lo había hecho.

Había sido testigo de él.

Llevaba demasiadas noches en duermevela, perdido en esa violencia que lo cercaba, volvía a asaltarlo, le recordaba que no era inocente, que el tiempo no borraba los errores.

«¿Creías que ibas a irte de rositas?»

Tendió la cinta entre el tilo y la roca. Se puso a caminar sobre ella.

De un lado al otro.

Del otro hasta el final.

El otro no era el Gauvain que sonreía tras su silencio. El otro era el niño malvado del que intentaba escapar desde hacía diez años y que lo atormentaba por la noche, le carcomía el alma como un animalito hambriento que sale de la hibernación.

Al esquisto y al tilo les habló de ese hombrecito fantasma que había regresado para pedirle cuentas y pasarle factura por sus actos pasados. Les refirió el miedo que tenía a perderlo todo, a que se lo llevaran, a que lo condenaran por lo que hizo.

Les explicó todo.

TODO.

¡Por fin!

El tilo y el esquisto le respondieron, cada uno a su manera. Una ternura vegetal, unas ondas minerales, unas palabras sin serlo, más bien sensaciones, que lo calmaban y lo consolaban, que lo guiaban desde que había descubierto el claro, hacía años.

Durante mucho tiempo, Gauvain creyó que todo el mundo podía oír sus voces, hasta que se rindió a la evidencia: los hombres estaban sordos. Solo hablaban, henchidos de un orgullo altivo que hacía que se creyeran superiores a cuanto los rodeaba: los árboles, los ríos, las piedras y los animales. Incluso entre ellos pugnaba ese deseo de superioridad. Sin embargo, Gauvain había comprendido que todo lo que estaba en la tierra se comunicaba. Era necesario mostrarse atento y humilde. Por tanto, conversaba con aquello que los humanos ignoraban, desdeñaban, despreciaban.

Aquel día se marchó del claro con un pesado consejo a cuestas. De mucho peso por lo unánime. El chico lo había notado encima de la cinta, con los pies, con las pantorrillas, con todo el cuerpo. Debía liberarse de su aplastante secreto. Enfrentarse a sus demonios y soltar la verdad, esa que había tratado de ocultar cuidadosamente con su silencio. Según los elementos del claro, categóricos, debía producirse esa confesión imprescindible. Todo iría a peor si seguía rumiando en la sombra. En vez de descomponerse, ese recuerdo clandestino engordaría, crecería, ocuparía todo el espacio posible antes de estallar y dejar a Gauvain exangüe como un envoltorio vacío tras haber permitido que el miedo y la mentira lo devorasen por dentro.

Al volver del bosque, el chico se dirigió a la casa de Raymond. El anciano paseaba entre los árboles frutales. Era la temporada en que la madurez de las manzanas se revisaba a diario para sacar un buen zumo, obtener sidra y vinagre.

A Gauvain le gustaba quedarse solo en el taller. Se ponía el traje de capitán al timón de un barco con las bodegas cargadas de tesoros y hallazgos reunidos en el transcurso de las expediciones.

Un pirata del bosque.

Gauvain el terrible, Gauvain el mudo.

Primer paso: esculpir los personajes. Como solo tenía un ajedrez, rechazó cercenarlo. Eligió cuatro trozos de madera blanda y seca de la reserva de Raymond y los colocó en la gran mesa; luego abrió la caja que contenía las treinta y dos piezas y sacó una reina, un rey, un caballo y un alfil. Con la espalda inclinada, empezó a tallar la madera, que había fijado en el torno, con distintos cuchillos y el pequeño mazo

de carpintero. Necesitaría horas para darle una forma tosca y, después, perfeccionarla según el modelo. La paciencia le venía de su madre. De su padre había heredado la ira y, mediante la cinta, el gusto por el esfuerzo. Esa cinta que había hecho miles de kilómetros por toda Francia. Y sobre la que él acumulaba sus kilómetros.

Con cada golpe seco que daba con el cuchillo, que sujetaba entre el pulgar y el índice, una viruta curva volaba por la mesa. De niño las habría recogido y habría hecho un cuadro para Gaëlle pegándolas con cuidado según su color y su forma. Hoy lo impulsaba otra tarea, no tenía tiempo que perder.

De espaldas como estaba, no vio a Raymond, que había regresado del huerto y lo observaba por los cristales llenos de polvo. Él también intentaba averiguar qué alteraba al joven algunas noches, al extremo de provocarle esas crisis de pánico. Creía que lo conocía como a un hijo, como a un nieto. Sin embargo, le faltaba una parte de la historia, la anterior a su llegada. Quizá la versión maternal estuviera edulcorada y el silencio del niño había solidificado la verdad como un fósil en el ámbar. Proporcionaba algunas pistas su lenguaje corporal, sus reacciones o sus miradas, que decían mucho. A veces, a Raymond le costaba admitir esa impotencia, de tan unido como estaba a Gauvain era inevitable no sufrir con él.

Decidió dejarlo tranquilo y no indagar qué andaba fabricando, y se conformó con decirle desde la puerta que había llegado una remesa de leche de la granja, ordeñada esa misma mañana, y galletas nuevas. Eran argumentos que funcionaban de maravilla desde hacía diez años.

Al cabo de una hora, sentado en el sillón junto al cesto de su compañero, el anciano no lograba concentrarse en el artículo de la revista de jardinería que tenía entre las manos. El tiempo pasaba y Gauvain no aparecía. Le preocupó que el cebo ya no funcionase. El chaval debía de estar superconcentrado, o alterado, para no ir a rebuscar unos ejemplares nuevos en la lata de las galletas y mojarlos en el delicioso chocolate caliente que Raymond sabía preparar como nadie. El perro guiñaba un ojo a intervalos regulares casi con insistencia. Apático y enclenque, sus ojos seguían reflejando los pensamientos cómplices que había compartido durante todos esos

años con su amo. Ordenaba a Raymond cómo comportarse.

—¿Crees que debo ir a verlo? ¡Lo mismo quiere estar solo! ¿Que no es normal que se encierre así en el taller? Tienes razón, pero, como suele decirse, ya es mayorcito, ¿no? ¿Ah? ¿Eso crees? ¿Que no tanto? Tal vez…

Raymond dobló la revista, la dejó encima del mueble que estaba al lado del sillón, se inclinó sobre el cesto para acariciar al animal por detrás de las orejas, lo que para el beagle era una puerta de entrada al placer generalizado, y después se levantó para retirar del fuego el cazo con la leche, tan paciente como él. Estuvo a punto de llamar a la puerta para entrar en su propio taller. El adolescente no se volvió. Frente a él, un montón de virutas finas rodeaban cuatro piezas de madera cuya silueta empezaba a adivinarse. El hombre hizo rodar por el suelo un tonel vacío que había en un rincón para sentarse al lado de Gauvain.

—¿Estás haciendo otro ajedrez?

El chico se encogió de hombros dejando escapar un «Pfff» entre los labios. Raymond entendió que no quería contestar, que era inútil freírlo a preguntas para sonsacarle información.

—¿No quieres probar las galletas nuevas que he encontrado?

Gauvain volvió a encogerse de hombros.

—¿Quieres que te deje tranquilo?

Los hombros otra vez.

El hombre cogió con sus dedos gastados la pieza que estaba en el torno y esperó a que el chico soltara el cuchillo y el mazo.

—¡Venga, vamos! Nimbus nos está esperando. ¡Y ya sabes que no le gusta!

El perro solo movió un párpado. Al ver acercarse a Gauvain, agitó la cola un poco y trató de levantar la cabeza, en vano. Dejó que lo acariciase el chico, arrodillado delante de él. Entre ellos se producía un diálogo visual. Ocular y claro. Gauvain leyó en la pupila del animal la misma evidencia unánime que en el tilo y el esquisto. Tenía que desvelar un secreto, liberar las palabras, sin importar la vía. El adolescente ya estaba deseando volver al taller para continuar con su tarea y recuperar el tiempo como quien corre detrás de una

ambulancia. Sin embargo, había soltado las herramientas de carpintería delante de la mano del viejo, lo que equivalía a una promesa implícita a honrar las galletas y el chocolate caliente. Cuando se sentó a la mesa de la cocina, ya lo esperaba una taza humeante que remataba una fina espuma de color beis con chocolate puro espolvoreado por encima.

Gauvain podía rebuscar entre las galletas a condición de haberse lavado las manos. ¿Acaso Raymond iba a prohibirle lo que él mismo hacía? Las que estaban arriba del todo, las nuevas, no le interesaban mucho porque quería barquillos y sabía que los encontraría. Constituían el capital circulante de la lata. Cerró los ojos, hurgó y sacó al azar una galleta rectangular. Abrió los ojos para leerla. Si Raymond no hubiera estado echando la leche sobrante en el cazo, habría visto la mirada alterada del chico, que se comió la galleta a toda prisa.

—¿Qué? ¿No me enseñas la frase, chaval?

Gauvain volvió a encogerse de hombros. ¡No quería desvelar cuál era el objetivo que lo perseguía hasta en los barquillos! Cogió otra y se la enseñó al hombre riéndose.

—«¡Quien me quiera que me siga!» ¡Ah, esta es buena! Me encantaría seguirte, pero confieso que a veces me cuesta un poco entenderte. ¿Te has fijado en que te he cogido galletas bretonas con sabor a caramelo y mantequilla salada? Puedes darle una a Nimbus. Le chiflan.

Gauvain se arrodilló otra vez y ofreció el dulce al animal. El perro alzó la cabeza, estimulado por el olor de la galleta, y abrió la boca para cogerla con una delicadeza prodigiosa. La rompió entre sus dientes gastados y miró al adolescente con un destello de glotonería en los ojos. Por último, lamió las miguitas que habían caído en la manta antes de volver a bajar el morro. Entonces el chico se sentó contra él, apoyó la cabeza en su costado y lo acarició.

Raymond los observaba sentado a la mesa de la cocina con la taza de chocolate entre las manos y listo para recibir la lágrima que, sin embargo, no correría por su mejilla izquierda a pesar de la tristeza que lo invadió de improviso. Ignoraba si lo había asaltado por Gauvain o por el perro.

Por ambos.
Y un poco por él.
Esa soledad que lo acechaba.
Esa impotencia que lo consumía.
El estómago del chico digería una frase devorada a toda prisa.
«Error confesado, mitad perdonado.»

Las olas rompientes

Irse de París fue laborioso pero simbólico. Retirarse de una vorágine personal sin sentido para reunirse con la calma de las olas y con Élise. El reencuentro sería delicioso, no podía ser de otra forma. Por las calles atestadas de la capital, en cada semáforo, en cada cruce congestionado, se acordaba del trato de Armelle, cuyas reglas ella había impuesto. Se sentía débil y cobarde por haber decidido echarse a un lado antes que afrontar una ardua negociación. Había preferido rendirse, como un mal jugador de póquer. Por lo demás, según iba pasando por las ciudades que circundaban París, se alejaban sus preocupaciones. Édouard focalizaba la energía en la noche que se avecinaba. Al volante de su Volvo, recorrió el boulevard Haussmann pensando en Gaëlle, quien sabía conformarse con muy poco, en la ropa sencilla que le gustaba llevar, en ese talento por transmutar las ramas secas en riqueza. ¿Qué pintaba ella en las Galerías Lafayette? Para pasearse, ya tenía el bosque. En cambio, ignoraba cómo era Élise, sus aficiones, sus deseos, sus aspiraciones. De la época del instituto, recordaba sus numerosas lecturas, su fantasía, sus vestidos. Los colores, las flores, los lunares, las cintas. A una edad en que lo normativo aporta tranquilidad, no se parecía a ninguna otra chica. Lo poco que había visto hacía unos días en el paseo marítimo le hacía pensar que conservaba esa nota alegre en la forma de vestir. Estaba deseando conocer el resto.

Cuando ya circulaba por la A13 decidió llamar a Denis. Nunca entendió cómo se organizaba la jornada el terapeuta, que a veces tenía libres tardes enteras y, otros días, pasaba consulta hasta las nueve de la noche. Y el ritmo cambiaba de una semana a otra. Así pues, Édouard se había acostumbrado a llamarlo cuando le apetecía, y que él le devolviera la llamada cuando estuviera disponible.

—Estás de suerte, tengo un hueco entre dos pacientes. Una cancelación de última hora. Dispongo de poco más de treinta minutos.

¿Cómo estás, correcaminos?

—Acabo de salir de París.

—¿Cómo se lo ha tomado Armelle?

—¿La habías avisado de que iba a dejarla?

—Claro que no, no me correspondía a mí hacerlo. La mentalicé de todas las posibles situaciones. ¿Por qué?

—Parecía dar por hecho que no volvería, incluso antes de decírselo.

A Denis volvió a invadirlo una sensación extraña. Una señal luminosa de emergencia en la niebla, una luz difusa que no se puede explicar. Había algo que no encajaba. Armelle debería haber reaccionado de forma más violenta. Esperaba que se derrumbase. Había ido conociéndola a la vez que Édouard. Sabía lo de Élise, se había mentalizado de que su marido la dejaba. Esa certeza lo sorprendía.

—¿Estás molesto? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Sorprendido?

—¿Tú no?

—Es preferible que se lo tome así, ¿no?

Édouard, que iba a ciento treinta por la autopista, no contestó. No se había parado a pensar, solo se había dejado llevar por los acontecimientos sin analizarlos. El coche frenó por él al aproximarse a un camión que adelantaba a otro. Ambos carriles estaban bloqueados, tenía que esperar y adecuar la velocidad. Esos impedimentos pasarían pronto.

—¿Sigues ahí?

—Sí. Estoy cavilando. Y mantengo la concentración. Voy por la autopista.

—¿Quieres que hablemos en otro momento?

—Si se toma así que me vaya, mejor. Y peor para mí. Me deja en pelotas.

—¿Que te deja cómo?

Édouard le explicó lo que había dicho el notario, las condiciones para que Armelle se quedase en el piso y el plan que había maquinado. El expolio que él padecía.

—Menuda zorra. ¿Has dicho que sí?

—No he dicho que no. Si me resisto, declara la guerra. No me apetece.

Édouard disponía de bastante dinero para rehacer su vida dignamente. Solo tenía que asimilar lo que consideraba una injusticia tremenda.

Denis le preguntó si estaba contento a pesar de todo.

—Nunca me he sentido tan bien.

—Pues quédate con eso, amigo. ¿Y qué piensa el hombre de los bosques que se ha despertado en tu interior?

—Respira. El bosque es hermoso, tienes que venir.

—¿Piensas quedarte?

—Al menos mientras hallo respuestas a unas cosas extrañas que suceden allí.

—¿Fuegos fatuos? ¿Hadas? ¿Un mago con una larga barba blanca y un sombrero puntiagudo?

—¡No te burles! Por desgracia, son acontecimientos más turbios.

Édouard empezó a hablarle de Gauvain, de su mutismo, de esa violencia que su madre le refirió y que parecía resurgir tras una serie de circunstancias ligadas a una joven misteriosa. Tenía miedo de cómo evolucionaría la situación; no era más que un ingeniero eléctrico y allí hacía falta un poco de ingeniería humana.

—Haz caso a tu intuición, ahí es donde reside la ingeniería humana —replicó Denis.

—De todos modos, tú estás más preparado que yo para este tipo de casos.

—Ese chico habrá pasado por algo complicado en la infancia, y alguna situación actual lo reactiva.

—¿Cómo hago para que hable?

—No lo harás con esa idea en mente. Hazte con él, gánate su confianza, pasad buenos ratos y sabrá que estás ahí para todo lo demás. No debes forzar nada. Solo esperar sin esperar. Pon las manos bajo la rama y deja que caiga el fruto. ¿Entiendes?

—¿Y su madre?

—Igual. Que sienta que estás ahí. Ya sabes: no hay tanta gente con

la que podamos contar cuando lo necesitamos de verdad. Que no se escaquea, que no pone excusas. Sé una persona en quien ella puede confiar.

—Nos conocemos desde hace muy poco.

—El valor de algunos encuentros no está relacionado con su antigüedad. Conectan y la chispa surge directamente.

—¿Has vivido ese tipo de magia alguna vez?

—¡Contigo, tontorrón! Y con Diane…

—Como yo con Élise.

—¿Ves? Son pistas que entrañan un futuro, da igual la forma que adquiera la relación.

—A veces nos equivocamos.

—¿Y…? ¿No te han enseñado los autómatas que cuando te equivocas hay que volver a empezar? Y con Élise, ¿te has equivocado?

—En cualquier caso, hemos perdido treinta y tres años.

—¡Intenta no perder los próximos treinta y tres! Te dejo, ya ha llegado mi paciente.

En ese momento Édouard se acordó de las palabras de Gaëlle para describir a su hijo, de esas heridas que tardaban tanto en cerrarse. La de Élise no se había curado. Circulaba a buen ritmo hacia la cicatrización.

A la altura de Avranches, el GPS le anunció que faltaban menos de dos horas para llegar a su destino. La puesta de sol pintaba de suaves colores pastel la bahía del monte Saint-Michel, que surgía entre la bruma crepuscular con la fuerza de un caballero que empuñaba la espada para traspasar la noche que se disolvía sobre él. Con su forma imponente y espigada, una solitaria presencia en medio del oleaje, ese lugar constituía un símbolo de fuerza y de valor contagiosos del que se nutrió Édouard mientras rodeaba la costa donde se engastaba.

Mientras lo dejaba atrás, solo pensaba en Élise. Tenía miedo. El reencuentro sería tan sencillo como emotivo, tan difícil como estimulante. Hubo de concentrarse para sujetar el volante sin temblar.

La pantalla instalada en el salpicadero mostró un mensaje una media hora antes de llegar:

Amplitud de marea al máximo dentro de dos horas. Las olas empiezan a romper contra el

malecón. Espectáculo increíble. Coches en peligro. Mejor aparcamiento alejado. Hasta ahora. Un beso.

En esa época del año, solo poblaban Val-André turistas jubilados o extranjeros, además de los residentes que permanecían todo el año. En esa noche de marea alta se sumaban algunos amantes de las emociones fuertes. Édouard encontró aparcamiento en la avenida que lanzaba sus callejuelas hacia el mar a intervalos regulares. Apagó el motor y se dio cuenta de que, pese a todo, estaba temblando. Un sonido sordo e intermitente anunciaba la fiesta. La lucha que se desata entre la tierra y el agua le recordaba los cañonazos en los alrededores de Coëtquidan. Édouard se sentía abochornado, como un soldadito contento que lleva una bandera blanca en el corazón. Sacó la botella y los bombones, y los puso en una bolsa de plástico junto con el puzle, sin saber muy bien por qué. Lo cogió como algo simbólico que le daba seguridad. Quizá le hablaría de él. Quizá no. Lo cubrió todo con una chaqueta polar y el impermeable.

Frente a la tienda de Élise, inmóvil, el corazón le latía tan fuerte como el oleaje. La fachada estaba formada por una ventana que era el escaparate y una puerta. Se entraba a la casa por otra de madera pintada de azul noche, a la izquierda de la tienda. En el timbre, unos dibujitos de flores rodeaban su nombre.

Llamó.

La campana estaba dejando de vibrar cuando oyó los pasos ágiles de Élise por una escalera.

De pronto estaba ahí, delante de él, y él tenía quince años, el cuerpo paralizado y la sangre cristalizada de la alegría. En ese momento, una ola terrible golpeó la escollera a una decena de metros, desmenuzándola en una miríada de gotitas saladas que el viento le echó encima. Élise lo cogió por el cuello de la chaqueta y lo atrajo hacia ella con fuerza.

—Entra, te vas a empapar.

A Édouard le pareció que cada centilitro de su sangre se ponía viscoso y caliente y bloqueaba sus músculos uno tras otro.

Se sonreían sin decir palabra, como si hubiera que callarse después de tanto tiempo. El silencio como única defensa. Cada cual pensaba en

algo inteligente que decir, pero el corazón amordazaba las neuronas. Por segunda vez, Élise tomó la iniciativa al apoderarse de la bolsa a la que Édouard se aferraba; la dejó en el suelo y se inclinó hacia él para que la rodease con sus brazos.

El hombre seguía tiritando. Como la casa que absorbía las ondas de la maltratada escollera.

Él temblaba por haber llegado a puerto.

—¿Vamos a dar una vuelta por el paseo marítimo? —propuso Élise —. Es un fenómeno impresionante, ya verás.

Desapareció por el pasillo y abrió una puerta situada debajo de la escalera, de donde sacó unas botas de agua y su poncho impermeable rojo. El del SÍ en la arena. Cuando se ajustó la capucha antes de salir de casa —parecía Caperucita Roja—, a Édouard de repente le entró un hambre de lobo.

A lo largo del malecón, un nutrido grupo de curiosos admiraba el sonido y la luz. Algunos fotógrafos habían puesto la cámara en un trípode y la habían cubierto con una bolsa de plástico. Los elementos se desataban creando un espectáculo fascinante. La negrura de la noche permitía a las olas prepararse a oscuras, con unos remolinos enormes, para acabar estallando y surgiendo bajo la luz de las farolas como unas potentes bailarinas que se disolvieran sobre los espectadores. Después se desvanecían sobre el asfalto y fluían hacia el océano disculpándose por haber ido. Las siguientes brotaban entre bastidores, más débiles o más fuertes, aleatorias e imprevisibles, como un batallón de brujas con mil poderes. Y los transeúntes calibraban su miedo acercándose cuanto podían a esas harpías marítimas incapaces de prever su virulencia.

Élise le había cogido de la mano y se la apretaba un poco más con cada ola que se rompía; cuando se convertían en lluvia, se refugiaba detrás de él. Caminaron un rato hacia una zona que los turistas habían abandonado y se detuvieron frente al mar y frente a su reencuentro. Édouard se sentía minúsculo y fuerte a la vez. Su palma se pegaba a una manita temblorosa. La de la mujer a la que no había dejado de amar. Se lo confirmaba la vehemencia de la sangre que bombeaba en su muñeca para calentar cinco dedos finos y fríos unidos a los suyos.

Solo existían sus manos entrelazadas y un mar desatado que se burlaba de ellos, los ponía a prueba, evaluaba la fuerza del vínculo. Frente a un mar en calma no se habrían unido con la misma intensidad.

Aún no se había pronunciado ninguna palabra importante.

Con cada reflujo, la crepitación de los guijarros se oía a lo lejos, allí donde se amontonaban en gran cantidad contra el malecón. Un balance de mil chasquidos sordos, un sonido que no se parecía a ningún otro, una música única que los originarios de la costa llevaban consigo como una lengua materna a la que se regresa y que mece.

Y, de pronto, hablaron a la vez. O empezaron su frase, porque se rieron al sorprenderlos la del otro, simultánea. Décadas de silencio y fueron a elegir el mismo segundo para decidirse a decir: «Estoy contenta de que...», al mismo tiempo que: «Si supieras cómo...». No valía la pena terminar la frase: conocían las palabras que faltaban, ocultas por su risa de complicidad.

Volvieron al paseo marítimo y al pasado con la misma naturalidad, acompañados de los «Aaah» y los «Oooh» de los transeúntes que comentaban las olas. La intensidad de su reencuentro se merecía esas ovaciones.

Dejaron los impermeables empapados y el calzado cubierto de sal en el pequeño vestíbulo al pie de la escalera. Después, Élise lo llevó por el pasillo hasta su taller. Un espacio reducido y funcional. Una gran mesa de acero inoxidable, una estantería que ocupaba toda la pared para albergar el material y la puerta que daba a la tienda. Cuando él la descubrió, Élise se sonrojó. Unas persianas opacas tapaban el escaparate y la puerta. Unos focos iluminaban los distintos estantes y el mostrador, que presidía la caja registradora.

—¡Bueno, lo conseguiste!

—Gracias a mi abuela. Siempre vivió aquí.

—Lo sé. Seguro que estaría orgullosa de ti. Era tu sueño. Tener tu propio negocio, jugar a las tiendas como cuando eras pequeña, y ver el mar.

—Sí.

—¿Te da para vivir?

—Vendo durante la temporada turística, sobre todo. Han hecho falta dos veranos para que cuadrasen las cuentas, y diversificarme. No pago alquiler, lo cual resulta decisivo. Hago lo que me gusta, no necesito hacerme de oro.

Édouard escudriñaba cada detalle a su alrededor y encontraba la fantasía de Élise. Una tienda minúscula y colorida, estanterías de madera azul pastel repletas de creaciones de todo tipo de colores y tamaños. Allí donde fijaba la vista, reinaba la armonía y la atmósfera era elegante y agradable. Élise le explicó el principio del ikebana y cómo había trasladado ese arte a otros elementos, además de las flores. El placer que le había proporcionado aprender cosas diferentes con su abuela y mezclarlas ahora. La atracción especial de los clientes hacia sus obras culinarias. La última: las galletas de flores, y cómo podía disponerlas.

—Qué tienda tan bonita tienes.

Élise puso algunas muestras en el pequeño bol que llevaba en la mano. Édouard observaba sus movimientos al otro lado del mostrador. Un leve suspiro se abrió paso entre sus labios. Había franqueado la mayor barrera. Élise estaba ahí, delante de él, y era feliz. Acababa de sacarse el diploma de bachillerato y todo estaba por hacer.

—¿Y tú? ¿Y tus sueños?

—Retomé el bricolaje después de recibir tu carta. Ahí donde me alojo...

—¿Ahí donde te alojas?

—Élise, llevo unas semanas en una casa rural de Brocelianda, adonde fui a refugiarme. Una historia rocambolesca.

—¿No estás casado?

—Sí, más o menos. En fin, ya te lo explicaré.

—¿Eres de esos que están casados a ratos? —dijo ella riéndose.

—Cada vez menos.

—Y tú me intrigas cada vez más.

Édouard le habló de Suzann y de Gaëlle y su hijo, del vecino anciano, del taller, de los autómatas. Los árboles, sus preguntas, las decisiones que había tomado, el vértigo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy ingeniero eléctrico en la SNCF.

—¿Te gusta?

—No.

—Ven, charlaremos arriba. Estaremos más cómodos, y supongo que tendrás hambre. ¿Quieres ducharte mientras preparo todo?

Aceptó encantado. Se calzó otra vez las zapatillas húmedas para ir al coche a buscar ropa, con la indicación de que luego cerrase con llave y se reuniera con ella en el piso de arriba. Él le propuso que pusiera a enfriar el champán entre tanto.

Mientras cogía sus cosas del maletero, Édouard no sabía si se iría después de cenar, si buscaría un hotel, si se quedaría a dormir. No había previsto nada y estaba bastante sereno. Su mujer, a quien le angustiaba la falta de control, siempre necesitaba preverlo todo, prepararlo todo y no dejar lugar a lo imprevisto, al suspense, al riesgo. La vida en pareja de Édouard estaba organizada impecablemente y ese rigor también lo encontraba en el trabajo, donde un error en el cambio de agujas era inadmisible; no obstante, necesitaba sorpresas, libertad.

Cuando cerró la puerta de la casa a su vuelta, tuvo la extraña sensación de aislarse del mundo. Al girar la llave, el resto del planeta y de la humanidad desaparecieron. Solo existían esa casita y el mar, Élise y él. La burbuja que Édouard se creaba allí era frágil y sólida a la vez. Frágil por lo que contenía: dos adolescentes cuyo amor había sido puesto en cuarentena y que salían de un paréntesis, azorados por la ausencia y el olvido sin saber si aún se conocerían. Una burbuja sólida para resistir a los embates de las olas. Y esos choques regulares, continuos, contra el malecón sacudían los cristales, estremecían a Édouard. Algunas decisiones tenían carácter de terremotos. Todo se derrumbaba y todo debía reconstruirse: el ciclo incansable de las olas que se rompen y se recomponen. Emerger de los escombros, lleno de polvo y aturdido, saberse vivo, saber que esa persona a la que siempre buscó estaba viva le daba fuerzas para arremangarse y recomenzar.

Aturdido pero vivo.

Y con la vida por delante.

Acordarse de todo

Una gruesa cortina cerraba la parte superior de la escalera. El olor a comida se deslizaba por todos los recovecos y pedía a Édouard que fuese junto a ella.

Cuando apartó la tela, le pareció que las paredes se contoneaban. Élise había colocado velas en distintos lugares del pisito situado encima de la tienda, y las llamas temblaban con feliz desorden por sus idas y venidas entre la cocina y el comedor dando lugar a un ballet de sombra y de luz.

Le mostró el minúsculo cuarto de baño. Apenas cabían los dos entre la ducha y el lavabo y, cuando Élise se volvió hacia él con las toallas de felpa en la mano, sus rostros se rozaron. Tan minúsculo como el ángel que pasó entre sus ojos y les inoculó el deseo.

Édouard se duchó deprisa, tratando de contener esa pasión angelical que se materializaba bajo su mano. Fue junto a Élise, quien lo esperaba sentada en el sofá del salón con el puzle en el regazo.

—Gracias por los bombones. ¿Y este puzle? ¿Es para mí?

—Más o menos. Puedes abrirlo.

Élise, juguetona, levantó la tapa mirándolo a los ojos para que el descubrimiento la sorprendiese. Después cogió la nota oculta entre las piezas. La leyó en voz alta.

> Édouard, sé que estás pasando por un momento difícil. El mal de amores ayuda a crecer, aunque te sientas muy pequeño cuando aún estás sumido en la tristeza de la pérdida. Espero que este puzle te distraiga y que vuelvas a sonreír al ver a tantos niños jugar inocentemente. Tu padre, que te quiere.

Élise bajó la mirada y puso de nuevo el papel dentro de la caja. Aún no la había cerrado cuando una lágrima de remordimiento humedeció una de las piezas.

—Perdón, Édouard. Siento mucho lo que pasó.

—No quería hacerte llorar —dijo acercándose a ella—. Este puzle

me ayudó. No fue culpa tuya.

—Debí haberme enfrentado a mi padre.

—Sabes muy bien que no. Soy tan culpable como tú. Nunca traté de encontrarte.

—Yo tampoco.

Élise se estremecía levemente apoyada en él. Olía a cereza, como a los quince años. Édouard se arrepintió de haber metido el puzle en la bolsa, y de no conformarse con el champán y los bombones. Cambió de opinión. Había sido algo simbólico para él. Podría serlo para ambos.

—Si quieres, lo haremos juntos.

—Seis mil piezas ocuparían todo el salón —contestó Élise riéndose entre las lágrimas.

—Ya lo resolveremos. No hay ninguna urgencia, ¿verdad?

—La urgencia es ir al horno a por el pastel de carne con patatas.

—¿Te has acordado de mi comida preferida?

—Me acuerdo de todo, Édouard.

Élise se sentó en el sofá y se puso a abrir la botella de champán. Édouard se volvió y la observó desde el otro lado de la pequeña habitación. El tapón salió disparado hasta la parte superior de la librería que estaba en la pared de enfrente, tirando un duendecillo de tela. Al ir a recogerlo y colocarlo en uno de los estantes que estaban a su altura, Édouard vio al payaso del corazón giratorio. Élise se acercó con una copa en cada mano.

—Ya no funciona. No sé por qué.

—Lo has conservado...

—¿Cómo iba a desprenderme de él?

—Puedo llevármelo y ver si logro arreglarlo.

Élise lo cogió del brazo y lo llevó hasta el sofá con el pretexto de tener unas ganas irresistibles de probar los bombones parisinos.

—¡Cierra los ojos y abre la boca! —le ordenó.

Le dio a probar una de sus galletas.

—Deliciosa —anunció él abriendo los ojos.

—Déjalos cerrados, no hemos terminado.

Élise le dio otra galleta. Édouard se derretía a la par que las migas

dentro de su boca. Se hizo un silencio durante el que ya no se atrevió a abrir los ojos. Tenía la boca entreabierta, esperando la siguiente galleta, y los sentidos a flor de piel. Notó unos labios, y un escalofrío le removió todos los sabores que se paseaban por sus venas.

Las copas que apenas habían tocado descansaban en la mesita, junto a los bombones. Aquí y allá, prendas de ropa huidas que habían aterrizado al azar por los alrededores, como un vuelo de gorriones dispersos. Una manta enorme y suave cubría los dos cuerpos desnudos que se observaban sin moverse. El mar se dejaba notar cada vez menos. De cuando en cuando aún se atrevía a golpear el paseo marítimo, como en una batalla final antes de reunirse con el horizonte nocturno. Édouard, vigoroso de deseo, se apoyaba con cuidado en el cuerpo delgado de Élise, cuya mirada lo animaba a acercarse. No dejaba de mirarla mientras la penetraba, y ella le sostenía la mirada. Tenían que recuperar treinta y tres años de vida. Sin duda, sus pupilas podían formar parte de ello.

Su unión fue tan potente como algunas de las olas junto a las que habían pasado hacía un rato, en el muelle. Les hizo vibrar, temblar y, por último, deponer las armas.

Mientras recuperaba el aliento pegado al de Élise, a Édouard lo venció la certeza, majestuosa y tranquilizadora, de haber elegido bien.

Élise alargó el brazo hasta el platito para coger un bombón. Lo mordió por la mitad y tendió el otro trozo a Édouard.

—Un bombón después de hacer el amor —dijo él con la boca endulzada—. No has cambiado.

—Tú tampoco. Sigues poniendo la mano sobre mi cabeza después de eyacular.

—Ah, ¿sí? —se sorprendió él.

—¿No te das cuenta? Siempre he pensado que lo hacías para que nuestro placer no se escapase y lo disfrutásemos más tiempo.

—¿Y sigue aquí?

—¿Nuestro placer? Nunca se fue. Sedimenta en capas sucesivas dentro de mí.

—¿Dará petróleo? —bromeó Édouard.

—No, el petróleo procede de la materia orgánica. La materia orgásmica se transforma en cemento.

—Sin embargo, no nos ha mantenido juntos.

—Lo que acabamos de hacer es la prueba de que sí…

Élise le pidió que se quedase, y él dijo que sí. Aún debían terminar una botella de champán, emborracharse de caricias, contarse más cosas.

En la penumbra del dormitorio, iluminado por las farolas de la calle, hicieron su aparición las confidencias tristes. Los dos cuerpos imantados, donde cada partícula de piel buscaba su reflejo, se abrazaban para consolarse. No, no había tenido hijos. Aquel embarazo inesperado —que enfureció a su padre justo antes del diploma de bachillerato y provocó su marcha y la ruptura— terminó mal. En la clínica privada donde la obligaron a abortar se ensañaron para que a la joven se le quitaran las ganas de repetir. La intervención se convirtió en una carnicería, y la carnicería en una infección que condenó a sus trompas a ser un desierto infranqueable.

Édouard le habló de su hija sin poder quitarse de la cabeza ese embarazo que podían haber llevado a término juntos, aun inconscientes, aun insensatos. Édouard no supo defender ese trocito de vida del tamaño de un dedo pulgar infantil que se aferró a unas entrañas demasiado jóvenes por accidente y, sobre todo, por amor. Aunque no fuera planeado y previsto, era la mezcla de su complicidad, la chispa que se escapa del encuentro entre la pirita y el sílex. Édouard no pudo hacer nada, y ahora, bajo las sábanas, al rememorar aquello, se daba cuenta de que aquel enfado latente que surgió de su impotencia adolescente lo encerró como una trampa y lo condenó a una blanda lasitud respecto del futuro. Un abatimiento que lo lanzó a los brazos de una mujer por la que nunca sintió un amor tan grande como la felicidad que experimentó amando a Élise.

—¿Estás resentido conmigo por no haberlo tenido?

—No te quedó otra opción.

—Podría haberme ido de casa.

—Eras menor de edad, te habrían encontrado.

—Podría haber plantado cara a mi padre.

—¿Se puede plantar cara a tu padre?

—Ya ha fallecido. Cinco años más tarde, en acto de servicio. Y nunca supe si mi madre se quedó aliviada o abatida. Desde ese momento se volvió transparente.

Édouard abrazaba a Élise y no quería seguir pensando en fantasmas. Era demasiado tarde para pedir al destino que cambiase cualquier cosa, aunque fuera algo tan pequeño como un feto. En cambio, era el momento de no desperdiciar el mañana. Y de entregarse a lo que aún era posible salvar. Más que otra cosa, era el momento de abandonarse a la noche.

Élise, con la cara apoyada en el pecho de Édouard, lloró en silencio antes de entregarse al llanto. Sus lágrimas, una mezcla de pena y de alegría, se acumulaban en el hueco de la piel donde se cruzaban los músculos pectorales de Édouard. Una minúscula cubeta cutánea como las que se encuentran en las rocas montañosas. Le entraban ganas de humedecer los dedos en ella, como en una pila bautismal, y persignarse para creer. Prefirió probarlas. La sal en las papilas dio la señal a todo su cuerpo para estremecerse y, después, para ronronear pegado a ella.

Se sintió como el gato en el árbol.

En su sitio.

Una bomba en la comisaría

Gendarmería de Les Rousses

Cuando Christine se sentó al otro lado del escritorio, Raphaël supo que estaba dispuesta a hablar. Se levantó para pedir a su colega que no los molestasen. En la mirada de la mujer había un destello de determinación —«Ya no tengo nada que perder»— y en el borde del labio inferior una leve tumefacción.

Aquel día en el bosque, Raphaël le hizo prometer que iría a verlo cuando lo necesitara, añadió que lo llamase o le enviase mensajes si eso la aliviaba, a cualquier hora del día o de la noche. Vivía solo. No alteraría su vida familiar. El pertinaz silencio de su amiga de la infancia lo sorprendió, y luego lo preocupó. No obstante, era la víctima quien debía tomar la iniciativa. Agobiar a un animalito herido nunca era la solución para curarlo. Christine necesitaba un bálsamo para sus llagas en carne viva.

Tres semanas antes había sufrido la ira de su marido al demorarse en volver de aquel paseo reconfortante. En circunstancias normales, ella lo habría encajado en silencio y habría pasado un trapo por el mostrador y por su corazón mancillado, machacado por la violencia. Pero aquel día, sí, aquel día, Robert quitó el pasador a la granada o, más bien, encendió la mecha del barril de pólvora. Daba igual la longitud del cordel, el mecanismo se había puesto en marcha. La progresión fue lenta y nada pudo detenerlo.

Desde aquel encuentro en el bosque, no hubo un momento en que Christine no pensara en sus palabras, en las de Raphaël, en su olor y en sus manos. En su hija, en su vida. En el ruido de las hojas entorno a ellos, tan alejado del ambiente siniestro de su dormitorio y del desgraciado de su marido.

Le llevó tiempo madurar el procedimiento, desgranar los días de la cuenta atrás, rememorar la trágica escena con su hija, por la mañana y

por la noche, recordar todos y cada uno de los detalles. Cada vez que lo hacía, una puñalada en el vientre la doblaba por la mitad y la asfixiaba.

Hasta el día anterior.

La vez que colmó el vaso. Esa en que le dio más asco que ninguna otra noche dejar que se la trabajaran. Esa en que decidió resistirse y le pegaron. El monstruo supo cómo hacerlo para que no lo vieran.

No obstante, Raphaël tenía buen ojo. Conocía las técnicas abyectas de los maltratadores. El capitán había aprendido con los años a detectar los cardenales bajo el maquillaje.

La vez que colmó el vaso permitió que la mecha alcanzara el barril. Iba a explotar.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

…

—Voy a contarte lo que pasó, aunque me dé vergüenza.

—No saldrá de aquí, y tú me dirás qué hacer con esa información.

—El otro día te conté que Delphine nos confesó que le gustaban las mujeres y que Robert se marchó colérico.

—Sí. También me contaste que eso no fue lo que la impulsó a irse de casa.

—La cosa no quedó ahí.

Un sábado por la tarde, Christine está secando vasos detrás del mostrador. Las reservas para la cena están completas y aprovecha ese momento de descanso para bajar el ritmo. Robert ha pedido a su hija que vuelva a hacer la habitación 9 porque hay unos clientes que la necesitan con urgencia. Cuando Christine se ofrece a ayudarla, el padre se interpone violentamente con el pretexto de que Delphine tiene que aprender a apañárselas sola y a trabajar rápido.

De pronto, Christine oye unos gritos provenientes del piso superior. Son de su hija. También oye unas voces masculinas llamándola loca, bruja, puta. Sale disparada escalera arriba. Oye golpes contra las

paredes y más gritos. Cuando llega al rellano se cruza con Delphine, que llora, grita de rabia, con el vestido medio abierto dejando ver un pecho, sangre en la comisura del labio y el pelo enmarañado.

Raphaël ha escuchado con especial atención, para que no se le escapase ningún detalle del discurso conmovedor y entrecortado de Christine, que tomaba aire a cada rato. Parecía como si su cerebro desganado y agotado se olvidara de respirar para terminar cuanto antes y que ella tuviese que activar los pulmones para no sucumbir. Los sollozos no sofocaban su voz; solo dos regueros paralelos corrían sin interrupción desde sus ojos cansados. El gendarme le cogió las manos para infundirle ánimo.

—No entendía qué estaba pasando. Ignoraba por qué Delphine se había peleado. Tampoco sabía si estaba herida. Había sangre. Robert, al fondo del pasillo, enfrente de la habitación nueve, la insultaba gesticulando como un poseso en su dirección. «Ya te enseñaré yo a respetar a los hombres.» Cuando me acerqué y vi a dos clientes habituales del bar, uno de ellos con la mano ensangrentada, no me lo podía creer. Miré a Robert y al tipo que sangraba, luego al otro, más joven. Se justificó de inmediato diciendo: «Robert nos lo ha pedido». Bajé a ver a mi hija. Estaba en su cuarto. Se había puesto un pantalón y un jersey, también se había lavado la cara. Metía en su maleta todo lo que podía, atropelladamente, revolviendo los armarios. Me dejó entrar y cerró la puerta con llave. Sacó la gran mochila de acampada y la llenó de ropa, la que solía ponerse. Cogió algunos documentos de su escritorio, el ordenador, su documentación. Se puso el bolso en bandolera, se echó la mochila a la espalda, cogió la maleta y, antes de salir de la habitación, se acercó para abrazarme mientras me decía: «Lárgate, mamá. No te quedes con ese loco. Lárgate». Y se fue.

Christine se derrumbó con esa última palabra. Fragmentos femeninos que cayeron como una lluvia de escombros y largos sollozos capaces de atravesar el cuerpo como un viento polar. Raphaël fue hasta el otro lado del escritorio, puso una silla junto a ella y la abrazó para que la seguridad latente del uniforme drenase ese mar de lágrimas. La mujer gritaba:

—NO SUPE PROTEGERLA… ¡NO SÉ QUÉ LE HICIERON!

—La encontraremos.

—Puede que esté muerta.

—No lo creo, Christine. Se ha ido para protegerse. Es una luchadora. Se las arreglará. Y volverá contigo. Estoy seguro.

Un colega entró sin hacer ruido para comprobar si Raphaël necesitaba ayuda. Este se acercó el índice a los labios para pedirle discreción y, acto seguido, levantó el pulgar para indicarle que todo estaba controlado.

—A mí me da igual que le gusten las mujeres. Solo quiero que sea feliz —murmuró Christine.

—Lo sé…

—¿Me ayudarás?

—Sí, te ayudaré. Sabes que lo haré. Tú también necesitas que te protejan.

La mujer se calló, volvió a encerrarse en sí misma después de soltar todo y quedarse al límite de las fuerzas. Cuando Raphaël le propuso acompañarla, dijo que no. Alegó que necesitaba caminar para serenarse antes de regresar. Y que no podía llegar al restaurante en un coche de policía. Una parte del sendero que bordeaba el bosque pasaba por la comisaría y lo unía con el centro de la ciudad. Lo tomaría para respirar.

—Permíteme al menos que te acompañe a pie una parte del camino.

—No hace falta. Necesito estar sola.

La observó mientras se alejaba, no era más que una sombra. Raphaël no podía presentar ninguna demanda. Christine no quería airear el asunto, nadie había interpuesto ninguna denuncia. Incluso él ignoraba qué había pasado realmente. Pero sí sabía que su amiga había dado un gran paso y que un engranaje se había puesto en marcha. Eso lo tranquilizó.

Delphine se había esfumado y podía estar en cualquier sitio, en Francia o en el extranjero, y no tenía intención de volver. Había tenido la fortaleza de irse, por lo que también la tendría para salir adelante.

Todos los imbéciles del planeta que la tomaban con las mujeres le provocaban un enorme desprecio y, en particular, el cabrón de Robert.

Se sintió ridículo con un uniforme que no valía para nada. Su conciencia protocolaria mantenía a raya las ganas arbitrarias de ir a romperle la cara y marcharse con Christine como si tal cosa.

La idea se salía del procedimiento. Estaba resentido con la institución de la que formaba parte por constreñirlo a la impotencia.

Un rebaño de pelusas en París

Una oscuridad furtiva se había adueñado del salón sin que su cuerpo se moviese del sofá para impedírselo. La mujer no había encendido ninguna lámpara con la que anticiparse a la noche, y la luz se había desvanecido degradándose lentamente. Había sido de día. Era de noche. Entre ambos, un estado indefinido.

Solo la iluminación urbana le ofrecía algunos puntos de referencia en el piso, y sus ojos se acostumbraron a cada detalle de la habitación. Los libros en la biblioteca, el jarrón en el aparador del salón, el cordel que sujetaba las cortinas descorridas. Incluso distinguía el nivel de la botella de champán que estaba en la mesita. Quedaba poco. Antes de que se terminase, volvió a llenarse la copa. Así pues, no había tomado solo una. Era la probable explicación a esa presión en la vejiga que debía aliviar urgentemente.

Se levantó con un movimiento vigoroso para engañar a la ebriedad y se cayó de inmediato. El pico de la mesita le rozó la cabeza, pero se abstuvo de dejarla inconsciente para no estropear el espectáculo. Aun así, Armelle se quedó un rato tirada en la alfombra con la copa que se había derramado en la mano. Mientras se frotaba los ojos, que lloraban sin haberle pedido su opinión, un eructo cavernoso afloró a la superficie como una enorme burbuja de aire que saliera del fondo cenagoso de un estanque. Se rio por lo bajo al verse capaz de tal resonancia, tranquila al saberse sola y no provocar la incomodidad de ningún testigo, y se prometió volver a hacerlo. Ahora que estaba soltera, eructar podía ser divertido. Soltó un suspiro de placer, le apetecía quedarse ahí, no moverse más, dejar pasar el tiempo, que todo pasara, también los años por venir. Tenía una visión directa y concreta del espacio bajo el sofá y se puso a analizarlo. Entonces se acordó de esa pelotilla de polvo que rodaba por el andén de la estación persiguiendo a un metro ingrato que pasaba de ella. Todas las bolas de pelusa de todos los andenes del metro de París se habían

dado cita debajo de su sofá, y se preguntó si habría que desalojar a ese rebaño uno de esos días o si sería interesante darles la oportunidad de que se organizasen como una comunidad independiente. Al fin y al cabo, no molestaban a nadie. La maldita vejiga seguía torturándola y el dolor le invadía ya el bajo vientre. No iba a desaguar encima de la alfombra persa que les había costado un ojo de la cara y que provocaba la admiración de sus invitados. Claro que, por otra parte, ¿qué amigos irían ahora a admirarla? Cada cual elegiría un bando. ¿Quién con Édouard? ¿Quién con ella? A todos se les caerían las caretas.

Después de tomarse un whisky doble a palo seco cuando regresó del trabajo y tres vasos de tinto mientras veía en la tele el informativo de las ocho, se había bebido una botella de champán casi entera, sin haber comido nada desde la mañana, como si la urgencia por celebrar la ausencia de Édouard hubiera tenido prioridad por encima del resto de sus necesidades fisiológicas. O para no pensar en qué ocurriría a continuación. Perdida en sus cavilaciones, no se había dado cuenta de que la embriaguez iba aposentándose como la noche, con una gradación igual de imperceptible. Se arrastró hasta la pared que tenía más cerca y se alzó sobre las piernas con la fuerza de los brazos, agarrándose a la jamba de la puerta. Antes de llegar al cuarto de baño, al fondo del pasillo, había reprimido dos veces las ganas de vomitar el alcohol y el asco por sí misma. Ese éxito personal le proporcionó cierto orgullo y, en consecuencia, su cuerpo se enderezó para recorrer los últimos metros. Apenas se había tambaleado y aguantaba en pie como una reina, ¡cuánta energía hacía falta para caminar en línea recta!

Apenas le dio tiempo a bajarse las bragas por las medias autoadherentes antes de que sus nalgas dieran contra el retrete, y su cabeza, contra las rodillas.

Con un alivio orgásmico, orinó su angustia con un chorro potente y largo, y se mantuvo allí un poco más, esperando las últimas gotas, para asegurarse de haber acabado la expulsión.

Había echado a Édouard, el padre de su hija, con una frialdad que la asustó y, justo después, había ido a la otra punta de París a ver a

ese hombre tan poderoso con quien había quedado. Con la embriaguez del momento, no recordaba las palabras que le dijo después de penetrarla sin contemplaciones encima de la mesa del despacho, como las otras veces. Sin embargo, sí recordaba que aún estaba medio desnuda cuando le comunicó que era libre. A él le entró una risa desdeñosa que la abofeteó sin piedad. El alcohol solo le permitía acceder a sensaciones vagas, entre las que predominaba la de la ilusión perdida, sin entender de qué se había reído. Ya que era selectiva, su ebria memoria podría haber retenido las explicaciones del tipo en vez del tamaño de su polla.

Recordaría todo más tarde, por la noche, inmersa en la resaca, con la triste brutalidad de constatar su impotencia. Se había dejado engañar. Él le había prometido que abandonaría todo por ella. Armelle lo creyó. Y él se había reído de que lo creyera.

Mientras tanto, consiguió que su cuerpo volviera al sofá y dejó que se desplomase como un deslizamiento de tierra de un talud inundado que yace como un montón inerte y amorfo.

Su cabeza, a medio gas, pensaba en Édouard, en su marcha, en ese punto de no retorno que habían cruzado. No había evaluado la violencia de un libro que se cierra al terminar la historia, y el champán no mitigaba nada, al contrario que el resultado esperado.

Sabía que ya era demasiado tarde.

La única culpable de haber puesto todo en marcha era ella, nadie más cargaría con esa responsabilidad.

Ese piso ahora sería el suyo, y sería muy grande porque estaría muy sola.

Vació el resto de la botella en un vaso que acertó a coger a la vuelta, se lo bebió y echó las tripas encima de la alfombra persa.

Volantes de cien años

Édouard estaba solo en la cama cuando se despertó. Tardó unos segundos en reconocer el lugar antes de oír ruido en la cocina. No se dio cuenta de que Élise se había levantado e ignoraba si llevaba mucho tiempo esperándolo. Ni siquiera si era el caso.

Se puso una camiseta y un pantalón sin nada debajo, tenía demasiada prisa para buscar el calzoncillo extraviado, y se encaminó hacia el ruido de cubiertos y del hervidor pitando. Se detuvo en la jamba de la puerta, contra la que se apoyó. La mujer llevaba un largo camisón blanco de algodón grueso y un chal sobre los hombros. No era que le gustase vestirse a la antigua usanza, sino que era tan original que usaba un camisón que había pertenecido a su abuela. Con el pelo recogido en un moño bajo, se afanaba alrededor de los fogones para preparar el desayuno. Daba la espalda a Édouard sin ignorar su presencia, pues el suelo de madera la había avisado de su llegada. Él se le acercó y le dio un beso en esa pequeña protuberancia de la nuca que tanto le gustaba. A ella le produjo un escalofrío y, sin darse la vuelta, le cogió las manos y rodeó el vientre con ellas.

15 de junio de 1986

Hace calor, hemos pasado la tarde en el parque de Gayeulles. Hemos terminado los exámenes, la suerte está echada. Aún no sabemos qué haremos el próximo curso, pero pensamos estudiar algo que no nos separe o, al menos, no demasiado.

Élise lleva su vestidito rojo de lunares azules claros. Nos gusta a los dos porque aumenta la excitación. Se cierra con una treintena de botones de tela minúsculos, difíciles de desabrochar. Sí, claro, por la mañana se lo pone sin tener que abrirlos. Sí, claro, podría levantarle el vestido para llegar hasta las braguitas, o desabrochar solo uno de los primeros botones del escote para liberarle un pecho, pero cuando hacemos el amor y lo lleva puesto, nos entregamos al reto de desabrocharlos todos. Y aumenta la excitación. Se ríe

cuando pierdo la paciencia. Me acaricia el pelo cuando estoy de rodillas delante de ella para ocuparme de los botones de abajo. Pero no haremos el amor esta vez. Estamos en un parque un día de junio, hay gente por todas partes y debe volver a casa al final de la tarde. Me ha llevado entre los árboles, en la espesura, porque tiene que decirme algo importante. Estoy de pie con los brazos pegados al cuerpo; ella, delante de mí, y me sonríe. Después se da la vuelta y me coge las manos y las pone con cuidado en su vientre.

«Aquí dentro ya no estoy sola.»

Lo entiendo de inmediato sin entender cómo es posible. Toma la píldora.

Estoy loco de alegría y muerto de miedo. Y a la vez no me lo creo. Somos jovencísimos, pero a una parte de mí le da igual. Una parte de mí dice: «¡Genial!». Nos queremos demasiado para no afrontar este reto. Tenemos proyectos de futuro, y el futuro nos ve juntos. Nos apañaremos. Los dos o los tres. Trabajaré por la tarde, después de clase, nos conformaremos con poco, el amor nos alimentará. Entonces caigo en la cuenta de que no sé lo que piensa ella. No le veo la cara. Me lo ha dicho con una sonrisa, lo he notado en su voz, pero ¿qué opina?

—Lo vamos a tener, ¿no?

—Pues claro.

Me caen veinte años encima en un momento. La responsabilidad hace envejecer de golpe. Ya me imagino siendo padre de familia, con el niño en las rodillas, levantarnos tarde los fines de semana, los tres juntos en la cama grande, un bebé que dormita entre los dos y la sonrisa de Élise, que apoya una mano en su cuerpo somnoliento y me mira. Y sus ojos me dicen: «Qué felices somos, ¿verdad?».

Habíamos hablado de tener hijos unos días antes. Quizá incluso ya estaba embarazada. Ella quiere tener cuatro. Yo suscribo que primero dos y luego ya veremos. Élise es ávida incluso para el número de hijos.

Mis manos tiemblan sobre su vientre intentando notar alguna señal, un movimiento, pero esa cosita abstracta está escondida muy lejos, en el fondo de un hueco de carne amorosa. Lo que siento por Élise está ahí, inmenso, a flor de piel.

La quiero aún más siendo dos.

Édouard se quedó un buen rato así, como si su cuerpo reivindicase su autonomía y hablara con el de Élise. Un diálogo carnal y secreto. Tristeza. Pena por unas manos que no notaron la redondez; pena por un vientre que nunca las llenó.

El silbido de la cafetera los separó. Había que volver a la realidad, volver a fusionarse con el mundo exterior que empezaba a despertarse fuera de la casa, fuera de la burbuja.

—¿Has dormido bien? —le preguntó ella mientras se sentaba a la mesa para desayunar.

—Sí, bastante. ¿Y tú?

—En el sofá. Por suerte es blandito.

—Tendrías que haberme despertado y haber ido yo. ¡Has dormido en el sofá en tu propia casa! ¿Hago mucho ruido?

—Y te mueves un poco… No podía despertarte. Dormías plácidamente. El cuerpo se acostumbra rápido, hacía mucho tiempo que no compartía cama.

Édouard no le preguntó nada sobre su vida íntima de las últimas tres décadas. No quería que su curiosidad la ofendiese. Además, prefería los sobrentendidos, el secreto, la candidez, el agujero negro. Le costaba mucho imaginarse a otro hombre en la vida de Élise. Y además, ¿qué importaba?

—No he estado sola todos estos años, ¿sabes?

—Eso espero —dijo él, avergonzado por mentir.

—Las relaciones nunca duraron mucho. Creo que buscaba a alguien como tú sin encontrarlo.

—Y ahora, ¿cómo ves las cosas?

—Tranquilas. Vayamos despacio. No estoy segura de querer trastocarlo todo. Me he acostumbrado a la soledad, también a la hora de dormir. Tengo a mis amigos, mi libertad.

—A mí también me gusta la mía, aunque sea reciente.

—¿Y tu mujer?

—La dejé ayer.

Édouard vio la cara de sorpresa y desconcierto de Élise. Luego expresó su negativa a ser la causante, a cargar con esa responsabilidad, a sentirse en deuda. Necesitaba que se conociesen por segunda vez. Que aprendieran de nuevo a quererse. Sus referencias habían cambiado, sus proyectos también. Se habían instaurado costumbres, los deseos se habían modificado. Élise lo soltaba todo preocupada y sin orden ni concierto, casi aterrada.

Calló cuando él apoyó una mano en su antebrazo.

—Élise, relájate. No nos debemos nada. No he dejado a mi mujer por ti, la he dejado por mí. Aunque tu carta haya sido el detonante, no

implica un compromiso entre nosotros. Yo también necesito tiempo, decidir qué quiero. Reencontrarse después de tantos años no es algo que se improvise. Pensemos, sintamos, tenemos tiempo.

—¿A pesar del que hemos perdido?

—¡Por el que hemos perdido! No nos equivoquemos una segunda vez. Nadie tiene las mismas necesidades a los veinte años que a los cincuenta. Tal vez no estemos hechos para vivir juntos, o tal vez sí. No lo sabremos hoy, tampoco mañana. Lo único que sé ahora es que te quiero y que ese sentimiento nunca me ha abandonado. El juego del reencuentro es delicioso. La esperanza, el deseo creciente, el teléfono para llamarse y decirse que nos echamos de menos. Imaginar, fantasear, esperarse y esperanzarse para reencontrarse mejor. Quiero revivirlo. Ha sido maravilloso la primera vez. Nos ha permitido empezar de nuevo, haríamos mal si nos privásemos de ello.

Élise lo rodeó con las piernas; el camisón de algodón grueso se levantó formando volantes.

Volvían a tener quince años. El primer día de clase, la sonrisa, los hoyuelos, un chico que se derrite.

Y él la deseó, y ella tuvo hambre de él, bajo los pliegues del algodón blanco de un camisón de cien años. Aquel amor fue urgente, instintivo, poderoso. No duró mucho, pero sí se extendió en el tiempo. Un *big bang* de amor cuyo calor expansivo se dilataba hasta el infinito.

Porque, por un instante, ellos eran el infinito.

Misión Vénus

Gaëlle colgó. Satisfecha. Sus amigos se habían acordado de ella, y esa noticia llegaba en el momento apropiado. Como para no creer en el destino.

El día anterior, Édouard la había avisado de que haría una parada en casa de Élise. Esa misma mañana le había mandado un mensaje para informarla de que llegaría a lo largo del día. Le impresionó que la tuviese al corriente de su agenda; Édouard temía que ella se preocupara por su ausencia, y no se equivocaba.

¡Él estaría de acuerdo! Tenía que ver con Raymond. Gaëlle esperó a que fuera una hora decente para llamarlo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Édouard al oír su voz.

La mujer lo tranquilizó y le habló de sus amigos de Rennes. La habían llamado el día anterior para anunciarle que el cachorro que quedaba de la última camada volvía a estar disponible tras una renuncia.

—A Nimbus no le queda mucho tiempo, y Raymond se hundirá. Puede parecer extraño, pero nunca ha vivido sin un perro, como si supiera que no soportaría ese vacío. El anterior se murió dos años después de que llegase Nimbus. Ahora me dice que no le quedan fuerzas para otro cachorro. Yo, en cambio, estoy segura de que un perro se las daría. Por otra parte, Gauvain y yo lo ayudaremos. Cuando mis amigos me han llamado, me he dicho que esta oportunidad había surgido por algo. Creo en las señales, ¿sabes?

—¡Ah, sí! Gracias a ti, creo en las ardillas.

Élise, con quien caminaba por el paseo marítimo, lo miraba sorprendida sin seguir el hilo de la conversación, ya que solo oía la parte masculina. Con una especie de lengua de señas improvisada, propuso a Édouard alejarse para que pudiera hablar tranquilamente, pero él apretó un poco más su manita fría a modo de respuesta.

—Es una hembra de golden retriever recién destetada y disponible.

A Raymond le vendrá muy bien, y a Nimbus. Necesitan una compañía alegre. Gauvain también estará encantado.

—Y quieres saber si podría ir a buscarla.

—¿No te importa? Mis amigos viven en un pueblo al oeste de Rennes, te pilla de paso a la vuelta.

—No tengo nada para llevar a la perrita en el coche.

—Nos dejan un transportín.

A Gaëlle le alegraba que volviera. No quería imaginarse cómo habría sido el reencuentro con Élise. No era asunto suyo. Aun así, sentía una punzada al pensar que un día podría marcharse. Anunció a Gauvain la hora aproximada en que llegaría el convoy y le pidió absoluta discreción con Raymond para preparar la sorpresa.

El chico salió disparado cuando oyó que el coche entraba en el patio. Saludó de pasada a Édouard, llevó a la bolita de pelo al jardín trasero de la casa para que estirase las patas y, después, jugó con ella sobre la hierba. Adèle se les unió. Le gustaban los perros. Echaba de menos al suyo.

—Se llama Vénus, sus papeles están en el sobre que he dejado encima de la mesa. ¿Cuándo se la vais a regalar?

—Esta tarde. ¿Vendrás con nosotros?

—¡Claro!

—¿Ha ido todo bien en París?

—Mi vida cabe en un coche. ¿Crees que es buena señal?

—¿Quieres un sitio donde dejarla?

—Debería caber todo en la habitación. Y tengo que pensar qué haré. Las situaciones provisionales que se eternizan nunca son buenas.

—Tómatelo con calma, ya te he dicho que no molestas. Al contrario. ¿Y con Élise qué tal?

—Todo está intacto, pero ya no tenemos veinte años. Vamos a darnos un tiempo para asimilar qué ocurrirá a partir de ahora.

Miraron un momento a Adèle y Gauvain, que rodaban por la hierba y dejaban que la perrita los mordisquease. La joven parecía volver a la infancia, enternecida por el animal. Ignoraba que la observasen y solo

pensaba en jugar, en azuzar a Vénus, en acariciarla, en reír con el adolescente. Bajaba la guardia y la escena era conmovedora.

Tras compartir un largo café, Gaëlle se quedó sentada a la mesa. Observaba a Édouard por la ventana. El hombre vaciaba el maletero yendo y viniendo del coche a la habitación, y viceversa. Ordenaba su «vida», y ella esperaba en secreto que no la moviese más.

Echado en el sofá, Gauvain acariciaba a Vénus, que dormía sobre su pecho. Gaëlle cogió sigilosamente el cuaderno de su hijo y le echó un vistazo. El chico había apuntado preguntas cuyos términos e intención desconocía.

Hojeó las páginas que el adolescente había garabateado. Édouard le había propuesto pasarse por el taller al mediodía para avanzar en el proyecto. Le darían el cachorro a Raymond entonces.

Cuando terminó la mudanza, Édouard la avisó de que saldría a caminar una hora. Le habría gustado acompañarlo, acoger sus confidencias, saber qué tal fue la ruptura con Armelle, el reencuentro con Élise. Quizá reconfortarlo. O consolarse.

Tomó un último sorbo de café frío y se fue a fregar los platos.

Rozar la excelencia

Édouard necesitaba calma y soledad. Necesitaba el murmullo de los árboles y de la hierba. El sencillo rumor de la naturaleza. Se fue para aguzar los oídos a su propio cuchicheo. Dejó el móvil en el casillero y caminó descalzo por el musgo a pesar del fresco que hacía a finales de septiembre. Al recorrer el camino verde pensó en la alfombra de su piso parisino, cuyo tacto había buscado para sosegarse, y en que era un artefacto pésimo comparándolo con la suavidad silvestre. Como tomarse un vino peleón habiendo probado un gran reserva. Conocer la excelencia, la calidad superior, hacía que la banalidad resultase insoportable. El amor por Élise era el ejemplo más clamoroso. Con los zapatos en la mano, cruzó el prado con la hierba crecida, volvió a sumirse en la infancia, en la parte trasera de la casa de campo familiar. ¿Quién corría descalzo por el campo hoy en día?

Se sentía mayor, que no encajaba en esa época. Sus dedos le preguntaban: «¿Dónde están los niños para vivir lo que nosotros estamos viviendo aquí?». Ahora hablaba con sus pies, y recordó la frase que le dijo Raymond: «Vivir en el bosque es estar a la vanguardia del progreso. ¡Algún día será así! ¡Ya lo verás!».

Se sentó con la espalda apoyada en el tronco del viejo tilo y se puso a hacer balance de su vida despacio, como se gira la rueda del objetivo de una cámara fotográfica para enfocar la imagen. Pues había que tener en cuenta la perspectiva, la profundidad de campo y la exposición para captar un elemento bello entre el paisaje, el que queremos, el que nos importa. Édouard comprendió que, hasta entonces, se había movido en la borrosidad de un segundo plano, cuando lo que tendría que haber hecho era posar junto a Élise.

«¿Qué quieres? ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Cómo? Hazte estas preguntas mil veces y actúa. Has vivido más tiempo del que te queda por vivir. Ya toca. El pasado ya ha pasado. El presente es ahora. Desempeñas un papel en él, tú papel. El futuro se impondrá. Espera.

»Para algunos amores, la libertad es oxígeno. Ella lo necesita, y tú también, lo sabes. Respiras mejor desde que estás aquí. Y no es un tema de hojas u hormigón. Te has liberado. De la pareja. Te gusta esa idea, a Élise también le gusta. Hay sofás que liberan mensajes subliminales.

»Nada os impide quereros. Mucho menos esa libertad. Vivir solo estando en pareja provoca las ganas de compartir aún más los momentos escasos.

»Tienes una edad en que todo se mueve, todo se cuestiona. Has desechado algunas certezas, has entendido algunas reglas sencillas, has imaginado la suficiente cantidad de situaciones para saber cuál te conviene.

»Piensa y, al mismo tiempo, deja de pensar. Vive.»

Regresó.

Sereno.

Gaëlle y su hijo lo esperaban sentados en el banco que había delante de la casa abrigados con unos jerséis gruesos. La caja descansaba en el regazo del chico, cubierta por una tela y con un lazo encima.

Cuando entraron en la cocina, Raymond, con un sobado periódico en las manos, dormitaba en el sillón junto a Nimbus. El anciano ya no se levantaba a abrir cuando lo visitaban los vecinos. Estos se limitaban a anunciar su llegada y entraban con cuidado.

El adolescente dejó encima de sus rodillas arqueadas el bullicioso paquete, del que se escaparon algunos gañidos característicos que apenas dejaban margen a la sorpresa. Raymond les siguió la corriente como si tuviera una caterva de niños delante. «Pero ¿esto qué es? ¡No tengo ni idea! ¿Una caja de bombones? ¿Unas pantuflas?»

Él solo era, a la vez, los niños que esperan amontonados a su alrededor y el listillo. El que ya sabe lo que va a descubrir y las posibles consecuencias donde un niño solo ve la apariencia. Cuando levantó la tela se echó hacia atrás emocionado y soltó un conmovedor «¡Oh!» que lo resumía todo. La alegría, el miedo, los paseos futuros, los accidentes en las baldosas, la muerte de Nimbus, la pena, los

mimos, los pelos por todas partes, la mirada tierna, el barro en las patas, las noches junto a la chimenea. Sacó a la perrita de la caja y la abrazó un rato antes de soltarla en el suelo. El animal se dirigió de inmediato hacia el viejo perro, que movió la cola al verla acercarse. Luego se subió al cesto para pegarse a él con un reflejo de hociqueo neonatal. Sus movimientos confusos y torpes sacudían el cuerpo de Nimbus. En vez de quejarse, este se dejó hacer. Cuando Vénus se apoyó un momento en su costado, volvió la cabeza con trabajo para rodearla como si la abrazase, cerrando los ojos. En su morro pareció dibujarse una sonrisa.

Después la perrita salió del cesto y se paseó por la habitación olisqueando cada rincón. Raymond tuvo que andar con cuidado para no pisarle una pata cuando fue a buscar los vasos y la lata de galletas. En un rincón de su estómago, una bola recorría sus tripas como la pelotita de un *pinball*. Esa bola estaba hecha de pelos, acababa de nacer, era inocente, despreocupada, y no tenía más planes que encariñarse con quien la quisiera amar. Raymond abrazó la idea de ser el objeto de ese amor incondicional con la alegría de comenzar un ciclo. Lo animaba a salir de la cama por las mañanas, sin ignorar el triste motivo de esa nueva domesticación. El que pronto esperaría a Nimbus. Ya había enterrado a tres perros y, con cada hoyo excavado, había echado al montón de tierra algunas partículas de su alma, arrancadas a la fuerza y con tristeza a la ilusión con la que le gustaba pensar que el animal sería eterno. A esa realidad se sumaba otra más intrínseca: la de su propia muerte, con la que nunca había tenido ganas de encararse. Durante unos segundos estuvo resentido con Gaëlle por ese regalo de cariño envenenado. Apenas unos segundos, porque ¿cómo podría reprocharle a Gaëlle que quisiera su felicidad? Por otra parte, Nimbus no lo dudó ni un segundo. Conocer esa criaturita fue crucial para él, desde el primer momento. Daba igual que la complicidad durase un año, un mes o solo un día. Él estaba allí, ella llegó y ambos se encontraron. A partir de ahí, no había más cuestiones que plantearse. Esa evidencia instintiva, animal, casi celular, invitaba a Raymond a hacer otro tanto. Édouard vio pasar todos esos pensamientos por la mirada del anciano, como un reflejo de

lo que él mismo podría haber sentido en su lugar. ¿Por qué siempre se piensa en la hipotética tragedia cuando en ese momento solo hay alegría?

Unas palmaditas en el hombro lo trajeron de vuelta a la realidad. Gauvain tenía que resolver algunos problemas. Cogió unas galletas de la lata y salió disparado sin comprobar que Édouard iba tras él, con la certeza de que así sería.

Cuando el hombre lo alcanzó en el taller, el adolescente tenía un barquillo entre los dedos y lo apuntaba con él, risueño.

«¡Adelante!»

Édouard miró sin prisas el esbozo de maqueta que tenía delante de él y los numerosos esquemas garabateados en hojas que había por allí. Sin entender qué simbología pretendía expresar Gauvain con su autómata, veía que se perfilaban los obstáculos técnicos. La dinámica que quería crear debería articularse mediante varios motores, varias levas y un sistema que transformase el movimiento lineal en un movimiento alternativo, dotado de una pausa que marcase un tiempo muerto antes de reanudar la acción circular. Otra leva se encargaría de ello. Era complejo pero factible. Una vez más, Édouard admiró la curiosidad de su alumno, su ausencia de límites, su ambición para ir más lejos, aprender y comprender.

Le hizo mil preguntas cerradas a las que el adolescente respondía con sí o no mientras mordisqueaba las galletas. Lo importante era definir los objetivos. Una vez superada esa fase, sustituyó las preguntas por sus respuestas, explicando cada etapa, cada parte independiente del autómata y en qué orden crearlas, el material necesario, las pruebas tras el ensamblaje, los riesgos, porque Édouard nunca podía idear un plan de fabricación definitivo sin tener en cuenta los imprevistos a los que habría que adaptarse. El joven no tomaba notas, lo retenía todo con una eficacia increíble.

Édouard también valoró la calidad de las esculturas de madera. Se parecían a su modelo con una precisión de orfebre. Pocos adolescentes eran tan perseverantes.

Pasaron dos buenas horas con sus autómatas, cada uno en una punta de la mesa. Édouard había terminado el mecanismo de la rueda

y echó lavavajillas para probar el pequeño ventilador. Las burbujas daban vueltas por el aire, pequeñas, numerosas, felices. Solo faltaba el revestimiento, que solía ser lo más laborioso porque había que mostrar buen gusto tras una fase de técnica pura. Pensó en Élise, en su tienda, en su piso, y engalanó la construcción con un torbellino de colores.

Gauvain consiguió hacer dos de los tres mecanismos previstos de forma sucinta. Por más que la tarea se anunciase ardua antes de alcanzar el objetivo, el chico había entendido los principios y no necesitaría al maestro para finalizar el conjunto.

Édouard lo dejó continuar solo y fue a saludar a Raymond antes de irse. El hombre se había tumbado en el sillón al lado de Nimbus con Vénus entre los brazos. Los tres dormían profundamente y cada respiración tocaba su propia melodía.

Se quedó observándolos un rato. Era uno de esos momentos emotivos de los que nunca hay que privarse.

La lenta digestión de un cuerpo

Esa noche, Adèle se marchó inmediatamente después de cenar y Gauvain la siguió. No encendió la luz que tenía en el manillar para hacerse invisible en la noche y se dejó guiar por los cascos del caballo, aunque ya conociese el destino. A pesar de la lentitud del trote, era difícil seguir al animal en bicicleta. En el último cruce, ella se desvió a la izquierda para tomar el camino más ancho, accesible para Perceval. El chico tomó el camino de la derecha y luego el sendero que subía hasta el lago. Dejó la bicicleta cerca del banco y fue a pie hasta la roca de los Falsos Amantes.

La luna, casi llena, iluminaba el camino con una luz fría. Al llegar al sendero flanqueado de árboles, encendió la linterna para que la repentina oscuridad no lo precipitase barranco abajo. Subió hacia la cima. La luz macilenta de la luna volvía a permitirle distinguir todos los detalles a su alrededor. Gauvain era el actor de una antigua película muda. La escena ya había empezado. Esa vez, decidió acercarse para oír la conversación.

Al hombre, atado a la roca mediante varias cuerdas finas, le había parecido muy excitante que, desde el primer momento, ella quisiera ir al grano y hacer cosas poco habituales en las parejas tradicionales. Su mujer nunca le proponía esos jueguecitos, y no se esperaba romper con la monotonía con esa criatura excepcional. Fue ella quien tomó la iniciativa durante la visita al bosque que la pareja había hecho unos días antes, y se dejó llevar por esa experiencia insólita. Adèle ponía caritas cuando le acariciaba la cara, el torso, el sexo. Cuando echaba la cabeza hacia ella buscando su boca, lo evitaba, lo que volvía al hombre loco de deseo. Le desabrochó el pantalón y se lo bajó hasta las rodillas con gesto brusco. El calzoncillo fue detrás. Estaba empalmado.

Desde su escondite, Gauvain podía oír cada palabra. La conversación degeneró enseguida.

—Estás casado, ¿no?

—Ella nunca lo sabrá —contestó el hombre riéndose. Aún no había visto el cuchillo que Adèle acababa de sacarse del cinturón de cuero ni sabía que el juego iba a convertirse en una pesadilla.

—¿Y no tienes reparos en follar con cualquiera?

Con los testículos y el pene del hombre en la mano, blandió la hoja entre sus rostros.

Él entró en pánico. Tenía los brazos en cruz atados con una ligadura que daba la vuelta a la roca y el vientre sujeto con otra cuerda.

—ME CAGO EN LA PUTA. ¿ESTÁS LOCA? —gritó él.

—¡Oh, pero si ya no estás empalmado, amorcito! ¡Qué lástima! Ya no eres tan listillo, ¿eh? No soporto a los hombres que meten la polla en cualquier parte. Un día lo tienen que pagar. ¡A ti te toca hoy!

La joven hablaba con una voz serena y gélida. Empezó a mover despacio hacia abajo el brazo que sujetaba el cuchillo mientras su víctima intentaba alejarla a patadas, para hacerle daño, para que lo soltase. Pero estaba amarrado por la pelvis, lo que le impedía hacer ciertos movimientos con las piernas.

—Si no dejas de moverte, esto va a ser una carnicería.

El hombre se imaginó el intenso dolor cuando lo rajara, la sangre que brotaría de sus entrañas y lo vaciaría hasta morir. «¿Los huevos y la polla pueden reimplantarse? ¡Si los conservo en frío, tal vez sí!» Pensó en su mujer. La perdería, bien porque se iba a morir, bien cuando saliera de reanimación y le explicara que ya no era un hombre. A pesar de todo, la quería. Aunque no lo maniatase y ya no lo excitase demasiado.

Pidió ayuda a gritos lo más fuerte que pudo, lo que irritó a Adèle. Ninguno había chillado nunca tanto. Con el viento a favor, acabarían oyéndolo. Le cortó el bóxer y lo amenazó con metérselo entero en su puta boca si seguía gruñendo como un cerdo al que están degollando. Gauvain, petrificado detrás de la roca, no movía ni el aire que aspiraba. De hecho, ¿seguía respirando? Él también intentó gritar, pero no le salía ningún sonido. Ningún músculo le respondía. El terror le estrujaba las entrañas, y cerraba los ojos a intervalos sin poder controlar los párpados, para protegerse del horror.

—Te denunciaré e iras a la cárcel —probó el hombre, que ahora

lloraba, al notar la hoja del cuchillo en la parte superior de su sexo.

—¿Y qué le dirás a tu mujer? ¿Que te perdiste en el bosque por casualidad?

—¡HIJA DE PUTA!

El hombre forcejeaba y gemía mientras trataba de hacer acopio de fuerzas con la esperanza vana de que las cuerdas cediesen. Así estuvieron largos minutos durante los cuales la joven vigilaba a la presa mirándola con desprecio. Disfrutaba viéndolos tomar conciencia de su fragilidad, de ver que la virilidad los abandonaba con la cobardía de una traidora.

Adèle esperó a que sucumbiese a la desesperación, a que su cuerpo dejara de moverse, a percibir que renunciaba, que se resignaba. A que se hiciera a la idea. Siempre esperaba ese momento en que tiraban la toalla con cara de decir: «Vale, tienes razón, me lo merezco». Ese momento en que eran conscientes de que no podían dominar a las mujeres, al menos no siempre, o no a todas, y que tenían que expiar sus pecados. Pretendía que les dejara huella, que lo recordaran, que no volvieran a hacerlo nunca más.

Soltó a la presa y dio un paso atrás.

—Pobre gilipollas, mírate. Se te ha desinflado en tres segundos y te mearás encima en cuanto me dé la vuelta. Pero qué listín y qué valiente eres. Irás a llorar como un perro a los brazos de tu mujer. Y ella no sabrá por qué. No tendrás los cojones de decirle que eres un cerdo que piensa con la polla. Puede que la próxima vez que se te ocurra engañar a tu mujer, te acuerdes de mí. Deberías pensártelo dos veces.

La joven rodeó la roca, se subió al caballo y se acercó a las cuerdas, que cortó con un golpe seco del cuchillo, afilado como un sable, para luego irse al galope por el camino que la había llevado hasta allí.

El hombre, desconcertado, se sorprendió al ver que su cuerpo se liberaba de pronto y salió corriendo, en un estado de conmoción y de pánico, para escapar del peligro que seguía creyendo inminente. La pendiente se pronunció enseguida y él, aún con el pantalón bajado, era incapaz de controlar su trayectoria. Gauvain, a quien el inesperado desenlace había sacado de su entumecimiento, intentó ir tras él para

detenerlo, porque sabía lo que iba a suceder si se caía. No le dio tiempo.

El lago de aguas oscuras y frías esperaba a su presa.

El hombre tropezó, cayó rodando y chilló al golpearse contra las rocas. Unos segundos después, el ruido del agua, resquebrajada por una masa pesada, resonaba en todo el valle. El Espejo de las Hadas, cómplice involuntario de una mujer despiadada, comenzaría la lenta digestión de un cuerpo humano. La mosca había caído en la trampa de la drosera.

Gauvain bajó a toda velocidad esa pendiente que conocía de memoria. El miedo a la tragedia acentuó su agudeza visual y veía el menor detalle del camino entre las rocas. Lanzó la linterna cerca de la bicicleta, se quitó los zapatos y el jersey, y se zambulló en el lago. La temperatura del agua lo caló y dedicó toda su energía a llegar hasta el hombre. El frío y el cieno eran una amenaza para cualquier cuerpo que se sumergía en ese lago, pero Gauvain había aprendido a nadar cuando era muy pequeño y se encontraba cómodo en ese elemento. Solo lo separaban unos metros del cuerpo que aún flotaba y parecía inconsciente. Al menos, eso esperaba. El chico no pudo comprobar su respiración hasta que alcanzó la orilla. Era débil. La víctima emitía un gemido imperceptible. Gauvain se preguntó qué debía hacer a continuación. Se le pasaban por la cabeza mil ideas a la vez. No podía dejarlo así, ni llevarle en la bici, menos aún arrastrarlo hasta la primera vivienda, que estaba a más de dos kilómetros del lago. Por más que la situación fuera inquietante, no tuvo otra elección que dejar al pobre hombre para ir a buscar ayuda. Lo tapó con su jersey seco, se calzó las zapatillas y montó de un saltó en la bicicleta. Encendió la luz y bajó a toda mecha la pendiente del camino, procurando evitar la valla de madera que cerraba el acceso. Nunca había pedaleado tan deprisa ni había respirado de una forma tan caótica. Lo separaban tres kilómetros de la aldea. ¿A quién acudir? Pedalear. A su madre, no. Pedalear. A Raymond, tampoco. Pedalear. «Ojalá no se muera.» Pedalear. «Puede que ya esté muerto.» Pedalear. «¿Dónde está Adèle?» Pedalear. Pedalear. Pedalear.

Blancanieves

Confió en su caballo.

Por la noche, veía mejor que ella. Adèle sujetaba las riendas con una mano, llevaba el cuchillo en la otra y huía del lugar de los hechos con el mismo ardor que la había impulsado a ocasionarlos. Se conocía el bosque prácticamente de memoria ya que llevaba casi un año recorriéndolo con Perceval, a pesar de que en algunas zonas estaba prohibido pasar a caballo. Ya la habían llamado al orden varias veces cuando se saltaba esas normas. Una mujer, un animal, caminos, el bosque…, ¿qué tenía eso de malo? Tomó la ruta de las landas de Gautro hacia el nordeste hasta Métairie Neuve. Debía cruzar una carretera asfaltada. Aprovechó para detenerse y guardar el cuchillo en la funda de cuero de su cinturón, que un artesano del bosque le había fabricado a medida. El arma estaba tan afilada que podía herirse o herir al caballo. En la ruta que salía hacia el nordeste, se levantaba frente a ellos una barrera metálica que estaba bajada y cerrada con candado. La escasa luz bastaba para distinguirla, sabría guiar a Perceval. Aun así, no había mucho espacio para coger impulso. La anchura de la pequeña carretera, luego los cinco metros de camino y ya habría que saltar. Adèle le dio ánimos. Su «¡Arreee!» albergaba toda la ira del mundo, un poco de locura humana y su propia rabia. Un talonazo seco en los flancos la hizo salir como un atleta en los bloques de salida y llegar al galope tras unos pocos pasos firmes. Ella ya había saltado obstáculos en la pista del centro hípico, cuando competía, cada vez más altos, más anchos, más estimulantes. Pero nunca de noche. Nunca tras ese tipo de enfrentamiento con un hombre. Nunca con tanta adrenalina corriéndole por las venas. El caballo era fuerte. Alcanzó la velocidad suficiente para tener la oportunidad de lograrlo, y ella solo tuvo que sujetarse, ni siquiera guiarlo. Cerró los ojos mientras se elevaba. Le gustaba ese momento en que dejaban de tocar el suelo. En el aire, casi volando, esa pequeña

náusea cuando el estómago ascendía y, luego, el choque al tocar el suelo al otro lado, que significaba que lo habían conseguido. Un instante ínfimo pero lo bastante intenso para extraer fuerzas y valor.

Dar el salto con un salto.

Adèle siguió trotando hasta la siguiente bifurcación, antes de llegar al largo camino recto que llevaba al cruce de Ponthus. Una enorme estrella de seis puntas de la que salían pistas forestales en todas las direcciones. Se detuvo en medio del amplio espacio vacío y dejó que el caballo se recuperase. Observó las estrellas, que atenuaban la luminosidad lunar, y se sintió bien, allí, sola, entre elementos que no le harían daño. De niña, la angustiosa crueldad de algunos cuentos la bloqueaba. Había temblado con Pulgarcito, había comido migas de pan con Hansel y Gretel, había tenido miedo del cazador con Blancanieves. Ya no la asustaba el bosque de noche. Desde el momento en que llegó, Brocelianda la invitó a acurrucarse en sus brazos oscuros y serenos, a unas horas en que la mundanal furia daba tregua a los hombres. Brocelianda y Adèle se reconocieron como dos amigas que ya se hubieran querido antes. La oscuridad, los sonidos de los animales, los crujidos o el viento le parecían algo natural sin ser amenazadores. Cada cual era libre de elegir el miedo con el que temblar. Adèle había decidido, tras huir, considerar el bosque como un refugio.

Sola en mitad de ese gran cruce, iluminada por la luna y rodeada de árboles centenarios, Adèle se sentía viva por su realidad íntima, no por la imagen que ofrecía a los demás. El vértigo ante la inmensidad compensaba su aversión hacia la humanidad. Pensó en su madre y se prohibió llorar. Para engañar las emociones, volvió a ponerse en camino e incitó a Perceval a correr a galope tendido los dos kilómetros siguientes. Al animal le gustaba esforzarse, quería más, resoplaba con fuerza, alargaba el paso. Tal poder entre las piernas se apoderaba de Adèle, la alimentaba, la enardecía. No había encontrado una experiencia más excitante que la de cabalgar al galope. Con el cuerpo en tensión, suspendido por encima de la silla, solo las manos se agarraban a la rienda de cuero, a las crines; solo los pies se apoyaban en los estribos. Volaba con el caballo, guerrera e invencible. Ella era el

galope y se abría paso entre la oscuridad como el niño que desgarra las carnes maternas a la conquista de un mundo nuevo. Nada podía alcanzarla: ni las flechas de los enemigos ni la suciedad mugrienta del desprecio de esos hombres.

—¡Lo hago por ti, mamá! ¡Por ti! —gritaba Adèle sin parar—. ¡Por ti, mamá, y por todas las demás!

Se detuvo al llegar a unos caminos más estrechos y demasiado irregulares para las patas del caballo. El animal estaba sin aliento, y ella, en trance. Por haber librado la batalla, por haber regresado del ataque, por haberse concentrado para no caerse, atenta a las ramas bajas que podían lastimarla en represalia por sus actos. Ignoraba si algunos árboles del camino habían tomado partido. El de la justicia o el de los culpables. Solo notó una rama en la mejilla, se imaginó un simple rasguño. El cuerpo de Adèle ardía a causa del esfuerzo y por el contacto con el caballo sudoroso. El frescor del aire la envolvió; era una quimera con las manos heladas. Pero solo era una niña frágil, más perdida entre sus propios demonios que en el bosque.

Bajó del caballo sin haber estudiado de antemano la topografía del suelo. De inmediato se oyó un crujido y un violento dolor en la pierna izquierda la dejó sin respiración, como si el puñal que llevaba en la funda la hubiera atravesado. Si no se hubiera agarrado al estribo, se habría caído. Supo de inmediato que el hueso estaba roto.

A pesar de la herida en la pierna, a pesar de ese dolor que la mordía como un animal enloquecido, fue cojeando hasta un tocón sin soltar al caballo. Si Perceval se iba, estaba perdida. Ató la brida a una rama cercana y se bajó como pudo el pantalón antes de sentar la nalga izquierda en el árbol cortado para, así, apoyar lo mínimo posible la pierna muerta. Dobló la rodilla derecha y dejó que la orina corriera por el tocón y las lágrimas por su rostro. Sufría por su pierna y por la mujer que era. Sufría por todas las mujeres, y nadie lo sabía.

Debía regresar. Averiguar cómo estaba esa fractura. Seguramente habría que escayolarla. Tomar unos analgésicos para el dolor que amenazaba con debilitarla.

Debía regresar y pedir ayuda.

Volvió a coger la brida y fue al otro lado del caballo. Bajó el estribo

e hizo un primer intento de subirse a la silla, pero Perceval estaba nervioso, no entendía por qué su jinete subía por la derecha, cuando siempre lo hacía por la izquierda. El caballo la arrastró al echarse hacia atrás y Adèle tuvo que apoyar la pierna rota, lo que le arrancó un chillido de dolor. El bosque absorbió el grito entre los troncos negros y el follaje moribundo con una aparente indiferencia. La chica acarició al caballo y lo tranquilizó mientras sollozaba. Notan cuando los necesita el ser humano, comprenden el desamparo. Adèle estaba segura. Volvió a agarrarse con todas sus fuerzas a la silla para levantar la pierna sana hasta el estribo sin necesitar mucho la otra, que parecía muerta. Tensó todos los músculos del cuerpo para alzarse y recostarse en la silla. Frente a ese terrible dolor y lo lejos que estaba de Doux Chemin, se preguntó por un momento qué la ayudaría a aguantar y si no sería mejor terminar de una vez. Tenía el cuchillo a mano, el hastío también. Cortaba tanto que el tajo en el cuello no habría de ser profundo. La muerte vendría a por ella en unos segundos y todo estaría en paz. Pero pensó en Gaëlle, que la había acogido con tanta amabilidad. Y, sobre todo, en Gauvain, que se había encariñado con ella, al igual que ella con él. Hermano pequeño, hermana mayor. A pesar de carecer de un vínculo biológico, sentía cierta responsabilidad hacia Gauvain. Regresaría por él, resistiría a pesar de esa pierna que se arrastraba y sufría, a pesar de las pendientes que hubiera que bajar y de las ramas que tuviese que esquivar.

Resistiría por él. Gauvain no se merecía perderla. Al pensarlo, Adèle se dio cuenta de que, en realidad, era ella quien no se merecía perder a ese joven tan lleno de luz. El único que había conocido hasta entonces.

Se tumbó sobre el cuello del caballo, cerró los ojos y se dejó llevar.

Ahogado

Acababa de sonreír al mirar el despertador que estaba en la mesilla. 22.22. A Élise siempre le maravillaban esos pequeños momentos simbólicos. Pauline lo hacía de niña; un conmovedor punto en común entre las dos personas que más quería. Édouard, sentado en el borde de la cama, estaba ocupado ordenando documentación administrativa rodeado de papeles desperdigados, cuando de pronto oyó unos pasos sonoros precipitarse por los escalones de la escalera. No le dio tiempo a pensar en nada más porque la puerta se abrió y Gauvain, chorreando y aterrado, entró en el cuarto. Sus ojos habían visto al diablo, que seguía pisándole los talones.

—¿Gauvain?

El chico asió al hombre por el cuello de la camisa, lo arrastró hasta el escritorio, le puso las llaves del 4 × 4 en la mano, agarró la manta que reposaba en el sillón y fue con Édouard escalera abajo a toda prisa. Le cogió del brazo y lo llevó corriendo hasta el coche.

—¡Estás empapado! ¿Qué ha pasado? ¿Es grave?

El adolescente asintió. No apartaba la vista de la carretera y, con expresión concentrada y echado hacia delante, indicaba a Édouard qué dirección tomar. Golpeaba el salpicadero para decirle que acelerase. Por suerte, a esas horas apenas había circulación en la zona. Cuando el vehículo se detuvo ante la barrera de entrada al valle Sin Retorno, Gauvain salió para abrirla y, después, iluminado por los faros, echó a correr hacia el lago. Édouard lo siguió en el 4 × 4 al tiempo que se preguntaba con qué se encontraría allí arriba. La atmósfera no le daba buena espina. Al desviarse hacia el Árbol de Oro para ir tras el joven, vio el cuerpo.

—¡Mierda! ¿Qué está pasando aquí?

Dejó el vehículo en punto muerto con las luces encendidas y salió disparado para ir junto a Gauvain, que ya zarandeaba al hombre. Este abrió los ojos cuando llegó Édouard. Estaba temblando y tenía el

pantalón bajado por debajo de un pene minúsculo y congelado que caía tristemente sobre el muslo. Édouard no tuvo tiempo para pensar. Gauvain ya había ido a abrir el maletero y bajar los asientos traseros. Después volvió y se puso a los pies de la víctima, dispuesto a llevarlo. Lo colocaron en el maletero, tumbado y tapado con la manta, y luego regresaron a la carretera a toda prisa.

—Gauvain, no sé qué está pasando. ¡Tienes que explicármelo!

El chico, más callado que nunca, miraba el parabrisas aliviado porque la situación estaba controlada, al menos en apariencia.

—¿Adónde lo llevamos? ¿Al hospital?

Obtuvo un no categórico.

—¿A casa de tu madre?

Gauvain volvió la cabeza de forma brusca hacia él y lo miró enfadado como diciendo: «¿No se te ocurre algo más idiota?».

—¿A casa de Raymond?

Su joven pasajero levantó el pulgar.

Unos minutos más tarde estaban dejando a un hombre aterido, medio desnudo y calado hasta los huesos encima del sofá del anciano, que no hizo preguntas, y acto seguido lo desnudaron, lo secaron con una toalla y lo abrigaron con una manta gruesa. Raymond volvió entonces de la cocina con un vaso grande lleno de la bebida que Édouard había probado. Este se estremeció al ver que todo se jugaba a una carta: bien ese brebaje remataba al ahogado, bien le daba un latigazo y lo sacaba del sopor.

—Bébetelo de un trago, hará que entres en calor —ordenó Raymond.

El hombre tembloroso obedeció sin rechistar y se bebió el licor de una vez, lo que le provocó un espasmo por todo el cuerpo que lo puso en tensión, seguido de una inspiración desesperada y silbante. Después se derrumbó en el sofá mientras soltaba el vaso sobre el grueso linóleo. La perrita no tardó en ir a olisquear el objeto. Gauvain se lo impidió y la cogió un rato para reconfortarse, hasta que el anciano constató que él también estaba empapado. Lo llevó al dormitorio y sacó ropa del armario; luego colgó toda la ropa en el tendedero que estaba encima de la estufa, cuyo fuego crepitaba para caldear el

ambiente y calentar a la víctima.

—¿Qué calamidad le habrá sucedido? —preguntó Raymond mirando al hombre tumbado—. ¿Alguien lo ha martirizado?

—Yo tampoco entiendo qué pasa —declaró Édouard.

—Está hecho polvo, ¿crees que podrá hablar?

—Esperemos.

—¿Y quién le habrá hecho esos arañazos tan profundos en la minga y en los muslos?

—Creo que ha atravesado las aulagas al correr, antes de caerse en el lago. En esa zona son muy fuertes y densas.

—Como suele decirse, ¡habrá tenido un dolor de mil demonios!

—El agua está tan fría que lo habrá anestesiado justo después.

—¡Válgame Dios!

—Gracias a Dios...

Los tres estaban sentados en sillas dispuestas alrededor de la víctima, que respiraba con más calma bajo la manta. Esperaban un milagro. Esperaban que resucitase. Aunque no estuviera muerto. El reloj de otra época marcaba el tiempo, lo cortaba en segundos. Después de cada sonido que emitía el segundero, un pequeño resorte chirriaba, síntoma de un mecanismo muy antiguo. Todo resonaba en el silencio del salón. Vénus ladraba, movía la cola y, como un jovial catador de moribundos, se acercaba a mordisquear los dedos del desconocido que pendían por fuera de la manta. Sin que el hombre reaccionase. Nadie se atrevía a comprobar si estaba consciente. Mientras sus pulmones se elevasen, preferían dejarlo en paz.

—¿No te habrás pasado un poco con la dosis de alcohol?

—¡Hombre! Como suele decirse, ¡tenía que hacerlo entrar en calor!

Gauvain se levantó y desapareció por el pasillo. Édouard supuso que necesitaba ver a Gaëlle, calmarse él también. Había hecho todo lo posible y había pasado un miedo horroroso. Motivos de sobra para que el adolescente se encontrase exhausto.

El superviviente abrió los ojos a duras penas, agotado y aturdido. Dejaron que se relajase unos segundos, lo tranquilizaron, le explicaron dónde estaba. Luego, cuando pareció preparado, Édouard se propuso averiguar qué había pasado.

—¿Recuerda qué ha ocurrido?

—Me acuerdo un poco. Una demente me ató a la roca. Y luego corrí para escapar de ella, no sabía bien dónde estaba y me caí al lago. Su hijo me rescató enseguida. No decía nada. No sé de dónde salió ni por qué estaba allí, pero creo que me ha salvado la vida.

—¿Qué hacía allí arriba?

—Había quedado con ella. Disimuló muy bien su estratagema. No sé qué le pasó. Quería cortarme los huevos, y todo lo demás. Estaba seguro de que iba a hacerlo. Tenía una mirada llena de rabia.

—¿De quién está hablando? —se extrañó Raymond.

—Una joven morena de pelo largo a lomos de un caballo blanco —continuó el hombre.

—¿Nuestra Adèle?

—Me temo que sí —dedujo Édouard.

A continuación, el superviviente, que iba recobrando las fuerzas, dio unas explicaciones vagas y un poco vergonzosas. Su enfado aumentaba a medida que su cuerpo se calentaba.

—De todas formas, iré a la poli y la denunciaré. ¡Esa loca casi me mata! Tienen que encerrarla.

—¿Y qué le dirás a tu parienta? —le preguntó sosegadamente Raymond, que quería salvar a todo el mundo.

El hombre bajó la mirada avergonzado. Su mujer lo pasaría mal. Tal vez lo dejaría. No estaba seguro. Se arrepentía. No quería hacerle daño.

—¿Y si vuelve a hacerlo?

—No lo hará más —le aseguró Édouard.

Se dirigió a Raymond para pedirle si podía acompañar al desdichado cuando se secase su ropa. Él intentaría encontrar a Adèle para reprenderla.

Al salir de la casa, vio luz en el taller y trató de entrar. La puerta estaba cerrada con llave. Golpeó el cristal y vio a Gauvain de espaldas, sentado delante de la mesa y con ropa de otra época sobre los hombros. Pegó la cara al cristal y reparó en que un tablón bloqueaba la puerta. Volvió a llamar, y el chico hizo un gesto con el brazo para indicarle que se marchara, sin darse la vuelta siquiera.

Édouard aceptó la orden con el corazón en un puño. Habría preferido acompañarlo en un momento tan difícil y traumático para aliviar su angustia. Supuso probable que sus anteriores crisis de pánico se hubieran producido tras escenas semejantes, y esa noche la cosa se había puesto fea. El chico había reaccionado bien y había salvado a aquel hombre, sin duda. «Ha pensado que era mi hijo...»

El autómata le vendría bien. Édouard conocía sus virtudes.

—¡Ya sabes dónde encontrarme! —se conformó con decirle en voz alta antes de irse.

Solo tenía que cruzar unos treinta metros para mover el coche desde la casa de Raymond hasta el patio de Gaëlle. Acababa de poner la primera y de encender los faros cuando, en la linde del bosque, divisó el caballo blanco con un cuerpo inerte sobre la silla.

—¡Dios santo!

Aparcó el coche de manera que iluminase el camino y llamó a voces a Gaëlle mientras se dirigía hacia la casa. La mujer salió a toda prisa poniéndose un chal sobre los hombros.

—Vas a tener que ayudarme, no hagas preguntas. Te lo explicaré cuando todo haya vuelto a la normalidad.

—¿Dónde está Gauvain?

—En el taller de Raymond. Está bien.

Édouard salió disparado hacia el bosque y volvió al cabo de un rato tirando de las riendas. Adèle se había enderezado en la silla. No decía nada, pero sabía que él estaba al corriente. Su mirada lo expresaba todo.

—Creo que me he roto la pierna.

Detuvo el caballo delante de la casa y Adèle se dejó caer en sus brazos. La llevó al sofá con sumo cuidado. Gaëlle fue a guardar a Perceval en el granero después de quitarle la silla. Tendría paja para revolcarse, restregarse y secarse. También comprobó que no estuviera herido.

Cuando entró en el salón, Édouard regresaba de la cocina con un paño limpio y una olla de agua caliente. Empezó a limpiar el cuello lleno de sangre de la joven, subiendo poco a poco hasta el rostro.

—Creo que tienes un corte profundo en la mejilla. Lo más seguro es

que necesites puntos de sutura.

—Lo que me duele es la pierna.

—Voy a llevarte a urgencias.

—¿Qué ha sucedido? —probó a preguntar Gaëlle.

—¿Contestas tú? —propuso Édouard a la joven, quien miraba el techo para no llorar.

—La he cagado.

—¿Eres la causante de que Gauvain a veces vuelva a casa histérico? —continuó la mujer.

Ante su silencio, Gaëlle salió corriendo hacia la puerta y Édouard frenó su impulso.

—Creo que no quiere ver a nadie. Está trabajando. Le sentará bien. Déjalo, allí está a salvo. Raymond no está lejos.

—Pero...

—Por favor.

Cuando fue a acompañar al desconocido, el anciano gritó a través de la ventana que la puerta estaba abierta y la cama del piso superior disponible, por si quería dormir.

A su regreso echaría un vistazo dentro del taller, vería al chico atareado, se fijaría en un colchón que una sábana vieja protegía del suelo, con una almohada y una manta doblada encima, y sabría que Gauvain no saldría de allí hasta terminar su obra.

Édouard puso a Adèle en el asiento trasero y le acomodó la pierna entre unos cojines. Gaëlle no se ofreció a acompañarlos; quería quedarse con su hijo por si salía de la madriguera como un animalito hambriento en busca de comida. El hombre conducía muy despacio para mitigar el dolor.

—Ahora no te diré nada, no es el momento. Pero sí hablaremos mañana. Y no tendrás elección. De todas formas, no podrás ir muy lejos. Hoy has estado a punto de matar a un hombre y de acabar pasando en la cárcel unos cuantos años. Reflexiona esta noche, porque

mañana tendrás que darme algunas explicaciones. Y tendré que decirte algunas cosas.

No volvió a mencionar lo sucedido. La llevó hasta una camilla en la entrada de urgencias, se quedó con ella, se encargó de pagar los gastos médicos —Adèle no tenía ningún tipo de cobertura sanitaria—, esperó junto a su silencio, le sostuvo la mano cuando el médico le cosió la mejilla que la rama había cortado, ayudó al técnico de radiología a instalarla sobre la mesa helada, salió para evitar la radiación, luego volvió para ponerla de nuevo en la camilla. Salió a por un café para aguantar un poco más, compró un paquete de M&M en la máquina para su cerebro, necesitado de azúcar y de consuelo. Cuando regresó, observó la curiosa técnica de inmovilizar una pierna dentro de una carcasa de resina mientras le ofrecía las golosinas al enfermero.

Más tarde, en plena noche, dejó a Adèle en su cama, le quitó la ropa sucia, indiferente y sin entusiasmo a pesar de su desnudez, le pasó una manopla de baño con agua caliente por la parte superior del cuerpo para limpiarle los últimos restos de sangre, le puso una camiseta larga y cerró la puerta al salir, movido por una mezcla de enfado y de pena. Antes de regresar a su cuarto, dirigió la mirada hacia la casa de Raymond. La ventana del taller seguía iluminada. Se contuvo para no ir.

«Confía en la vida…»

Cuando se suelta todo

Esa mañana fue extraña.

Adèle y Gauvain no estaban sentados a la mesa. El vapor que salía de las tazas se perdía en el silencio ambiental. El rostro fatigado de Gaëlle reflejaba la mala noche que había pasado. Édouard había dormido lo justo. Raymond no diría nada de su sueño. Dormía en cualquier sitio, de noche, de día, cuando se lo pedía el cuerpo. Algo caótico difícil de explicar. Habló del sueño de otro.

—Gauvain ha venido a tomar un café con leche y una tostada. Ha acariciado a Nimbus, ha jugado con Vénus y ha vuelto a encerrarse en el taller. Creo que no ha dormido mucho, pero sí se ha metido bajo la manta. Se tumbó tal cual en el colchón. Eché un vistazo al pasar.

—¿Qué le ha ocurrido a Adèle? —preguntó Gaëlle, que no entendía nada desde la noche anterior.

—Espero saberlo —le contestó Édouard al tiempo que se levantaba para preparar una bandeja con el desayuno.

—Ponle también un yogur sin azúcar.

Caminó deprisa bajo la llovizna. Raymond la habría llamado «calabobos» con esa lengua tan particular que hablaba, una mezcla de jerga, palabras antiguas y expresiones que parecía inventarse. Una lluvia breve y fina, como solía caer en Brocelianda, y que daba al bosque un brillo diferente: el del almíbar que cubre una tarta de manzana. Si a continuación surgía un rayo de sol, el ambiente resultaba mágico de tan centelleante.

Dejó la bandeja en el suelo y llamó a la puerta. Un sí imperceptible consiguió atravesar el tabique. Abrió de par en par antes de coger el desayuno. La joven estaba irreconocible. Tenía inflamada la mejilla en torno a los tres puntos de sutura, que rodeaba un ancho arañazo de un rojo intenso. Unas ojeras profundas y oscuras, unos ojos mudos. El hombre dejó la bandeja sobre la cama y cogió una silla para sentarse al lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele.

—Podrás tomarte unos analgésicos con el café. ¿Quieres que te haga preguntas, o prefieres contármelo tú?

—Házmelas, imagino que tendrás.

—Supongo que no era el primero, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Cuántos?

—Era el cuarto.

—¡Dios mío! Es un milagro que ninguno te haya denunciado. ¿Por qué?

—¡Para que la pagaran!

—Que pagaran ¿qué?

—¡Su infidelidad!

—Pero ¿qué tiene que ver eso contigo, Adèle?

—Que los hombres tomen el pelo a su mujer es algo que nos concierne a todas las mujeres.

Se calló. Explotaba y, a la vez, sentía que una tristeza terrible se apoderaba de ella al pensar en su madre. Nunca había previsto contárselo a nadie y, sin embargo, en ese preciso instante, con la mejilla hinchada y la pierna rota, fue consciente de que debía acabar con esa lucha. O, al menos, no emprenderla a cualquier precio.

Édouard le sirvió un vaso de agua y sacó un comprimido del blíster para tendérselo.

—¿Sabías que Gauvain ha vuelto a casa varias noches muy afectado por tu culpa?

—No lo sabía.

—Ayer salvó a ese hombre de morir ahogado. Imagínate lo que sintió al verte hecha una furia con un cuchillo en la mano, dispuesta a mutilar a ese desgraciado que no había hecho nada. ¡Cuánta violencia! Sabes lo sensible que es.

—¡Ya te he dicho que no tenía ni idea de que me siguiera!

—Aparte del problema de haber traumatizado a Gauvain, no puedes tomarte la justicia por tu mano, una justicia que solo decides tú.

Adèle no contestó. Se había quedado sin fuerzas la noche anterior y

ahora comía con apetito. Édouard arrimó la silla a la cama, así estaría cerca para recibir sus confidencias sin estropearlas. Intentó comprender el origen del dolor, la razón primigenia, la que le inoculó esa locura. La joven se escondía tras la taza de café, acorralada en un rincón de la jaula.

Le costaba hablar, explicar lo que había sucedido, deshacerse en vómitos de odio, pero ¿quién si no la escucharía? Ese hombre cuyo olor le parecía tan agradable la había cuidado como un padre a su hija. Es probable que Adèle nunca tuviera otra oportunidad para hablar, era consciente de ello.

—¿Alguien te ha hecho daño?

—Mi padre. Y también se lo hace a mi madre. Me fui, la abandoné para protegerme. Quemé las naves.

—¿Hace mucho?

—Poco más de un año.

—Entonces ¿hace poco más de un año que tu madre no sabe nada de ti?

—Sí.

—¿Te imaginas su dolor?

—No quería que él me encontrase.

—¿Qué pasó?

Un olor amigo, un callejón sin salida; la huida era imposible...

Adèle respiró hondo y, si bien no emitió ningún sonido al primer intento, lo logró al segundo. Édouard la escuchó sin interrumpirla, también sin cogerle la mano; no era ese tipo de mujer a la que reconfortara el contacto masculino. Ignoraba que un olor podía hacerlo.

Así fue como conoció el origen de esa rabia y ese afán de venganza.

—Siempre he visto a mi madre sometida a mi padre. Obedece, acata, pero no obtiene ninguna alegría. Se ha dejado avasallar toda la vida, y yo he decidido hacer lo contrario. Imitamos o nos rebelamos, ¿no? Aun así, también me han tocado el culo en el trabajo, mis padres tienen un restaurante. Ni siquiera era mayor de edad. Yo respondía, daba bofetadas a los clientes y mi padre lo detestaba. Me hacía pasar por loca para no perder clientela. Estudiaba una carrera al mismo

tiempo, lo que me ofrecía una perspectiva para escapar. Cuando confesé a mis padres que era lesbiana, mi padre se puso como loco. Tendría que haberme ido entonces.

Por más que Adèle se imaginaba fuera de su cuerpo para describir lo sucedido, la herida de la ruptura volvía a abrirse, acompañada de rabia. Édouard le daba tiempo. Veía claramente esa lucha interna que él ya había vivido, si bien por motivos diferentes y con menor intensidad. Aunque ninguna pena podía clasificarse en una escala.

—Un día, mi padre me pidió que volviese a arreglar una habitación del piso superior, para un cliente que la quería de inmediato. Cuando entré, la puerta se cerró: dentro me esperaban dos clientes habituales del restaurante, uno joven y otro más mayor. Primero intentaron tocarme los pechos y el culo, y me resistí. El viejo me agarró los brazos y el joven me arrancó los botones del escote y me levantó la falda para quitarme las bragas. Yo le daba patadas y, cuantas más le propinaba, más se enfadaba. El otro me sujetaba con mucha fuerza, así que consiguió meterme sus dedos antes de que le soltara una patada en la barbilla. Se echó hacia atrás y empezó a quitarse el cinturón gruñendo que mi padre le había dicho que me enseñase lo que era un hombre. Sentí que algo se apoderaba de mí, la fuerza de una fiera. Chillé, mordí al viejo que me sujetaba, di un puñetazo al otro y conseguí salir del cuarto. El cabrón de mi padre estaba esperando en el pasillo.

A Édouard le extrañó que no lo denunciase. Su cuerpo llevaba el estigma de la lucha. Pero tenía miedo de que su padre tomara represalias contra su madre. O contra ella. Así que Adèle canceló sus cuentas bancarias, usó su segundo nombre para abrirse una en otra entidad —bastó con poner ojitos al empleado alegando que su primer nombre no le gustaba—, dio de baja el contrato de su teléfono y vino al bosque a esconderse.

—Tu madre necesitará ayuda, ¿no?

—¡Yo también la necesitaba, joder!

—¿Estás resentida?

—¿Con ella? No. La compadezco. Siempre la he visto triste. Salvo cuando cose.

—Estará muerta de angustia. ¡La desaparición de su propia hija…! Se imaginará de todo. Pensará que estás muerta en un talud, o a merced de una red de trata de blancas. Seguro que no se quita esas imágenes de la cabeza. No puedes infligirle ese castigo. ¡Llámala y tranquilízala!

A Édouard se le hizo un nudo en el estómago. Pensó en su hija. Su alegre y sonriente Pauline, a quien nunca le había pasado nada grave. Un escenario semejante le resultaría insoportable. Se volvería loco de miedo y de pena.

—¿Y si me encuentra mi padre?

—Llama desde mi número, ¡al menos para decirle que estás viva y bien! ¡Él no te encontrará!

—Lo pensaré.

—No hay nada que pensar. ¡Hazlo! Te dejo el teléfono, luego me lo devuelves.

—¿Me vas a denunciar?

—¿A quién? ¿A la policía? Más bien deberías ir tú a ver a los polis, para denunciar a tu padre y a esos dos tipejos que te hicieron daño y probablemente vuelvan a hacérselo a otra.

Édouard dejó el móvil en la mesilla y cogió la bandeja. Estaba enfadado con esos cabrones que actuaban con impunidad absoluta y se creían con derecho a todo. Estaba enfadado con Adèle, por haber respondido a la violencia con más violencia y equivocarse de objetivo. No volvería a hacerlo. Al menos, eso esperaba.

Se cruzó en el patio con un Platon nervioso. El gato caminaba siguiendo la trayectoria del símbolo de infinito, con tanta insistencia que un ocho de hierba aplastada empezaba a marcarse en el césped. Lo hacía una y otra vez, maullando como si susurrase. Parecía hablarse a sí mismo. Aunque había quien afirmaba que los gatos perciben cuando los humanos están mal, de pronto podía concebirse a la inversa: Édouard nunca lo había visto tan preocupado. Platon no le prestó mucha atención. Sin embargo, cuando lo vio encaminarse hacia la casa con la bandeja, el animal corrió en dirección al bosque.

Con la bandeja vacía en las manos, Édouard se ayudó del codo para apoyarse en el pomo y entrar. El día no había hecho más que empezar,

y una segunda mujer mostraba su dolor bajo ese techo.

Un mecanismo funcionaba en bucle encima de la mesa. Gaëlle lo miraba sin contener las lágrimas. No apartó la vista del objeto cuando Édouard se sentó a su lado. Tampoco cuando apoyó una mano firme sobre su hombro, ahora endeble. Estuvo un rato observando el movimiento, intentando comprender qué representaba ese objeto. Gauvain había logrado un reto técnico. Lo había conseguido sacrificando la noche. El alumno había impresionado al maestro. Una calidad semejante para una segunda creación confirmaba una mente ágil, una lógica sutil, una inteligencia excepcional. Además, había cuidado el revestimiento y el objeto era bonito.

A pesar de su belleza, hacía llorar a Gaëlle.

Una escalera, un rey del ajedrez que la baja, luego vuelve a aparecer arriba, donde se encuentra con el alfil antes de volver a bajar. Abajo, la reina da vueltas por una puerta abierta. Hay un caballero fuera que no se mueve.

—¿Me lo explicas?

—Lo entiendo todo, y a la vez no entiendo nada.

—Cuéntamelo todo y no me digas nada.

—Representa la escalera de nuestra casa, donde se mató mi marido. Yo volvía del trabajo con un colega que me acompañaba. Cuando abrí la puerta, su cuerpo caía rodando por la escalera como una marioneta desarticulada. Murió en el acto, no pudimos hacer nada. Yo soy la reina. Gauvain la ha decorado con el mismo estampado del vestido que llevaba aquel día. Y el alfil es mi hijo. Lleva ese color azul de un jersey que siempre se ponía. Incluso ha reproducido el cuadro que decoraba la pared de la escalera. No cabe duda.

—Fue un accidente, ¿no? Él fue testigo de lo que pasó. ¿Será una manera de enfrentarse a sus demonios?

—Fíjate bien. Cuando el rey va al piso de arriba.

El mecanismo proseguía su ciclo delante de ellos. Lo movían tres motores distintos. Uno, para el alfil que estaba arriba; otro, para la reina que estaba abajo; y el tercero, más complejo de construir, para el rey que caía por la escalera. Esperaron pacientemente a que la pieza llegara al piso superior pasando bajo la estructura. Una proeza

técnica, según Édouard, quien se preguntó si él habría sido capaz de idearlo.

—Mira ahí. —Gaëlle señaló con un dedo el autómata—. Está al pie de la escalera y el alfil llega por detrás, como si lo empujase.

—Tenía cinco años, no pudo empujar a su padre por la escalera. ¡Gaëlle, fue un accidente!

—¡Fíjate bien en el movimiento! ¿Y si Gauvain tratara de decirnos algo?

—¿Dónde está?

—Debe de estar en el claro, la cinta no está aquí.

Édouard accionó el interruptor del autómata para apagarlo y lo llevó a la habitación de Gauvain; quería apartarlo de la vista. Cuando regresó junto a Gaëlle, la abrazó y le propuso que fuera a pulir madera al taller mientras él iba al claro. Ella parecía haberse quedado sin fuerzas y le dio pena verla así. Una mujer resistente, luchadora, independiente, convertida de pronto en un ratoncito vulnerable. No obstante, de camino al bosque tuvo que rendirse a la evidencia: él también estaba agotado. Los acontecimientos se desencadenaban sin darle tregua. Una ardilla desapareció a una decena de metros delante de él.

«Podría calmarse un poquito ese cambio importante, ¿no?»

Édouard había ido hasta allí para encontrar respuesta a sus problemas y ahora ayudaba a resolver los de los demás. Una repentina melancolía se apoderó de él, una necesidad intensa de sentirse rodeado por unos brazos reconfortantes. Recordó esos momentos cuando, de niño, postrado en la cama con fiebre, su madre lo cuidaba con ese cariño maternal que lo cura todo.

Ya no tenía madre, ni padre ni esposa.

Élise estaba lejos. Era preciso elegir el momento apropiado para sentir esa necesidad. La distancia enseguida podía volverse cruel.

Se detuvo a mitad del camino placentero, allí donde un viejo roble, un poco apartado, se encogía sobre su tronco, robusto y nudoso. Cubierto de briofitas, encarnaba la imagen de un anciano sabio y somnoliento al que nadie se atreve a molestar. Édouard no supo qué lo empujó a ir hacia él y a abrazarlo. Con la mejilla pegada al musgo, sus

brazos no alcanzaban a rodearlo. Había puesto los pies a uno y otro lado de la base del tronco e intentaba que su cuerpo estuviera en contacto con la corteza lo máximo posible. Cerró los ojos y entró en comunión con él; le daba igual lo que pudiera pensar algún paseante que apareciera por allí. Solo necesitaba cambiar el cansancio por energía. No pensó en nada más que en el roble y trató de fundirse con su corteza. Obtuvo más fuerza de la que esperaba. Pegado al tronco, se encontraba una especie de fluido invisible que parecía provenir de la tierra y del cielo a la vez. La fuerza del suelo donde se anclaba, junto con la ligereza de las ramas más pequeñas del dosel arbóreo que bailaban con el viento. Y una savia circular, radiante, que recogía los pensamientos complejos y sombríos de Édouard y los exponía ante la luz de las últimas hojas que aún disfrutaban de la vida, para devolvérselos limpios y agradables mediante una fotosíntesis sin prejuicios. Esta parada improvisada le dio fuerzas y valor para lanzarse a abordar los misterios de Gauvain.

El chico había instalado el *slackline* a mediana altura, sin que supusiera un peligro real. Caminaba, aceleraba, se daba la vuelta, se sentaba, se ponía de pie bajo la mirada del gato, apostado en su torre de vigilancia. Édouard encontró sereno al animal y tranquilo al chico. Decidió sentarse con la espalda apoyada en la roca de esquisto para esperar, inmóvil, a que el gorrión se acercase a él.

Pasó una hora. Gauvain no lo miró ni una vez. Sabía que estaba allí para hablarle del autómata, y lo deseaba; el claro se lo había sugerido. Ya era tarde para echarse atrás. Al menos podía darse un tiempo antes de hacerle frente. La cinta le sentaba bien, lo henchía de hormonas de la felicidad. Pronto estaría preparado.

Cuando por fin saltó junto a Édouard, este le habló sin rodeos.

—Tu madre está llorando en casa. Tiene miedo de entender algunas cosas.

El viento apenas se colaba entre ellos, de lo cerca que se había sentado el chico. Miraba fijamente el tilo de los dos troncos. Iba a suceder lo que había temido hasta entonces. El gran día, la prueba, la liberación.

Primero era demasiado pequeño para hablar, luego tuvo demasiado

miedo para confesarlo y, por último, experimentó ese silencio cómodo, pensando que el tiempo lo diluiría todo.

Nada se borró.

Al contrario, esa violencia que había creído normal le resultaba insoportable. Tenía que contar lo que había pasado, quitarse esa carga infantil que pesaba cada vez más sobre sus hombros cada vez más anchos. Y tenía que hablar ya, no le quedaba otra. Si hubiera podido gritar, ese hombre no se habría caído al lago.

El mutismo, antes un refugio, se convertía en una cárcel.

—¿Sabes? A tu edad, yo usé un autómata para expresar lo que más cuesta decir a una chica. Fabriqué un pequeño payaso con un corazón que daba vueltas a su alrededor para confesar que la amaba. Los autómatas son muy prácticos, hablan por nosotros, ¿verdad?

Gauvain asintió. Estaba listo. Aunque seguía faltándole la voz y la confesión no era de índole amorosa, como la del payaso. En su caso, se trataba de un alfil, un rey y la muerte. Esperó a que Édouard, que reflexionaba, tomara la iniciativa en la conversación.

—Bueno, voy a hacerte preguntas de respuesta cerrada y tú contestarás sí o no, ¿vale?

—(Sí.)

—¿Tienes miedo?

—(Sí.)

—¿Confías en mí?

—(Sí.)

—¿Tu autómata representa algo que pasó de verdad?

—(Sí.)

—¿El rey es tu padre?

—(Sí.)

—¿Tú eres el alfil? ¿Y tu madre es la reina?

—(Sí, sí.)

—¿El caballo es un vecino?

—(No.)

—¿Un compañero de tu madre?

—(Sí.)

—¿Tu padre estaba enfadado?

—(Sí.)

—¿Contigo?

—(No.)

—¿Con tu madre?

—(No.)

—¿Con ese otro hombre?

—(Sí.)

Gauvain esperaba pacientemente cada pregunta. Como si supiera de antemano cuáles serían. Como si siempre hubieran estado ahí y llevase diez años aplazándolas, como las partículas de aire delante del morro de un avión, que acaban explotando al acumularse. Gauvain estaba rompiendo la barrera del sonido bajo un cielo inmenso y azul real. Podía pensarse que era la calma que precedía a la tormenta, pero solo era su resultado.

—¿Se cayó por la escalera?

—(Sí.)

—¿Había bebido?

—(No.)

—¿Se cayó él solo?

—(No.)

Édouard vaciló un momento. No se decidía a formular la siguiente pregunta. Le parecía inconcebible. Pero debía hacerlo. Para despejar las dudas de Gaëlle, para liberar a Gauvain. Para comprender.

—¿Lo empujaste tú?

La respiración del chico se aceleró. Contener la ola que crecía, romperla antes de que lo golpease. Se sentía minúsculo frente a la tormenta que se desataba. El chico también dudó, miró a Édouard y luego al árbol.

—(Sí.)

—¿A propósito?

—(No.)

—Entonces ¿fue un accidente?

—(No.)

Allá arriba

—No te guardo rencor —aseguró Gaëlle.

Lo pensaba de verdad. Habría podido. Habría debido. El resentimiento era legítimo en un caso así. Y, sin embargo, no. Quizá porque veía que el desenlace se aproximaba y porque Adèle estaba allí por alguna razón.

Sentada en la cama, la joven no se atrevía a mirar a su hijo. Por supuesto que no se habría comportado así si hubiera sabido que Gauvain la observaba. Por supuesto que deseaba protegerlo.

—Lo quiero como a un hermano pequeño, ¿sabes?

¿Cómo iba a guardarle rencor, entonces? Gaëlle aborrecía la violencia de los hombres. Ella también la había sufrido. Pero, al igual que Édouard, estaba convencida de que la ley del talión no tenía ninguna consecuencia positiva. Adèle era joven, se había equivocado, nunca pretendió perjudicar a su hijo. Y eso bastaba a Gaëlle para hacer borrón y cuenta nueva. Quería conservar esa confianza espontánea que había brindado a la nueva huéspeda un año antes. El rostro avergonzado de Adèle era un reflejo de su sufrimiento. Gaëlle no era de las que rematan a quien ya está en el suelo.

No sabía nada de las confidencias precedentes, ni de sus preferencias sexuales ni de la huida que estas habían provocado, como tampoco sabía nada de esa madre que se marchitaba en la otra punta de Francia. No deseaba saber nada. No en ese momento. Quizá más tarde.

Ahora tenía miedo, pensaba en su hijo, en el autómata, en la verdad que estaba a punto de quedar al descubierto como una foto polaroid.

Cuando la naturaleza aguanta la respiración

Édouard manoseaba sus pensamientos, los retorcía, trataba de que encajaran entre sí dándoles vueltas como si fueran las piezas de un rompecabezas que se empeñaba en resolver. El silencio recobraba protagonismo deprisa, seguro de su legitimidad tras llevar tanto tiempo instalado. El orden establecido no se altera, no se agita para que salga a la luz una verdad tan bien escondida. El chico no lo pondría por escrito, esta vez no. Porque escribir significaba decir, mientras que contestar, efectivamente, creaba una elipsis tras la que el niño se escondía, seguro de haber desaparecido a pesar de que sobresalía por todas partes. Por consiguiente, era importante que Édouard imaginase la escena, que comprendiera por qué el rey estaba enfadado con el caballo. ¿Por la reina?

—¿Tu padre estaba celoso de ese hombre?

—(Sí.)

Era muy pequeño. Édouard dudó que un niño de esa edad concibiera ese sentimiento. No contaba con que el chico ahora tenía quince años, una inteligencia fuera de lo común y la sensibilidad del plumaje de un polluelo.

—¿Quería tomarla con él?

—(Sí.)

—¿Tenías miedo de que lo hiciera?

—(Sí.)

—¿De que lo matase?

—(Sí.)

—¿Es lo que él decía?

—(Sí.)

—¿Intentaste retenerlo?

—(Sí.)

—¿Fue entonces cuando se cayó?

—(Sí.)

—¿Por eso piensas que lo mataste tú?

El chico apoyó la cara en el hombro de Édouard, quien lo rodeó con los brazos. Unas lágrimas sanas, por fin. Lágrimas que corrían por encima del miedo, que corrían por haber matado a su padre. Que corrían por sentirse culpable.

Y la naturaleza suspiró.

El ínfimo batido de las alas de una mariposa.

La indecible alegría que la humildad impide.

El árbol, la roca, la hierba crecida, los pájaros. Todos habían aguantado la respiración, y a todos les alivió que por fin hablase.

Édouard intentó tranquilizarlo, hacerle comprender que no había sido culpa suya, que había actuado correctamente para ser tan pequeño. Que lo demás solo había sido un cúmulo de circunstancias. Que no tenía nada que temer y que su madre siempre lo querría. «No estará resentida contigo. Nadie lo estará.» Le hizo una última pregunta: ¿temió que Adèle matase a esos hombres que llevaba al bosque?

Gauvain lo confirmó.

Édouard lo entendió. Rebobinó la película de los últimos días, de las últimas semanas, y lo entendió. Por extraña que fuera la confluencia de todos ellos allí, cobraba sentido. Las piezas del puzle se encontraban, encajaban, contaban una historia. La historia de cada cual y la colectiva, que surgía delante de sus ojos y dentro de él.

Bombones de celebración

Les Rousses

Un narciso de las nieves que rompe el hielo, vigoroso tras el frío y la oscuridad del invierno que termina.

Por más que fuera otoño, Christine era eso: una flor que crece por la noche, porque la noche claudica ante la esperanza.

No había visto a Raphaël durante los últimos meses tanto como le habría gustado. Pasearon varias veces por el bosque cómplice, de manera regular, particular. Cinco veces. Tal vez seis. Christine no llevaba la cuenta. Por importantes que fueran esos momentos felices, no bastaban para mitigar su dolor. Delphine llevaba desaparecida más de un año y, algunas mañanas, a su madre le sorprendía la resignación al despertarse, antes de ahuyentarla con violencia y disgusto. El tiempo empezaba a calmarla, a acostumbrarla al vacío. Una constatación atroz.

Sin embargo, esa mañana de narciso de las nieves, Christine fue en un suspiro a la gendarmería. Le habría encantado correr hasta el despacho de Raphaël, pero tuvo que anunciarse y esperar. Esperar y dar golpecitos con el pie. Tener ganas de abrazar al joven oficial del tic del Bic que estaba en la recepción. Dar golpecitos con el pie y aguantar. El hombre colgó.

—La aguarda en su despacho. Usted ya sabe dónde está, ¿verdad?

Christine ni siquiera dedicó tiempo a darle las gracias, ya iba por el pasillo con paso rápido y el corazón a mil.

Raphaël la esperaba de pie con la mano en el pomo, y comprendió su sonrisa. Ella aguardó a que cerrase la puesta para abalanzarse sobre él.

—¡Cuéntame!

—Me ha llamado.

—¿Se encuentra bien?

—Está viva.

—¿Dónde?

—No me lo ha dicho. Creo que no se lo he preguntado. Solo quería oírla, saber que estaba bien.

—Me alegro por ti.

Después la invitó a sentarse, le llevó un café, sacó unos bombones. Para celebrarlo. Siempre tenía golosinas en el cajón. Para los niños, para las mujeres tristes, a veces para él, cuando debía hacer guardia hasta tarde o asimilar tragedias. Para celebrar.

Christine cogió tres. Raphaël la veía comérselos con las mejillas sonrosadas y de buen humor. Tenía la boca llena y los ojos sonrientes. Un año antes estaba mortalmente triste. Jugaba con un hilito del abrigo para no desmoronarse.

Raphaël se alegraba de esa felicidad con sabor a chocolate, guardándose para él la pena indescriptible de saber que Christine seguía entre las garras de su marido. Había tenido noticias de su hija, pero ¿cómo sería su día a día, más allá de que se hubiera quitado la angustia de encima?

Ya había intentado en pleno bosque dejarle caer algún cuchicheo que quizá ella no llegó a oír. Que habría podido interpretar como una invitación a estar con él, a cambiar el agua turbia por la clara. Pero el vacío de Delphine la volvió sorda a sus propios anhelos. Raphaël se preguntó si debería volver a murmurarle sus ganas de ayudarla. ¿Y las de amarla?

No hizo nada, y le ofreció la caja de bombones antes de coger uno para endulzar su conclusión, solo para sentir lo agradable que era ese momento. Para celebrar.

Echar una carta al buzón

Las campanas de la pequeña iglesia entonaban las tres de la tarde.

Édouard, sentado en un murete de piedra delante de una casa con los postigos echados, pensaba. La propiedad contaba con tres edificios yuxtapuestos que delimitaban un espacio resguardado. Una especie de U donde faltaba una parte. La antigua posada del pueblo de Tréhorenteuc. La habían abierto tantas veces como la habían cerrado.

Édouard tenía la carta entre las manos. Acaba de firmarla sin pensarlo demasiado, con la cabeza, sin consultar al corazón. O quizá al revés. No podía saberlo. La había firmado y eso era lo importante. Un armisticio, una promesa de paz o, al menos, el cese de las hostilidades. Podría haber optado por pelear. No le quedaban fuerzas. Hasta donde le alcanzaba la memoria, la injusticia siempre lo golpeó. A cualquier escala. Se había mantenido a flote ante las sacudidas más leves y no había zozobrado con las grandes. Sin embargo, nunca se libraba del malestar. Había aprendido a amoldarse con los años.

¿Cuál era el grado de iniquidad de esa carta? Édouard lo clasificaba en el estado de marejada a fuerte marejada. Una ola que rompe en la escollera. Aun así, estaba tranquilo. Tranquilo en medio del oleaje. Sabía que su barco era robusto, y el faro destellaba a lo lejos en Val-André; una luz en plena noche, una Élise en su vida.

En cuanto a la solidez, recordaba los últimos acontecimientos a los que había tenido que enfrentarse y al final superó. Superaron. Esto lo tranquilizaba para salir adelante, pasara lo que pasase en el futuro. Esa carta suscribía un nuevo comienzo. Archivar definitivamente sus cincuenta primeros años. Al menos, los treinta últimos. Hasta los veinte años fue feliz, salvo por el naufragio amoroso. Ahora había encontrado una isla, poco importaba la embarcación siempre y cuando le permitiera atracar.

Miraba ese edificio pensando en Gaëlle, en cómo aceptó el pasado cuando supo la verdad. Se culpaba de no haber visto nada, de no

haber entendido nada. Más tarde, Gauvain fue junto a ellos y se echó en brazos de su madre. Édouard se esfumó para no perturbar lo que por fin iban a decirse. Para terminar su autómata en casa del vecino.

Miraba ese edificio pensando en Adèle. Una chica salvaje que solo quería que la amansaran. Pensaba en esa mano que él le había ofrecido y que albergaba una mezcla de cuidado y de respeto para que la joven no temiera acercarse y picotear lo que debería haberla alimentado hasta entonces.

Miraba ese edificio pensando en Élise. En su mirada, su piel blanca, su sonrisa y sus hoyuelos. En la dulzura y la ilusión, los colores y la locura que le ofrecía a manos llenas. La locura de retroceder en el tiempo, aceptando su paso inexorable. En lo sencillo que había sido reencontrarse, como si nunca se hubieran separado. Como mucho el día anterior, o una hora antes. Separaciones con las que el tiempo se detiene. Pensaba en viejos sueños que se hacían un hueco en el futuro.

Miraba ese edificio pensando en Raymond. En esa frase que lo obsesionaba y que hablaba del verdadero progreso, el de vivir en el bosque. En ese potente licor que embriagaba y hacía olvidar, o calentaba a los náufragos, en su lata de galletas que parecía existir desde siempre, en su perro cansado y en la perrita que lo había cambiado todo. En la sencillez de una vida que solo miraba el día a día entre los árboles frutales y el huerto. En su filosofía innata y en sus palabras olvidadas.

Miraba ese edificio pensando en él, Édouard Fourcade, el esposo que se había ido. En lo que había ganado al irse. En las calles parisinas que ya no quería pisar a diario. En la montaña de escombros que había despejado y en la magia que había reencontrado. En el amor que le quedaba por hacer, y en el que no había dejado de sentir. En lo que no quería perderse. En los días que vendrían. En su hija, a quien podría invitar.

Miraba ese edificio pensando en todo y en nada. Excepto en sujetar esa carta con los dedos. Y su destino con las manos.

Las campanas de la pequeña iglesia entonaron las cuatro de la tarde.

Decidió entonces levantarse, con las posaderas entumecidas y las ideas más claras. Una decisión había surgido durante esa hora

olvidada entre dos carillones. Una decisión firme y vertiginosa, alimentada por esas pocas semanas que había vivido con una intensidad sin precedentes, así como por los cincuenta años anteriores.

Antes de la carta de Élise.

Miró por última vez la construcción con la que acababa de conversar y luego se dirigió hacia el buzón. Había llegado el momento de no pensar en absoluto. Echar la carta como se envía una vulgar factura o una postal. Sin que le afectase. Sin dar más vueltas al asunto. Sin arrepentirse cuando desapareciese por la ranura.

Édouard la soltó.

Se arrepintió hasta que la oyó tocar el fondo.

Después decidió que ya era demasiado tarde.

Que había elegido bien.

Que así fuera.

La rueda gira

La paz recobraba el protagonismo en la aldea de Doux Chemin.

Podía verse a Raymond haciendo un descanso con una bolita de pelo saltarina alrededor, como un mosquito que no te deja en paz. La temporada de manzanas se anunciaba inminente, y el anciano preparaba el material necesario para la cosecha, revisaba el lagar y los toneles. Por la noche regresaba antes para acariciar un buen rato a Nimbus, sentarse a su lado a leer el periódico y recoger las miradas que el viejo animal repartía aún, mientras su cuerpo se iba.

Gaëlle había ido al bosque unas cuantas veces y había vuelto con imponentes cargamentos de ramas. Había decidido no recibir huéspedes hasta la primavera. A los pocos clientes que ya habían reservado para noviembre y diciembre les propuso acudir a la competencia, que en Brocelianda no se consideraba como tal. Gaëlle quería crear, inventar, lijar, iluminar, disfrutar, detenerse y ascender al mismo tiempo. Quería estar disponible para su hijo en ese momento de transición, donde había habido un antes y empezaba el después. Suponía que no sucedería nada perceptible y que el cambio obraría despacio, ahora que el adolescente se había liberado de su secreto. A pesar de todo, se sentía en la obligación de estar ahí. ¡Y que nadie alterase el proceso!

Gauvain estaba más atareado que nunca. Ayudaba a su madre, construía un tercer autómata en el taller de Raymond y, sobre todo, cuidaba de Adèle. A pesar de la destreza de la joven usando las muletas y aventurándose por la escalera, el robusto adolescente se había convertido en su porteador y la cargaba a la espalda para dejarla donde le decía. Desde el día después del accidente, la joven había expresado el deseo de seguir montando a Perceval, a pesar de todo. Al menos en torno a la aldea. Gauvain hizo lo posible para atender su petición. Preparaba el caballo, lo ensillaba, ayudaba a Adèle a montar y luego la acompañaba con la bicicleta por los

caminos de los alrededores.

Édouard puso la rueda sobre el asiento trasero del coche; la protegía un buen embalaje para que no la dañase el zarandeo de la carretera. Sentado en el banco que estaba delante de la casa, observaba esa actividad humana que se producía a su alrededor. En el ambiente reinaba una sensación de transparencia, de naturalidad, tras la extrema tensión de los últimos días. Esa calma que sucede a la tormenta, cuando ya solo se oyen las gotas que caen de las hojas aquí y allá.

Cuando iba a ponerse de pie, vio a Viviane al fondo del patio, cerca del camino que salía en dirección al bosque. La tortuga escalaba el talud y se lanzaba al asalto de una piedra que sobresalía entre la hierba. Insensata, no tenía ninguna posibilidad de mantener el equilibrio. Un segundo después salía rodando hasta la grava y se quedaba inmóvil del revés. Édouard estaba dividido. Una parte de él lo conminaba a darle la vuelta sin demora, mientras que la otra consideraba que sería instructivo para Viviane dejar que se las apañase solita un rato para que entendiese que las escaladas de ese tipo no eran para ella. En la grava no podía voltearse, pues el suelo se hundía bajo los esfuerzos de sus patas. Cuando se disponía a socorrerla, vio que Platon se acercaba a la tortuga, daba unas cuantas vueltas a su alrededor, la olfateaba y, acto seguido, le propinaba una patada precisa y contundente que la ponía de nuevo en pie. Después, el gato desapareció tras la puerta entreabierta del granero, sorprendido de su acción y casi avergonzado de su propia generosidad.

Édouard se contentó con sonreír, subió al coche y arrancó. Estaría fuera, como mínimo, el día siguiente, quizá unos cuantos días más. Se sentía libre. Nadie le exigía saber qué haría, a qué hora regresaría, con quién hablaría o quién le mandaba mensajes. Aunque esa independencia absoluta al principio lo desestabilizó —como si caminase sobre una trampilla que pudiera abrirse al vacío en cualquier momento—, ahora saboreaba los placeres de la

emancipación. El niño que se suelta de la mano del padre para dar sus primeros pasos. El joven a quien le entregan las llaves de su primer coche. Ese momento en que el horizonte se abre y caen las barreras, en que el caballo galopa solo, ávido por cansarse.

El único límite previsto sería el mar, Élise lo esperaba justo delante.

Édouard estaba feliz al volante. Ya no pensaba en la carta que había firmado por obligación. Ya no pensaba en Armelle. Trazaba planes de futuro, esos proyectos que había ideado encima del murete de piedra. Ignoraba si serían temporales o permanentes. Ya nada era permanente. Ni un mal de amores, ni el trauma infantil de un huérfano ni el deseo de venganza de una joven dolida.

No quería construir ningún castillo en el aire. Se contentaba con conducir, pensar en el placer de ver a Élise, en el deseo que crecía en su interior, en ese impulso maravilloso que lo empujaba a empezar de cero. En la alegría que permanece cuando la tristeza se ha derretido con el aumento de las temperaturas. «El calor humano nos ofrece muchas primaveras», se dijo sereno.

Élise desenvolvió el regalo con la excitación de una niña el día de Navidad. Quitó con sumo cuidado cada capa que lo protegía, porque sospechaba que ese objeto, cuyas formas se perfilaron pronto, era frágil.

La rueda presidía la mesa del pequeño salón, cuyo suelo estaba cubierto de un amasijo de papeles arrugados, plástico de burbujas y trozos de tela abandonados de cualquier manera por la urgencia de descubrir el contenido.

Élise, que no podía desprenderse de su expresión de alegría, buscó un alargador en el aparador del salón y enchufó la rueda, que empezó a girar.

—Y ahí hay un pequeño depósito para el jabón líquido con un botoncito que pone en marcha el ventilador. Pensé que, si lo colocabas delante del escaparate, en verano, atraería a los transeúntes.

Élise quería probarlo, por supuesto. Fue a la cocina a por lavavajillas mientras Édouard bajaba a la tienda. Ella llenaba el

depósito, él ponía muestras en cada brazo. Entonces pensó que debería haber añadido música al movimiento, como esas cajitas en las que hay que dar vueltas a la manivela para ver cómo las láminas metálicas acarician un tambor con las notas impresas en relieve. Lo pensaría.

Cuando Élise encendió el ventilador en el centro de la rueda, el mecanismo se puso en marcha y liberó las primeras pompas. Se echó a reír. Con una risa infantil que no había perdido. Que había derretido a Édouard a los quince años. Que lo derretía a los cincuenta. Esa risa, por leve e inocente que fuese, pulverizaba todas las penas, todos los miedos. Se colocaba en primer plano, ocultando tras ella toda la miseria del mundo.

Al poco rato, el salón se llenó de pompas que se creaban más deprisa de lo que estallaban. Élise y Édouard estaban frente a frente, se cogían las manos, se miraban riéndose cada vez que una pompa estallaba en el rostro del otro.

Después, él la llevó hasta el dormitorio para deslizar sus almas en la calidez de una cama. Dos cuerpos desnudos y enredados de cincuenta y tantos años, cuya unión ensalzaba la juventud centenaria. Un siglo de amores apasionados entre unas sábanas azules de lunares. Y ese siglo arrebatado se volvía minúsculo, un instante condensado, como un único grano de arena que contuviese toda la belleza del mundo.

Un poco más tarde, cuando recuperaron la calma tras haber disfrutado de ese momento eterno, los atrapó la realidad. Una realidad cruda y triste. Élise tenía la necesidad de ser honesta con Édouard. De no seguir ocultándole esa verdad que la atormentaba. Se apretó contra él como si ya sintiera el frío que sembrarían sus palabras. No concebía construir un nuevo comienzo basado en una mentira, aunque fuera por omisión.

—Tengo que decirte algo, Édouard.

—¿A qué viene esa vocecilla triste? ¿No te ha gustado?

—Necesito contarte una cosa…

—¿Algo grave?

—Complicado.

—Dímelo con palabras sencillas…

—Mira, no di con tu dirección por casualidad para escribirte.

Alguien me la mandó justo después de que el *Ouest-France* publicase un artículo sobre mi tienda.

—¿Y…? Mejor, ¿no? ¡Lo importante es que nos hayamos encontrado!

Élise guardaba silencio. Sabía que le haría daño. Que quizá no lo entendería. Tenía miedo de perderlo por segunda vez, ahora que acababan de reencontrarse. Sin embargo, se negaba a vivir con esa carga; era un silencio tan ruidoso que perforaba los tímpanos. Un secreto que nunca debería haber existido y que, en cambio, se impuso a la hora de escribir aquella carta.

—Venga, Élise, dime qué problema hay.

—Fue Armelle, tu mujer, quien se puso en contacto conmigo.

—¿Cómo?

Édouard se enderezó entre las sábanas y apartó el brazo con brusquedad. No entendía nada y, a la vez, todo se aclaraba o, mejor dicho, se oscurecía. Se sentó en el borde de la cama y buscó su ropa. Élise desapareció bajo el edredón, atrapada por la gelidez.

—¿Fue ella quien lo apañó todo para que volviésemos a vernos? Así que ¿lo planeó todo para que me fuese y, de paso, pagara el pato?

—No lo sé, Édouard. Solo me dijo que te gustaría volver a saber de mí porque no me habías olvidado.

—¿Sabes que ayer le mandé mi consentimiento para dejarle el piso de París? ¡Lo ha maquinado todo para salirse con la suya haciéndome quedar como el único culpable y tú la has ayudado!

Ya se había puesto el pantalón y los calcetines. Se deslizó en el jersey sin molestarse en ponerse la camiseta y fue a por la chaqueta al salón. La rueda seguía girando, pero las pompas habían desaparecido. Todas habían estallado y el depósito estaba vacío. Todo estallaba en su interior y nada marchaba bien. Pulsó el interruptor para detener esa maldita rueda antes de bajar corriendo la escalera e ir a vomitar su enfado por las calles bretonas. Solo oyó su nombre tras las gruesas cortinas, acompañado de un largo sollozo.

Salió de Val-André en dirección al cabo Fréhel. Veinte minutos de una estrecha carretera sinuosa. Necesitaba viento. A esa hora de la noche la barrera estaba bajada, así que dejó el coche en el arcén.

Corrió por la carretera en dirección al faro. Era la segunda vez que iba.

10 de abril de 1986

> Denis nos ha propuesto acompañarlo en la salida del domingo para no estar solo con sus padres. Élise, para que los suyos le dieran permiso, ha puesto como excusa que debía realizar una presentación para la clase de Historia sobre el arquitecto Vauban. Estamos en abril. Hace bueno a pesar del fuerte viento del norte. Élise está arrebujada con la chaqueta militar, una bufanda gruesa al cuello y un gorro de lana encasquetado en las orejas. Un regalo de su abuela. Es de esas chicas que pueden ponerse lo que quieran. Todo le queda bien. En cuanto sonríe. Lo pienso mientras me espera tendiéndome los brazos, y me doy cuenta de que no soy objetivo.
>
> —Dame la mano, si no, saldré volando.
>
> Siento miedo de verdad mientras paseamos por el acantilado que rodea el faro. El viento no remite y se desata con rachas más potentes. Aprieto la mano de Élise, que se ríe ante esa fuerza, tan campante. Estoy orgulloso de este momento, porque está cerca del borde y está contenta. Confía en mi mano. En mi amor. En mi resistencia al viento. Termina acurrucándose entre mis brazos y noto la punta helada de su nariz en el cuello.

Se acercó al acantilado. Un ejército de gaviotas graznaba. A intervalos regulares, una orquesta de percusión cubría los chillidos de los pájaros haciendo restallar sus olas en las rocas que estaban setenta metros más abajo. Solo los destellos del faro hendían la noche de antracita, esparciendo blancura por la landa cada diez segundos.

Un viento vigoroso ponía a prueba los músculos que Édouard contraía. Si se acercaba demasiado, podía caerse. Se preguntó si sería grave.

Cerró los ojos. Notó en el cuello la nariz fría de Élise de hace treinta años. Su mano cálida sobre su torso una hora antes. Las dos sensaciones eran maravillosas. Sin embargo, el desgarro en el corazón lo torturaba en medio del fragor de los elementos. Notaba una mano invisible en la espalda que lo empujaba al vacío. La de la traición, cuya sombra lo llevaba con cuidado hacia la nada. «Mira lo que te ha hecho, lo que las dos te han hecho. ¿No quieres desaparecer para librarte de ellas? Es muy fácil. No sufrirás. Puede que nunca te

encuentren. Serás la misteriosa desaparición del cabo Fréhel y ellas se sentirán culpables toda la vida.»

Inseguro, Édouard se sentó en el suelo. Pensaba en su hija, en Gauvain, Gaëlle, Raymond y Adèle. Pensaba en Élise, a quien no podía odiar. A quien seguía queriendo igual a pesar de su confesión, por lo que resultaba más difícil asumirla.

Unas lágrimas tan persistentes como el viento, tan densas como las olas, le anegaron las rodillas.

La bondad de unas piedras calientes

Élise no podía quedarse sola. No soportaba el vacío que había dejado la precipitada marcha de Édouard. Llamó a una amiga esteticista que la citó para un tratamiento antes de que empezase la jornada laboral.

La acomodó boca abajo en la camilla de masaje y, para que apoyara la frente, puso una toalla esponjosa en la que Élise reposó sus ojos tristes.

—¡Relájate y disfruta! ¡Ahora toca un masaje con piedras calientes!

Élise intentaba respirar despacio, abandonar los músculos al descanso, dejar la mente en blanco. Le daba vueltas a la marcha de Édouard, violenta, imprevisible, incomprensible. Solo pensaba en él. Era incapaz de concebir que lo hubiera estropeado todo.

Después de colocarle seis piedras calientes en la espalda, la joven empezó a masajear las manos y los brazos de Élise con dos guijarros muy calientes que deslizaba con exquisito cuidado por su piel untada de aceite.

Había momentos en que su conciencia lograba concentrarse en las piedras, en su cuerpo, en el placer de ese momento. Solo durante unos segundos. Un breve receso antes de que volviese a asaltarla el enfado del hombre al que tanto deseó encontrar, para luego ahuyentarlo con su ridícula honestidad.

Con dos piedras calientes en cada palma se dejó llevar por la serenidad del masaje y sintió una bola de pena cerca del corazón. Esa que le impedía respirar, la que contenía su dolor desde el día anterior. La de los arrepentimientos y las dudas. «¿Era imprescindible que se lo dijeras?» La de la esperanza perdida. «No volverá.»

Las piedras calentaban su cuerpo helado como unas brasas sobre la nieve. Quería derretirse por Édouard, y lo deseaba con la rotundidad de las certezas profundas. Aunque había dudado tanto al enviar la carta como al recibir su respuesta, y más tarde no estuvo segura de si volvería a verlo, ahora tenía la certeza de que no debía perderlo por

segunda vez.

Élise dejó que la bola estallase y esparciera su carga por las mejillas. Su amiga le enjugó las lágrimas pasando los dedos bajo sus ojos, como si tal cosa, como si no las viera, secándolas con la punta de la toalla cuando el reguero diluía la crema. En silencio.

Hacía mucho que el masaje había terminado. Aun así, la esteticista esperaba a que esa fuente triste dejara de manar y colocó un último guijarro caliente sobre la frente de Élise antes de dejarla sola unos minutos con el rostro relajado y en calma, casi sonriente.

Sonreía ante la bondad de las piedras calientes.

Primeras palabras

Édouard había dormido poco. Pensaba en Élise. Solo pensaba en ella. Ningún otro pensamiento tenía cabida en él. De todas formas, lo intentaba. Leer, ordenar algunas cosas, prestar atención a los ruidos de la casa. Sentado junto a la mesita que estaba frente a la ventana, observaba el bosque, los árboles frutales al otro lado del camino, las pocas casas adormecidas cuyas chimeneas ronroneaban. Élise estaba en todas partes.

Lo que vio entonces lo dejó sin aliento.

Raymond había aparecido por la esquina de su casa y caminaba hacia el fondo del prado con el cuerpo inerte de Nimbus en brazos. Las patas que se balanceaban con el movimiento no dejaban lugar a dudas. Calzado con zuecos de madera, el hombre caminaba despacio por la hierba de otoño con la espalda recta y aspecto orgulloso: cargaba con el perro y con toda la pena del mundo. Si bajase los hombros, se derrumbaría.

Édouard vio el abismo y sintió vértigo. No se veía el fondo, y Raymond se sumiría un tiempo en él. El cachorro no podía hacer nada al respecto, salvo ser la pequeña luciérnaga que ilumina el camino de la remontada.

Se puso la chaqueta y se la abrochó mientras bajaba la escalera para ir en busca de un pico al granero de Gaëlle con la intención de unirse a Raymond.

El hombre cavaba el hoyo con pala y pena, cerca del viejo peral. El cuerpo del animal yacía a su lado, en un ataúd de vegetación. Édouard guardó silencio al llegar. Raymond no dijo nada.

Cavaron juntos durante una hora. El perro ya no era muy grande en el último y caduco tramo de su vida. Por el contrario, el suelo duro y la tierra pesada exigían esfuerzo. La lluvia constante impregnaba la región de una humedad permanente que a veces solo se apreciaba al cavar.

Gauvain se acercó, confundido y desorientado. Más callado que nunca. Llevaba dos ramas retorcidas y una cuerda de cuero, y se sentó junto al cuerpo inerte con la navaja en la mano. Empezó a grabar la corteza.

Vénus daba vueltas alrededor del perro, lo golpeaba con el morro, escarbaba entre sus patas, retrocedía, ladraba, daba saltitos y volvía junto a él para azuzarlo. ¿Aún sentía la sangre caliente, lo que brindaba esperanza a su instinto? Sin embargo, se le había parado el corazón. Raymond no quería que la muerte extendiese la rigidez que inflige a los seres fríos. Nunca había superado esa sensación desde que, a los doce años, lo llevaron a rezar a su abuela por última vez. Quiso cogerle la mano. Nadie lo había preparado para esa piedra fría cubierta de piel humana, de gélidos dedos entrelazados, cerrados para siempre.

Gaëlle llegó la última, encogida dentro de un gran chaleco. Se quedó apartada. Fue la única que lloró. La única que no entraba en acción para transformar el dolor en movimiento.

Édouard se encargó de colocar en el fondo del hoyo la manta que había cogido Raymond. Al acercarse al cuerpo, vio que Gauvain se inclinaba hacia la oreja de Nimbus y creyó oír un susurro, un «Buen viaje» alentador. Después, puso encima el cuerpo tratando de darle la forma que tenía en el cesto cuando el perro dormía cerca del sillón. Tapó a Nimbus con una gruesa tela de cuadros. El anciano se echó a llorar y apoyó una rodilla en el suelo agarrándose a la pala. No volvería a ver a su compañero, la manta se lo acababa de decir. Vénus gemía en el borde del hoyo; habría saltado adentro si la altura no la hubiera impresionado. Después se subió encima de Raymond, que se había sentado sobre la hierba, para tomarla con él. Le lamía las lágrimas según iban surcando sus viejas mejillas hundidas.

Édouard tapó el profundo hoyo sin ayuda de nadie.

Esa fosa era como el vacío que sentía en su interior desde que dejó a Élise. Esta solo le había mandado un mensaje, para implorar que le diera la oportunidad de hablar, de explicarse. Édouard le contestó que lo pensaría. Lo hizo mientras rellenaba la zanja.

Cuando el montículo de tierra estuvo bien apretado y apenas

despuntaba en el prado, Gauvain clavó la cruz en el suelo habitado. Luego se marchó corriendo hacia el claro.

—Llévate a Vénus —le dijo Raymond.

El chico se detuvo a unos treinta metros con el rostro desencajado. Se paró para esperar al animal, se golpeó los muslos con las manos varias veces para llamarlo. La perrita dudaba, no se atrevía a dejar tras ella al viejo perro y a su amo.

—¡Vénus, ven! —gritó por fin.

Édouard se volvió hacia Gaëlle. Raymond la había rodeado con sus brazos y ambos sonreían embargados por la pena.

La vida y la voz se impusieron enseguida, como el canto de las hojas tras el frío invierno.

En ese momento vieron a Adèle. Se dirigía hacia ellos con sus andares torpes, hundiendo las muletas en la hierba. Cuando llegó, la chica se sacó del bolsillo una flor de tela que había cosido y la enganchó en la cruz de Gauvain. Luego se sentó en el tronco caído de un viejo frutal, a unos metros del peral.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —le preguntó Édouard mientras Gaëlle y Raymond regresaban a sus casas.

—¡Claro que sí!

—Quiero proponerte una cosa.

—¿Proponerme algo?

—Déjame terminar y luego me dices qué te parece, ¿vale?

—Vale.

—He dejado a mi mujer y...

—¡Qué dices!

—¿Puedo terminar, por favor? También voy a dejar mi trabajo, y París.

—¡Vamos, que vas a dejarlo todo!

—Así es.

—¿Te quedas con el coche, al menos?

—¡Cállate!

—Perdón.

—Me siento bien aquí. Me apetece fabricar autómatas. Es mi sueño. También recibí hace poco la herencia de mis padres.

—¡Como para no dejarlo todo!

—Adèle, por favor, tienes que permitirme terminar; si no, no voy a explicártelo nunca.

La joven volvió a disculparse. La enternecía la conmovedora imagen de un hombre que parecía a punto de confiarse, apurado por lo que iba a decir. Lo escuchó sin interrumpirlo.

—Me he fijado en un caserón que hay en Tréhorenteuc. Es el sitio ideal para instalar un taller. No está muy lejos de aquí, apenas a dos kilómetros por los caminos, pero es un poco grande para mí. Además, una parte de la construcción es una antigua posada. Sabes que en ese pueblo no hay ningún restaurante, con lo turístico que es en verano. He pensado en todo lo que me dijiste. Aquí pareces feliz. Al contrario que tu madre, como me contaste. Y ella tiene mucha experiencia en la hostelería. Así que me he dicho que podría comprar esa propiedad, quedarme una parte para mí, donde vivir y montar mi taller, y vosotras, tu madre y tú, os podríais instalar en la parte de la posada, para ponerla en marcha en verano alquilando algunas habitaciones. Y en invierno, podríais dedicaros a la costura. Vender vuestras creaciones en los mercados o por internet. ¿Qué te parece?

El hombre se volvió hacia Adèle, que había agachado la cabeza y cuya larga melena le caía sobre los muslos. No reaccionaba, no se movía. Solo las manos se retorcían entre sí.

Édouard dudó un buen rato antes de apartarle con cuidado el mechón negro que ocultaba su mejilla herida.

—¿Estás llorando?

—Sí.

—¿No te parece una buena idea?

—Sí.

—Entonces ¿por qué lloras?

—Porque confías en mí. Y confías en mi madre sin saber nada de ella. Crees en nosotras. Estás dispuesto a ayudarnos cuando apenas nos conocemos. Encima de lo que he hecho...

—Precisamente por lo que has hecho quiero ayudarte. Y la situación de tu madre no se arreglará por sí sola. Hay que sacarla de allí, ¿no?

—Sí.

—¿Vendrás a ver el caserón conmigo? Tengo cita la semana que viene.

Adèle se volvió y se apoyó en él. La pierna escayolada permaneció tiesa, y se le clavaron en el vientre las empuñaduras de las muletas. Daba igual. Ya no le dolía nada. Y Édouard estaba curtido.

La aguileña

Gaëlle había quedado con Édouard en la iglesia de Tréhorenteuc. Desde que había vuelto, más allá de la pena por el perro de Raymond, lo notaba triste. Algo minaba su alegría, y quería ofrecerle que se librara de ese peso.

Mientras esperaba sentada en un banco al fondo del edificio, se entretuvo observando todos los elementos que había a su alrededor y decidiendo con cuáles realizaría una exposición. A Gaëlle le gustaba esa iglesia. La fuerza de sus símbolos, la belleza de las vidrieras, los mensajes subliminales. A pesar de lo pequeña que era, albergaba obras de una riqueza prodigiosa. Un faro que tranquilizaba y guiaba a los barcos en peligro de naufragio.

Édouard llegó y se sentó a su lado tras saludarla con un beso.

—Aún no he podido agradecerte lo de Gauvain.

—Yo también te debo mucho a ti —contestó él.

—Entonces nos debemos mutuamente... Y, al mismo tiempo, no nos debemos nada.

—Pero sí espero unas explicaciones sobre esta iglesia.

Gaëlle volvió a mirar a su alrededor. Con sus ojos brillantes, ahora veía ese lugar espiritual de otra forma. Estaba conmovida por sentirse más cerca de la armonía gracias a ese visitante surgido de la nada. Se levantó y fue hacia el cuadro del valle Sin Retorno. A Édouard le pareció que lo invitaba a seguirla. Se quedaron un momento en silencio frente a la obra y las múltiples escenas que evocaba.

—¿Ves al caballero pequeñito que está delante del gigante y lleva una maza, arriba a la derecha? Es Galeschin, que intenta en vano escapar del valle Sin Retorno. Ahora veo que es Gauvain, luchando contra el miedo que lo aprisionaba.

—Gauvain ha vencido, al contrario que ese soldado.

—Gracias a ti. No sé cómo habría terminado todo si no hubieras estado aquí. Le has permitido recuperar la voz.

—Los autómatas no son un simple adorno gracioso. Pueden transmitir un mensaje. Eso es lo que me interesa. Y el gran caballo blanco que está en el centro, ¿es Perceval?

—Se parece. Es el caballo de Lancelot. Y tú, ¡cómo te pareces al caballero!

—¿Yo? ¿Crees que tengo pinta de caballero?

—¡Un caballero en 4 ×4, pero un caballero de todas formas! Te preocupas por todo el mundo.

—¿Y quién se preocupa de los caballeros? —preguntó Édouard al tiempo que se alejaba.

Su voz apagada y repentinamente cargada de angustia alertó a Gaëlle. Él se había dirigido al fondo de la pequeña iglesia y había tenido que agacharse para pasar hacia las pilas bautismales. Le dejó observar las vidrieras solo y oxigenarse un rato. Después, fue a su lado.

—¡Las princesas!

—¿Y cuando la princesa traiciona al caballero?

Édouard miraba la viga que estaba encima de la puerta que daba a ese espacio.

—¿Es la fecha de su construcción? —preguntó.

—No, fíjate bien. Hay una coma. 1,618. ¿No te suena?

—¿El número áureo?

—En esta iglesia está por todas partes.

—En la naturaleza también está por todas partes.

—El mundo entero se construye en torno a ese número y el ángulo áureo. Las espirales de las piñas tienen las proporciones del esqueleto humano. Hasta en las cadenas de ADN. ¡Es fascinante! El abad Gillard quería recordar la importancia del equilibrio en nuestra vida, la belleza de las proporciones perfectas. ¿Tu princesa costera te ha traicionado?

—No es habitual que haya una vidriera que describe un entierro justo encima de las pilas bautismales.

Gaëlle le confirmó que en esa iglesia nada era habitual. Desde la presencia del hada Morgana en las representaciones del vía crucis hasta la mezcolanza de la leyenda artúrica con la última cena. Le

recordó la búsqueda permanente del equilibrio en las representaciones de los santos de esa iglesia. El violeta, mezcla de azul y de rojo, el último color antes del ultravioleta, invisible a la vista. Ese entierro encima del baptisterio que simbolizaba el principio y el fin de todo. Lo confirmaba la presencia de dos mosaicos al pie de la vidriera.

—Una cola de pez y una cabeza de carnero. Último y primer signo del zodiaco. El principio y el fin de todo.

—Entonces, el amor también tiene un principio y un final —afirmó Édouard.

—Supongo que algunos amores son eternos.

—Élise me ha confesado que le dieron mi dirección sugiriéndole que me escribiese.

—¿Y qué? Lo importante es que te escribió, ¿no? ¿No te dijo que estaba feliz por haber dado contigo?

—Quien se la dio fue mi mujer.

Gaëlle se quedó de piedra. Se imaginó las elucubraciones de Édouard al enterarse y por qué pensaba que había sido un acto de traición.

—Élise me lo dijo justo después de que yo hubiera enviado una carta al notario para ceder mi parte del piso de París a Armelle.

—¿Habéis hablado del tema?

—No, me fui. Estaba enfadado. Y triste.

—¿No has hablado con ella desde entonces?

Gaëlle lo cogió de la mano y lo condujo hasta la gran vidriera que estaba detrás del altar. Mientras miraban la obra con absoluto embelesamiento, ella le explicó su origen. El propio abad Gillard la proyectó y se realizó en los talleres parisinos de Grüber, mundialmente famosos, gracias a la herencia de una tía y de su hijo, que aparecen en la vidriera, según era costumbre en la Edad Media.

—¿Ves esos dos conejitos que están abajo?

—Sí. ¿Significan algo?

—De nuevo, el número áureo. La sucesión de Fibonacci que, como sabes, es esa serie de números enteros donde cada dígito es la suma de los dos dígitos precedentes. Leonardo Fibonacci descubrió esa sucesión al observar una población de conejos y preguntarse cuántas parejas de

conejos se obtendrían al cabo de un año a partir de una pareja inicial. Y fíjate, uno de los dos conejos parece cuchichear algo al otro, como si le contase un secreto. Esos conejos están diciendo a quien sepa apreciarlo que el número áureo está omnipresente en la elaboración de esta vidriera y, por extensión, en toda la iglesia. ¡Y mira qué hay entre las patas del gran ciervo blanco!

Gaëlle se dio la vuelta para mostrarle el mosaico inmenso situado en la pared oeste, frente a la vidriera de la que acababan de hablar. Édouard se quedó deslumbrado al ver esa maravillosa obra maestra ante él, al otro lado del edificio, refulgente y luminosa gracias a sus cientos de teselas doradas, y lo embargó una emoción extraña. Una mezcla de tristeza y admiración. Deseaba tener a Élise a su lado para compartir con ella la belleza de ese lugar y, a la vez, sentía un desgarro al pensar en sus palabras, justo después de hacer el amor.

—Volvemos a la idea de que este sitio está plagado de mensajes sagrados por la aguileña que está a los pies del animal. ¿Has visto de qué color es?

—¡Violeta!

—Y es andrógina. El femenino y el masculino se unen.

—¿Por qué la aguileña?

—En la Edad Media, una aguileña en un cuadro significaba que este ocultaba un mensaje. También era la firma de Leonardo da Vinci, cuyo famoso dibujo del hombre de Vitruvio ilustra las proporciones del cuerpo humano, en las que encontramos...

—¡El número áureo!

Gaëlle podría haberse pasado horas hablándole de esa iglesia y examinando cada detalle si no hubiera habido un caballero decepcionado y una princesa que recuperar.

Dejó que Édouard deambulase solo. Observaba con suma atención las escenas del vía crucis, que tenían la particularidad de situarse en el valle Sin Retorno. El hombre se dijo que ese abad había dado muestras de cierta rebelión hacia la Iglesia. Había que ser valiente y decidido para mezclar de esa forma la astrología, la leyenda del Santo Grial y las imágenes cristológicas.

Encontró a Gaëlle en la capilla sur, en una de esas sillas bajas que se

usan para rezar de rodillas. Sentada ahí abajo parecía una niñita indefensa, sobre todo tras la tempestad que acababa de sortear con su hijo. Édouard se puso en la silla vecina. No le apetecía romper el silencio.

—Podría contarte muchas cosas sobre esta iglesia. Ya volveremos, si te quedas un poco más...

—Tengo que anunciarte algo, Gaëlle.

—Y yo tengo que hacerte una pregunta.

—¿Quién empieza entonces?

—¡A saber!

—Podríamos escribírnoslo —propuso Édouard mientras rebuscaba un bolígrafo en el bolsillo—. ¿Te sirve en el reverso de un tíquet?

—¿Me cortas la mitad?

Ambos se dieron la vuelta, como si ocultasen la tarea al compañero de pupitre, y doblaron el trocito de papel una vez escrita la confesión. Gaëlle propuso ir más allá con el juego y esconder el secreto respectivo en un lugar de la iglesia, primero uno y después otro. Empezó ella. Édouard había cerrado los ojos e intentaba que el ruido de las pisadas lo ayudase a descubrir el escondite. Cuando la mujer regresó, se levantó a toda prisa, con ganas de jugar. A su vez, Gaëlle prestó atención a cada sonido, y tenía la certeza casi total de que se había dirigido a la sacristía.

—¿Y bien? —preguntó Édouard al volver.

—He puesto el mío detrás del cuadro de la novena estación del vía crucis.

—El mío está debajo del mantel del altar.

Cuando Édouard se volvió hacia Gaëlle para desdoblar el papelito, ella aún rodeaba el altar para introducir la mano bajo la tela almidonada. Esperó para disfrutar al máximo con el juego y que ambos leyesen a la vez.

Se miraron emocionados y se encontraron en la puerta, sobre la que había aquella inscripción que ahora cobraba sentido. «La puerta está en el interior.»

—Me alegro de tu decisión.

—¡Y mi respuesta a tu pregunta en un gran SÍ!

—En tal caso, estoy aún más feliz.

Se abrazaron un momento para sellar el pacto, por lo armoniosa que era esa unión y por ese motivador nuevo comienzo. Gaëlle había mostrado una absoluta sinceridad al proponerle una relación íntima sin esperar nada de él, aunque se perfilara otro compromiso.

Sin soltarse de su abrazo, le susurró al oído que ignorase su enfado y diera una oportunidad a Élise.

—Habrá tenido sus razones para actuar así. Deja que te las explique. Si la condenas sin saberlo, condenas vuestro amor. Es demasiado hermoso para estropearlo. Tienes dinero para empezar de cero, no te emponzoñes la cabeza con asuntos materiales. En cuanto a ese sentimiento de traición, lo has creado tú, no sabes cuál era la intención de Élise porque no le has dejado que se explique.

Su número áureo

Édouard volvió de la iglesia a pie, como había ido, por el bosque. Caminó con la única urgencia de llamar a Élise. Dispuesto a oír sus explicaciones. De todas formas, al observar el gran ciervo, la aguileña, los conejos pícaros, el Santo Grial y los caballeros de la mesa redonda, ya había entendido que Élise era el número que estaba a su lado en la secuencia de Fibonacci y que el uno con el otro formaban el número áureo. Sobre todo, que era la persona con quien quería compartir la belleza de un mosaico, la suavidad de un camino de musgo, la fuerza de una ola de solsticio.

Le propuso encontrarse en Vannes, en ese pequeño restaurante cuya cocina le había gustado tanto. Su respuesta no tardó en llegar. Estaría libre dentro de tres días e iría en tren, tenía el coche en el taller.

«Vaya, todas mis historias de amor se deciden en la explanada de esa estación», se dijo Édouard.

Se pasó escribiendo las tres noches siguientes.

Derretirse por la mantequilla

Llegó casi una hora antes que el tren de las 11.37, y detuvo el coche en el aparcamiento de la estación de autobuses.

Recordó la escena de la víspera, cuando Gaëlle anunció a su hijo durante la cena que le había propuesto a Édouard que fuera su padrino y que este había dicho que sí. Solo faltaba que el adolescente estuviera de acuerdo. Gauvain se levantó con tanta espontaneidad que tiró la silla, besó a su madre y luego dio la mano a Édouard, para enseguida escaparse con la cinta. A veces también le gustaba envolverla de alegría. Esa cinta, explicó entonces Gaëlle a Édouard, era lo único que su hijo conservaba de su padre, camionero de profesión. Cuando dejaron la casa después de la tragedia, el niño salió del garaje con esa cinta de color azul marino enrollada bajo el brazo. Su madre entonces supuso que le fascinaba ese objeto que su padre manipulaba delante de él para fijar las lonas. Unos años más tarde, se subía encima para destilar sus miedos.

Édouard pulsó la palanca del limpiaparabrisas para quitar las gotas que una lluvia fina dejaba en la luna. Seguía viendo borroso. Nunca lo habían entronizado como padrino, aunque apreciaba esa honrosa responsabilidad. Había tenido que esperar cincuenta años y ese cambio vital para que todo se alinease y los huecos se llenasen.

Después, repasó de memoria la visita inmobiliaria del día anterior. Llegaron en tropel y el tipo de la agencia puso unos ojos como platos. Édouard y Adèle, por supuesto; Raymond, para que diera su opinión sobre la instalación eléctrica; Gaëlle y Gauvain, que no concebían no estar presentes. Aunque hacían falta algunas reformas, la disposición era perfecta para instalar su futuro taller, su vivienda y reactivar la posada que podría albergar a Adèle y a su madre. El patio que delimitaba los tres edificios sería una terraza ideal para acoger a los turistas en la temporada estival. La herencia de sus padres permitía a Édouard adquirirlo todo, acondicionarlo debidamente y quedarse con

un colchón para unos años. Cada uno propuso su ayuda al finalizar la visita, y Édouard decidió que el invierno podría consagrarse a las reformas para comenzar la actividad al final de la primavera. Envió unas fotos a su hija, que le respondió con un mensaje alentador:

> ¡Qué bonito es, papá! Si te gusta, a por ello. ¿Habrá sitio para mí?

Antes de exponer su oferta al agente inmobiliario, se preguntó si esa decisión no sería un peligroso capricho del que se arrepentiría al día siguiente. Aun así, esa estancia en el bosque le había enseñado a prestar atención a su instinto, a darle vía libre en sus decisiones, y esa vocecita interior era favorable. Bonito y tranquilo, el lugar estaba cerca de Doux Chemin, cerca de su futuro ahijado. Podría acoger allí a su hija y a sus amigos. Y cumplir su sueño.

Llamó a la agencia.

Aún faltaba media hora para que llegase el tren de Élise. Se sentó a una mesa de la cafetería que estaba en el vestíbulo principal de la estación. Ya no hacía tiempo para cervezas. Pidió un chocolate a la taza. A Élise le gustaba el chocolate a la taza. Llamó por teléfono a Denis. Saltó el contestador. Édouard lo interpretó como una señal. Tenía la necesidad de contarle los últimos acontecimientos y, por otra parte, se sentía más seguro de sí mismo. Esa gran soledad que experimentaba desde hacía varias semanas, a la hora de tomar decisiones, de hacerse preguntas o al respecto de sus horarios, ya no le parecía un vacío angustioso sino una fuerza a la que enfrentarse. Era Galeschin contra el gigante, y ganaba él.

Guardó la espada y escondió el escudo justo antes de que el tren entrase en la estación.

Élise apareció entre los primeros pasajeros. Su sonrisa derrotada impresionó a Édouard. En un segundo supo que su precipitada marcha la había hecho sufrir tanto como a él su confesión, que tenía mucha fe en ese reencuentro, que se sentía culpable por haber interpuesto esa nube entre ellos y que tenía miedo de perderlo. Él a ella también.

Fue a su encuentro y la acogió entre sus brazos en medio de la muchedumbre impetuosa que pasaba a su alrededor. A veces los empujaba un bolso o algún despistado, pero Édouard hacía de escudo

y la sentía pegarse a él. «¡Protégeme!», gritaba Élise en silencio. Se olieron, escucharon el latido de su corazón, se probaron un momento rozándose los labios y volvieron a acomodarse el uno contra el otro. La nariz de ella hundida en el hombro de él, buscando un olor familiar y tranquilizador; la nariz de él, metida en el cuello de ella, para captar los efluvios afrutados y embriagadores.

La vida podía detenerse en ese momento.

Sin embargo, decidieron continuarla en esa estación casi vacía que recuperaba el aliento antes del siguiente tren.

No hablaron mucho hasta llegar al restaurante. Algunas banalidades. El color del cielo, el coche estropeado, la arquitectura urbana.

El restaurante L'Annexe, situado al principio de la rue Émile Burgault, acababa de empezar el turno del almuerzo. Édouard no había elegido aquel sitio por casualidad. Le encantó cuando estuvo allí con Armelle. La cocina era exquisita, original, sorprendente, pero a su mujer le importó un bledo. No halló ningún placer gustativo allí donde Édouard parecía descubrir sabores inéditos con un goce inefable.

La carta no proponía muchos platos. Había carnes, pescados, marisco, huevos y verduras variadas. Del mercado, como indicaba la introducción. El silencio se impuso mientras deliberaban. Édouard ya había elegido, conocía la carta. Miraba a Élise. Se la comería. Cuando ella levantaba la vista, él bajaba la suya hacia el menú, con ese breve desajuste que no mentía a nadie.

—Deja de mirarme así, me desconcentras. ¿Ya has elegido?

—Sí.

—¿Qué vas a pedir?

—Primero tú. Elige un entrante, un plato principal y un postre. Aquí no hay otra opción.

—¡Es mucho para mí!

—Daremos un paseo hasta las murallas, y luego por los muelles.

Édouard saboreaba la idea de que pidiesen platos diferentes, para poder probarlos. Como entrante, Élise pidió el huevo a baja temperatura con kale y rebozuelos, condimentado con nueces; él, la

crema de calabaza, acompañada de quinua y *cromesquis* de queso de cabra y miel. Como plato principal, ella quiso el filete de abadejo, con guarnición de alubias de Paimpol y chorizo con salsa de mango y curri; mientras que él se decantó por la pierna de cordero confitada con miel, aderezada con sémola y hummus, dátiles y especias. En cuanto al vino, se dejaron aconsejar.

Después de pedir, hubo un momento solemne. Édouard deseaba saber; no estaba muy seguro de seguir resentido, pero tampoco de poder olvidarlo.

—¿Me lo explicas?

—Al principio del verano, se publicó un artículo en *Ouest France* sobre mi tienda. Yo salía delante del escaparate. Su carta llegó unos días después. La he traído, por si quieres verla.

Élise rebuscó en su bolsito de bandolera de piel violeta y le tendió un sobre. Mientras Édouard lo abría, ella cogió un trozo de pan y probó la mantequilla de curri que acababan de dejar sobre la mesa. La semiesfera de color amarillo anaranjado brillaba como un sorbete, y costaba resistirse a rozarla con el cuchillo y quebrar su delicadeza. Élise era de las que nunca se privan de las cosas exquisitas con la excusa de preservarlas. Aprovecharía.

> Hola, Élise:
>
> No nos conocemos, pero usted sí que conoce a mi marido. Soy la esposa de Édouard Fourcade. Nunca me ha hablado de usted, pero sé que de adolescentes estaban muy unidos y que la quería mucho. Ha conservado fotos y cartas de usted. Por eso la he reconocido en el periódico. Me permito escribirle para decirle que estoy segura de que se alegraría enormemente de tener noticias suyas. Esta es su dirección por si desea escribirle…

Édouard dobló la carta y se la devolvió a Élise, que masticaba el pan con mantequilla de curri con los ojos cerrados y una plácida sonrisa bajo la nariz.

—Esta mantequilla es una delicia.

—Esta carta significa que estuvo hurgando en mi caja, que debió de leer tus viejas cartas. Nunca le hablé de ti.

—No lo sé. Me sorprendió. Y, sobre todo, me sentí feliz por encontrarte. ¿Me equivoqué al no plantearme nada más sobre su intervención espontánea?

—¿Has tenido más contacto con ella?

—No.

La armonía estaba ahí, delante de Édouard, bajo los rasgos de una mujer a la que nunca había dejado de querer. Que cogía más mantequilla de curri y se derretía de gusto. Lo que sentía por ella solo había hibernado. Y ese amor despertaba tras un largo sueño, más hambriento que nunca.

Con una delicadeza infinita, Élise puso su mano sobre la de Édouard, que sintió que algo se apoderaba de él y se extendía por todo su cuerpo, y más allá. Algo que ninguna palabra podía definir. Si hubiera tenido que describirlo, Édouard habría hablado de un halo de luz y del calor del fuego en la nieve. Quizá de una risa infantil. Élise tendió un trozo de pan con mantequilla hacia su boca y él la abrió como si fuera a comulgar. En ese momento le daba igual el cuerpo de Cristo, quería el de Élise.

—Solo he pensado en ti. No en las posibles segundas intenciones de mi mujer.

Llegó el plato principal. Élise dedicó unos segundos a admirar su presentación. Después empezó a degustarlo estremeciéndose de placer.

Édouard lo vio claro en el fondo de su mente en calma.

Se preguntó si no era demasiado simplista. Decidir que dejaba a su esposa por lo de la manzana dentro de una botella. Saber que quería compartir el futuro de otra mujer porque esta cerraba los ojos para saborear la mantequilla de curri.

«Al final, la vida es mucho más simple de lo que creemos», se dijo.

El plato principal los llenó tanto como el entrante.

Élise ya no tenía hambre. Sin embargo, había que tomar el postre. Dudó mucho entre el surtido de sorbetes y la tarta de ruibarbo con pimienta de Tasmania, *ganache* de chocolate blanco y lima.

—¡Pidamos los dos y los compartimos! —sugirió Édouard—. Gaëlle me ha propuesto que sea el padrino de Gauvain.

—Oh, ¡es una noticia maravillosa!

—Sí.

—A mí me entristece no ser la madrina de nadie.

—Nunca se sabe. Yo pensaba que nunca lo sería. También he decidido instalarme en Brocelianda. Iba a contártelo ahora.

Édouard, preocupado por la reacción de Élise, le habló de Adèle, de sus ansias de justicia y de las consecuencias que podían haber sido dramáticas, de su historia, la de su madre y la posada, que era lo bastante grande para acogerlas.

La posibilidad de un taller.

Su necesidad de libertad.

—Yo también necesito conservar la mía —lo tranquilizó Élise, que parecía aliviada.

—Nos veremos menos.

—Pero con más ganas.

—Podrás venir cuando quieras.

—Tú también.

—Te enseñaré el bosque.

—Y yo, el mar.

—Y yo, los autómatas.

—Y yo, los ikebanas.

Édouard se agachó para coger la mochila del suelo. Sacó un paquete que dejó sobre la mesa. También un sobre. Élise comenzó por este último. Lo abrió y encontró su diario de adolescente, en el que Édouard había escrito algunas páginas. Había unido ambas voces en un cuaderno que llevaba un título luminoso.

—¿Contar los colores? ¿Por qué ese título?

—Ya lo verás.

La mujer cogió entonces el paquete y se imaginó lo que contenía. Pero había cambiado. El payasito ahora estaba sentado en un banco hecho con diminutos paneles de células fotoeléctricas.

—Le pasa como a mí. A mi corazón le basta tu luz para funcionar —dijo Édouard.

La intensidad del foco que iluminaba la mesa bastó para poner en marcha el payaso. A la mujer que les llevó el postre le hizo gracia ver ese pequeño objeto animado en medio de esa pareja a la que

observaba desde su llegada. Desprendían una armonía que llamaba la atención y provocaba admiración. Incluso envidia sana. Desear lo que tenían sin odiarlos por lo que tenían.

Élise probó el sorbete de frambuesa. Las lágrimas le humedecieron los ojos.

—¿Estás bien? —se preocupó Édouard.

—El sorbete está delicioso. —Guardó silencio un instante—. ¿Soy demasiado sensible?

Él le contestó que la amaba.

Y respondió a todo.

Élise echó un vistazo al reloj y vio que eran las 15.15.

—Como el año de la batalla de Marignan —dijo con un brillo en la mirada, y luego temió perder el último tren a Lamballe.

—¿Quieres que te lleve? —le propuso Édouard.

Por pasear por el puerto al salir del restaurante y besarse en las murallas de la ciudad, la noche se les había echado encima cuando llegaron a Val-André. Dejaron sus cosas en el recibidor de la casa. Élise cogió una liviana cesta de mimbre que parecía vivir allí y llevó a Édouard hasta el paseo marítimo.

Caminaban por la playa rodeados de una penumbra cómplice. Las farolas, corteses, guardaban las distancias. El mar se había retirado, apenas se oía. Estaban solos, lejos del malecón, a una hora tardía en que a nadie más que a ellos se le ocurría aventurarse con tal insolencia en la arena a oscuras. Aquella noche de septiembre era agradable. Élise llevaba una falda larga que danzaba a su alrededor y un suave jersey de lana. Se detuvo y sacó del bolso una manta que estiró con un amplio movimiento de los brazos sobre una arena que ya sentía nostalgia de las olas. No tenían mucho tiempo hasta que la tela se impregnase de humedad. Élise se sentó entre las piernas de Édouard, pegada a su respiración; miraban el horizonte en silencio. Las olas susurraban en las tinieblas.

Édouard había acertado con el título. Incluso a oscuras en la playa, con Élise entre sus brazos, contaba los colores.

Aún tenían algunos sueños que cumplir juntos.

Qué maravilloso era decírselo por fin.

Agradecimientos

Este libro nace del cariño que siento hacia los árboles y por la certeza de que el Amor es nuestra savia humana, la que nos permite crecer, aunque se nos caigan las hojas; renacer, aunque nos alcance un rayo, y envejecer echando unas raíces cada vez más profundas en la vida para poder resistir los embates del viento.

Esta historia se sitúa en Brocelianda gracias a que conocí a Michel, guía y cuentacuentos, caminante contemplativo. Le estoy «bosquemente» agradecida por todo lo que me ha transmitido. (Casa rural Le Bois des elfes, en Mauron: <leboisdeselfes.fr>.)

La historia hizo escala en Val-André gracias a Philippe y Bénédicte, quienes me acogen con gran simpatía y amabilidad desde hace unos años para ofrecerme un marco idílico donde escribir. ¡Gracias de máxima calificación!

Y disfrutó en el restaurante L’Annexe, en la rue Émile Burgault, en Vannes, cuyos gerentes se tomaron el tiempo de explicarme su pasión culinaria. Gracias con sabor a sorbete de frambuesa.

Se puso en marcha gracias a la complicidad de Thierry Chapeau, creador de autómatas y de poesía cotidiana. Con cada una de sus creaciones hizo que volviera a maravillarme como una niña. Unas gracias automáticas, clic, crac, tan delicadas como un destornillador de carraca.

Gracias a Marine, que pasa por la vida sin vacilar subida a cinco centímetros de ancho; a Nadège, que transforma la madera en luz; a Alain, con sus botas militares, su uniforme planchado y su empatía de gendarme solícito.

Gracias también a quienes me nutren día a día para escribir sobre la riqueza de la gente que conocemos, y todo lo que el amor posibilita… A Anne y Marie-Pierre, mis dos hermanas del alma; a Frédéric, que colorea mi vida con pinceles de sabiduría y humor…; y a todos los demás, tantas hojas que ayudan a enriquecer mi savia con su amistad

fotosintética.

Gracias a Emmanuel, por el pasado, el presente y el futuro. Aún tenemos muchas cosas por construir, muchos colores que contar, más vivos que nunca…

Gracias infinitas a Anna, Louise, Patrice y a todo el equipo de Flammarion, por su confianza y su maravillosa acogida. Empieza una nueva aventura… y me alegra muchísimo.

Por último, este libro no sería este libro sin la amistad, la bondad, la ternura, la fuerza, el trabajo, el rigor, el talento, la sensibilidad y la dulzura de Valérie, mi compañera, mi vínculo. Gracias con todo mi corazón.

Un precioso homenaje a la naturaleza y la sensibilidad.



La inspiradora historia de un hombre que se refugia en la armonía del bosque para reconciliarse con la vida.
En ese océano verde donde parece que el tiempo vaya más lento, se encontrará con unos personajes tan auténticos como la naturaleza que los rodea. Una novela conmovedora que cobija las emociones más puras.

Reseñas:

«Los libros de Agnès Ledig son como ella: tiernos y sinceros.»
Le Figaro

«Cuanto más leía, más me impresionaba la brillantez de esta autora.»
Libération

«Ledig rocía sus novelas con impresionantes lecciones de vida. Sus historias, siempre optimistas y amables, conmueven.»
Le Parisien

«La generosidad late en el corazón de esta preciosa historia que hace

que nos preguntemos por las decisiones que tomamos a lo largo de la vida.»

Page des Libraires

Agnès Ledig es comadrona en Alsacia. Comenzó a escribir como terapia personal al enfermar su hijo de leucemia. En 2011 publicó su primera novela, que fue seleccionada para el premio de la revista *Femme actuelle*. Con *Justo antes de la felicidad* (Grijalbo, 2015), Ledig fue laureada con el premio de los libreros Maison de la Presse 2013 y obtuvo una excelente acogida por parte de la crítica y de los lectores, quienes la volverían a aplaudir unos años más tarde por *Lo único que importa* (Grijalbo, 2018).

Su obra ha sido traducida en quince países y su nombre figura en las listas de best sellers con cada nueva publicación. Los más de 4.000.000 de ejemplares vendidos de sus novelas la convierten en un referente de la literatura francesa actual.



Título original: *Se le dire enfin*

Edición en formato digital: octubre de 2021

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Elsa Suárez a partir de fotografías de Tegra Stone Nuess, 4x6 / GettyImages y Kamenetskiy Konstantin / Shutterstock

ISBN: 978-84-253-6077-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros

«**Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.**»

EMILY DICKINSON

Índice